



# HONORÉ DE BALZAC EUGENIA GRANDET

Prólogo de  
**Mario Vargas Llosa**  
Edición de  
**Mauro Armiño**

**Siruela**

# HONORÉ DE BALZAC

## Eugenia Grandet



Ediciones Siruela

# Table of Contents

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[Nota de traducción](#)

[EUGENIA GRANDET](#)

[\[Preámbulo de las primeras ediciones 1833-1839\]135](#)

[Epílogo de las primeras ediciones137](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

## Índice

[Cubierta](#)

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[Nota de traducción](#)

[EUGENIA GRANDET](#)

[\[Preámbulo de las primeras ediciones 1833-1839\]135](#)

[Epílogo de las primeras ediciones137](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

**HONORÉ DE BALZAC**

**EUGENIA GRANDET**

Prólogo de  
Mario Vargas Llosa

Traducción del francés y notas de  
Mauro Armiño

Tiempo de Clásicos Ediciones Siruela

## TIEMPO DE CLÁSICOS

• Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy relejendo...» y nunca «Estoy leyendo...» • Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos • Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual • Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera • Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura • Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir • Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres) • Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima • Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad • Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes • Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él • Un clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía • Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo • Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.

***Por qué leer los clásicos, Italo Calvino***



## Prólogo

Parece mentira que Honoré de Balzac, uno de los más grandes novelistas del siglo XIX, el siglo de la novela, viviera sólo 51 años. Pues en ese medio siglo y un año de vida escribió la más extraordinaria saga novelesca de la literatura, a la que llamó *La comedia humana* y, como si esto no fuera poco, se dio tiempo también para escribir obras de teatro, crónicas de sociedad, ensayos, emprender disparatados negocios y vivir pintorescas aventuras. Balzac nació en la ciudad de Tours, en 1799, hijo de un funcionario modesto, quien lo obligó a estudiar derecho. Pero abandonó estos estudios para dedicarse a escribir. Entre sus veintitrés y veintisiete años vivió en la miseria, en París, trabajando como un forzado para abrirse camino como autor dramático, en lo que fracasó sin remedio. En el año 1829 escribió su primera novela, *Los Chuanes*, sobre una insurrección monárquica en Bretaña durante la Revolución Francesa. Este libro es el inicio de su prodigiosa carrera de novelista, en la que retrataría con tanta penetración como fantasía y destreza narrativa a toda la sociedad francesa de su tiempo. El día en que se le ocurrió hacer pasar a sus personajes de una novela a otra, articulando de este modo todas sus historias en una sola, de la que cada novela sería al mismo tiempo un capítulo, salió a la calle en estado de subida exaltación, vitoreándose a sí mismo.

*Eugenia Grandet* es una de las más hermosas novelas de *La comedia humana* y, según opinión generalizada de la crítica, una de las mejor escritas. Narra la historia de Eugenia, la hija de un comerciante en vinos muy avaro, cuya mezquindad y codicia causan el infortunio de la bella y delicada joven cuyo ideal en la vida era encontrar el perfecto amor. Cree que su primo Charles es el hombre que puede materializar todos sus sueños y se enamora perdidamente de él. Charles parece corresponder a estos sentimientos pero se trata de una mera apariencia, pues, en el fondo, es una persona calculadora, que pone sus sentimientos al servicio de sus intereses. La relación de Charles y Eugenia se deshace como un espejismo y, al final, ella debe resignarse a un matrimonio sin amor, con un anciano que, al morir, la deja dueña de una gran fortuna.

Pero los menudos incidentes sentimentales y la sordidez pequeño burguesa que describe esta novela son menos importantes que la fina descripción de la sensibilidad y la psicología de una joven de la provincia francesa en los años primeros del romanticismo. Balzac sintetiza en la historia de Eugenia Grandet las ilusiones y los valores de las jóvenes casaderas de la sociedad francesa, en una época en que el contraste entre las fantasías románticas generadas por el arte y la literatura y la realidad dura y cruel generaba frustraciones y sufrimientos que se vivían calladamente en el seno de las familias. Eugenia Grandet es, al mismo tiempo que uno de los personajes más esmeradamente contruidos por el genio de

Balzac, un símbolo del abismo que en el siglo XIX separaba el ideal de vida de una juventud impregnada de los ensueños del romanticismo de una historia que los desmentía y frustraba.

**Mario Vargas Llosa**



## Nota de traducción

La edición original de *Eugénie Grandet* apareció en 1834, en el tomo V de los *Études de mœurs au XIX e siècle, Scènes de la vie de province*, que pronto fue reeditada una vez más; en ambas, estaba dividida en seis capítulos. Como edición separada salió a la venta en noviembre de 1839, con supresión de los capítulos en que se dividía. El texto fue revisado por Balzac cuando la idea de *La Comédie humaine* se hizo realidad y los textos antiguos pasaron a formar parte de la vasta «catedral» en que Balzac reconvirtió la casi totalidad de su obra narrativa: en la edición Furne, de 1843, *Eugénie Grandet* aparece en el tomo V como primer volumen de las *Scènes de la vie de province*.

Los ajustes temporales entre ésta y la edición original dan lugar a ciertos desfases; lo mismo ocurre con las correcciones a que Balzac somete las inversiones económicas de Grandet, en su afán de poner al día y prestar un mayor realismo a los hechos financieros, cotizaciones bursátiles, réditos de la Deuda pública, etc. Sigo para la traducción el texto de *La Comédie humaine* dirigida por Pierre-Georges Castex (Gallimard, Pléiade, t. III), en el que *Eugénie Grandet* ha estado al cuidado de Nicole Mozet, de quien aprovecho sobre todo las notas relativas a esas irregularidades y las variantes en puntos referidos al tiempo narrativo, cambios de edad de los personajes y cotizaciones de las inversiones de papá Grandet; de estos datos es, a su vez, deudora Mozet de las notas de P.-G. Castex en su edición de la novela (Classiques Garnier, 1965).

En la primera edición también figuraban un prólogo y un preámbulo, luego eliminados. Los incluyo al final del texto.

Dado el carácter de arquetipo de la protagonista me he permitido traducir el nombre de Eugenia, dejando el resto de los nombres en el idioma original.

**M. Armiño**



# EUGENIA GRANDET

A Maria<sup>1</sup>

Que su nombre, Maria, cuyo retrato es el más bello adorno de esta obra, sea aquí como una rama de boj bendito, cogida de no se sabe qué árbol, pero santificada desde luego por la religión y renovada, siempre verde, por manos piadosas, para proteger la casa.

**De Balzac**

Hay en ciertas ciudades de provincias casas cuya vista inspira una melancolía igual a la que provocan los claustros más sombríos, las landas más mortecinas o las ruinas más tristes<sup>2</sup>. Quizá haya a un tiempo en estas casas el silencio del claustro, la aridez de las landas y la osamenta de las ruinas: la vida y el movimiento son en ellas tan tranquilos que un forastero las creería deshabitadas si de improviso no encontrase la mirada pálida y fría de una persona inmóvil cuyo rostro cuasi monástico asoma en el alféizar de la ventana al ruido de un paso desconocido. Esos gérmenes de melancolía existen en la fisonomía de una casa de Saumur, al final de la empinada calle que lleva al castillo por la parte alta de la ciudad. Esta calle, ahora poco frecuentada, calurosa en verano, fría en invierno, oscura en algunos puntos, es notable por la sonoridad de su pavimento de piedrecillas, siempre limpio y seco, por la angostura de su tortuosa vía, por la paz de sus casas, que pertenecen a la ciudad vieja y que dominan las murallas. Hay allí moradas tres veces seculares y todavía sólidas, aunque construidas en madera, y sus diversos aspectos contribuyen a la originalidad que recomienda esta parte de Saumur a la atención de los aficionados a lo antiguo y de los artistas. Resulta difícil pasar por delante de estas casas sin admirar los enormes aguilones de extremos tallados con extrañas figuras y que coronan con un bajorrelieve negro la planta baja de la mayoría. Aquí, unas piezas de madera transversales están cubiertas de pizarras y dibujan líneas azules sobre las endeble murallas de una vivienda rematada por un tejado de madera que los años han hecho combarse, y cuyas tablillas podridas han sido alabeadas por la acción alternativa de la lluvia y del sol. Allá aparecen alféizares de ventanas gastados, ennegrecidos, cuyas delicadas esculturas apenas se ven, que aparecen demasiado ligeros para la maceta de arcilla oscura de donde brotan los claveles o los rosales de una pobre obrera. Más allá, puertas guarnecidas de enormes clavos donde el carácter de nuestros antepasados trazó jeroglíficos domésticos cuyo sentido no se encontrará jamás. Unas veces un protestante firmó en ellos su fe, otras un partidario de la Liga maldijo a Enrique IV<sup>3</sup>. Algún burgués grabó ahí las insignias de su *nobleza de campanas* <sup>4</sup>, la gloria de su regiduría olvidada. Toda la historia de Francia está ahí, completa. Al lado de la vacilante casa, hecha con tabiques de madera rellenos de cascotes donde el artesano deificó su garlopa, se alza el palacete de un gentilhomme en el que sobre la cimbra plena de la puerta de piedra aún se ven algunos vestigios de sus armas, rotas por las diversas revoluciones que desde 1789 han agitado el país. En esa calle, las plantas bajas de los comerciantes no son ni tiendas ni almacenes: los amigos de la Edad Media no encontrarían en ellas el obrador de nuestros padres en toda su ingenua sencillez. Esas salas bajas que no tienen ni escaparate, ni vitrina, ni cristalera, son profundas, oscuras, y carecen de adornos exteriores o interiores. Su puerta se divide en dos hojas macizas, toscamente herradas: la parte superior se repliega hacia dentro, y la inferior, armada de una campanilla de resorte, va y viene constantemente. El aire y la luz llegan a esa especie de húmedo antro por la parte alta de la puerta o por el espacio existente entre la bóveda, el techo y el pequeño muro a la altura del alféizar en el que se empotran sólidos tablones, que se retiran

por la mañana y vuelven a ponerse y se mantienen por la noche con bandas de hierro sujetas con pernios. Ese muro sirve para exponer las mercancías del comerciante. Aquí la charlatanería no tiene curso. Según la naturaleza del comercio, las muestras consisten en dos o tres cubetas llenas de sal y de bacalao, unos cuantos fardos de lona, cordajes, latón colgado de las vigas del techo, aros para toneles a lo largo de las paredes o algunas piezas de paño en los estantes. ¿Entráis? Una muchacha limpia, rozagante de juventud, de blanca toquilla y brazos colorados, deja su labor de punto, llama a su padre o a su madre, que acude y os vende de manera flemática, complaciente o arrogante, según su carácter, lo mismo mercancía por valor de dos *sous* que por veinte mil francos. Veréis a un comerciante de duelas sentado a su puerta dando vueltas a sus pulgares mientras charla con un vecino; en apariencia no posee más que unas malas tablas para botellas y dos o tres paquetes de listones; pero, en el puerto, su taller, lleno, abastece a todos los toneleros del Anjou; sabe, tabla más o menos, para cuántos toneles tendrá si la cosecha es buena; un golpe de sol lo enriquece, un tiempo de lluvia lo arruina: en una sola mañana los toneles<sup>5</sup> pueden valer once francos o caer hasta seis libras. En esta región, como en Turena, las vicisitudes de la atmósfera dominan la vida comercial. Vinateros, propietarios, comerciantes de madera, toneleros, posaderos, marineros, todos están al acecho de un rayo de sol; al acostarse tiemblan por temor a enterarse a la mañana siguiente de que ha helado durante la noche; temen la lluvia, el viento, la sequía, y quieren agua, calor y nubes a su gusto. Hay un duelo constante entre el cielo y los intereses terrenales. El barómetro entristece, desenoja y alegra alternativamente sus fisonomías. De un extremo a otro de esa calle, la antigua Calle Mayor de Saumur, estas palabras: «¡Vaya un tiempo de oro!», calculan de puerta en puerta. Y cada uno responde al vecino: «¡Llueven luises de oro!», sabiendo lo que un rayo de sol o una oportuna lluvia les supone. El sábado, hacia mediodía, durante la buena estación, no podríais adquirir ni un céntimo de mercancía en las tiendas de estos honrados industriales<sup>6</sup>. Cada uno tiene su viña, su hacienda, y se va a pasar dos días al campo. Como allí todo está previsto, la compra, la venta y la ganancia, los comerciantes pueden emplear diez horas de las doce de que disponen en alegres partidas, observaciones, comentarios y continuos espionajes. Un ama de casa no compra una perdiz sin que los vecinos le pregunten al marido si estaba bien guisada. Una muchacha no se asoma a la ventana sin ser vista por todos los grupos de desocupados. Allí, pues, las conciencias están expuestas a la luz del día, igual que esas casas impenetrables, negras y silenciosas carecen de misterios. La vida se hace casi siempre al aire libre; cada familia se sienta a la puerta de su casa, allí come, allí cena, allí discute. No pasa nadie por la calle que no sea estudiado. Por eso, en el pasado, cuando un forastero llegaba a una ciudad de provincias se burlaban de él de puerta en puerta. De ahí las anécdotas regocijantes, de ahí el apodo de *copiones* dado a los habitantes de Angers, que se distinguían en esas burlas urbanas. Los antiguos palacetes de la ciudad vieja están situados en lo alto de esa calle, antiguamente habitada por los gentilhombres de la región. La casa llena de melancolía donde tuvieron lugar los acontecimientos de esta historia era

precisamente una de esas moradas, restos venerables de un siglo en que las cosas y los hombres tienen ese carácter de sencillez que las costumbres francesas pierden de día en día. Después de haber seguido las revueltas de ese pintoresco camino cuyos menores accidentes despiertan recuerdos, y cuyo efecto general tiende a sumirnos en una especie de ensoñación maquinal, divisaréis una hondonada bastante sombría en cuyo centro se oculta la puerta de la casa del señor Grandet. Es imposible comprender el valor de esa expresión provinciana sin dar la biografía del señor Grandet.

El señor Grandet gozaba en Saumur de una reputación cuyas causas y efectos no serán del todo comprendidos por personas que no hayan vivido, poco o mucho, en provincias. El señor Grandet, a quien todavía algunos llamaban papá Grandet, si bien el número de esos viejos disminuía sensiblemente, era en 1789 un maestro tonelero muy acomodado, que sabía leer, escribir y contar. Cuando la República francesa puso en venta, en el distrito de Saumur, los bienes del clero, el tonelero, en aquel entonces de cuarenta años, acababa de casarse con la hija de un rico comerciante de maderas. Provisto de su fortuna líquida y de la dote, provisto de dos mil lises de oro, Grandet fue a la capital del distrito<sup>7</sup> donde, gracias a los doscientos lises dobles ofrecidos por su suegro al feroz republicano encargado de la venta de los dominios nacionales, tuvo por un trozo de pan, legalmente, ya que no legítimamente, los viñedos más hermosos de la comarca, una antigua abadía<sup>8</sup> y algunas alquerías. Los habitantes de Saumur eran poco revolucionarios, y papá Grandet pasó por un hombre audaz, un republicano, un patriota, por un espíritu partidario de las nuevas ideas cuando el tonelero sólo lo era de las viñas. Fue nombrado miembro de la administración del distrito de Saumur, y su influencia pacífica se dejó sentir política y comercialmente. Políticamente protegió a los hombres del Antiguo Régimen y empleó todo su poder en impedir la venta de los bienes de los emigrados; comercialmente, proporcionó a los ejércitos republicanos un millar o dos de toneles, que se hizo pagar con unos magníficos prados pertenecientes a una comunidad de monjas que se le había reservado para un último lote. Durante el Consulado<sup>9</sup>, el bueno de Grandet se convirtió en alcalde, y si administró con prudencia vendimió todavía mejor; durante el Imperio, fue el señor Grandet. A Napoleón no le gustaban los republicanos: sustituyó al señor Grandet, que pasaba por haber llevado el gorro frigio<sup>10</sup>, por un gran propietario, un hombre con *de* en el apellido, un futuro barón del Imperio. El señor Grandet abandonó los honores municipales sin pena alguna: había hecho construir, en interés de la ciudad, excelentes caminos que llevaban a sus propiedades. Su casa y sus bienes, inscritos ventajosamente en el catastro<sup>11</sup>, pagaban impuestos moderados. Tras la clasificación de sus diferentes fincas, sus viñedos, gracias a constantes cuidados, se convirtieron en la cabeza de la comarca, expresión técnica en uso para indicar los viñedos que producían los vinos de primera calidad. Habría podido solicitar la cruz de la Legión de Honor. Este acontecimiento ocurrió en 1806<sup>12</sup>. El señor Grandet tenía entonces cincuenta y siete años, y su mujer alrededor de treinta y seis. Una hija única, fruto de sus legítimos amores, tenía dieciséis. El señor Grandet, a quien la Providencia quiso sin duda consolar de su desgracia administrativa, heredó

sucesivamente durante ese año de la señora de La Gaudinière, de soltera de La Bertellière, madre de la señora Grandet; luego, del viejo señor La Bertellière, padre de la difunta; y también de la señora Gentillet, su abuela materna: tres herencias cuyo monto no conoció nadie. La avaricia de estos tres ancianos era tan apasionada que desde hacía mucho amontonaban su dinero para poder contemplarlo en secreto. El viejo señor La Bertellière llamaba prodigalidad a invertir el dinero, y en su opinión eran mayores los intereses que proporcionaba la contemplación del oro que los beneficios de la usura. Y la ciudad de Saumur calculó el valor de los ahorros por las rentas que producían los bienes que podían verse. El señor Grandet obtuvo entonces el nuevo título de nobleza que nunca borrará nuestra manía de igualdad, se convirtió en *el mayor contribuyente*<sup>13</sup> del distrito. Explotaba cien fanegas<sup>14</sup> de viñas que, en años de abundancia, le producían entre setecientos y ochocientos toneles de vino. Era dueño de trece alquerías, de una vieja abadía cuyas ventanas, ojivas y vitrales tapió para ahorrar<sup>15</sup>, y que gracias a eso se conservaron; y ciento veintisiete fanegas de prados donde crecían y engordaban tres mil álamos plantados en 1793. Por último, la casa en que vivía también era de su propiedad. Así se calculaba su fortuna visible. En cuanto a sus capitales, sólo dos personas podían presumir vagamente su importancia: uno era el señor Cruchot, notario encargado de los préstamos usurarios del señor Grandet; el otro, el señor des Grassins, el banquero más rico de Saumur, en cuyos negocios participaba el vinatero a su conveniencia y en secreto. A pesar de que el viejo Cruchot y el señor des Grassins poseyeran esa profunda discreción que engendra en provincias la confianza y la fortuna, en público testimoniaban al señor Grandet un respeto tan grande que los observadores podían medir la magnitud de los capitales del antiguo alcalde por el alcance de la obsequiosa consideración con que lo trataban. No había nadie en Saumur que no estuviera convencido de que el señor Grandet tenía un tesoro particular, un escondite lleno de luises, y de que por las noches se entregaba a los inefables goces que procura la vista de una gran cantidad de oro. Los avariciosos estaban seguros de ello al ver los ojos del buen hombre, a los que el metal amarillo parecía haber comunicado sus tonalidades. La mirada de un hombre acostumbrado a sacar de sus capitales un interés enorme contrae necesariamente, como la del voluptuoso, la del jugador o la del cortesano, ciertos hábitos indefinibles, movimientos furtivos, ávidos, misteriosos, que no escapan a sus correligionarios. Este lenguaje secreto forma en cierto modo la masonería de las pasiones. El señor Grandet inspiraba la respetuosa estima a que tenía derecho un hombre que nunca debía nada a nadie, que, viejo tonelero, viejo vinatero, adivinaba con precisión de astrónomo cuándo había que fabricar para su cosecha mil toneles o solamente quinientos; que no desperdiciaba una sola especulación, que siempre tenía toneles que vender cuando el tonel valía más caro que el género a recoger en él, que podía meter la vendimia en sus bodegas y esperar el momento de entregar su tonel a doscientos francos cuando los pequeños propietarios daban el suyo a cinco luises. Su famosa cosecha de 1811, prudentemente guardada y lentamente vendida, le había reportado más de doscientas cuarenta mil libras. Financieramente hablando,

el señor Grandet tenía algo del tigre y de la boa: sabía tenderse, agazaparse, contemplar largo tiempo a su presa, saltar sobre ella; luego abría las fauces de su bolsa, engullía un cargamento de escudos y se acostaba tranquilamente, como la serpiente que digiere, impassible, fría, metódica. Nadie lo veía pasar sin un sentimiento de admiración mezclado con respeto y terror. ¿No habían sentido todos en Saumur el pulido arañazo de sus garras de acero? A éste, maese Cruchot le había procurado el dinero necesario para la compra de una finca, pero al once por ciento; a aquél, el señor des Grassins le había descontado unas letras de cambio, pero con una espantosa deducción de intereses. Pocos días pasaban sin que el nombre del señor Grandet se pronunciase en el mercado o durante las veladas en las conversaciones de la ciudad. Para algunos, la fortuna del viejo vinatero era objeto de un orgullo patriótico. Por eso, más de un negociante, más de un posadero decía a los forasteros con cierta satisfacción: «Señor, aquí tenemos dos o tres casas millonarias; pero, en cuanto al señor Grandet, ¡ni él mismo conoce su fortuna!». En 1816, los calculadores más hábiles de Saumur estimaban los bienes en tierras del buen hombre en cerca de cuatro millones; pero como por término medio, desde 1793 hasta 1817, había debido de sacar al año cien mil francos de sus propiedades, era presumible que poseyera en metálico una cifra casi igual a la de sus bienes raíces. Así es que, cuando tras una partida de boston, o en alguna conversación sobre las viñas, se terminaba hablando del señor Grandet, las gentes enteradas decían: «¿Papá Grandet?... Papá Grandet debe de tener de cinco a seis millones». «Es usted más listo que yo, que nunca he podido saber el total», respondían el señor Cruchot o el señor des Grassins si oían tales palabras. Si algún parisino hablaba de los Rothschild<sup>16</sup> o del señor Laffitte<sup>17</sup>, las gentes de Saumur preguntaban si eran tan ricos como el señor Grandet. Si el parisino les lanzaba sonriendo una afirmación desdeñosa, se miraban y movían la cabeza con aire incrédulo. Una fortuna tan grande cubría con un manto de oro todas las acciones de aquel hombre. Si al principio algunas particularidades de su vida dieron ocasión al ridículo y a la burla, la burla y el ridículo habían terminado por desaparecer. En sus menores actos el señor Grandet tenía de su parte la autoridad de la cosa juzgada. Su palabra, su ropa, sus gestos, el guiño de sus ojos eran ley en la región, donde cada uno, tras haberlo estudiado como un naturalista estudia los efectos del instinto en los animales, había podido reconocer la profunda y muda sabiduría de sus más ligeros movimientos. «El invierno será duro –decían–, papá Grandet se ha puesto los guantes de piel: hay que vendimiar.» «Papá Grandet compra muchas duelas, este año habrá vino.» El señor Grandet nunca compraba carne ni pan. Sus colonos le llevaban todas las semanas una provisión suficiente de capones, pollos, huevos, manteca y trigo como pago de su renta. Poseía un molino cuyo arrendatario, además de la renta, debía ir a casa de Grandet para recoger cierta cantidad de grano y entregarle el salvado y la harina. La gran Nanon, su única criada, amasaba ella misma, aunque ya no era joven, el pan de la casa todos los sábados. El señor Grandet había llegado a un acuerdo con los hortelanos arrendatarios suyos para que le proporcionasen la verdura. En cuanto a la fruta, la recogía en tal cantidad que mandaba vender una gran parte en el mercado. Su leña

para el fuego la cortaba en sus setos o la cogía de los troncos medio podridos que había en la linde de sus campos, y sus colonos se la acarreaban gratuitamente, la colocaban complacientes en la leñera y recibían a cambio las gracias. Sus únicos gastos conocidos eran el pan bendito<sup>18</sup>, la ropa de su mujer, la de su hija, el pago de sus sillas en la iglesia, la luz, los sueldos de la gran Nanon, el estañado de las cacerolas, el desembolso de las contribuciones, las reparaciones de sus edificios y los gastos de sus explotaciones. Tenía seiscientas fanegas de bosque recién compradas que hacía vigilar al guarda de un vecino suyo, al que prometía una compensación. Sólo desde esta adquisición comía caza. Las maneras de este hombre eran muy sencillas. Hablaba poco. Por lo general expresaba sus ideas mediante frases sentenciosas y dichas con voz dulce. Desde la Revolución, época en la que atrajo las miradas, nuestro hombre tartamudeaba de una manera fatigosa en cuanto tenía que hablar mucho tiempo o sostener una discusión. Ese tartamudeo, la incoherencia de sus palabras, el flujo de términos en los que su pensamiento se ahogaba, su falta aparente de lógica, atribuidos a defecto de educación, eran afectados y quedarán suficientemente explicados por algunos episodios de esta historia. Por otro lado, cuatro frases tan exactas como fórmulas algebraicas le servían generalmente para abarcar y resolver todas las dificultades de la vida del comercio: «No sé, no puedo, no quiero, ya veremos». Nunca decía ni sí ni no, y jamás escribía. ¿Que le hablaban? Escuchaba fríamente, con la barbilla en la mano derecha y apoyando su codo derecho en el reverso de la mano izquierda, y en cualquier asunto, una vez que se había formado una opinión, no se echaba atrás. Meditaba largamente los tratos más insignificantes. Cuando tras una meticulosa conversación su adversario le había entregado el secreto de sus pretensiones creyendo haberlo pillado, le respondía: «No puedo decidir nada sin haber consultado con mi mujer». Su mujer, a la que había reducido a un ilotismo completo, era su escudo más cómodo en los negocios. Nunca iba a casa de nadie, no quería ser invitado ni invitar a comer; nunca hacía ruido, y parecía economizar todo, incluso el movimiento. No molestaba a los demás por su constante respeto a la propiedad. Sin embargo, pese a la dulzura de su voz, pese a su actitud circunspecta, el lenguaje y las costumbres del tonelero se exteriorizaban sobre todo cuando estaba en casa, donde se contenía menos que en cualquier otra parte. Físicamente Grandet era un hombre de cinco pies<sup>19</sup> de altura, rechoncho, fornido, con unas pantorrillas de doce pulgadas<sup>20</sup> de circunferencia, rótulas nudosas y hombros anchos; su cara era redonda, curtida y picada de viruelas; su mentón era recto, sus labios no ofrecían sinuosidad alguna, y sus dientes eran blancos; sus ojos tenían la expresión tranquila y devoradora que el pueblo atribuye al basilisco<sup>21</sup>; su frente, llena de arrugas transversales, no estaba exenta de protuberancias significativas<sup>22</sup>; sus cabellos, amarillentos y grisáceos, eran blanco y oro, decían algunos jóvenes que desconocían la gravedad de una broma<sup>23</sup> hecha a costa del señor Grandet. Su nariz, gorda en la punta, soportaba un lobanillo venoso, que estaba lleno de malicia, según decía, no sin razón, el vulgo. Aquel rostro anunciaba una astucia peligrosa, una probidad fría, el egoísmo de un hombre acostumbrado a concentrar sus sentimientos en el goce de la avaricia y en

el único ser que significó realmente algo para él, su hija Eugenia, su única heredera. Por otro lado, actitud, modales, maneras de andar, todo revelaba en él esa confianza en sí mismo que da la costumbre de haber salido siempre airoso en todas sus empresas. Por eso, aunque de costumbres sencillas y suaves en apariencia, el señor Grandet poseía un carácter de bronce. Siempre vestido del mismo modo, quien hoy lo viera lo veía tal como era desde 1791. Sus recios zapatos se anudaban con cordones de cuero; en todo tiempo llevaba medias de lana drapeadas<sup>24</sup>, calzón corto de grueso paño marrón con hebillas de plata, un chaleco de terciopelo a rayas amarillas y pardas en forma de cuadrado con dos filas de botones, una amplia levita marrón de grandes faldones, corbata negra y sombrero de cuáquero. Sus guantes, tan sólidos como los de un gendarme, le duraban veinte meses y, para conservarlos limpios, los colocaba en el borde del sombrero, siempre en el mismo sitio, con gesto metódico. Saumur no sabía nada más acerca de este personaje.

Sólo seis personas tenían derecho a ir a esa casa. La más notable de las tres primeras era el sobrino del señor Cruchot. Desde su nombramiento de presidente del Tribunal de primera instancia de Saumur, este joven había unido al apellido Cruchot el de Bonfons, y se esforzaba por hacer prevalecer Bonfons sobre Cruchot. Ya firmaba C. de Bonfons. El litigante lo bastante imprudente para llamarlo señor Cruchot enseguida se daba cuenta en la audiencia de su estupidez. El magistrado protegía a los que lo llamaban señor presidente, pero favorecía con sus sonrisas más graciosas a los aduladores que le decían señor de Bonfons. El señor presidente tenía treinta y tres años, era propietario del dominio de Bonfons (*Boni fontis*), que rentaba siete mil libras; aguardaba la herencia de su tío el notario y la de su tío el abate Cruchot, dignatario del cabildo de Saint-Martin de Tours<sup>25</sup>, y ambos pasaban por ser bastante ricos. Estos tres Cruchot, secundados por buen número de primos emparentados con veinte casas de la ciudad, formaban un partido como en el pasado en Florencia los Médicis; y, como los Médicis, los Cruchot tenían sus Pazzi<sup>26</sup>. La señora des Grassins acudía asiduamente a la tertulia de la señora Grandet, con la esperanza de casar a su querido Adolphe con la señorita Eugenia. El señor des Grassins, banquero, favorecía enérgicamente las maniobras de su mujer haciendo en secreto constantes servicios al viejo avaro, y siempre llegaba a tiempo al campo de batalla. Estos tres des Grassins tenían asimismo sus partidarios, sus primos y sus aliados fieles. Por el lado de los Cruchot, el abate, el Talleyrand de la familia, bien secundado por su hermano el notario, disputaba vivamente el terreno a la banquera y trataba de reservar la rica herencia para su sobrino el presidente. Este combate secreto entre los Cruchot y los des Grassins, cuyo premio era la mano de Eugenia Grandet, apasionaba enormemente a los diversos círculos de Saumur. La señorita Grandet, ¿se casará con el señor presidente o con el señor Adolphe des Grassins? A esta pregunta unos respondían que el señor Grandet no entregaría su hija ni al uno ni al otro. El viejo tonelero, roído por la ambición, buscaba por yerno, decían unos, a algún par de Francia a quien trescientas mil libras de renta harían aceptar todos los toneles pasados, presentes y futuros de los Grandet. Los otros replicaban que el señor y la señora des Grassins eran nobles, poderosamente ricos,

que Adolphe era un joven muy apuesto y que, a menos de tener un sobrino del papa en la manga, una alianza tan conveniente debía satisfacer a gente sin importancia, a un hombre al que todo Saumur había visto con la doladera en la mano y que, además, había llevado el gorro frigio. Los más sensatos hacían observar que el señor Cruchot de Bonfons tenía acceso a la casa a cualquier hora, mientras que su rival sólo era recibido los domingos. Unos sostenían que la señora des Grassins, más unida a las mujeres de la casa Grandet que los Cruchot, podía inculcarles ciertas ideas que, tarde o temprano, le permitirían triunfar. Otros replicaban que el abate Cruchot era el hombre más insinuante del mundo, y que entre mujer y cura la partida estaba igualada. «Es una partida entre faldas», decía un gracioso de Saumur. Mejor informados, los viejos del lugar pretendían que los Grandet eran demasiado sagaces para dejar salir los bienes de su familia, la señorita Eugenia Grandet de Saumur sería casada con el señor Grandet de París, rico comerciante de vinos al por mayor. A esto cruchotinos y grassinistas replicaban: «En primer lugar, los dos hermanos sólo se han visto dos veces en los últimos treinta años. Además, el señor Grandet de París tiene altas pretensiones para su hijo. Es alcalde de un distrito, diputado, coronel de la Guardia nacional, juez en el Tribunal de Comercio; reniega de los Grandet de Saumur y pretende emparentar con alguna familia ducal por la gracia de Napoleón». ¿Qué no se diría de una heredera de la que se hablaba en veinte leguas a la redonda y hasta en los carruajes públicos, de Angers a Blois incluso? A principios de 1818, los cruchotinos consiguieron una señalada ventaja sobre los grassinistas. El feudo de Froidfond, notable por su parque, su admirable castillo, sus granjas, río, estanques y bosques, y que valía tres millones, fue puesto a la venta por el joven marqués de Froidfond, obligado a liquidar sus bienes. Maese Cruchot, el presidente Cruchot y el abate Cruchot, ayudados por sus allegados, consiguieron impedir su venta por pequeños lotes. El notario concluyó con el joven un negocio redondo persuadiéndolo de que tendría que hacer innumerables demandas contra los adjudicatarios antes de llegar a un acuerdo sobre el precio de los lotes; era preferible vender al señor Grandet, hombre solvente y capaz, por otra parte, de pagar la finca al contado. De esta manera fue a parar el hermoso marquesado de Froidfond al esófago del señor Grandet, quien, para asombro de Saumur, lo pagó con descuento después de las formalidades de rigor. La resonancia del negocio llegó a Nantes y a Orléans. El señor Grandet fue a ver su castillo aprovechando una carreta que volvía allí. Tras haber echado una mirada de dueño sobre su propiedad, regresó a Saumur, seguro de haber invertido sus fondos a un cinco, y dominado por la magnífica idea de redondear el marquesado de Froidfond reuniendo en él todos sus bienes. Luego, para volver a llenar su tesoro casi vacío, decidió talar sus bosques y arboledas, y explotar los álamos de sus prados.

Ahora es fácil comprender todo el valor de la frase: «la casa del señor Grandet», aquella casa descolorida, fría, silenciosa, situada en la parte alta de la ciudad y abrigada por las ruinas de las murallas. Los dos pilares y la bóveda que formaban el vano de la puerta habían sido construidos, igual que la casa, con toba, piedra blanca propia del litoral del Loira, tan blanda que su duración media apenas llega a

los doscientos años. Los desiguales y numerosos agujeros que las intemperies del clima habían practicado de forma extraña en ella daban a la cimbra y a los montantes del vano la apariencia de piedras vermiculares de la arquitectura francesa y cierto parecido con el pórtico de una cárcel. Sobre la cimbra se extendía un largo bajorrelieve de piedra dura esculpida, que representaba las cuatro estaciones con figuras ya roídas y ennegrecidas. Remataba ese bajorrelieve un plinto saliente sobre el que crecían varias de esas plantas debidas al azar, como parietarias amarillas, corregüelas, enredaderas, llantenes y un pequeño cerezo ya bastante alto. La puerta, de roble macizo, oscura, reseca, hendida por todas partes y de apariencia frágil, estaba sólidamente asegurada por el sistema de sus pernos, que representaban dibujos simétricos. Una rejilla cuadrada, pequeña, pero de barrotes muy juntos, y rojos por la herrumbre, ocupaba el centro del portillo y servía, por así decir, de adorno a un aldabón unido a ella por una anilla, y golpeaba sobre la deformada cabeza de un enorme clavo. Ese aldabón, de forma oblonga y del género que nuestros antepasados llamaban *jacquemart* [27](#), se parecía a un gran signo de admiración; examinándolo atentamente, un anticuario habría encontrado en él algunos indicios de la figura esencialmente bufa que antaño representaba y que un largo uso había borrado. Por la pequeña reja, destinada a reconocer a los amigos en la época de las guerras civiles, los curiosos podían percibir, al fondo de una bóveda oscura y verdosa, algunos escalones gastados por los que se subía a un jardín pintorescamente rodeado de muros espesos, húmedos, llenos de filtraciones y de matas de arbustos canijos. Esos muros eran los de la muralla, sobre la que se alzaban los jardines de algunas casas vecinas. En el piso bajo de la casa, la pieza más importante era una *sala* que tenía su entrada bajo la bóveda de la puerta cochera. Pocas personas conocen la importancia de una sala en las pequeñas ciudades del Anjou, de la Turena y del Berry. La sala sirve a un tiempo de recibidor, de salón, de gabinete, de tocador y de comedor; es el teatro de la vida doméstica, el hogar común; allí el peluquero del barrio iba dos veces al año a cortar el pelo al señor Grandet; allí entraban los colonos, el cura, el subprefecto, el mozo del molino. Esa pieza, cuyas dos ventanas daban a la calle, estaba revestida de madera; unos tableros grises, de molduras antiguas, la cubrían de arriba abajo; su techo se componía de vigas aparentes, también pintadas en gris, cuyos huecos llenaba una argamasa con borra que se había vuelto amarilla. Una antigua péndola de cobre incrustada de arabescos de concha adornaba la campana de la chimenea, de piedra blanca y mal esculpida, sobre la que había un espejo verdoso cuyos lados, cortados en bisel para mostrar su grosor, reflejaban un hilo de luz a lo largo de un entrepaño gótico [28](#) de acero damasquinado. Los dos candelabros de cobre dorado que decoraban cada uno de los rincones de la chimenea tenían dos usos: si se le quitaban los ramos de rosas que les servían de arandelas, y cuyo brazo principal se adaptaba al pedestal de mármol azulado con aplicaciones de cobre viejo, el pedestal se convertía en un candelero para los días de diario. Las sillas, de forma antigua, estaban guarnecidas con tapicerías que representaban las fábulas de La Fontaine; pero había que saberlo para reconocer sus temas, pues los colores, ya pasados, y las figuras, acribilladas a zurcidos, a duras penas se veían. En los cuatro

ángulos de aquella sala había también unas rinconeras, especie de aparadores provistos de grasientos anaqueles. Una vieja mesa de juego de marquetería, cuya parte superior formaba un tablero de ajedrez, estaba colocada en el testero que separaba las dos ventanas. Encima de esa mesa había un barómetro ovalado, con un marco negro, adornado con lazos de madera dorada donde las moscas habían retozado tan licenciosamente que el dorado se había convertido en un problema. En la pared opuesta a la chimenea, dos retratos al pastel se suponía que representaban al abuelo de la señora Grandet, el viejo señor de La Bertellière, con uniforme de teniente de los Guardias franceses, y a la difunta señora Gentillet, vestida de pastora. En las dos ventanas había cortinas de gros de Tours rojo, sujetas por cordones de seda con borlas de iglesia. Esta lujosa decoración, tan poco en consonancia con los hábitos de Grandet, había sido incluida en la compra de la casa, lo mismo que el entrepaño, la péndola, el mobiliario de tapicería y las rinconeras de palo rosa. En la ventana más cercana a la puerta había una silla de paja cuyos pies estaban montados sobre unos calzos a fin de elevar a la señora Grandet a una altura que le permitiera ver a los que pasaban. Una mesita de costura de madera de cerezo silvestre descolorida ocupaba el hueco de la ventana, y el pequeño sillón de Eugenia Grandet estaba justo a su lado. Desde hacía quince años todas las jornadas de madre e hija habían transcurrido apaciblemente en ese sitio, en un trabajo constante que empezaba el mes de abril y terminaba en noviembre. El primer día de este último mes podían dirigirse a su estación invernal junto a la chimenea. Sólo a partir de ese día permitía Grandet encender el fuego en la sala, y mandaba apagarlo el treinta y uno de marzo, sin tener en cuenta ni los primeros fríos de la primavera ni los del otoño. Un brasero alimentado con la brasa procedente del fuego de la cocina que la gran Nanon reservaba para ellas utilizando la astucia, ayudaba a la señora y a la señorita Grandet a pasar las mañanas o las tardes más frescas de los meses de abril y de octubre. Madre e hija se ocupaban de toda la ropa de la casa, y empleaban tan concienzudamente sus jornadas en esa verdadera labor de obrera que, si Eugenia quería bordar un cuello a su madre, estaba obligada a sacar tiempo quitándoselo de sus horas de sueño y engañando a su padre para tener luz. Desde hacía mucho el avaro distribuía la candela a su hija y a la gran Nanon, de la misma forma que distribuía por la mañana el pan y los artículos necesarios para el consumo cotidiano.

Quizá la gran Nanon era la única criatura humana capaz de aceptar el despotismo de su amo. Toda la ciudad se la envidiaba al señor y a la señora Grandet. La gran Nanon, así llamada por su alta estatura de cinco pies y ocho pulgadas<sup>29</sup>, pertenecía a Grandet desde hacía treinta y cinco años. Aunque sólo tuviera sesenta libras de sueldo, pasaba por una de las criadas más ricas de Saumur. Esas sesenta libras, acumuladas desde hacía treinta y cinco años, le habían permitido colocar recientemente cuatro mil libras en renta vitalicia en casa de maese Cruchot. Este resultado de las largas y persistentes economías de la gran Nanon pareció gigantesco. Al ver a la pobre sexagenaria que tenía asegurado el pan de su vejez, todas las criadas la envidiaban sin pensar en la dura servidumbre con que lo había adquirido. A la edad de veinte años, la pobre joven no había podido colocarse en

ninguna casa, tan repulsiva parecía su cara; y, desde luego, ese sentimiento era muy injusto: su rostro hubiera sido muy admirado sobre los hombros de un granadero de la Guardia; pero, según dicen, para todo se necesita oportunidad. Obligada a dejar una granja incendiada donde se ocupaba de las vacas, fue a Saumur, donde buscó casa donde servir, animada por ese robusto coraje que no retrocede ante nada. Papá Grandet pensaba entonces en casarse y quería ir montando su hogar. Vio a aquella joven rechazada de puerta en puerta. Juez de la fuerza corporal como tonelero que era, adivinó el partido que podía sacarse de una mujer de complexión hercúlea, plantada sobre sus pies como un roble de sesenta años sobre sus raíces, fuerte de caderas, cuadrada de espaldas, con manos de carretero y una probidad tan vigorosa como lo era su intacta virtud. Ni las verrugas que adornaban aquel rostro marcial, ni su color de ladrillo, ni los brazos nervudos, ni los harapos de Nanon asustaron al tonelero, que aún se encontraba en la edad en que el corazón se estremece. Así pues, vistió, calzó, alimentó a la pobre joven, le dio un sueldo y la empleó sin tratarla con demasiada dureza. Al verse acogida de este modo, la gran Nanon lloró en secreto de alegría y cobró un sincero afecto por el tonelero, quien, por lo demás, la explotó feudalmente. Nanon lo hacía todo: hacía la cocina, hacía la colada, iba a lavar la ropa al Loira y volvía a traerla sobre sus hombros; se levantaba con el alba, se acostaba tarde; daba de comer a todos los vendimiadores durante la recolección, vigilaba a los rastrilladores de racimos; defendía como un perro fiel la hacienda de su amo; por último, llena de una confianza ciega en él, obedecía sin rechistar sus caprichos más descabellados. Durante el famoso año de 1811<sup>30</sup>, cuya cosecha costó trabajos inauditos, tras veinte años de servicios, Grandet resolvió dar su viejo reloj a Nanon, el único presente que recibió nunca de él. Aunque le cedía sus zapatos viejos (ella podía ponérselos), es imposible considerar el provecho trimestral de los zapatos de Grandet como un regalo, tan usados estaban. La necesidad volvió a la pobre joven tan avara que Grandet había terminado por quererla como se quiere a un perro, y Nanon se había dejado poner al cuello un collar guarnecido de pinchos que ya no la pinchaban. Si Grandet cortaba el pan con demasiada parquedad, ella no se quejaba; participaba alegremente en los beneficios higiénicos que procuraba el severo régimen de la casa, donde nunca se ponía nadie enfermo. Además, la Nanon formaba parte de la familia: se reía cuando reía Grandet, se entristecía, se helaba, se calentaba, trabajaba con él. ¡Cuántas dulces compensaciones en aquella igualdad! El amo nunca había reprochado a la criada ni el albérchigo ni el melocotón de viña, ni las ciruelas o los griñones comidos bajo el árbol. «Vamos, hártate, Nanon», le decía los años en que las ramas se doblaban bajo el peso de la fruta que los aparceros se veían obligados a dar a los cerdos. Para una muchacha del campo que en su juventud no había obtenido más que malos tratos, para una pobre recogida por caridad, la risa equívoca de papá Grandet era un verdadero rayo de sol. Por otro lado, el corazón simple y la estrecha cabeza de Nanon sólo podían contener un sentimiento y una idea. Después de treinta cinco años seguía viéndose llegar al taller de papá Grandet, con los pies desnudos, en andrajos, y seguía oyendo al tonelero diciéndole: «¿Qué quiere usted, hija mía?». Y su gratitud

seguía siendo joven. Algunas veces, Grandet, pensando que aquella pobre criatura no había oído nunca la menor palabra halagüeña, que desconocía todos los sentimientos dulces que la mujer inspira y podía comparecer un día ante Dios aún más casta que la propia Virgen María, Grandet, movido a compasión, decía mirándola: «¡Pobre Nanon!». Su exclamación siempre iba seguida por una mirada indefinible que le lanzaba la vieja sirvienta. Esas palabras, dichas de vez en cuando, formaban desde hacía mucho una cadena de amistad ininterrumpida, a la que cada exclamación añadía un eslabón más. Esa compasión que brotaba del corazón de Grandet y que la solterona aceptaba de buen grado tenía un no sé qué de horrible. Aquella atroz piedad de avaro, que despertaba mil placeres en el corazón del viejo tonelero, era para Nanon su colmo de felicidad. ¿Quién no diría también: «¡Pobre Nanon!»? Dios reconocerá a sus ángeles por las inflexiones de sus voces y sus misteriosas quejas. Había en Saumur un gran número de hogares donde los criados eran mejor tratados, pero donde los amos no recibían por eso mayores satisfacciones. De ahí esa otra frase: «¿Qué le dan los Grandet a su gran Nanon para que les sea tan fiel? ¡Caminaría sobre brasas por ellos!». Su cocina, cuyas enrejadas ventanas daban al patio, siempre estaba limpia, ordenada y fría, una auténtica cocina de avaro en la que nada debe perderse. Cuando Nanon había lavado la vajilla, guardado los restos de la cena y apagado la lumbre, dejaba su cocina, separada de la sala por un pasillo, y se iba a hilar cáñamo al lado de sus amas. Una sola candela bastaba a la familia para la velada. La criada se acostaba al final de aquel pasillo, en un cuchitril iluminado por un ventanuco que daba a otra propiedad. Su robusta salud le permitía habitar impunemente aquella especie de agujero, desde donde podía oír el menor ruido por el profundo silencio que reinaba noche y día en la casa. Como un dogo al servicio de la policía, sólo debía dormir con el oído alerta y descansar vigilando.

La descripción de las restantes partes de la vivienda se encontrará unida a los acontecimientos de esta historia; pero el croquis de la sala donde resplandecía todo el lujo del hogar permite sospechar de antemano la desnudez de los pisos superiores.

En 1819, cuando iniciaba la velada un día de mediados de noviembre, la gran Nanon encendió fuego por primera vez. El otoño había sido muy hermoso. Aquél era un día de fiesta bien conocido por los cruchotinos y los grassinistas. Los seis contendientes se preparaban para acudir con todas sus armas a fin de encontrarse en la sala y competir en pruebas de amistad. Esa mañana todo Saumur había visto a la señora y a la señorita Grandet, acompañadas de Nanon, dirigirse a la iglesia parroquial para oír misa<sup>31</sup>, y cada uno recordó entonces que ese día era el aniversario del nacimiento de la señorita Eugenia. Por eso, calculando la hora a que debía de terminar el almuerzo, maese Cruchot, el abate Cruchot y el señor C. de Bonfons se daban prisa para llegar antes que los des Grassins para felicitar a la señorita Grandet. Los tres llevaban enormes ramos de flores cogidas en sus pequeños invernaderos. Los tallos de las flores que el presidente quería presentar estaban ingeniosamente envueltos en una cinta de raso blanco adornada con cenefas de oro. Por la mañana, el señor Grandet, siguiendo su costumbre de los

días memorables del nacimiento y del santo de Eugenia, había ido a sorprenderla en la cama y le había ofrecido solemnemente su regalo paterno, consistente, desde hacía trece años, en una curiosa moneda de oro. La señora Grandet solía regalar a su hija un vestido de invierno o de verano, según la circunstancia. Estos dos vestidos, las monedas de oro que recogía el día de Año Nuevo y del santo de su padre, constituían para ella una pequeña renta de unos cien escudos, que Grandet se complacía en verle acumular. ¿No era pasar su dinero de una caja a otra y, por así decir, cultivar con mimo la avaricia de su heredera, a la que de vez en cuando pedía cuenta de su tesoro, incrementado en el pasado por los La Bertellière, diciéndole: «Ésa será tu docena de boda»? La *docena* es una antigua costumbre aún en vigor y santamente conservada en algunas regiones del centro de Francia: en Berry, en Anjou, cuando una muchacha se casa, su familia, o la de su esposo, debe darle una bolsa donde se encuentran, según las fortunas, doce monedas o doce docenas de monedas o doce centenares de monedas de plata o de oro. La más pobre de las pastoras no se casaría sin su docena, aunque sólo estuviera compuesta de perras gordas. En Issoudun todavía se habla de no sé qué docena ofrecida a una rica heredera y que contenía ciento cuarenta y cuatro portuguesas de oro. El papa Clemente VIII, tío de Catalina de Médicis, le regaló, al casarla con Enrique II, una docena de antiguas medallas de oro del mayor valor. Durante la comida, el padre, muy feliz de ver a su Eugenia más hermosa con un vestido nuevo, había exclamado:

–Ya que es el cumpleaños de Eugenia, ¡encendamos el fuego! Será de buen augurio.

–La señorita se casará este año, seguro –dijo la gran Nanon cuando se llevaba los restos de una oca, ese faisán de los toneleros.

–No veo ningún partido para ella en Saumur –respondió la señora Grandet mirando a su marido con un aire tímido que, dada su edad, anunciaba la total servidumbre conyugal bajo la que gemía la pobre mujer.

Grandet contempló a su hija y exclamó en tono alegre:

–Hoy cumple veintitrés años la niña, habrá que ocuparse pronto de ella.

Eugenia y su madre se lanzaron en silencio una mirada de inteligencia.

La señora Grandet era una mujer seca y flaca, amarilla como un membrillo, torpe, lenta, una de esas mujeres que parecen hechas para ser tiranizadas. Tenía los huesos grandes, la nariz grande, la frente grande, los ojos grandes, y ofrecía, a primera vista, un vago parecido con esas frutas acorchadas que ya no tienen sabor ni jugo. Sus dientes eran negros y ralos, tenía la boca arrugada, y su barbilla afectaba esa forma que llaman prominente. Era una mujer excelente, una auténtica La Bertellière. El abate Cruchot sabía encontrar algunas ocasiones para decirle que no había sido demasiado fea, y ella lo creía. Una dulzura angelical, una resignación de insecto atormentado por los niños, una devoción poco frecuente, una inalterable serenidad de ánimo y un buen corazón hacían que fuera universalmente compadecida y respetada. Su marido nunca le daba más de seis francos a la vez para sus pequeños gastos. Aunque ridícula en apariencia, aquella mujer que, con su dote y herencias, había aportado a papá Grandet más de

trescientos mil francos, siempre se había sentido tan profundamente humillada por una dependencia de un ilotismo contra el que la dulzura de su alma le prohibía revolversse, que nunca había pedido un céntimo ni hecho la menor observación sobre las actas que maese Cruchot le ponía a la firma. Esta altivez estúpida y secreta, esa nobleza de alma constantemente ignorada y herida por Grandet dominaban la conducta de la esposa. La señora Grandet llevaba invariablemente un vestido de levantina verdosa que se había acostumbrado a hacer durar cerca de un año; usaba una gran pañoleta de cotonada blanca, un sombrero de paja cosida y casi siempre se ponía un delantal de tafetán negro. Como salía poco de casa, apenas gastaba zapatos. En fin, nunca quería nada para ella. Por eso Grandet, presa a veces de un remordimiento al recordar el largo tiempo transcurrido desde el día en que había dado seis francos a su mujer, siempre estipulaba una cantidad como regalo para ella cuando vendía sus cosechas del año. Los cuatro o cinco luises ofrecidos por el holandés o el belga<sup>32</sup> que compraba la vendimia Grandet formaban lo más claro de las rentas anuales de la señora Grandet. Pero cuando había recibido sus cinco luises, su marido le decía a menudo, como si la bolsa fuera común: «¿Tienes un poco de dinero suelto para prestarme?». Y la pobre mujer, feliz de poder hacer algo por un hombre que su confesor le presentaba como su señor y dueño, le devolvía, a lo largo del invierno, algunos escudos del dinero recibido como regalo. Cuando Grandet sacaba de su bolsillo la moneda de cien *sous* asignada mensualmente para los pequeños gastos, el hilo, las agujas y el atavío de su hija, nunca dejaba de decir a su mujer, después de haberse abrochado la faltriguera:

–Y tú, madre, ¿quieres alguna cosa?

–Amigo mío –respondía la señora Grandet animada por un sentimiento de dignidad maternal–, ya veremos.

¡Sublimidad perdida! Grandet se creía muy generoso con su mujer. Los filósofos que conocen a criaturas como Nanon, como la señora Grandet, como Eugenia, ¿no tienen derecho a pensar que la ironía es el fondo del carácter de la Providencia? Después de esa comida en la que, por primera vez, se trató del matrimonio de Eugenia, Nanon fue a buscar una botella de casis al cuarto del señor Grandet, y a punto estuvo de caerse al bajar.

–¡Animal! –le gritó su amo–, ¿es que también tú vas a caerte como cualquier otra?

–Señor, es el peldaño de la escalera, que está suelto.

–Tiene razón –dijo la señora Grandet–. Hace mucho que habría debido usted mandar arreglarlo. Ayer mismo Eugenia estuvo a punto de torcerse el pie.

–Vaya –dijo Grandet a Nanon al verla tan pálida–, como es el cumpleaños de Eugenia y has estado a punto de caerte, tómate un vasito de casis para reponerte.

–A fe que me lo he ganado –dijo Nanon–. En mi lugar, muchas habrían roto la botella, pero yo antes me habría roto el codo para sostenerla en el aire.

–¡Esta pobre Nanon! –dijo Grandet sirviéndole el casis.

–¿Te has hecho daño? –le dijo Eugenia mirándola con interés.

–No, porque he aguantado con los riñones.

–Bueno, como es el cumpleaños de Eugenia –dijo Grandet–, os arreglaré ese escalón. Es que no sabéis poner el pie en la esquina, en el sitio en que aún es sólido.

Grandet cogió la candela, dejó a su mujer, a su hija y a su sirvienta sin más luz que la del hogar que despedía vivas llamas, y se fue al horno en busca de tablas, clavos y herramientas.

–¿Quiere que le ayude? –le gritó Nanon al oírle golpear en la escalera.

–¡No, no!, me las apaño solo –respondió el antiguo tonelero.

En el momento en que Grandet arreglaba en persona su carcomida escalera y silbaba con todas sus fuerzas recordando sus años mozos, los tres Cruchot llamaron a la puerta.

–¿Es usted, señor Cruchot? –preguntó Nanon mirando por la rejilla.

–Sí –respondió el presidente.

Nanon abrió la puerta y el resplandor del hogar, que se reflejaba bajo la bóveda, permitió a los tres Cruchot distinguir la entrada de la sala.

–¡Ah, vienen a la fiesta! –les dijo Nanon al oler las flores.

–Discúlpenme, señores –gritó Grandet al reconocer la voz de sus amigos–, ¡ya estoy con ustedes! No soy nada orgulloso y por eso yo mismo arreglo un peldaño de mi escalera.

–Siga, siga usted, señor Grandet, *todo carbonero es alcalde en su casa*<sup>33</sup> –dijo en tono sentencioso el presidente riéndose él solo de su alusión, que nadie comprendió.

La señora y la señorita Grandet se levantaron. Aprovechando la oscuridad, el presidente le dijo entonces a Eugenia:

–¿Me permite, señorita, desearle, hoy que acaba de nacer, que cumpla usted muchos años con la felicidad y la salud de que ahora disfruta?

Y le presentó un gran ramo de flores raras en Saumur; luego, cogiendo a la heredera por los codos, la besó a ambos lados del cuello con una complacencia que hizo sentir vergüenza a Eugenia. El presidente, que parecía un gran clavo herrumbroso, pensaba que así le hacía la corte.

–No se molesten –dijo Grandet entrando–. ¡Cómo las gasta usted los días de fiesta, señor presidente!

–Tratándose de la señorita –respondió el abate Cruchot armado de su ramo de flores–, todos los días serían de fiesta para mi sobrino.

El abate besó la mano de Eugenia. En cuanto a maese Cruchot, se limitó a besar a la joven en las dos mejillas y dijo:

–¡Cómo vamos creciendo! Todos los años doce meses.

Al colocar de nuevo la luz delante del péndulo, Grandet, que nunca abandonaba una broma y la repetía hasta la saciedad cuando le parecía divertida, dijo:

–Ya que es el cumpleaños de Eugenia, ¡encendamos las antorchas!

Quitó cuidadosamente los brazos de los candelabros, puso la arandela en cada pedestal, cogió de las manos de Nanon una candela nueva enrollada en un trozo de papel, la metió en el agujero, la aseguró, la encendió y fue a sentarse al lado de su mujer, mirando alternativamente a sus amigos, a su hija y las dos candelas. El

abate Cruchot, un hombrecillo rollizo, regordete, con una peluca rojiza y aplanada, con cara de vieja juguetona, dijo adelantando sus pies bien calzados en unos fuertes zapatos con hebillas de plata:

-¿No han venido los des Grassins?

-Todavía no -dijo Grandet.

-Pero ¿vendrán? -preguntó el viejo notario haciendo una mueca con su cara agujereada como una espumadera.

-Eso creo -respondió la señora Grandet.

-¿Ha terminado ya sus vendimias? -preguntó el presidente de Bonfons a Grandet.

-¡En todas partes! -respondió el viejo vinatero levantándose para pasear de un lado a otro de la sala e hinchando el tórax con un movimiento lleno de orgullo, lo mismo que su frase «¡En todas partes!».

Por la puerta del pasillo que iba a la cocina vio entonces a la gran Nanon, sentada junto a su lumbre, con una luz y dispuesta a hilar allí y a no mezclarse en la fiesta.

-Nanon -le dijo avanzando por el pasillo-, ¿quieres apagar tu fuego y tu luz y venir con nosotros? ¡Pardiez!, la sala es bastante grande para todos.

-Pero, señor, va a tener usted visitas.

-¿No vales tú tanto como ellos? Han salido de la costilla de Adán igual que tú.

Grandet se volvió hacia el presidente y le dijo:

-¿Ha vendido la cosecha?

-No, a fe que no, me quedo con ella. Si ahora el vino es bueno, dentro de dos años será mejor. Como usted sabe, los propietarios se han juramentado para mantener los precios convenidos, y este año los belgas no han de poder más que nosotros. Si se van, que se vayan, ya volverán.

-Sí, pero hemos de aguantar -dijo Grandet en un tono que hizo estremecerse al presidente.

«¿Estará preparando algún trato?», pensó Cruchot.

En ese momento, un aldabonazo anunció a la familia des Grassins, y su llegada interrumpió una conversación iniciada entre la señora Grandet y el abate.

La señora des Grassins era una de esas mujercitas vivas, rollizas, blancas y rosadas que, gracias al régimen claustral de las provincias y a los hábitos de una vida virtuosa, se han conservado jóvenes todavía a los cuarenta años. Son como esas últimas rosas de otoño cuya vista agrada, pero cuyos pétalos tienen no sé qué frialdad y cuyo perfume se debilita. Vestía bastante bien, encargaba sus modelos a París, marcaba el tono en la ciudad de Saumur y celebraba veladas en su casa. Su marido, antiguo *quartier-mâitre*<sup>34</sup> de marina de la Guardia imperial, gravemente herido en Austerlitz y retirado, conservaba, pese a su consideración por Grandet, la aparente franqueza de los militares.

-Buenos días, Grandet -dijo al vinatero tendiéndole la mano y afectando una especie de superioridad bajo la que siempre aplastaba a los Cruchot.

-Señorita -le dijo a Eugenia después de haber saludado a la señora Grandet-, usted siempre tan bella y tan discreta que, en verdad, no sé qué se le puede desear.

Luego presentó una cajita que traía su criado y que contenía un brezo de El Cabo,

flor recién llegada a Europa y muy rara.

La señora des Grassins besó muy afectuosamente a Eugenia, le estrechó la mano y le dijo:

–Adolphe se ha encargado de ofrecerle mi pequeño recuerdo.

Un joven alto, rubio, pálido y endeble, de muy buenos modales, tímido en apariencia pero que acababa de gastar en París, donde había ido a estudiar Derecho, ocho o diez mil francos además de su pensión, avanzó hacia Eugenia, la besó en ambas mejillas y le ofreció un costurero cuyos utensilios todos eran de plata sobredorada, verdadera mercancía de pacotilla a pesar del escudo, sobre el que una G. y una E. góticas bastante bien grabadas podían hacer pensar en una obra de mucha calidad. Al abrirlo, Eugenia sintió una de esas alegrías inesperadas y completas que hacen sonrojarse, estremecerse y temblar de gusto a las jóvenes. Volvió los ojos hacia su padre, como para saber si le estaba permitido aceptar, y el señor Grandet dijo un «Cógelo, hija mía» cuyo acento hubiera consagrado a un actor. Los tres Cruchot quedaron estupefactos al ver la mirada alegre y animada que sobre Adolphe des Grassins lanzó la heredera, a quien semejantes riquezas parecieron inauditas. El señor des Grassins ofreció a Grandet una toma de rapé, se sirvió otra, se sacudió los granos caídos sobre la cinta de la Legión de Honor sujeta al ojal de su levita azul, luego miró a los Cruchot con un aire que parecía decir: «¡A ver si me paráis esta estocada!». La señora des Grassins dirigió sus ojos hacia los jarrones azules donde estaban los ramos de los Cruchot, buscando sus regalos con la fingida buena fe de una mujer burlona. En aquella delicada coyuntura, el abate Cruchot dejó que el grupo se sentara en círculo ante el fuego y fue a pasearse por el fondo de la sala con Grandet. Cuando estos dos viejos estuvieron en el hueco de la ventana más alejada de los Grassins, dijo el cura al oído del avaro:

–Esta gente tira el dinero por la ventana.

–¿Y qué importa si viene a parar a mi bodega? –replicó el vinatero.

–Si usted quisiera regalar a su hija unas tijeras de oro, no le faltarían medios –dijo el abate.

–Le he dado algo mejor que unas tijeras –respondió Grandet.

«Mi sobrino es un alma de cántaro<sup>35</sup>», pensó el abate mirando al presidente, cuyos desgreñados cabellos acentuaban más aún la escasa gracia de su fisonomía morena. «¿No podía haber buscado alguna tontería de algún valor?»

–¿Empezamos la partida, señora Grandet? –dijo la señora des Grassins.

–Ya que nos hemos reunido todos, podemos formar dos mesas...

–Como es el cumpleaños de Eugenia, puede hacer usted su lotería general –dijo papá Grandet–, y así podrán jugar estos dos niños.

El viejo tonelero, que jamás jugaba a nada, señaló a su hija y a Adolphe.

–Vamos, Nanon, pon las mesas.

–Nosotras la ayudaremos, señorita Nanon –dijo animadamente la señora des Grassins, muy contenta por la alegría que había causado en Eugenia.

–En toda mi vida he estado tan contenta –le dijo la heredera–. Nunca he visto nada tan bonito en ninguna parte.

–Ha sido Adolphe quien lo ha traído de París y quien lo ha elegido –le dijo la

señora des Grassins al oído.

«Sigue, sigue con tus planes, condenada intrigante», se decía el presidente; «como tú o tu marido tengáis alguna vez un pleito, nunca lo ganaréis».

El notario, sentado en su rincón, miraba al abate con aire tranquilo diciéndose: «Por mucho que hagan los des Grassins, mi fortuna, la de mi hermano y la de mi sobrino ascienden en total a un millón cien mil francos. Los des Grassins tienen como mucho la mitad, y además una hija: ¡que ofrezcan lo que quieran! Heredera y regalos, un día todo será para nosotros».

A las ocho y media de la noche estaban preparadas las dos mesas. La alegre señora des Grassins había conseguido colocar a su hijo al lado de Eugenia. Los actores de esta escena llena de interés, aunque vulgar en apariencia, provistos de abigarrados cartones numerados y de fichas de vidrio azul, parecían escuchar las bromas del viejo notario, que no sacaba ningún número sin hacer alguna observación; pero todos pensaban en los millones del señor Grandet. El viejo tonelero contemplaba vanidosamente las plumas rosa, el aspecto lozano de la señora des Grassins, la marcial cabeza del banquero, la de Adolphe, al presidente, al abad y al notario, y se decía para sus adentros: «Están aquí por mis escudos. Vienen a aburrirse aquí por mi hija. ¡Ja! Mi hija no será ni para unos ni para otros, y toda esta gente me sirve de anzuelos para pescar».

Aquella alegría familiar en el viejo salón gris mal iluminado por dos candelas; aquellas risas acompañadas por el ruido de la rueda de la gran Nanon, y que sólo eran sinceras en los labios de Eugenia o de su madre; aquella mezquindad unida a intereses tan grandes; aquella joven que, como esos pájaros víctimas del alto precio que les ponen y que ellos ignoran, se encontraba acorralada, agobiada por unas pruebas de amistad que la engañaban; todo contribuía a hacer la escena tristemente cómica. Mas ¿no es una escena de todos los tiempos y de todos los lugares, aunque reducida a su más simple expresión? El rostro de Grandet, explotando el falso afecto de las dos familias y sacando de él enormes beneficios, dominaba este drama y lo esclarecía. ¿No era el único dios moderno en el que se tiene fe, el Dinero en todo su poder, expresado por una sola fisonomía? Los dulces sentimientos de la vida no ocupaban allí más que un lugar secundario, animaban tres corazones puros, los de Nanon, Eugenia y su madre. ¡Pero cuánta ignorancia no había en su ingenuidad! Eugenia y su madre no sabían nada de la fortuna de Grandet, sólo estimaban las cosas de la vida a la luz de sus pálidas ideas, y no apreciaban ni despreciaban el dinero, acostumbradas como estaban a carecer de él. Sus sentimientos, heridos sin que ellas mismas lo supieran, pero vivaces, y lo secreto de su existencia, las convertían en excepciones curiosas en aquella reunión de personas cuya vida era puramente material. ¡Horrible condición del hombre! No hay una sola de sus dichas que no provenga de una ignorancia. En el momento en que la señora Grandet ganaba un premio de dieciséis *sous*, el mayor que nunca se había apostado en aquella sala, y cuando la gran Nanon reía de contento al ver a su señora embolsarse la cuantiosa suma, un aldabonazo resonó en la puerta de la casa y produjo tal ruido que las mujeres dieron un brinco en sus sillas.

–No es una persona de Saumur la que llama de ese modo –dijo el notario.

–¡Vaya una forma de llamar! –dijo Nanon–. ¿Quieren echarnos la puerta abajo?

–¿Qué diablos es eso? –exclamó Grandet.

Nanon cogió una de las dos candelas y fue a abrir, acompañada por Grandet.

–Grandet, Grandet –exclamó su mujer, que, impulsada por un vago sentimiento de miedo, se lanzó hacia la puerta de la sala.

Todos los jugadores se miraron.

–¿Y si fuéramos nosotros también? –dijo el señor des Grassins–. Ese aldabonazo no me da buena espina.

El señor des Grassins apenas pudo distinguir el rostro de un hombre joven acompañado por el mozo de las Mensajerías, que llevaba dos maletas enormes y arrastraba dos bolsas de mano. Grandet se volvió bruscamente hacia su esposa y le dijo:

–Señora Grandet, siga con su lotería. Deje que yo me las arregle con el caballero.

Luego cerró enérgicamente la puerta de la sala, donde los agitados jugadores ocuparon de nuevo sus sitios, pero sin continuar el juego.

–¿Es alguien de Saumur, señor des Grassins? –le dijo su mujer.

–No, es un viajero.

–Sólo puede venir de París. En efecto –dijo el notario sacando su viejo reloj de dos dedos de grueso y que parecía un barco holandés–. Son las *nueffe*. ¡Diablos!, la diligencia del Grand Bureau nunca se retrasa.

–¿Y es joven el señor? –preguntó el abate Cruchot.

–Sí –respondió el señor des Grassins–. Trae un equipaje que debe de pesar trescientos quilos por lo menos.

–Nanon no vuelve –dijo Eugenia.

–Sólo puede ser algún pariente de ustedes –dijo el presidente.

–Hagamos las puestas –exclamó con dulzura la señora Grandet–. Por su voz he visto que el señor Grandet estaba contrariado, quizá no le agrade ver que hablamos de sus asuntos.

–Señorita –dijo Adolphe a su vecina–, sin duda será su primo Grandet, un joven muy apuesto al que vi en el baile del señor de Nucingen<sup>36</sup>.

Adolphe no siguió hablando, su madre le había dado un pisotón; luego, tras pedirle en voz alta dos *sous* para hacer su puesta, le dijo al oído:

–¿Quieres callarte, grandísimo idiota?

En ese momento volvió Grandet sin la gran Nanon, cuyo paso y el del mozo resonaron en las escaleras; lo seguía el viajero, que desde hacía unos instantes excitaba tanto la curiosidad y preocupaba tan vivamente las imaginaciones que su llegada a aquella casa y su irrupción en medio de aquel mundo podía compararse a la de un caracol en una colmena, o a la introducción de un pavo real en algún oscuro corral de aldea.

–Siéntese junto al fuego –le dijo Grandet.

Antes de sentarse, el joven forastero saludó con mucha gracia a la reunión. Los hombres se levantaron para responder con una inclinación cortés, y las mujeres hicieron una ceremoniosa reverencia.

–Tendrá usted frío sin duda, señor –dijo la señora Grandet–. Acaso llega usted

de...

–¡Así son las mujeres! –dijo el viejo vinatero abandonando la lectura de una carta que tenía en la mano–, dejen al señor que descanse.

–Pero, padre, el señor quizá necesite algo –dijo Eugenia.

–Tiene lengua –respondió con severidad el vinatero.

El desconocido fue el único a quien sorprendió aquella escena. Los demás estaban acostumbrados a los modales despóticos de aquel hombre. Sin embargo, una vez que aquellas dos preguntas y sus respuestas se cruzaron, el desconocido se incorporó, ofreció la espalda al fuego, levantó uno de sus pies para calentar la suela de sus botas y le dijo a Eugenia:

–Prima, se lo agradezco, he cenado en Tours. Y –añadió mirando a Grandet– no necesito nada, ni siquiera estoy cansado.

–¿Viene el señor de la capital? –preguntó la señora des Grassins.

El señor Charles, que así se llamaba el hijo del señor Grandet de París, al oír que se dirigían a él, cogió un pequeño monóculo colgado del cuello por una cadena, lo aplicó a su ojo derecho para examinar tanto lo que había sobre la mesa como a las personas a ella sentadas, miró de manera muy impertinente a la señora des Grassins y le dijo tras haber visto todo:

–Sí, señora. Veo, tía, que están jugando ustedes a la lotería, se lo ruego, sigan con su juego, es demasiado divertido para dejarlo.

«Estaba segura de que era el primo», pensaba la señora des Grassins mirándolo a hurtadillas.

–Cuarenta y siete –gritó el viejo abate–. Marque usted, señora des Grassins, ¿no es su número?

El señor des Grassins puso una ficha sobre el cartón de su mujer, quien, asaltada por tristes presentimientos, observaba alternativamente al primo de París y a Eugenia, sin preocuparse por la lotería. La joven heredera lanzó de vez en cuando furtivas miradas a su primo, y a la mujer del banquero no le costó mucho descubrir en ellas un *crescendo* de asombro o de curiosidad<sup>37</sup>.

El señor Charles Grandet, apuesto joven de veintidós años, hacía en ese momento un singular contraste con los buenos provincianos, a quienes ya empezaban a irritar bastante sus modales aristocráticos, y al que todos estudiaban para burlarse de él. Esto requiere una explicación. A los veintidós años, los jóvenes están lo bastante cerca de la infancia todavía como para dejarse llevar por chiquilladas. Quizá por eso, de cien jóvenes que se hubieran encontrado en la situación de Charles Grandet, noventa y nueve se habrían comportado como él. Pocos días antes de aquella velada, su padre le había dicho que fuera a pasar unos meses a casa de su hermano de Saumur. Quizá el señor Grandet de París pensaba en Eugenia. Charles, que recalaba en provincias por primera vez, tuvo la idea de presentarse con la superioridad de un joven a la moda, de deslumbrar al distrito con su lujo, de hacer época e importar allí las invenciones de la vida parisiense. En resumen, para decirlo en una frase, quería pasar en Saumur cepillándose las uñas más tiempo que en París y afectar en el cuidado de su persona un rebuscamiento excesivo del que a veces prescinde un joven elegante con un abandono no exento

de gracia. Así pues, Charles se llevó su traje de caza más bonito, el más bonito fusil, el más bonito cuchillo, la más bonita vaina de París. Se llevó su colección de chalecos de fantasía: los había grises, blancos, negros, de color escarabajo, con reflejos dorados, con lentejuelas, de chiné, reversibles, de solapas abiertas sobre el pecho o de cuello alto, de cuello vuelto y abotonados hasta arriba con botones de oro. Se llevó todas las variedades de cuellos y corbatas de moda en esa época. Se llevó dos fracs de Buisson<sup>38</sup>, y su ropa interior más fina. Se llevó su neceser de oro, regalo de su madre. Y se llevó sus perifollos de dandy, sin olvidar una fascinante escribanía, regalo de la más amable de las mujeres, al menos para él, una gran dama a la que él llamaba Annette y que estaba haciendo un viaje marital y aburrido por Escocia, víctima de ciertas sospechas a las que era necesario sacrificar momentáneamente su dicha; y además gran cantidad de un precioso papel para escribirle una carta cada quince días. En fin, su equipaje consistía en un cargamento de fruslerías parisienses lo más completo posible, donde, desde la fusta que sirve para empezar un duelo hasta las bellas pistolas cinceladas que lo terminan, había todos los instrumentos de labranza de que se sirve un joven ocioso para labrar su vida. Como su padre le había recomendado viajar solo y modestamente, había ido en el cupé de la diligencia reservado sólo para él, bastante satisfecho de no perderse un delicioso coche de viaje encargado para ir al encuentro de su Annette, la gran dama que..., etc., con la que debía reunirse el próximo junio en las aguas de Baden. Charles esperaba encontrar cien personas en casa de su tío, practicar la caza de montería en los bosques de éste, y hacer, en fin, vida de castillo; no creía que lo encontraría en Saumur, donde sólo quiso preguntar por el camino de Froidfond; pero, al saber que su tío estaba en la ciudad, pensó que lo encontraría en una gran mansión. Para presentarse convenientemente en casa de Grandet, bien en Saumur, bien en Froidfond, se había puesto la ropa de viaje más elegante, la más sencillamente rebuscada, la más adorable, para emplear el término que en aquella época resumía las perfecciones especiales de una cosa o de una persona. En Tours, un peluquero acababa de rizarle sus hermosos cabellos castaños; allí se había cambiado de ropa interior y se había puesto una corbata de raso negro combinada con un cuello redondo, de forma que enmarcase de modo agradable su blanco y risueño rostro. Una levita de viaje abotonada a medias le ceñía el talle y dejaba ver un chaleco de cachemira con amplias solapas bajo el que había un segundo chaleco blanco. Su reloj, negligentemente abandonado al azar en un bolsillo, estaba unido por una corta cadena de oro a uno de sus ojales. Su pantalón gris se abrochaba en los costados, donde unos dibujos bordados en seda negra engalanaban las costuras. Movía con soltura un bastón cuyo puño de oro labrado no alteraba la tersura de sus guantes grises. Su gorra, por último, era de un gusto exquisito. Sólo un parisiense, y un parisiense de la esfera más alta, podía componerse así sin parecer ridículo y dar una armonía de fatuidad a todas aquellas tonterías, manteniendo además un porte arrogante, el porte de un joven que tiene hermosas pistolas, buena puntería y a una Annette. Si ahora el lector quiere comprender bien la respectiva sorpresa de los habitantes de Saumur y del joven parisiense, ver con toda claridad el vivo resplandor que la elegancia del viajero

lanzaba en medio de las sombras grises de aquella sala y de las figuras que componían el cuadro familiar, ha de intentar imaginarse a los Cruchot. Los tres tomaban rapé, y desde hacía un buen rato no se preocupaban de evitar que se les cayese el moquillo<sup>39</sup>, ni las pequeñas motitas negras que salpicaban la chorrera de sus camisas rojizas, de cuellos abarquillados y pliegues amarillentos. Sus corbatas blandas se enrollaban como cuerdas en cuanto se las sujetaban al cuello. La enorme cantidad de ropa blanca que tenían y que les permitía no hacer la colada más que cada seis meses y guardarla en el fondo de sus armarios, dejaba que el tiempo imprimiese sobre ella sus tintes grises y envejecidos. Se daba en ellos una perfecta armonía de mal gusto y de senilidad. Sus rostros, tan ajados como lo estaban sus raídos trajes, tan arrugados como sus pantalones, parecían consumidos, apergaminados, y hacían muecas. El desaliño general del resto de sus trajes, todos incompletos, sin tersura, como suele ser la ropa en provincias, donde insensiblemente llegan a no arreglarse unos para otros y a escatimar en el precio de un par de guantes, concordaba con la desidia de los Cruchot. El horror por la moda era el único punto en el que grassinistas y cruchotinos se entendían a la perfección. Cuando el parisiense se colocaba su monóculo para examinar los singulares accesorios de la sala, las vigas del techo, el tono de las maderas o los puntos que las moscas habían dejado en ellos, y cuyo número habría bastado para puntuar *L'Encyclopédie méthodique* y *Le Moniteur* <sup>40</sup>, los jugadores de lotería levantaban la nariz al instante y lo contemplaban con la misma curiosidad que habrían manifestado por una jirafa<sup>41</sup>. El señor des Grassins y su hijo, a quienes la figura de un hombre a la moda no les era desconocida, se sumaron sin embargo al asombro de sus vecinos, fuera porque experimentasen la indefinible influencia de un sentimiento general, fuera porque lo aprobasen diciendo a sus vecinos con miradas llenas de ironía: «Así son *los* de París». Además, todos podían contemplar a Charles a su antojo, sin temor a desagradar al dueño de la casa. Grandet estaba absorto en la larga carta que tenía en las manos, y para leerla había cogido la única vela que había en la mesa, sin preocuparse de sus invitados ni de su diversión. Eugenia, a quien semejante tipo de perfección, tanto en el porte como en la persona, le era completamente desconocido, creyó ver en su primo una criatura descendida de alguna región seráfica. Respiraba con fruición los perfumes que exhalaba aquella cabellera tan brillante y rizada con tanta gracia. Hubiera querido poder tocar la piel blanca de aquellos guantes tan bonitos y tan finos. Envidiaba las pequeñas manos de Charles, su tez, su tersura y la delicadeza de sus rasgos. En fin, si esa imagen puede resumir las impresiones que el elegante joven produjo en una ignorante muchacha ocupada sin tregua en zurcir medias y remendar la ropa de su padre, y cuya vida había transcurrido bajo aquellos mugrientos artesonados sin ver en aquella calle silenciosa más de un transeúnte por hora, la vista de su primo hizo brotar en su corazón las emociones de delicada voluptuosidad que causan en un joven las fantásticas figuras de mujeres dibujadas por Westall<sup>42</sup> en los *Keepsake* ingleses y grabadas por los Finden<sup>43</sup> con un buril tan hábil que, al soplar sobre la vitela, se teme hacer volar esas apariciones celestiales. Charles sacó de su bolsillo un pañuelo bordado por la gran dama que viajaba por Escocia.

Viendo aquella hermosa labor amorosamente hecha durante las horas perdidas para el amor, Eugenia miró a su primo para saber si iba realmente a utilizarlo. Los modales de Charles, sus gestos, el modo de manejar el monóculo, su afectada impertinencia, su desprecio por el estuche que acababa de causar tanto placer a la rica heredera y que, evidentemente, él encontraba sin valor o ridículo, en fin, todo aquello que chocaba a los Cruchot y a los des Grassins le gustaba tanto que antes de dormirse debió de soñar mucho tiempo con aquel fénix de los primos.

Los números se iban sacando muy lentamente, pero pronto abandonaron la lotería. La gran Nanon entró diciendo en voz muy alta:

–Señora, va a tener que darme sábanas para hacerle la cama al señor.

La señora Grandet siguió a Nanon. La señora des Grassins dijo entonces en voz baja:

–Guardemos nuestros *sous* y dejemos la lotería.

Cada cual recuperó sus dos *sous* del viejo platillo desportillado donde los había depositado. Luego la concurrencia se desplazó en masa y se acercó hacia el fuego.

–¿Ya han terminado ustedes? –dijo Grandet sin dejar su carta.

–Sí, sí –respondió la señora des Grassins yendo a situarse junto a Charles.

Eugenia, movida por uno de esos pensamientos que nacen en el corazón de las jóvenes cuando un sentimiento se aloja por primera vez en él, dejó la sala para ir a ayudar a su madre y a Nanon. De haber sido interrogada por un confesor hábil, sin duda le hubiera confesado que no pensaba ni en su madre ni en Nanon, sino que estaba agitada por un punzante deseo de inspeccionar la habitación de su primo, para poner en ella cualquier cosa, para evitar algún olvido, para preverlo todo a fin de dejarla en la medida de lo posible elegante y limpia. Eugenia ya se creía la única capaz de comprender los gustos y las ideas de su primo. En efecto, llegó en el momento oportuno para demostrar a su madre y a Nanon, que volvían pensando que todo estaba hecho, que todo estaba por hacer. Ella dio a la gran Nanon la idea de calentar las sábanas con la brasa del fuego; ella misma cubrió la vieja mesa con un tapete, y recomendó mucho a Nanon que cambiase el tapete todas las mañanas. Convenció a su madre de la necesidad de encender un buen fuego en la chimenea, y convenció a Nanon para que, sin decir nada a su padre, subiese un buen montón de leña al pasillo. Corrió a buscar en una de las rinconeras de la sala una bandeja de antigua laca que provenía de la herencia del viejo señor de La Bertellière; cogió también de allí un vaso de cristal de seis caras, una cucharilla desdorada, un jarrón antiguo con amorcillos grabados, y puso triunfalmente todo en un rincón de la chimenea. En su cabeza habían surgido más ideas en un cuarto de hora de las que había tenido desde que estaba en el mundo.

–Mamá –dijo–, mi primo no soportará nunca el olor de una vela de sebo. ¿Y si compráramos una bujía?

Y ligera como un pájaro fue a sacar de su bolsa el escudo de cien *sous* que había recibido para sus gastos del mes.

–Toma, Nanon –le dijo–, ve corriendo.

–Pero ¿qué dirá tu padre?

Esta terrible objeción fue planteada por la señora Grandet al ver a su hija armada

con un azucarero antiguo de Sèvres traído del castillo de Froidfond por Grandet.

–¿Y de dónde sacarás el azúcar? ¿Estás loca?

–Mamá, Nanon comprará tanto el azúcar como la bujía.

–¿Y tu padre?

–¿Sería decente que su sobrino no pudiera beber un vaso de agua azucarada?

Además, no se dará cuenta.

–Tu padre lo ve todo –dijo la señora Grandet moviendo la cabeza.

Nanon dudaba, conocía a su amo.

–¡Pero vete de una vez, Nanon, que es mi cumpleaños!

Nanon dejó escapar una carcajada al oír la primera broma que su joven ama hubiera hecho en su vida, y obedeció. Mientras Eugenia y su madre se esforzaban por embellecer la habitación destinada por el señor Grandet a su sobrino, Charles era objeto de las atenciones y carantoñas de la señora des Grassins, que le hacía arrumacos.

–Es usted muy valiente, señor –le dijo–, por dejar los placeres de la capital durante el invierno para venir a vivir en Saumur. Pero si no le damos demasiado miedo, ya verá cómo aquí también puede uno divertirse.

Le lanzó una auténtica mirada de provincias, en la que, por costumbre, las mujeres ponen tanta reserva y prudencia en sus ojos que les comunican la golosa concupiscencia particular de los eclesiásticos, a quienes todo placer parece un robo o una falta. Charles se encontraba tan fuera de lugar en aquella sala, tan lejos del vasto castillo y de la fastuosa vida que suponía a su tío que, mirando atentamente a la señora des Grassins, terminó viendo en ella una imagen medio difuminada de los personajes parisinos. Respondió con gracia a la especie de invitación que se le dirigía, y entabló con naturalidad una conversación en la que la señora des Grassins bajó gradualmente la voz para ponerla en armonía con la naturaleza de sus confidencias. En ella y en Charles había una misma necesidad de confianza. Por eso, tras algunos momentos de charla frívola y de bromas serias, la astuta provinciana pudo decirle, creyendo no ser oída por los demás, que hablaban de la venta de vinos, asunto que en aquel momento preocupaba a todo saumurense:

–Caballero, si quisiera hacernos el honor de venir a vernos, sería desde luego un gran placer tanto para mi marido como para mí. Nuestro salón es el único en Saumur donde encontrará reunidos el alto comercio y la nobleza: nosotros pertenecemos a las dos sociedades, que sólo quieren reunirse en nuestra casa porque en ella se divierten. Mi marido, y lo digo con orgullo, está bien considerado tanto por unos como por otros. Así procuraremos distraer el aburrimiento de su estancia aquí. Si se quedase en casa del señor Grandet, ¡Dios mío, qué sería de usted! Su primo es un tacaño que sólo piensa en sus mugrones, su tía es una devota que no sabe hilvanar dos ideas, y su prima es una tontita sin educación, vulgar, sin dote, y que se pasa la vida zurciendo trapos de cocina.

«Está muy bien esta mujer», se dijo para sus adentros Charles Grandet mientras respondía a los arrumacos de la señora des Grassins.

–Me parece, querida, que quieres acaparar al señor –dijo riendo el gordo y alto banquero.

A esta observación, el notario y el presidente dijeron frases más o menos maliciosas; pero el abate los miró con aire sagaz y resumió sus pensamientos tomando una pizca de tabaco y ofreciendo su tabaquera a la concurrencia:

–¿Quién mejor que la señora –dijo– podría hacer al señor los honores de Saumur?

–¡Ah! Y eso, ¿cómo lo entiende usted, señor cura?

–Lo entiendo, señor mío, en el sentido más favorable para usted, para la señora, para la ciudad de Saumur y para el caballero –añadió el taimado viejo volviéndose hacia Charles.

Sin prestarle en apariencia la menor atención, el abate Cruchot había sabido adivinar la conversación de Charles y de la señora des Grassins.

–Caballero –le dijo por fin Adolphe a Charles con un aire que habría deseado desenvuelto–, no sé si ha conservado usted algún recuerdo de mí; tuve el placer de estar frente a usted en un baile dado por el señor barón de Nucingen, y...

–Perfectamente, señor, perfectamente –respondió Charles, sorprendido al verse objeto de las atenciones de todo el mundo.

–¿El señor es hijo suyo? –preguntó a la señora des Grassins.

El cura miró maliciosamente a la madre.

–Sí, señor –dijo ella.

–Entonces en París era usted jovencísimo –repuso Charles dirigiéndose a Adolphe.

–¿Qué quiere usted, señor? –dijo el cura–, los enviamos a Babilonia tan pronto como son destetados.

La señora des Grassins interrogó al cura con una mirada de sorprendente profundidad.

–Hay que venir a provincias –siguió diciendo– para encontrar mujeres de treinta y pico de años tan lozanas como la señora, después de haber tenido hijos que pronto se licenciarán en Derecho. Todavía me parece estar viendo el día en que los jóvenes y las damas se subían a las sillas para verla danzar en el baile, señora –añadió el cura volviéndose hacia su adversaria femenina–. Para mí, sus triunfos son de ayer mismo...

«¡Malvado viejo!», se dijo para sus adentros la señora des Grassins, «¿me habrá adivinado la intención?».

«Parece que voy a tener mucho éxito en Saumur», se decía Charles mientras se desabotonaba la levita, metía la mano en el chaleco y lanzaba la mirada al infinito para imitar la pose que Chantrey dio a lord Byron<sup>44</sup>.

La falta de atención de papá Grandet, o, por decirlo mejor, la preocupación en que lo sumía la lectura de la carta, no pasó inadvertida al notario ni al presidente, que trataban de conjeturar su contenido por los imperceptibles movimientos del rostro de aquel hombre, fuertemente iluminado en ese momento por la candela. El vinatero mantenía a duras penas la calma habitual de su fisonomía. Por lo demás, cualquiera podrá imaginar la fingida serenidad de aquel hombre mientras leía la fatal carta, que decía así:

Hermano mío, pronto hará veintitrés años que no nos hemos visto. Mi boda fue la ocasión de nuestra última entrevista, tras la que nos despedimos contentos ambos. Verdad es que no podía sospechar que un día tú habrías de ser el único sostén de la familia, cuya prosperidad aplaudías entonces. Cuando tengas esta carta en tus manos, yo ya no existiré. En la situación en que me encontraba, no he querido sobrevivir a la vergüenza de una quiebra. Me he mantenido al borde del abismo hasta el último momento, siempre con la esperanza de poder salir a flote. Me veo obligado a caer. Las bancarrotas sucesivas de mi agente de cambio y de mi notario Roguin<sup>45</sup> se llevan mis últimos recursos y me dejan sin nada. Tengo el dolor de deber cerca de cuatro millones sin poder ofrecer más del veinticinco por ciento de activo. Mis vinos almacenados sufren en este momento la ruinosa baja causada por la abundancia y la calidad de vuestras cosechas. Dentro de tres días París dirá: «¡El señor Grandet era un granuja!». Y yo, hombre honrado, me acostaré envuelto en un sudario de infamia. Arrebato a mi hijo no sólo su apellido, que mancho, sino también la fortuna de su madre. Ese desdichado hijo al que idolatro no sabe nada de esto. Nos hemos despedido tiernamente. Él ignoraba, por suerte, que las últimas oleadas de mi vida se derramaban en ese adiós. ¿No me maldecirá un día? Hermano, hermano mío, la maldición de nuestros hijos es espantosa; ellos pueden apelar la nuestra, pero la suya es irrevocable. Grandet, eres mi hermano mayor, debes protegerme: ¡haz que Charles no lance ninguna palabra amarga sobre mi tumba! Hermano, si te escribiera con mi propia sangre y mis lágrimas no habría tanto dolor como el que pongo en esta carta, porque entonces lloraría, sangraría, estaría muerto y dejaría de sufrir; pero sufro y miro a la muerte con los ojos secos. ¡Ya eres el padre de Charles! Carece de parientes por el lado materno, ya sabes el motivo. ¿Por qué no obedecí a los prejuicios sociales? ¿Por qué cedí al amor? ¿Por qué me casé con la hija natural de un gran señor? Charles ya no tiene familia. ¡Desventurado hijo! ¡Hijo mío! Escucha, Grandet, no te imploro por mí; además, tus bienes quizá no son tan considerables como para soportar una hipoteca de tres millones; ¡sino por mi hijo! Sábelo bien, hermano, mis manos suplicantes se han unido pensando en ti. Grandet, te confío, al morir, a Charles. Y miro mis pistolas sin dolor cuando pienso que le servirás de padre. Charles me quería; he sido tan bueno con él que no lo contrariaba nunca: no me maldecirá. Por otro lado, verás que es bueno y cariñoso, se parece a su madre, nunca te dará un disgusto. ¡Pobre hijo! Acostumbrado a los goces del lujo, no conoce ninguna de las privaciones a las que a ti y a mí nos condenó nuestra primera miseria... Y ahí está, arruinado, solo. Sí, todos sus amigos huirán de él, y yo habré sido la causa de sus humillaciones. ¡Ay!, querría tener el brazo lo bastante fuerte para enviarlo de un solo golpe a los cielos al lado de su madre. ¡Locura! Vuelvo a mi desgracia, a la de Charles. Te lo he enviado para que le informes adecuadamente de mi muerte y de su futuro destino. Sé un padre para él, pero un buen padre. No le arranques de golpe de su vida de ocio, lo matarías. Le pido de rodillas que renuncie a los créditos que, en calidad de heredero de su madre, podría exigirme. Aunque es un ruego superfluo: tiene honor y comprenderá que no debe unirse a mis acreedores. Hazle renunciar a mi herencia en tiempo oportuno. Revélale las duras condiciones de la vida que le dejo, y, si conserva su afecto por mí, dile en mi nombre que no todo lo tiene perdido. Sí, el trabajo, que nos salvó a nosotros dos, puede devolverle la fortuna que le arrebató; y si quiere escuchar la voz de su padre, que por él querría salir un momento de la tumba, ¡que parta, que se vaya a las Indias! Hermano, Charles es un joven honrado y valeroso: proporciónale una pacotilla, pues moriría antes que no devolverte los primeros fondos que le prestes; porque se los prestarás, Grandet, en caso contrario te crearías remordimientos. ¡Ay!, si mi hijo no encontrase ayuda ni cariño en ti, yo pediría eternamente venganza a Dios por tu crueldad. Si hubiera podido salvar algunos valores estaba en perfecto derecho de entregarle una suma sobre la herencia de su madre; pero mis pagos de fin de mes habían absorbido todos mis recursos. No habría querido morir con dudas sobre el destino de mi hijo; habría querido sentir santas promesas en el calor de tu mano, que me hubiera reconfortado; pero me falta tiempo. Mientras Charles viaja, me veo obligado a hacer mi balance. Trato de probar mediante la buena fe que preside mis negocios que no hay en mis desastres ni culpa ni falta de honradez. ¿No es eso ocuparme de Charles? Adiós, hermano mío. Que todas las bendiciones de Dios caigan sobre ti por la generosa tutela que te confío, y que aceptas, no lo dudo. Siempre habrá una voz que rogará por ti en el mundo al que todos debemos ir un día, y en el que yo ya estoy.

Victor-Ange-Guillaume Grandet

–¿Están charlando ustedes? –dijo papá Grandet doblando con precisión la carta por los mismos pliegues y guardándosela en el bolsillo del chaleco.

Miró a su sobrino con un aire humilde y temeroso bajo el que ocultó sus emociones y sus cálculos.

–¿Se ha calentado usted?

–Muy bien, querido tío.

–Pero ¿dónde están nuestras mujeres? –dijo el tío olvidando ya que su sobrino dormiría en su casa.

En ese momento volvieron Eugenia y la señora Grandet.

–¿Está todo arreglado arriba? –les preguntó recobrando la calma.

–Sí, padre.

–Pues bien, sobrino, si está usted fatigado, Nanon le acompañará a su cuarto. ¡No será, desde luego, un aposento de mirliflor<sup>46</sup>!, pero seguro que sabrá excusar a unos pobres vinateros que nunca tienen un céntimo. Los impuestos nos lo llevan todo.

–No queremos ser indiscretos, Grandet –dijo el banquero–. Tendrá usted cosas de que hablar con su sobrino, y le damos las buenas noches. Hasta mañana.

Tras estas palabras, se levantó la reunión y cada cual hizo la reverencia de acuerdo con su carácter. El viejo notario fue a buscar bajo el portón su linterna y volvió a encenderla ofreciéndose a los des Grassins para acompañarlos. La señora des Grassins no había previsto el incidente que debía poner prematuro fin a la velada, y su criado no había llegado.

–¿Quiere hacerme el honor de aceptar mi brazo, señora? –dijo el abate Cruchot a la señora des Grassins.

–Gracias, señor abate. Tengo a mi hijo –respondió ésta secamente.

–Tenga en cuenta que las damas no se comprometen conmigo –dijo el abate.

–Dale el brazo al señor Cruchot –le dijo su marido.

El cura condujo a la hermosa dama con suficiente presteza para encontrarse unos pasos por delante de la cara vana.

–Está muy bien ese joven, señora –le dijo apretándole el brazo–. ¡Adiós canastas, se acabó la vendimia! Tiene usted que despedirse de la señorita Grandet, Eugenia será para el parisino. A menos que ese primo no esté enamorado de una parisiense, su hijo Adolphe va a encontrar en él al rival más...

–No se preocupe, señor cura. Ese joven no tardará en darse cuenta de que Eugenia es una boba, una chica sin ninguna frescura. ¿La ha examinado usted? Esta tarde estaba amarilla como un membrillo.

–Quizá ya se lo ha hecho usted observar al primo.

–Ni siquiera me he tomado la molestia...

–Póngase siempre junto a Eugenia, señora, y así no tendrá gran cosa que decir a ese joven en contra de su prima, él mismo hará una comparación que...

–De momento me ha prometido venir a cenar a casa pasado mañana.

–¡Ah, si usted quisiera, señora! –dijo el cura.

–¿Y qué quiere usted que quiera, señor cura? ¿Pretende así darme malos consejos? No he llegado a la edad de treinta y nueve años con una reputación sin tacha, gracias a Dios, para comprometerla, ni aunque se tratase del imperio del Gran Mogol. Tanto usted como yo tenemos una edad en la que ya se sabe lo que queremos decir cuando hablamos. Para ser un eclesiástico, en verdad que tiene usted ideas muy incongruentes. ¡Uf!, esto es digno de *Faublas*<sup>47</sup>.

–Entonces ¿ha leído usted *Faublas*?

-No, señor cura, quería decir *Las relaciones peligrosas*<sup>48</sup>.

-Ah, ese libro es infinitamente más moral -dijo el cura riéndose-. ¡Pero me considera usted tan perverso como un joven de hoy en día! Pretendía simplemente...

-Atrévase a decirme que no pensaba aconsejarme algo indigno. ¿No está claro? Si ese joven, que es muy guapo, lo admito, me hiciera la corte, no pensaría en su prima. Sé que en París algunas buenas madres se sacrifican así por la felicidad y la fortuna de sus hijos; pero estamos en provincias, señor cura.

-Sí, señora.

-Y ni yo ni el mismo Adolphe -continuó- querríamos cien millones comprados a ese precio...

-Señora, yo no he hablado de cien millones. La tentación quizás hubiera estado por encima de nuestras respectivas fuerzas. Me limito a creer que una mujer honesta puede permitirse, con la mayor honestidad, pequeñas coqueterías sin la menor trascendencia, coqueterías que forman parte de sus deberes de sociedad y que...

-¿Usted cree?

-¿No debemos, señora, tratar de ser agradables unos con otros?... Permítame que me suene. Le aseguro, señora -prosiguió-, que ese joven la examinaba a usted con un aire algo más halagüeño que el que ponía al mirarme a mí; pero le perdono que prefiera honrar la belleza que la vejez...

-Está claro -decía el presidente con su recia voz- que el señor Grandet de París envía a su hijo a Saumur con intenciones muy, pero que muy matrimoniales...

-Pero en tal caso el primo no habría caído como una bomba -respondía el notario.

-Eso no quiere decir nada -replicó el señor des Grassins-, a nuestro amigo le gusta el misterio.

-Des Grassins, amigo mío, he invitado a cenar a ese joven. Tendrás que ir a invitar al señor y señora de Larsonnière y a los du Hautoy, acompañados por la bella señorita du Hautoy, por supuesto, ¡siempre que se arregle bien ese día! ¡La arregla tan mal su madre por celos! Espero, caballeros, que me hagan el honor de venir -añadió ella deteniendo el cortejo para volverse hacia los dos Cruchot.

-Ya está usted en su casa, señora -dijo el notario.

Después de haber saludado a los tres des Grassins, los tres Cruchot regresaron a su casa sirviéndose de ese talento que poseen los provincianos para analizar en todas sus facetas el gran acontecimiento de aquella velada, que alteraba las respectivas posiciones de cruchotinos y grassinistas. La admirable sensatez que dirigía las acciones de estos grandes calculadores hizo sentir a unos y otros la necesidad de una momentánea alianza contra el enemigo común. ¿No debían impedir mutuamente que Eugenia se enamorase de su primo, y que Charles pensara en su prima? ¿Podría resistir el parisino las insinuaciones pérfidas, las calumnias almibaradas, las maledicciones llenas de elogios, las ingenuas negativas que iban a envolverlo constantemente para engañarlo?

Cuando los cuatro parientes se encontraron solos en la sala, el señor Grandet

dijo a su sobrino:

–Hay que acostarse. Es demasiado tarde para hablar de los asuntos que aquí le traen, mañana buscaremos el momento oportuno. Aquí se desayuna a las ocho. A mediodía comemos fruta, un poco de pan de prisa y corriendo, y bebemos un vaso de vino blanco; luego cenamos, como los parisienses, a las cinco<sup>49</sup>. Así es como lo hacemos. Si quiere ver la ciudad o los alrededores, es usted libre como el aire. Me excusará si mis asuntos no siempre me permitan acompañarle. Quizá oiga decir a todos los de aquí que soy rico: ¡el señor Grandet por aquí, el señor Grandet por allá! Dejo que hablen, sus habladurías no perjudican mi crédito. Pero no tengo un céntimo, y a mi edad trabajo como un obrero joven que por único bien tiene una mala garlopa y dos buenos brazos. Quizá no tarde en ver por sí mismo lo que cuesta un escudo cuando hay que sudarlo. Vamos, Nanon, ¿y las candelas?

–Espero, sobrino, que encuentre todo lo que necesite –dijo la señora Grandet–; pero si le falta algo, puede llamar a Nanon.

–Querida tía, sería difícil, ¡creo haberme traído todas mis cosas! Permítame desearle buenas noches, lo mismo que a mi joven prima.

Charles cogió de las manos de Nanon una bujía encendida, una bujía de Anjou, muy amarilla de tono, envejecida en la tienda y tan parecida a la candela que el señor Grandet, incapaz de sospechar su existencia en la casa, no advirtió aquella magnificencia.

–Le enseñaré el camino –dijo Grandet.

En lugar de salir por la puerta de la sala que daba bajo la bóveda, Grandet tuvo la cortesía de pasar por el pasillo que separaba la sala de la cocina. Una puerta batiente provista de un gran cristal ovalado cerraba ese pasillo por la parte de la escalera para templar el frío que se colaba por ella. Pero en invierno, la brisa no dejaba de soplar por allí con fuerza y, a pesar de los burletes puestos en las puertas de la sala, apenas si se mantenía el calor en un grado conveniente. Nanon fue a echar los cerrojos del portalón, cerró la sala y soltó en la cuadra a un perro lobo cuyo ladrido sonaba tan ronco como si tuviera laringitis. Este animal, de ferocidad notable, sólo conocía a Nanon: ambas criaturas silvestres se entendían. Cuando Charles vio las paredes amarillentas y ahumadas del hueco donde la escalera con barandilla carcomida temblaba bajo el enorme peso de su tío, su desilusión se fue *rinforzando*. Se creía en la percha de un gallinero. Su tía y su prima, hacia las que se volvió para interrogar sus rostros, estaban tan acostumbradas a aquella escalera que, sin adivinar la causa de su asombro, lo tomaron por una expresión amistosa y respondieron con una agradable sonrisa que lo desesperó. «¡Qué diablos me manda a hacer aquí mi padre!», se decía. Llegado al primer descansillo vio tres puertas pintadas de un rojo etrusco y sin chambranas, puertas perdidas en la polvorienta pared y guarnecidas de barras de hierro sujetas con pernos, a la vista, y rematadas en forma de llamas igual que lo estaba a cada lado la larga entrada de la cerradura. De estas puertas, la que se encontraba en lo alto de la escalera y daba paso a la habitación situada encima de la cocina estaba evidentemente tapiada. En efecto, sólo se penetraba en ella por la habitación de Grandet, a quien aquel cuarto servía de gabinete. La única ventana por la que entraba luz estaba protegida del

patio por enormes barrotes de hierro enrejados. Nadie, ni siquiera la señora Grandet, tenía permiso para entrar en ella, nuestro hombre quería estar allí solo como un alquimista en su laboratorio. Allí, sin duda alguna, se había practicado con mucha habilidad algún escondite, allí se almacenaban los títulos de propiedad, allí colgaban las balanzas de pesar los luises, allí se hacían, con nocturnidad y en secreto, las cartas de pago, los recibos, los cálculos; de manera que los hombres de negocios, viendo a Grandet siempre dispuesto a todo, podían imaginar que tenía a sus órdenes un hada o un demonio. Allí, sin duda, cuando Nanon roncaba hasta hacer temblar el suelo, cuando el perro lobo velaba y bostezaba en el patio, cuando la señora y la señorita Grandet dormían profundamente, iba el viejo tonelero a mimar, acariciar, empollar, encubar y abrazar los barrilitos con su oro. Las paredes eran gruesas, las contraventanas discretas. Sólo él tenía la llave de este laboratorio donde se decía que consultaba planos en los que estaban señalados sus árboles frutales y donde podía calcular su producción, mugrón o fajina más o menos. La entrada del cuarto de Eugenia estaba enfrente de la puerta tapiada. Luego, al final del rellano se hallaban los aposentos de los esposos, que ocupaban toda la parte delantera de la casa. La señora Grandet tenía una habitación contigua a la de Eugenia, a la que se entraba por una puerta vidriera. La habitación del amo estaba separada de la de su mujer por un tabique, y del gabinete misterioso por un grueso muro. Papá Grandet había alojado a su sobrino en el segundo piso, en la alta buhardilla situada encima de su cuarto, para así poder oírlo si le daba por ir y venir. Cuando Eugenia y su madre llegaron a la mitad del rellano, se dieron el beso de todas las noches; luego, tras haber dicho a Charles algunas palabras de despedida, frías en los labios pero desde luego cálidas en el corazón de la joven, ambas entraron en sus cuartos.

–Aquí tiene usted su cuarto, sobrino –dijo papá Grandet a Charles abriéndole la puerta–. Si tuviera necesidad de salir, llame a Nanon. Sin ella, ¡adiós muy buenas!, el perro se lo comería sin decir palabra. Duerma bien. Buenas noches. ¡Ah! ¡Ah!, esas señoras le han encendido el fuego –continuó.

En ese momento apareció la gran Nanon armada de un calentador.

–¡Otra que tal! –dijo el señor Grandet–. ¿Crees que mi sobrino es una parturienta? Haz el favor de llevarte tus brasas, Nanon.

–Pero, señor, las sábanas están húmedas, y el caballero es delicado como una mujer.

–Bueno, déjaselo, ya que se te ha metido en la cabeza – dijo Grandet empujándola por los hombros–, pero ten cuidado de no prender fuego.

Luego el avaro bajó mascullando vagas palabras.

Charles se quedó atónito en medio de sus maletas. Después de haber paseado los ojos por las paredes de una habitación abuhardillada, empapelada con ese papel amarillo con ramos de flores que tapiza los merenderos, por una chimenea de piedra caliza estriada cuyo solo aspecto ya daba frío, por unas sillas de madera amarilla y de rejilla barnizada y que parecían tener más de cuatro esquinas, por una mesilla de noche abierta en la que hubiera podido haber un pequeño sargento de volatineros<sup>50</sup>, por la delgada alfombra de orillo situada al pie de una cama con

dosel cuyos cortinajes, roídos por la polilla, temblaban como si fueran a caerse, miró seriamente a la gran Nanon y le dijo:

–¡Ah!, vaya, querida, ¿estoy en casa del señor Grandet, el antiguo alcalde de Saumur, hermano del señor Grandet de París?

–Sí, señor, en casa de un señor muy amable, muy bondadoso, muy perfecto caballero. ¿Tengo que ayudarle a deshacer sus maletas?

–¡Claro que lo necesito, mi viejo camarada! ¿No ha servido usted en los marinos de la Guardia imperial?

–¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!, ¡oh! –dijo Nanon–, ¿qué es eso de los marinos de la Guardia? ¿Es salado? ¿Va por el agua?

–Ande, busque mi batín que está en esa maleta. Aquí tiene la llave.

Nanon se quedó maravillada al ver un batín de seda verde con flores de oro y dibujos antiguos.

–¿Va a ponerse esto para acostarse? –le dijo.

–Sí.

–¡Virgen santa! ¡Qué hermoso frontal de altar sería para la parroquia! Pero, mi querido y amable señor, ¿por qué no da eso a la iglesia? Salvaría su alma, mientras que esto se la hará perder. ¡Oh, qué guapo está con ella! Voy a llamar a la señorita para que venga a verle.

–Vamos, Nanon, ya que se llama Nanon, ¿quiere callarse? Deje que me acueste, mañana arreglaré mis cosas; y si tanto le gusta mi batín, salvará su alma. Soy demasiado buen cristiano para negársela cuando me vaya, y podrá hacer con ella lo que quiera.

Nanon se quedó plantada a sus pies, contemplando a Charles, sin poder dar crédito a sus palabras.

–¡Darme a mí esa prenda tan bonita! –dijo al irse–. Este señor ya está soñando. Buenas noches.

–Buenas noches, Nanon.

«¿Qué he venido a hacer aquí?», se dijo Charles cuando ya se dormía. «Mi padre no es ningún estúpido, mi viaje debe tener algún objeto. ¡Psch! Los asuntos serios quédense para mañana, decía no sé qué zopenco griego<sup>51</sup>.»

«¡Virgen santa, qué guapo es mi primo!», se dijo Eugenia interrumpiendo sus oraciones, que esa noche no fueron acabadas.

La señora Grandet no tuvo pensamiento alguno al acostarse. Por la puerta de comunicación que se hallaba en medio del tabique oía al avaro pasear de un lado a otro de su habitación. Como todas las mujeres tímidas, había estudiado el carácter de su señor. Igual que la gaviota, que prevé la tormenta, había presentido, por signos imperceptibles, la tempestad interior que agitaba a Grandet, y, para emplear la expresión que solía utilizar, en esos casos se hacía la muerta. Grandet miraba la puerta chapada de hierro por dentro que había hecho poner en su gabinete, y se decía: «¡Vaya idea extravagante que ha tenido mi hermano legándome a su hijo! ¡Bonita herencia! ¡Pero si no tengo ni veinte escudos que dar! Y ¿qué son veinte escudos para este mirliflor que miraba mi barómetro como si hubiera querido prender fuego con él?».

Pensando en las consecuencias de aquel doloroso testamento, Grandet estaba quizá más agitado que su hermano en el momento de escribirlo.

«¿Me dará ese batín de oro?», decía Nanon, que se durmió vestida con su frontal de altar, soñando con flores, paños de lujosa tela y damascos por primera vez en su vida, como Eugenia soñó con el amor<sup>52</sup>.

En la pura y monótona vida de las jóvenes llega un momento delicioso en que el sol derrama sus rayos sobre el alma, en que la flor expresa pensamientos, en que las palpitations del corazón comunican al cerebro su cálida fecundidad y funden las ideas en un vago deseo. ¡Día de inocente melancolía y de suaves goces! Cuando los niños empiezan a ver, sonrían; cuando una muchacha vislumbra el sentimiento en la naturaleza, sonrío como sonreía de niña. Si la luz es el primer amor de la vida, ¿no es el amor la luz del corazón? Para Eugenia había llegado el momento de ver claro en las cosas de este mundo. Madrugadora como todas las chicas de provincias, se levantó temprano, hizo sus oraciones y empezó la tarea de su arreglo, ocupación que en adelante iba a tener un sentido. Alisó primero sus cabellos castaños, entrelazó sus gruesas trenzas encima de la cabeza con el mayor cuidado evitando que los pelos escapasen de sus rodetes, e introdujo en su peinado una simetría que realzó el tímido candor de su rostro, armonizando la sencillez de los adornos con la candidez de las líneas. Mientras se lavaba varias veces las manos en el agua pura que le endurecía y enrojecía la piel, miró sus bellos brazos redondos y se preguntó qué hacía su primo para tener las manos tan suaves y tan blancas, las uñas tan bien cuidadas. Se puso medias nuevas y sus zapatos más bonitos. Se los anudó directamente, prescindiendo de los ojetes. Por último, deseando por primera vez en su vida mostrarse con su mejor aspecto, conoció la dicha de tener un vestido nuevo, bien hecho y que la volvía atractiva. Cuando acabó de arreglarse, oyó sonar el reloj de la parroquia, y le extrañó no contar más que siete campanadas. El deseo de tener todo el tiempo necesario para vestirse bien la había hecho levantarse demasiado pronto. Ignorante en el arte de rehacer diez veces un rizo de su pelo y estudiar su efecto, Eugenia se cruzó buenamente de brazos, se sentó a su ventana, contempló el patio, el estrecho jardín y las altas terrazas que lo dominaban; panorama melancólico, pero no desprovisto de misteriosas bellezas particulares en los lugares solitarios o en la agreste naturaleza. Al lado de la cocina había un pozo rodeado por un brocal y con una polea sostenida en un brazo de hierro curvado y envuelto por una parra de pámpanos marchitos, rojizos y agostados por la estación. Desde ahí, el tortuoso sarmiento ganaba la pared, se pegaba a ella, corría a lo largo de la casa y terminaba en una leñera donde los troncos estaban ordenados con tanta exactitud como pueden estarlo los libros de un bibliófilo. El empedrado del patio ofrecía esos tintes negruzcos que producen con el tiempo los musgos, las hierbas y la falta de movimiento. Los gruesos muros mostraban su verde camisa veteada por largos trazos oscuros. Por último, los ocho peldaños que se alzaban en el fondo del patio y llevaban a la puerta del jardín estaban desunidos y sepultados bajo altas plantas como la tumba de un caballero enterrado por su viuda en época de las cruzadas. Sobre una hilera de piedras carcomidas se alzaba una reja de madera podrida,

medio caída de puro vetusta, pero en la que se unían a capricho las plantas trepadoras. En cada lado de la puerta de celosía avanzaban las ramas retorcidas de dos esmirriados manzanos. Tres alamedas paralelas, cubiertas de arena y separadas por cuadrados cuya tierra contenía un seto de boj, componían este jardín rematado, al pie de la terraza, por un paseo cubierto de tilos. En un extremo, frambuesos; en el otro, un inmenso nogal que inclinaba sus ramas hasta el gabinete del tonelero. Un día puro y el hermoso sol de los otoños propios de las orillas del Loira empezaban a disipar la veladura impresa por la noche sobre los pintorescos objetos, en los muros, en las plantas que llenaban aquel jardín y el patio<sup>53</sup>. Eugenia descubrió encantos totalmente nuevos en el aspecto de aquellas cosas, tan vulgares hasta entonces para ella. Mil ideas confusas nacían en su alma, y se cruzaban en ella a medida que fuera aumentaban los rayos del sol. Sintió por fin ese movimiento de placer vago, inexplicable, que invade al ser moral como una nube envolvería al ser físico. Sus reflexiones concordaban con los detalles de aquel singular paisaje, y las armonías de su corazón se aliaron con las armonías de la naturaleza. Cuando el sol alcanzó un lienzo de pared, del que colgaban cabellos de Venus de espesas hojas de colores tornasolados como pechugas de pichones, celestiales rayos de esperanza iluminaron el porvenir de Eugenia, que desde ese día iba a complacerse mirando aquel lienzo de pared, sus pálidas flores, sus campanillas azules y sus marchitas hierbas, a las que se mezcló un recuerdo risueño como los de la infancia. El rumor que cada hoja producía en aquel patio sonoro al desprenderse de su rama daba respuesta a las secretas preguntas de la joven, que se habría quedado allí todo el día sin darse cuenta de la fuga de las horas. Luego llegaron tumultuosos impulsos del alma. Se levantó bruscamente, se colocó frente al espejo y se miró en él como un autor de buena fe contempla su obra para criticarse y decirse injurias a sí mismo.

«No soy bastante hermosa para él.» Éste era el pensamiento de Eugenia, pensamiento humilde y fértil en sufrimientos. La pobre muchacha no se hacía justicia; pero la modestia, o, mejor dicho, el temor, es una de las primeras virtudes del amor. Eugenia pertenecía, en efecto, a ese tipo de jóvenes de constitución fuerte, como las hay en la pequeña burguesía, y cuyos encantos parecen vulgares; pero aunque se parecía a la Venus de Milo<sup>54</sup>, sus formas estaban ennoblecidas por esa suavidad del sentimiento cristiano que purifica a la mujer y le da una distinción desconocida para los escultores antiguos. Tenía una cabeza enorme, la frente masculina, pero delicada, del Júpiter de Fidias<sup>55</sup>, y unos ojos grises a los que su casta vida, concentrándose por entero en ellos, imprimía una radiante luz. Los rasgos de su cara redonda, en otro tiempo fresca y sonrosada, habían sido exagerados por una viruela lo bastante benigna para no dejar huellas, pero que había destruido lo aterciopelado de la piel, pese a ello tan dulce y tan fina todavía que el puro beso de su madre trazaba en ella pasajera y una marca roja. Su nariz era algo grande, pero estaba en armonía con una boca de un rojo de minio, cuyos labios surcados por mil estrías estaban llenos de amor y de bondad. El cuello era de una redondez perfecta. El cálido busto, cuidadosamente velado, atraía la mirada y hacía soñar; le faltaba, sin duda, un poco de la gracia debida a la ciencia

de saber arreglarse; pero, para los expertos, la falta de flexibilidad de su elevado talle debía de ser un encanto. Eugenia, alta y fuerte, no tenía nada de esa belleza que agrada a las masas; pero era hermosa, con esa belleza tan fácil de desconocer y de la que sólo se enamoran los artistas. El pintor que busca en este mundo un modelo a la celestial pureza de María, que exige en toda naturaleza femenina esos ojos modestamente orgullosos adivinados por Rafael, esas líneas vírgenes debidas a menudo al azar de la concepción, pero que sólo una vida cristiana y púdica puede conservar o hacer conseguir, ese pintor, enamorado de tan raro modelo, hubiera encontrado en el rostro de Eugenia la nobleza innata que se desconoce a sí misma; hubiera visto bajo una frente tranquila un mundo de amor; y en el rasgo de los ojos, en la disposición de los párpados, un no sé qué divino. Sus facciones, los contornos de su cabeza que nunca había alterado ni cansado la expresión del placer, se parecían a las líneas del horizonte que resaltan con tanta suavidad en la lejanía de los lagos tranquilos. Aquella fisonomía apacible, coloreada, orlada de resplandor como una hermosa flor recién abierta, descansaba el alma, comunicaba el encanto de la conciencia que en ella se reflejaba y atraía la mirada. Eugenia aún se hallaba en la orilla de la vida en que florecen las ilusiones infantiles, en que se cogen las margaritas con delicias más tarde desconocidas. Por eso se dijo contemplándose, sin saber aún lo que era el amor: «Soy demasiado fea, no se fijará en mí».

Luego abrió la puerta de su cuarto que daba a la escalera y tendió el cuello para escuchar los ruidos de la casa: «No está levantado», pensó al oír la tos mañanera de Nanon y el ir y venir de la buena mujer barriendo la sala, encendiendo el fuego, encadenando al perro y hablando a sus animales en la cuadra. Acto seguido, Eugenia bajó y corrió hacia Nanon, que ordeñaba la vaca.

–Nanon, mi buena Nanon, haz nata para el café de mi primo.

–Pero, señorita, habría que haberla preparado ayer –dijo Nanon, que soltó una gran carcajada–. No puedo hacer nata. Su primo es guapo, guapo, pero guapo de verdad. Usted no lo ha visto con su batín de seda y oro. Yo sí lo he visto. Y lleva una ropa interior tan fina como la sobrepelliz del señor cura.

–Nanon, haznos entonces tortas.

–¿Y quién me dará leña para el horno, y harina, y manteca? –dijo Nanon, que en su calidad de primer ministro de Grandet adquiría a veces una importancia enorme a ojos de Eugenia y de su madre–. ¿Hay que robar al amo para obsequiar a su primo? Pídale usted manteca, harina y leña, es su padre y se lo puede dar. Mire, ahí baja para disponer las provisiones...

Eugenia escapó al jardín, muy asustada al oír temblar la escalera bajo los pasos de su padre.

Ya sentía los efectos de ese profundo pudor y de esa conciencia particular de nuestra felicidad que nos hace creer, no sin razón acaso, que nuestros pensamientos están grabados en nuestra frente y saltan a la vista de los otros. Al darse por fin cuenta de la fría desnudez de la casa paterna, la pobre niña concebía una especie de despecho por no poder ponerla en armonía con la elegancia de su primo. Sintió una apasionada necesidad de hacer algo por él: ¿qué? No lo sabía.

Ingenua y sincera, se dejaba llevar por su naturaleza angelical, sin desconfiar de sus impresiones ni de sus sentimientos. La sola vista de su primo había despertado en ella las inclinaciones naturales de la mujer, que debieron de desplegarse con tanta mayor fuerza cuanto que, habiendo cumplido ya veintitrés años, se encontraba en la plenitud de su inteligencia y sus deseos. Por primera vez sintió terror en el corazón al ver a su padre, vio en él al dueño de su destino, y se creyó culpable de una falta por ocultarle algunos pensamientos. Se puso a caminar con pasos precipitados, sorprendida de respirar un aire más puro, de sentir los rayos del sol más vivificantes y de conseguir de ellos un calor moral, una vida nueva. Mientras buscaba un pretexto para obtener la torta, entre la gran Nanon y Grandet se alzaba una de esas disputas tan raras entre ellos como las golondrinas en invierno. Armado con sus llaves, el buen hombre había ido a racionar los víveres necesarios para el consumo del día.

–¿Queda pan de ayer? –le preguntó a Nanon.

–Ni una migaja, señor.

Grandet cogió un gran pan redondo, muy enharinado, moldeado en una de esas cestas planas que sirven para hacer pan en Anjou, e iba a cortarlo cuando Nanon le dijo:

–Hoy somos cinco, señor.

–Es cierto –respondió Grandet–, pero tu pan pesa seis libras, sobraré. Además, estos jóvenes de París, ya verás que no comen pan.

–Entonces comerán *frippe* –dijo Nanon.

En Anjou, la *frippe*, palabra del léxico popular, expresa lo que acompaña al pan, desde la mantequilla extendida en la rebanada, *frippe* vulgar, hasta la mermelada de albérchigo, la más distinguida de las *frippes*; y todos los que, en su infancia, han lamido la *frippe* y dejado el pan, comprenderán el alcance de esta locución.

–No –respondió Grandet–, no comen ni *frippe* ni pan. Son casi como muchachas casaderas.

Por fin, tras haber ordenado con sobriedad el menú cotidiano, nuestro hombre iba a dirigirse al cuarto de las frutas, no sin cerrar antes los armarios de su *despensa*, cuando Nanon lo detuvo para decirle:

–Señor, deme harina y manteca, y haré una torta para los chicos.

–¿Es que vas a saquear la casa por culpa de mi sobrino?

–No pensaba en su sobrino más que en su perro, no más de lo que usted piensa en él. ¡Pero si sólo me ha dado seis terrones de azúcar y necesito ocho!

–Vamos, Nanon, nunca te he visto así. ¿Qué se te pasa por la cabeza? ¿Eres acaso la dueña de esa casa? Apáñate con los seis terrones.

–Y entonces, ¿con qué endulzará su sobrino el café?

–Con dos terrones, yo me pasaré sin ellos.

–¡Pasarse sin azúcar a su edad! Antes preferiría comprarlos de mi bolsillo.

–Tú métete en lo que te importe.

A pesar de la bajada del precio, el azúcar seguía siendo, a ojos del tonelero, el más precioso de los géneros ultramarinos, y para él continuaba costando a seis francos la libra<sup>56</sup>. La obligación de ahorrarlo, impuesta durante el Imperio, se

había vuelto el más indeleble de sus hábitos. Todas las mujeres, hasta la más boba, saben obrar con astucia para lograr sus fines. Nanon abandonó la cuestión del azúcar para conseguir la torta.

–Señorita –gritó por la ventana–, ¿verdad que quiere torta?

–No, no –respondió Eugenia.

–Vamos, Nanon –dijo Grandet al oír la voz de su hija–, toma.

Y abrió la artesa donde estaba la harina, le dio una medida y añadió algunas onzas de manteca al trozo que ya había cortado.

–Hará falta leña para calentar el horno –dijo la implacable Nanon.

–Bueno, coge la que necesites –respondió Grandet melancólico–, pero entonces haznos una tarta de frutas y cuécenos en el horno toda la cena; así no tendrás que encender dos fuegos.

–¡Pardiez! –exclamó Nanon–, eso no tiene ni que decírmelo.

Grandet lanzó sobre su fiel ministro una mirada casi paternal.

–Señorita –gritó la cocinera–, tendremos una torta.

Papá Grandet volvió cargado con su fruta y colocó una primera fuente sobre la mesa de la cocina.

–Mire, señor –le dijo Nanon–, qué botas tan bonitas tiene su sobrino. ¡Qué cuero, y qué bien huele! ¿Con qué se limpiará esto? ¿Habrás que embetunarlos al huevo<sup>57</sup>?

–Nanon, creo que el huevo echaría a peder ese cuero. Además, dile que no sabes la manera de embetunar el tafilete, sí, es tafilete, él mismo comprará en Saumur con qué lustrar sus botas y te lo traerá. He oído decir que ponen azúcar en el betún para hacer que brille.

–Entonces debe poderse comer –dijo la criada llevándose las botas a la nariz–. Vaya, vaya, huelen al agua de colonia de la señora. ¡Ah, qué divertido!

–¡Divertido! –dijo el amo–, ¿te parece gracioso gastar en las botas más dinero del que vale quien las lleva?

–Señor –dijo ella al segundo viaje de su amo, que había cerrado el armario de la fruta–, ¿no pondrá usted una o dos veces a la semana el puchero para su...?

–Sí.

–Tendré que ir a la carnicería.

–Nada de eso; nos harás caldo de ave, los aparceros no dejarán que te falte. Pero voy a decirle a Cornoiller que me mate dos cuervos<sup>58</sup>. Esa caza da el mejor caldo del mundo.

–¿Es verdad, señor, que se comen a los muertos?

–¡Qué tonta eres, Nanon! Comen, como todo el mundo, lo que encuentran. ¿No vivimos nosotros de los muertos? ¿Qué son entonces las herencias?

Papá Grandet, que no tenía más órdenes que dar, sacó su reloj y, viendo que aún podía disponer de media hora antes del desayuno, cogió el sombrero, fue a abrazar a su hija y le dijo:

–¿Quieres pasear a la orilla del Loira por mis prados? Tengo que hacer algo por allí.

Eugenia fue a ponerse su sombrero de paja cosida, forrada de tafetán de color rosa; luego, padre e hija descendieron la tortuosa calle hasta la plaza.

–¿Adónde tan temprano? –dijo el notario Cruchot al encontrarse con Grandet.

–A ver algo –respondió nuestro hombre sin dejarse engañar por el paseo mañanero de su amigo.

Cuando papá Grandet iba a ver algo, el notario sabía por experiencia que siempre se podía sacar algo acompañándolo. Por eso solía ir con él.

–¿Viene, Cruchot? –le dijo Grandet al notario–. Usted es amigo mío, y por eso voy a demostrarle la tontería que es plantar álamos en tierras buenas.

–Entonces, ¿no le parecen nada los sesenta mil francos que usted cobró por los que tenía en sus prados del Loira? –le dijo maese Cruchot abriendo los ojos sorprendido–. ¡Con la suerte que tuvo!... ¡Cortar sus árboles en el momento en que faltaba madera blanca en Nantes y venderlos a treinta francos!

Eugenia escuchaba sin saber que se acercaba al momento más solemne de su vida, y que el notario iba a conseguir que se pronunciase sobre ella una sentencia paterna y soberana. Grandet había llegado a los magníficos prados que poseía a orillas del Loira, donde treinta obreros se dedicaban a despejar, rellenar y nivelar los lugares antes ocupados por los álamos.

–Maese Cruchot, vea el terreno que ocupa un álamo –le dijo al notario–. Jean –le gritó a un obrero–, mi... mi... mide con tu toesa en to... to... todos los sentidos.

–Cuatro veces ocho pies –respondió el obrero cuando acabó.

–Treinta y dos pies perdidos –dijo Grandet a Cruchot–. En esta hilera había trescientos álamos, ¿no es cierto? Y... tres cien... cien... cien... cientos veces treinta y dos pie... pies me co... com... com... comían quinie... nientos de heno; añade el doble en los laterales, mil quinientos; las hileras del centro otro tanto. Entonces... pon... pon... pongamos mil<sup>59</sup> gavillas de heno.

–Bueno –dijo Cruchot para ayudar a su amigo–, mil gavillas de ese heno valen unos seiscientos francos.

–Di... di... diga mil doscientos con los trescientos o cuatrocientos francos de renadío... Bien, ca... cal... cal... calcule lo que que que mil dos... cientos francos al año du... du... durante cuarenta años dan... con los in... in... intereses com... com... compuestos que usted saabe.

–Unos sesenta mil francos –dijo el notario.

–¡De acuerdo! No no no serán más que que que sesenta mil francos. Pues bien –continuó el vinatero sin tartamudear–, dos mil álamos de cuarenta años no me darían cincuenta mil francos. Se pierde. Hasta yo me he dado cuenta –dijo Grandet engallándose–. Jean –continuó–, llena los agujeros, menos los del lado del Loira, donde plantarás los álamos que he comprado. Poniéndolos en el río, se alimentarán a costa del gobierno<sup>60</sup> –añadió volviéndose hacia Cruchot e imprimiendo al lobanillo de su nariz un leve movimiento que equivalía a la más irónica de las sonrisas.

–Está claro: los álamos sólo deben plantarse en tierras pobres –dijo Cruchot estupefacto por los cálculos de Grandet.

–S... sí, señor –respondió irónicamente el tonelero.

Eugenia, que miraba el sublime paisaje del Loira sin escuchar los cálculos de su padre, prestó pronto atención a las palabras de Cruchot al oírle decir a su cliente:

–Bueno, se ha traído usted un yerno de París, en todo Saumur sólo se habla de su sobrino. No tardaré mucho en tener que extender un contrato, papá Grandet.

–¿Ha... ha... sa... sa... alido tem... temprano paraaaa decirme eso? –continuó Grandet acompañando esta reflexión con un movimiento de su lobanillo–. Bueno, viejo amiiiiigo, seré franco, y le diré lo que quiere saber. Preferiría, ya veeee, ti... tirar mi hi... hi... hija al Loira antes que darla a su priiiiimo: pue... pue... pue... de anunciar eso. Pero no, deje que la gen... gente hable.

Esta respuesta provocó vahídos en Eugenia. Las lejanas esperanzas que para ella empezaban a despuntar en su corazón florecieron de repente, se realizaron y formaron un ramillete de flores que vio cortadas y desparramadas por el suelo. Desde la víspera se unía a Charles con todos los lazos de felicidad que unen a las almas; en adelante el sufrimiento iba a fortalecerlos. ¿No es propio del noble destino de la mujer conmoverse más con las pompas de la miseria que con los esplendores de la fortuna? ¿Cómo había podido el sentimiento paterno apagarse en el fondo del corazón de su padre? ¿De qué crimen era culpable Charles? ¡Preguntas misteriosas! Su amor naciente, misterio tan profundo, ya se rodeaba de misterios. Regresó a casa con piernas temblorosas y, al llegar a la vieja calle sombría, tan alegre para ella, su aspecto le pareció triste y respiró la melancolía que los tiempos y las cosas le habían impreso. No le faltaba ninguna de las enseñanzas del amor. A pocos pasos de la casa se adelantó a su padre y lo esperó en la puerta después de haber llamado. Pero Grandet, que veía en la mano del notario un periódico aún con su faja, le había dicho:

–¿Cómo están los fondos?

–No quiere usted hacerme caso, Grandet –le respondió Cruchot–. Compre deprisa, todavía se puede ganar el veinte por ciento en dos años, además de los intereses a una tasa excelente, cinco mil libras de renta por ochenta mil francos. Los fondos están a ochenta francos con cincuenta céntimos.

–Ya veremos –respondió Grandet frotándose la barbilla.

–¡Dios mío! –dijo el notario.

–¿Qué pasa? –exclamó Grandet en el momento en que Cruchot le ponía el periódico ante los ojos diciéndole:

–Lea este artículo.

*El señor Grandet, uno de los negociantes más estimados de París, se saltó ayer la tapa de los sesos tras haber hecho su habitual aparición en la Bolsa. Había enviado al presidente de la Cámara de diputados su dimisión, y dimitido asimismo de sus funciones de juez en el Tribunal de Comercio. Las quiebras de los señores Roguin<sup>61</sup> y Souchet, su agente de cambio y su notario, lo han arruinado. La consideración de que gozaba el señor Grandet y su crédito eran, sin embargo, tales que sin duda hubiera encontrado el apoyo de la plaza de París. Es de lamentar que este hombre honorable haya cedido a un primer momento de desesperación, etc.*

–Lo sabía –dijo el viejo vinatero al notario.

Estas palabras helaron a maese Cruchot, quien, a pesar de su impasibilidad de notario, sintió un escalofrío en la espalda al pensar que el Grandet de París quizá

había implorado en vano los millones del Grandet de Saumur.

–Y su hijo, tan alegre ayer...

–Aún no sabe nada –respondió Grandet con la misma calma.

–Adiós, señor Grandet –dijo Cruchot, que lo comprendió todo y fue a tranquilizar al presidente de Bonfons.

Al entrar, Grandet encontró preparado el desayuno. La señora Grandet, a cuyo cuello saltó Eugenia para besarla con esa viva efusión del corazón que nos causa un pesar secreto, ya estaba en su silla de calzos y se tejía unos manguitos para el invierno.

–Pueden comer –dijo Nanon que bajó los escalones de cuatro en cuatro–, el niño duerme como un querubín. ¡Qué guapo está con los ojos cerrados! He entrado y le he llamado. Y nada.

–Déjalo dormir –dijo Grandet–, hoy siempre se despertará demasiado pronto para enterarse de malas noticias.

–¿Qué pasa? –preguntó Eugenia echando en su café los dos pequeños azucarillos que pesaban no se sabe cuántos gramos y que nuestro hombre se divertía en cortar personalmente en sus ratos perdidos<sup>62</sup>. La señora Grandet, que no se había atrevido a hacer esa pregunta, miró a su marido.

–Su padre se ha saltado la tapa de los sesos.

–¿Mi tío?... –dijo Eugenia.

–¡Pobre chico! –exclamó la señora Grandet.

–Sí, pobre –replicó Grandet–, no tiene ni un céntimo.

–Pues duerme como si fuera el rey de la tierra –dijo Nanon con un acento de ternura.

Eugenia dejó de comer. Su corazón se encogió, como se encoge cuando, por primera vez, la compasión, excitada por la desgracia de aquel a quien ama, se apodera del cuerpo entero de una mujer. La pobre niña se echó a llorar.

–Si no conocías a tu tío, ¿por qué lloras? –le dijo su padre lanzándole una de aquellas miradas de tigre hambriento que sin duda lanzaba a sus montones de oro.

–Pero, señor –dijo la sirvienta–, ¿quién no sentiría piedad por ese pobre joven que duerme como un tronco sin saber su suerte?

–No hablo contigo, Nanon, ¡cierra el pico!

Eugenia supo en ese momento que la mujer que ama siempre debe disimular sus sentimientos. No respondió.

–Hasta que yo vuelva, espero que no le diga usted nada, señora Grandet –continuó el viejo–. Tengo que ir a que alineen la zanja de mis prados que dan a la carretera. Habré vuelto a mediodía para el segundo almuerzo, y hablaré con mi sobrino de sus asuntos. En cuanto a ti, señorita Eugenia, si lloras por ese mirliflor, basta, hija mía. Se largará muy pronto a las Grandes Indias<sup>63</sup>. No volverás a verlo...

El padre cogió sus guantes del ala de su sombrero, se los puso con su habitual calma, se los calzó encajando unos dedos en otros y salió.

–¡Ay!, mamá, me ahogo –exclamó Eugenia cuando estuvo a solas con su madre–. Nunca he sufrido así.

La señora Grandet, al ver palidecer a su hija, abrió la ventana y la hizo respirar el

aire libre.

–Ya estoy mejor –dijo Eugenia al cabo de un momento.

Aquella emoción nerviosa en una naturaleza hasta entonces en apariencia tranquila y fría hizo reaccionar a la señora Grandet, que miró a su hija con esa intuición simpática de que están dotadas las madres para el objeto de su ternura, y lo adivinó todo. En verdad, la vida de las célebres hermanas húngaras, unidas una a otra por un error de la naturaleza<sup>64</sup>, no había sido más íntima que la de Eugenia y su madre, juntas en el vano de aquella ventana, juntas en la iglesia, y juntas durmiendo en el mismo aire.

–¡Mi pobre niña! –dijo la señora Grandet cogiendo la cabeza de Eugenia para apoyarla contra su seno.

A estas palabras, la joven alzó la cabeza, interrogó a su madre con una mirada, escrutó sus pensamientos secretos y le dijo:

–¿Por qué enviarlo a las Indias? Si es desgraciado, ¿no debe quedarse aquí, no es nuestro pariente más cercano?

–Sí, hija mía, sería muy natural; pero tu padre tiene sus razones, debemos respetarlas.

Madre e hija se sentaron en silencio, la una en su silla de calzos, la otra en su pequeño sillón, y ambas reanudaron su tarea. Conmovida de gratitud por la admirable comprensión de corazón testimoniada por su madre, Eugenia le besó la mano diciéndole:

–¡Qué buena eres, querida mamá!

Estas palabras hicieron resplandecer el viejo rostro materno marchito por largos dolores.

–¿También te agrada a ti? –preguntó Eugenia.

La señora Grandet sólo respondió con una sonrisa; luego, tras un momento de silencio, dijo en voz baja:

–¿Entonces ya le amas? Estaría mal.

–Mal –contestó Eugenia–, ¿por qué? A ti te agrada, agrada a Nanon, ¿por qué no iba a agradarme a mí? Vamos, mamá, pongamos la mesa para su desayuno.

Dejó su labor y la madre hizo otro tanto diciéndole:

–¡Estás loca!

Pero le gustó justificar la locura de su hija compartiéndola. Eugenia llamó a Nanon.

–¿Qué es lo que quiere ahora, señorita?

–Nanon, ¿tendrás la nata para mediodía?

–¡Ah!, para mediodía, sí –respondió la vieja sirvienta.

–Bien, dale café muy fuerte, he oído decir al señor des Grassins que en París el café lo hacen muy fuerte. Ponle mucho.

–¿Y de dónde quiere usted que lo saque?

–Cómpralo.

–¿Y si me encuentro con el señor?

–Está en sus prados.

–Voy corriendo. Pero el señor Fessard ya me ha preguntado, al darme la bujía, si

teníamos en casa a los Reyes Magos. Toda la ciudad va a enterarse de nuestros excesos.

–Si tu padre se da cuenta de algo –dijo la señora Grandet–, es capaz de pegarnos.

–Pues que nos pegue, recibiremos los golpes de rodillas.

La señora Grandet alzó los ojos al cielo por toda respuesta. Nanon cogió su cofia y salió. Eugenia sacó mantel y servilletas, fue a buscar algunos racimos de uva que se había entretenido en tender en unas cuerdas en el granero<sup>65</sup>; caminó de puntillas por todo el pasillo para no despertar a su primo y no pudo dejar de escuchar a su puerta la respiración que escapaba a intervalos regulares de sus labios. «La desgracia vela mientras él duerme», se dijo Eugenia. Cogió las hojas más verdes de la vid, arregló el racimo con la misma coquetería con que habría podido disponerlo un viejo mayordomo y lo llevó triunfalmente a la mesa. Se apoderó en la cocina de las peras contadas de su padre y las dispuso en pirámide entre unas hojas. Eugenia iba, venía, trotaba, brincaba. Habría querido entrar a saco en toda la casa de su padre; pero era él quien guardaba las llaves de todo. Nanon volvió con dos huevos frescos. Al ver los huevos, Eugenia tuvo ganas de saltarle al cuello.

–El granjero de la Lande los tenía en su cesta, se los he pedido y el muy simpático me los ha dado para complacerme.

Después de dos horas de cuidados, durante las que Eugenia dejó veinte veces su labor para ir a ver hervir el café y a escuchar el ruido que hacía su primo al levantarse, consiguió preparar un desayuno muy sencillo, poco costoso, pero que contravenía de forma terrible las inveteradas costumbres de la casa. El almuerzo de mediodía se hacía de pie. Cada cual tomaba un poco de pan, una fruta o mantequilla, y un vaso de vino. Al ver la mesa puesta cerca del fuego y uno de los sillones delante del cubierto de su primo, al ver las dos bandejas de fruta, la huevera, la botella de vino blanco, el pan y el azúcar amontonado en un platillo, Eugenia se echó a temblar de pies a cabeza pensando, sólo entonces, en las miradas que le lanzaría su padre si por casualidad entraba en ese momento. Por eso miraba a menudo el péndulo, para calcular si su primo podría almorzar antes del regreso del buen hombre.

–Estate tranquila, Eugenia, si tu padre viene le diré que todo es cosa mía –dijo la señora Grandet.

Eugenia no pudo retener una lágrima.

–¡Oh! ¡Qué buena eres, mamá! –exclamó–. ¡No te he querido como mereces!

Después de haber dado mil vueltas por su cuarto canturreando, Charles bajó al fin. Por suerte, sólo eran las once. El parisino había puesto tanto esmero en su arreglo como si se hubiera encontrado en el castillo de la noble dama que viajaba por Escocia. Entró con ese aire afable y risueño que tan bien sienta a la juventud y que causó en Eugenia una alegría triste. Él se había tomado a broma el desastre de sus castillos en Anjou, y abordó a su tía alegremente:

–¿Ha pasado bien la noche, mi querida tía? ¿Y usted, prima?

–Bien, señor, ¿y usted? –dijo la señora Grandet.

–Yo perfectamente.

–Debe de tener usted hambre, primo –dijo Eugenia–; siéntese a la mesa.

–Pero si yo no desayuno nunca antes de mediodía, que es cuando me levanto. Pero lo he pasado tan mal en el viaje que cederé. Además... –y sacó el más delicioso reloj plano que Bréguet<sup>66</sup> haya hecho–. Vaya, pero si son las once, qué madrugador he sido.

–¿Madrugador?... –dijo la señora Grandet.

–Sí, pero quería arreglar mis cosas. Bien, comería con gusto algo, cualquier cosilla, un ave, un perdigón.

–¡Virgen Santa! –exclamó Nanon al oír estas palabras.

«Un perdigón», se decía Eugenia, que hubiera querido dar todo su peculio por un perdigón.

–Venga a sentarse –le dijo su tía.

El dandy se dejó caer en el sillón como una mujer hermosa se posa en su diván. Eugenia y su madre cogieron sus sillas y se colocaron cerca, delante del fuego.

–¿Viven ustedes siempre aquí? –les dijo Charles, a quien la sala parecía aún más fea por el día que a la luz de las velas.

–Siempre –respondió Eugenia mirándole–, menos durante la vendimia. Entonces vamos a ayudar a Nanon, y todos nos alojamos en la abadía de Noyers.

–¿Y no salen ustedes nunca de paseo?

–Alguna vez los domingos después de vísperas, cuando hace buen tiempo –dijo la señora Grandet–, vamos hasta el puente o a ver segar el heno.

–¿Tienen un teatro?

–¡Ir a un espectáculo! –exclamó la señora Grandet–, ¡ver a los cómicos! Pero, señor, ¿no sabe usted que eso es un pecado mortal?

–Mire, mi querido señor –dijo Nanon trayendo los huevos–, le daremos los pollos pasados por agua.

–¡Oh!, huevos frescos –dijo Charles, que, como la gente acostumbrada al lujo, ya no pensaba en su perdigón–. Pero ¡qué delicia! Si tuviera usted mantequilla, querida niña...

–¡Ah, mantequilla! Entonces se quedará sin torta –dijo la sirvienta.

–Vamos, dale mantequilla, Nanon –exclamó Eugenia.

La joven contemplaba a su primo, que cortaba su trozo de pan mojado y sentía el mismo placer que siente la modistilla más sensible de París viendo representar un drama en el que triunfa la inocencia. Bien es cierto que Charles, criado por una madre distinguida, perfeccionado por una mujer de moda, tenía movimientos coquetos, elegantes y delicados como los de una damisela. La compasión y la ternura de una muchacha poseen una influencia realmente magnética. Por eso Charles, al verse objeto de las atenciones de su prima y de su tía, no pudo sustraerse a la influencia de unos sentimientos que se dirigían hacia él por así decir inundándolo. Lanzó a Eugenia una de esas miradas brillantes llenas de bondad y de caricia, una mirada que parecía sonreír. Al contemplar a Eugenia se percató de la exquisita armonía de rasgos de aquel rostro puro, de su inocente actitud, de la mágica claridad de unos ojos donde centelleaban juveniles pensamientos de amor y donde el deseo ignoraba la voluptuosidad.

–Por cierto, mi querida prima, si estuviera usted en un gran palco en la Ópera, le garantizo que mi tía tendría mucha razón, haría cometer usted muchos pecados de envidia a los hombres y de celos a las mujeres.

Este cumplido encogió el corazón de Eugenia y lo hizo palpar de alegría, aunque no había comprendido nada.

–¡Oh, primo!, usted quiere burlarse de una pobre y pequeña provinciana.

–Si me conociera, prima, sabría que aborrezco las bromas, marchitan el corazón y hieren todos los sentimientos...

Y sorbió con sumo gusto su rebanada de mantequilla.

–No, probablemente carezco del ingenio suficiente para burlarme de los demás, y este defecto me perjudica mucho. En París se puede asesinar a un hombre diciendo: «Tiene buen corazón». Esa frase quiere decir: «El pobre muchacho es tonto como un rinoceronte». Pero como soy rico y todo el mundo sabe que soy capaz de darle a un muñeco a treinta pasos del primer disparo con cualquier clase de pistola y en campo raso, las burlas me respetan.

–Lo que usted dice, sobrino, anuncia un buen corazón.

–¡Qué sortija más bonita tiene usted! –dijo Eugenia–, ¿estaría mal pedirle que me la enseñara?

Charles tendió la mano quitándose la sortija, y Eugenia se ruborizó al rozar con la punta de sus dedos las rosadas uñas de su primo.

–Mire, madre, qué labor tan hermosa.

–¡Oh!, y vaya cacho de oro –dijo Nanon, que traía el café.

–¿Qué es eso? –pregunto Charles echándose a reír.

Y señalaba un puchero oblongo, de barro oscuro, barnizado, de loza por dentro, ribeteado con una franja de ceniza, y en cuyo fondo caía el café, que volvía a la superficie del líquido hirviente.

–Es café *hervío* –dijo Nanon.

–¡Ah!, querida tía, por lo menos dejaré alguna huella bienhechora de mi paso por aquí. ¡Qué atrasados están! Les enseñaré a hacer buen café en una cafetera Chaptal<sup>67</sup>.

Trató de explicar el sistema de la cafetera Chaptal.

–¡Ah, bueno!, si da tantos trabajos –dijo Nanon–, habría que pasarse la vida en ello. Nunca haré café así. Pues vaya, ¿quién se encargaría de cortar la hierba para nuestra vaca mientras yo hago el café?

–Yo me encargaré –dijo Eugenia.

–Hija –dijo la señora Grandet mirándola.

Ante esta palabra, que recordaba el dolor que no tardaría en precipitarse sobre aquel desgraciado joven, las tres mujeres se callaron contemplándolo con un aire de conmiseración que le sorprendió.

–¿Qué le ocurre, prima?

–¡Chist! –dijo la señora Grandet a Eugenia, que iba a responderle–. Ya sabes, hija, que tu padre se ha encargado de hablar al señor...

–Llámeme Charles –dijo el joven Grandet.

–¡Ah! ¿Se llama usted Charles? Es un nombre precioso –exclamó Eugenia.

Las desgracias presentidas ocurren casi siempre. En ese momento, Nanon, la señora Grandet y Eugenia, que no pensaban sin estremecerse en la vuelta del viejo tonelero, oyeron un aldabonazo cuyo ruido les resultaba familiar.

–Ahí está papá –dijo Eugenia.

Retiró el platillo del azúcar, dejando algunos terrones sobre el mantel. Nanon se llevó el plato de los huevos. La señora Grandet se irguió como una cierva asustada. Hubo un terror pánico que extrañó a Charles sin que pudiera explicárselo.

–Bueno, ¿qué les pasa? –les preguntó.

–Pues que ahí llega mi padre –dijo Eugenia.

–¿Y qué?...

El señor Grandet entró, lanzó su mirada clara sobre la mesa, sobre Charles, lo vio todo.

–¡Ah, ah!, veo que ha agasajado usted a su sobrino, está bien, muy bien, ¡pero que muy bien! –dijo sin tartamudear–. Cuando el gato corre por los tejados, los ratones bailan en el suelo.

«¿Agasajado?», se dijo Charles, incapaz de sospechar el régimen y las costumbres de aquella casa.

–¿Me das mi vaso, Nanon? –dijo el buen hombre.

Eugenia trajo el vaso. Grandet sacó del bolsillo de su chaleco una navaja de asta de hoja ancha, cortó una rebanada de pan, tomó un poco de mantequilla, la extendió cuidadosamente y se puso a comer de pie. En ese momento Charles echaba azúcar a su café. Papá Grandet vio los terrones de azúcar, escrutó a su mujer, que se puso pálida, y dio tres pasos; se inclinó hacia el oído de la pobre vieja y le dijo:

–¿De dónde ha sacado usted todo ese azúcar?

–Nanon ha ido a buscarlo a casa de Fessard; ya no quedaba.

Es imposible imaginar el profundo interés que esta escena muda despertaba en aquellas tres mujeres: Nanon había dejado su cocina y miraba hacia la sala para ver lo que iba a ocurrir. Tras probar su café, Charles lo encontró demasiado amargo y buscó el azúcar que Grandet ya había guardado.

–¿Qué busca, sobrino? –le dijo nuestro hombre.

–El azúcar.

–Ponga leche –respondió el dueño de la casa–, y se le endulzará el café.

Eugenia cogió el platillo del azúcar que Grandet ya había guardado y lo puso encima de la mesa contemplando a su padre con aire tranquilo. La parisina que, para facilitar la fuga de su amante, sostiene con sus débiles brazos una escala de seda, no muestra desde luego más valor que el desplegado por Eugenia volviendo a poner el azúcar sobre la mesa. El amante recompensará a su parisina, que le mostrará orgullosa un bello brazo magullado cada una de cuyas venas será bañada de lágrimas y besos y curada por el placer; Charles, en cambio, nunca llegaría a conocer el secreto de las profundas agitaciones que destrozaban el corazón de su prima, fulminada en ese momento por la mirada del viejo tonelero.

–¿Tú no comes, mujer?

La pobre ilota se adelantó, cortó penosamente un trozo de pan y cogió una pera.

Eugenia ofreció audazmente a su padre uvas diciéndole:

–¡Prueba mis pasas, papá! Y usted, primo, también ha de probarlas, ¿verdad? He ido a buscar estos preciosos racimos para usted.

–¡Oh!, si no se las para, saquearían Saumur por usted, sobrino. Cuando haya terminado, iremos juntos al jardín, tengo que decirle cosas que no están azucaradas.

Eugenia y su madre lanzaron hacia Charles una mirada sobre cuyo sentido el joven no pudo equivocarse.

–¿Qué significan esas palabras, tío? Desde la muerte de mi pobre madre... –en estas dos palabras flaqueó su voz–, ya no hay desgracia posible para mí.

–Sobrino, ¿quién puede conocer las aflicciones con que Dios quiere probarnos? –le dijo su tía.

–¡Ta, ta, ta, ta! –dijo Grandet–, ya empezamos con las tonterías. Veo con pena, sobrino, sus preciosas manos blancas. –Y le mostró la especie de paletillas de cordero que la naturaleza le había puesto al final de los brazos–. ¡Éstas sí son manos hechas para recoger escudos! A usted le han educado para meter los pies en la piel con que se fabrican las carteras donde nosotros guardamos las letras de cambio. ¡Malo! ¡Malo!

–¿Qué quiere usted decir, tío? Que me cuelguen si comprendo una palabra.

–Venga usted conmigo –dijo Grandet.

El avaro cerró con un chasquido la hoja de su navaja, se bebió el resto de su vino blanco y abrió la puerta.

–¡Valor, primo!

El acento de la joven había helado a Charles, que siguió a su terrible pariente presa de mortales inquietudes. Eugenia, su madre y Nanon fueron a la cocina, movidas por una invencible curiosidad de espiar a los dos actores de la escena que iba a ocurrir en el pequeño jardín húmedo por donde el tío caminó al principio en silencio con el sobrino. Grandet no se sentía violento por tener que informar a Charles de la muerte de su padre, pero sentía una especie de compasión al saber que se había quedado sin un céntimo y buscaba fórmulas para suavizar la expresión de esa cruel verdad. «¡Ha perdido usted a su padre!» era no decir nada. Los padres mueren antes que los hijos. Pero estas palabras: «¡Está usted arruinado!», reunían todas las desgracias de la tierra. Y el buen hombre daba por tercera vez la vuelta al paseo central cuya arena crujía bajo los pies. En las grandes circunstancias de la vida nuestra alma se une íntimamente a los lugares donde los placeres y las penas se ciernen sobre nosotros. Por eso Charles examinaba con particular atención los bojés de aquel jardincillo, las hojas pálidas que caían, los desperfectos de los muros, las extrañas formas de los árboles frutales, detalles pintorescos que debían permanecer grabados en su recuerdo, eternamente unidos a aquella hora suprema por una mnemotecnia propia de las pasiones.

–Hace mucho calor, y muy buen tiempo –dijo Grandet aspirando una gran bocanada de aire.

–Sí, tío, pero ¿por qué...?

–Bueno, muchacho –continuó el tío–, tengo malas noticias que darte. Tu padre

está muy mal...

–¿Por qué estoy yo aquí? –dijo Charles–. Nanon –gritó–, ¡caballos de posta! No me costará encontrar un coche en el pueblo –añadió volviéndose hacia su tío, que permanecía inmóvil.

–Los caballos y el coche son inútiles –respondió Grandet mirando a Charles, que permaneció mudo y con los ojos fijos–. Sí, mi pobre muchacho, lo has adivinado. Está muerto. Pero eso no importa, hay algo más grave. Se ha saltado la tapa de los sesos...

–¿Mi padre?...

–Sí. Pero eso no es nada. Los periódicos comentan el asunto como si tuvieran derecho. Toma, lee.

Grandet, que había cogido el periódico de Cruchot, puso el fatal artículo ante los ojos de Charles. En este momento, el pobre joven, todavía niño, todavía en la edad en que los sentimientos se manifiestan con ingenuidad, rompió a llorar.

«Vamos bien», se dijo Grandet. «Sus ojos me asustaban. Lloro, luego estamos salvados.»

–Eso todavía no es nada, mi pobre sobrino –continuó Grandet en voz alta sin saber si Charles le escuchaba–, no es nada, ya te consolarás; pero...

–¡Nunca! ¡Nunca! ¡Padre mío! ¡Padre mío!

–Te ha arruinado, estás sin dinero.

–¿Y qué me importa eso? ¿Dónde está mi padre, mi padre?

El llanto y los sollozos resonaban entre aquellas tapias de forma horrible, y el eco los repetía. Las tres mujeres, llenas de compasión, lloraban, las lágrimas son tan contagiosas como puede serlo la risa. Sin escuchar a su tío, Charles echó a correr por el patio, encontró la escalera, subió a su cuarto y se arrojó sobre la cama metiendo la cara en las sábanas para llorar a sus anchas lejos de sus parientes.

–Hay que dejar que pase el primer chaparrón –dijo Grandet al volver a la sala, en la que Eugenia y su madre habían vuelto rápidamente a sus sitios y trabajaban con mano temblorosa después de haberse enjugado los ojos–. Pero ese joven es un estúpido, se preocupa más por los muertos que por el dinero.

Eugenia se estremeció al oír a su padre expresarse así sobre el más sagrado de los dolores. Desde este momento empezó a juzgar a su padre. Aunque sofocados, los sollozos de Charles retumbaban en aquella casa sonora, y su queja profunda, que parecía salir de debajo de la tierra, no cesó hasta el anochecer, después de haberse debilitado gradualmente.

–¡Pobre joven! –dijo la señora Grandet.

¡Fatal exclamación! Papá Grandet miró a su mujer, a Eugenia y el azucarero; se acordó del almuerzo extraordinario preparado para el desdichado pariente, y se plantó en medio de la sala.

–¡Ah!, y espero, señora Grandet –dijo con su habitual calma–, que no siga usted con sus prodigalidades. No le doy mi dinero para empapuzar de azúcar a ese joven extravagante.

–Mi madre no tiene nada que ver –dijo Eugenia–. He sido yo la que...

–¿Porque ya eres mayor de edad –replicó Grandet interrumpiendo a su hija–

pretendes contrariarme? Piensa, Eugenia...

–Padre, el hijo de su hermano no debería carecer en casa de usted de...

–¡Ta, ta, ta, ta! –dijo el tonelero en cuatro tonos cromáticos–, el hijo de mi hermano por aquí, mi sobrino por allá. Charles no es nada nuestro, no tiene un céntimo; su padre ha quebrado, y cuando ese mirriflor haya llorado hasta hartarse, se largará de aquí; no quiero que revolucione mi casa.

–¿Qué es, padre, quebrar? –preguntó Eugenia.

–Quebrar –contestó el padre– es cometer la acción más deshonorosa de todas las que pueden deshorrar al hombre.

–Debe de ser un pecado muy grande –dijo la señora Grandet–, y nuestro hermano se habrá condenado.

–Vamos, ya estás con tus letanías –le dijo a su mujer encogiéndose de hombros–. Quebrar, Eugenia –prosiguió–, es un robo que por desgracia la ley toma bajo su protección. Ciertas personas entregaron sus géneros a Guillaume Grandet debido a su reputación de honor y honradez, luego él se lo lleva todo sin dejarles otra cosa que los ojos para llorar. Hasta un salteador de caminos es preferible a alguien que quiebra: de quien te ataca, puedes defenderte, arriesga su cabeza... En fin, que Charles está deshonorado.

Estas palabras resonaron en el corazón de la pobre muchacha y cayeron sobre él con todo su peso. Tan honrada como delicada es una flor nacida en el fondo de un bosque, no conocía ni las máximas del mundo, ni sus razonamientos capciosos, ni sus sofismas: aceptó por lo tanto la atroz explicación que su padre le daba sobre la quiebra, sin hacerle conocer la distinción que existe entre una quiebra involuntaria y una quiebra calculada.

–Bien, padre, ¿y no pudo usted impedir esa desgracia?

–Mi hermano no me consultó; además, debe cuatro millones.

–¿Qué es un millón, padre? –preguntó ella con la ingenuidad de un niño que cree poder encontrar enseguida lo que desea.

–¿Dos millones<sup>68</sup>? –dijo Grandet–, pues son dos millones de monedas de veinte *sous*, y para juntar cinco francos se necesitan cinco monedas de veinte *sous*.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! –exclamó Eugenia–. ¿Cómo habrá conseguido mi tío cuatro millones? ¿Hay alguna otra persona en Francia que pueda tener tantos millones?

Papá Grandet se acariciaba la barbilla, sonreía, y su lobanillo parecía dilatarse.

–Pero ¿qué va a ser de mi primo Charles?

–Va a partir a las Grandes Indias, donde, según el deseo de su padre, tratará de hacer fortuna.

–¿Pero tiene dinero para ir allí?

–Yo le pagaré el viaje... hasta... sí, hasta Nantes.

Eugenia saltó de un brinco al cuello de su padre.

–¡Ah, qué bueno es usted, padre!

Y lo abrazaba de tal modo que casi avergonzaba a Grandet, cuya conciencia le remordía un poco.

–¿Se necesita mucho tiempo para reunir un millón? –le preguntó ella.

–¡Toma! –dijo el tonelero–. Ya sabes lo que es un napoleón; pues bien, se necesitan cincuenta mil para juntar un millón.

–Mamá, diremos novenas por él.

–Ya lo había pensado –respondió la madre.

–¡Eso es!... siempre gastando dinero –exclamó el padre–. ¡Pero os creéis que aquí somos millonarios!

En este momento, un quejido sordo, más lúgubre que todos los demás, resonó en los desvanes y heló de terror a Eugenia y a su madre.

–Nanon, vete a ver arriba no vaya a matarse –dijo Grandet–. Bueno –continuó volviéndose hacia su mujer y su hija, a quienes su frase había puesto pálidas–, y vosotras dos nada de tonterías. Os dejo. Voy a dar una vuelta para ver a los holandeses, que se marchan hoy. Luego iré a ver a Cruchot para hablar con él de todo esto.

Se marchó. Cuando Grandet hubo cerrado la puerta, Eugenia y su madre respiraron a sus anchas. Nunca antes de aquella mañana se había sentido la hija cohibida en presencia de su padre; pero, desde hacía algunas horas, cambiaba a cada instante tanto de sentimientos como de ideas.

–Mamá, ¿cuántos luises vale un tonel de vino?

–Tu padre vende los suyos entre cien y ciento cincuenta francos, algunas veces a doscientos, por lo que he oído decir.

–Entonces, cuando cosecha mil cuatrocientos toneles de vino<sup>69</sup>...

–Desde luego, hija, no sé cuánto es eso; tu padre nunca me dice nada de sus negocios.

–Pero entonces papá debe de ser rico.

–Quizá. Pero el señor Cruchot me ha dicho que había comprado Froidfond hace dos años. Eso le habrá costado mucho.

Al no comprender ya nada de la fortuna de su padre, Eugenia abandonó ahí sus cálculos.

–¡El pobre ni siquiera me ha visto! –dijo Nanon al volver–. ¡Está echado como un ternero en la cama y llora como una Magdalena, que es una verdadera bendición! ¡Qué pena tiene ese muchacho tan simpático!

–Vamos a consolarlo ahora mismo, mamá; y si llaman, ya bajaremos.

La señora Grandet no encontró defensa ante las armonías de la voz de su hija. Eugenia era sublime, era mujer. Las dos subieron, con el corazón palpitante, al cuarto de Charles. La puerta estaba abierta. El joven no veía ni oía nada. Anegado en lágrimas, exhalaba lamentos inarticulados.

–¡Cómo quiere a su padre! –dijo Eugenia en voz baja.

Era imposible no reconocer en el acento de aquellas palabras las esperanzas de un corazón apasionado sin saberlo. Por eso la señora Grandet lanzó a su hija una mirada teñida de espíritu maternal, luego en voz baja le dijo al oído:

–¡Ten cuidado, no vayas a enamorarte!

–¡Enamorarme! –replicó Eugenia–. ¡Ay, si supieras lo que mi padre ha dicho!

Charles se volvió, vio a su tía y a su prima.

–¡He perdido a mi padre, a mi pobre padre! Si me hubiera confiado el secreto de

su desgracia, habríamos trabajado juntos para repararla. ¡Dios mío! ¡Mi buen padre! Estaba tan seguro de volver a verle que creo haberlo abrazado fríamente.

Los sollozos le cortaron la palabra.

–Rezaremos por él –dijo la señora Grandet–. Resígnese a la voluntad de Dios.

–¡Tenga valor, primo! –dijo Eugenia–. Su pérdida es irreparable; ahora debe pensar en salvar su honor...

Con ese instinto, con esa sutileza de la mujer que siempre es inteligente, incluso cuando consuela, Eugenia quería engañar el dolor de su primo haciéndole ocuparse de sí mismo.

–¡Mi honor!... –exclamó el joven echándose hacia atrás el pelo con un movimiento brusco, y se sentó sobre la cama cruzando los brazos–. ¡Ah!, es cierto. Mi padre, ha dicho mi tío, ha quebrado.

Lanzó un grito desgarrador y se tapó la cara con las manos.

–¡Déjeme, prima, déjeme! ¡Dios mío! ¡Dios mío!, perdona a mi padre, que tanto ha debido sufrir.

Había algo horriblemente atractivo en la expresión de aquel dolor joven, sincero, sin cálculo ni segundas intenciones. Era un dolor púdico que los corazones sencillos de Eugenia y de su madre comprendieron cuando Charles hizo un gesto para pedirles que lo dejaran solo. Bajaron, ocuparon en silencio sus sitios junto a la ventana y trabajaron durante cerca de una hora sin decirse una palabra. Eugenia había distinguido, por la mirada furtiva que lanzó sobre las cosas del joven, esa mirada de las muchachas que ven todo en un abrir y cerrar de ojos, las bonitas bagatelas de su arreglo personal, sus tijeras, sus navajas de afeitar con incrustaciones de oro. Aquella visión del lujo a través del dolor le hizo a Charles más interesante todavía, quizá por contraste. Nunca un acontecimiento tan grave, nunca un espectáculo tan dramático había impresionado la imaginación de aquellas dos criaturas incesantemente sumidas en la calma y la soledad.

–Mamá –dijo Eugenia–, tendremos que llevar luto por mi tío.

–Tu padre lo decidirá –respondió la señora Grandet.

De nuevo permanecieron en silencio. Eugenia daba las puntadas con una regularidad de movimiento que hubiera revelado a un observador los fecundos pensamientos de su meditación. El primer deseo de aquella adorable hija era compartir el luto de su primo. Hacia las cuatro, un brusco aldabonazo retumbó en el corazón de la señora Grandet.

–¿Qué le pasará a tu padre? –le dijo a su hija.

El vinatero entró gozoso. Después de haberse quitado los guantes, se frotó las manos hasta casi levantarse la piel si su epidermis no hubiera estado curtida como cuero de Rusia, salvo por el olor de los alerces y del incienso. Paseaba, miraba el cielo. Por fin se le escapó el secreto.

–Mujer –dijo sin tartamudear–, los he atrapado a todos. ¡Nuestro vino está vendido! Los holandeses y los belgas<sup>70</sup> se marchaban esta mañana, he estado paseando por la plaza, delante de su posada, haciéndome el tonto. Fulano, a quien conoces, ha venido hacia mí. Los propietarios de todos los buenos viñedos guardan su cosecha y quieren esperar, no se lo he impedido. Nuestro belga estaba

desesperado. Me he dado cuenta. Negocio hecho, compra nuestra cosecha a doscientos francos el tonel, la mitad al contado. Me ha pagado en oro. Ya están preparados los pagarés, toma seis luisas para ti. Dentro de tres meses los vinos bajarán.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un tono tranquilo, pero tan profundamente irónico que la gente de Saumur, reunida en ese momento en la plaza y alborotados por la venta que acababa de hacer Grandet, hubiera temblado de haberlas oído. Un miedo pánico habría hecho caer los vinos un cincuenta por ciento.

–¿Tiene mil toneles este año, padre? –le preguntó Eugenia.

–Sí, *hijitina*.

Esta palabra era la expresión superlativa de la alegría del viejo tonelero.

–Eso hace doscientas mil monedas de veinte *sous*.

–Sí, señorita Grandet.

–Entonces, padre, no le costará mucho socorrer a Charles.

El asombro, la cólera y la estupefacción de Baltasar al ver el *Mane-Tekel-Phares*<sup>71</sup> no podrían compararse con la fría cólera de Grandet, quien, sin pensar ya en su sobrino, volvía a encontrarlo alojado en el corazón y en los cálculos de su hija.

–¡Ah!, vaya, desde que ese mirliflor ha puesto los pies en *mi* casa, todo va manga por hombro en ella. Os dais aires comprando confites, haciendo banquetes y festines. No quiero estas cosas. ¡Creo que, a mi edad, ya sé cómo debo comportarme! Además, no tengo que recibir lecciones de mi hija ni de nadie. Haré por mi sobrino lo que convenga hacer, vosotras no tenéis por qué meter la nariz en el asunto. En cuanto a ti, Eugenia –añadió volviéndose hacia ella–, no vuelvas a hablarme más de él, o te mando a la abadía de Noyers con Nanon para que veas si estoy allí; y si rechistas lo haré mañana mismo. ¿Dónde está ese muchacho, ha bajado?

–No, querido –respondió la señora Grandet.

–¡Vaya!, y ¿qué está haciendo?

–Llora a su padre –respondió Eugenia.

Grandet miró a su hija sin saber qué decirle. Al fin y al cabo era un poco padre. Tras haber dado una o dos vueltas a la sala, subió rápidamente a su gabinete para meditar sobre una inversión en fondos públicos. La tala de sus dos mil fanegas de bosque le habían producido seiscientos mil francos; uniendo a esa suma el dinero de sus álamos, las rentas del año anterior y del año en curso, además de los doscientos mil francos de la venta que acababa de concluir, podía juntar en total novecientos mil francos. El veinte por ciento que podía ganar en poco tiempo con la Deuda pública, que estaba a setenta francos<sup>72</sup>, lo tentaba. Calculó su especulación por el periódico en que se anunciaba la muerte de su hermano, oyendo, sin escucharlos, los gemidos de su sobrino. Nanon subió a golpear con fuerza la pared para invitar a su amo a bajar, la cena estaba servida. Bajo la bóveda, y en el último peldaño de la escalera, Grandet se decía: «Como sacaré el ocho por ciento de interés, haré ese negocio. En dos años tendré un millón y medio de francos, que retiraré de París en buen oro».

-Bueno, ¿y dónde está mi sobrino?

-Dice que no quiere comer -respondió Nanon-. Eso no es bueno.

-Eso que ahorraremos -le replicó su amo.

-¡Vaya!, eso sí -dijo ella.

-¡Bah!, ya parará de llorar. El hambre echa al lobo fuera del bosque.

La cena fue extrañamente silenciosa.

-Querido -dijo la señora Grandet cuando se retiró el mantel-, tenemos que llevar luto.

-Desde luego, señora Grandet, no sabe usted qué inventar para gastar dinero. El luto está en el corazón y no en la ropa.

-Pero el luto por un hermano es indispensable, y la Iglesia nos ordena que...

-Compre usted su luto con sus seis luises. Y a mí déme un crespón, eso bastará.

Eugenia alzó los ojos al cielo sin decir nada. Por primera vez en su vida, sus generosas inclinaciones, hasta entonces adormecidas, reprimidas, y repentinamente despiertas, se veían lastimadas a cada instante. Aquella velada fue semejante en apariencia a mil veladas de su monótona existencia, pero fue desde luego la más horrible. Eugenia se concentró en su labor sin levantar la cabeza, y no utilizó para nada el neceser que Charles había desdeñado la víspera. La señora Grandet tejió sus mangas. Grandet estuvo dando vueltas a sus pulgares durante cuatro horas, sumido en cálculos cuyos resultados debían de asombrar a todo Saumur al día siguiente. Nadie fue ese día a visitar a la familia. En ese momento, el pueblo entero comentaba la hazaña de Grandet, la quiebra de su hermano y la llegada de su sobrino. Obedeciendo a la necesidad de charlar sobre sus intereses comunes, todos los propietarios de viñedos de la alta y media sociedad de Saumur estaban en casa del señor des Grassins, donde se profirieron terribles imprecaciones contra el antiguo alcalde. Nanon hilaba, y el ruido de su rueca fue la única voz que se dejó oír bajo la viguería grisácea de la sala.

-No estamos usando la lengua -dijo ella mostrando sus dientes blancos y grandes como almendras peladas.

-No hay nada que usar -respondió Grandet despertando de sus meditaciones.

Veía en perspectiva ocho millones en tres años, y bogaba sobre ese ancho mar de oro.

-Vamos a acostarnos. Ya iré yo a dar las buenas noches a mi sobrino en nombre de todos, y a ver si quiere tomar algo.

La señora Grandet se quedó en el rellano del primer piso para oír la conversación que iba a tener lugar entre Charles y su marido. Eugenia, más audaz que su madre, subió dos peldaños.

-Bien, sobrino, está usted muy apenado. Sí, llore, es natural. Un padre es un padre. Pero hay que sobrellevar nuestro mal con paciencia. Yo me ocupo de usted mientras llora. Ya ve, soy un buen pariente. Vamos, valor. ¿Quiere beber un vasito de vino?

El vino no cuesta nada en Saumur, se ofrece vino como en la India una taza de té.

-Pero si está usted sin luz -continuó diciendo Grandet-. ¡Malo, malo!, hay que ver claro lo que se hace.

Grandet se dirigió hacia la chimenea.

–¡Vaya! –exclamó–, una bujía. ¿De dónde demonios habrán sacado la bujía? Esas tías echarían abajo la casa para darle unos huevos cocidos al muchacho.

Al oír estas palabras, madre e hija entraron en sus cuartos y se metieron en sus camas con la celeridad de ratones asustados que vuelven a sus agujeros.

–Señora Grandet, ¿es que tiene usted un tesoro? –dijo Grandet entrando en la habitación de su esposa.

–Querido, estoy haciendo mis oraciones, espere un momento –respondió con voz alterada la pobre madre.

–¡Que el diablo se lleve a tu buen Dios! –replicó Grandet gruñendo.

Los avaros no creen en una vida futura, para ellos el presente lo es todo. Esa reflexión arroja una claridad horrible sobre la época actual, donde más que en ninguna otra el dinero domina las leyes, la política y las costumbres. Instituciones, libros, hombres y doctrinas, todo conspira para minar la creencia en una vida futura sobre la que se apoya el edificio social desde hace mil ochocientos años. En la actualidad el ataúd es una transición poco temida. El futuro que nos esperaba más allá del réquiem ha sido trasladado al presente. Llegar *per fas et nefas*<sup>73</sup> al paraíso terrenal del lujo y los placeres vanos, petrificar el corazón y macerarse el cuerpo en busca de posesiones transitorias, igual que antaño se sufría el martirio de la vida para conseguir los bienes eternos, es el pensamiento general, pensamiento por otro lado escrito en todas partes, hasta en las leyes, que preguntan al legislador: «¿Qué pagas?», en lugar de decirle: «¿Qué piensas?». Cuando esa doctrina haya pasado de la burguesía al pueblo, ¿qué será del país?

–Señora Grandet, ¿has acabado? –dijo el viejo tonelero.

–Querido, estoy rezando por ti.

–¡Muy bien!, buenas noches. Mañana por la mañana hablaremos.

La pobre mujer se durmió como el escolar que, no habiendo aprendido sus lecciones, teme encontrar cuando despierte el rostro irritado del maestro. En el momento en que, llena de miedo, se arrebujaba en las sábanas para no oír nada, Eugenia se deslizó a su lado, en camisa y descalza, y la besó en la frente.

–¡Oh!, mamaíta –le dijo–, mañana le diré que he sido yo.

–No, te enviaría a Noyers. Déjame a mí, no me comerá.

–¿Oyes, mamá?

–¿Qué?

–Pues que *él* sigue llorando.

–Ve a acostarte, hija mía. Cogerás frío en los pies. Las baldosas están húmedas.

Así transcurrió la solemne jornada que debía pesar sobre toda la vida de la rica y pobre heredera, cuyo sueño no fue tan completo ni tan puro como lo había sido hasta entonces. Muy a menudo, ciertas acciones de la vida humana parecen, literariamente hablando, inverosímiles, aunque son verdaderas. Pero ¿no será que casi siempre se omite proyectar sobre nuestras determinaciones espontáneas una especie de luz psicológica, al no explicar las razones misteriosamente concebidas que las han exigido? Quizá la profunda pasión de Eugenia debería ser analizada en sus fibrillas más delicadas, pues se convirtió en una enfermedad, como dirían

algunos bromistas, e influyó sobre toda su existencia. Muchos prefieren negar los desenlaces a medir la fuerza de los vínculos, de los nudos, de las ataduras que encadenan secretamente un hecho a otro en el orden moral. En este punto, por tanto, el pasado de Eugenia servirá, para los observadores de la naturaleza humana, de garantía a la ingenuidad de su irreflexión y a sus repentinas efusiones del alma. Cuanto más tranquila había sido su vida, más vivamente se desplegó en su alma la piedad femenina, el más delicado de los sentimientos. Por eso, alterada por los sucesos del día, se despertó varias veces para escuchar a su primo, creyendo haber oído los suspiros que desde la víspera resonaban en su corazón; tan pronto lo veía expirando de pena, como soñaba que se moría de hambre. Hacia el amanecer, oyó con claridad una exclamación terrible. Se vistió enseguida, y al alba acudió con pie ligero al lado de su primo, que había dejado su puerta abierta. La bujía se había consumido hasta la arandela del candelero. Charles, vencido por la naturaleza, dormía vestido, sentado en un sillón, con la cabeza reclinada sobre la cama; soñaba como sueña la gente que tiene el estómago vacío. Eugenia pudo llorar a sus anchas y admirar aquel joven y bello rostro veteado por el dolor, aquellos ojos hinchados por el llanto y que, totalmente dormidos, aún parecían derramar lágrimas. Charles adivinó por empatía la presencia de Eugenia, abrió los ojos y la vio conmovida.

–Perdón, prima –dijo, sin saber por supuesto ni la hora que era ni el lugar en que se encontraba.

–Aquí hay corazones que le oyen, primo, y *nosotras* hemos creído que necesitaba alguna cosa. Debería acostarse, se cansa usted permaneciendo así.

–Es cierto.

–Bueno, adiós.

Eugenia escapó, avergonzada y feliz de haber ido. Sólo la inocencia tiene tales atrevimientos. La Virtud, instruida, calcula tan bien como el Vicio. Eugenia, que, al lado de su primo, no había temblado, apenas pudo sostenerse sobre sus piernas cuando estuvo en su cuarto. Su vida de ignorancia había cesado de repente, empezó a razonar y se hizo mil reproches. «¿Qué idea va a hacerse de mí? Creerá que le amo.» Eso era precisamente lo que más deseaba ver creer a su primo. El amor sincero tiene su presciencia y sabe que el amor incita al amor. ¡Qué acontecimiento para aquella muchacha solitaria, haber entrado así, furtivamente, en la habitación de un joven! ¿No hay pensamientos, acciones, que, en amor, equivalen para ciertas almas a santos esponsales? Una hora más tarde, entró en el cuarto de su madre y la ayudó a vestirse según su costumbre. Luego ambas fueron a sentarse en sus sitios ante la ventana, y esperaron a Grandet con esa ansiedad que hiela el corazón o lo calienta, lo oprime o lo dilata, según los caracteres, cuando se tiene miedo a una escena, a un castigo; sentimiento, por otra parte, tan natural que lo experimentan los animales domésticos, que chillan por el débil dolor de un castigo, ellos que callan cuando se lastiman sin darse cuenta. Nuestro hombre bajó, pero habló con aire distraído a su mujer, dio un beso a Eugenia y se sentó a la mesa sin que pareciera pensar en sus amenazas de la víspera.

–¿Qué es de mi sobrino? No parece que el chico moleste mucho.

-Está durmiendo, señor -respondió Nanon.

-Tanto mejor, así no necesita bujía -dijo Grandet en tono burlón.

Aquella insólita clemencia, aquella amarga alegría impresionaron a la señora Grandet, que miró a su marido muy atenta. El buen hombre... Tal vez sea conveniente en este punto hacer observar que en Touraine, en Anjou, en Poitou, en la Bretaña, la expresión *buen hombre*, ya empleada a menudo para designar a Grandet, se aplica tanto a los hombres más crueles como a los más bonachones cuando han alcanzado cierta edad. Tal título no prejuzga nada sobre la mansedumbre de la persona. Así pues, el buen hombre cogió su sombrero y sus guantes y dijo:

-Voy a dar una vuelta por la plaza a ver si encuentro a nuestros Cruchot.

-Eugenia, no me cabe duda de que a tu padre le pasa algo.

En efecto, hombre de poco dormir, Grandet empleaba la mitad de sus noches en los cálculos preliminares que daban a sus ideas, a sus observaciones, a sus planes, su sorprendente precisión y le aseguraban aquel constante éxito que maravillaba a todos los saumurenses. Todo poder humano es un compuesto de paciencia y de tiempo. Los hombres poderosos quieren y velan. La vida del avaro es un constante ejercicio del poder humano puesto al servicio de la personalidad. Sólo se apoya en dos sentimientos: el amor propio y el interés; pero como el interés es, en cierto modo, el amor propio sólido y bien entendido, la confirmación continua de una superioridad real, el amor propio y el interés son dos partes de un mismo todo: el egoísmo. Tal vez de ahí proceda la prodigiosa curiosidad que suscitan los avaros puestos hábilmente en escena. Cada cual se siente vinculado por un hilo a esos personajes que arremeten contra todos los sentimientos humanos, resumiéndolos todos. ¿Dónde está el hombre que carece de deseos, y qué deseo social se satisface sin dinero? Desde luego a Grandet le pasaba algo, según la expresión de su esposa. En él había, como en todos los avaros, una persistente necesidad de jugar una partida con el resto de los hombres, de ganarles legalmente sus escudos. Imponerse al prójimo, ¿no es realizar un acto de poder, otorgarse perpetuamente el derecho a despreciar a los que, demasiado débiles, se dejan devorar en este mundo? ¡Oh!, ¿quién ha sabido comprender al cordero apaciblemente echado a los pies de Dios, el más conmovedor emblema de todas las víctimas de este mundo, el de su futuro, que es el Sufrimiento y la Debilidad por fin glorificados? El avaro deja engordar a ese cordero, lo mete en su redil, lo mata, lo asa, se lo come y lo desprecia. El alimento de los avaros se compone de dinero y de desdén. Durante la noche, las ideas del buen hombre habían tomado otro derrotero: de ahí su clemencia. Había urdido una trama para burlarse de los parisienses, para retorcerlos, envolverlos, amasarlos, hacerlos ir, venir, sudar, esperar, palidecer; para divertirse a su costa, él, antiguo tonelero en el fondo de su salón gris, subiendo la escalera carcomida de su casa de Saumur. Se había dedicado a pensar en su sobrino. Quería salvar el honor de su hermano muerto sin que eso le costase un céntimo, ni a él ni a su sobrino. Iba a colocar sus fondos por tres años, bastaba con gestionar sus bienes, necesitaba por lo tanto un alimento para su actividad maliciosa y lo había encontrado en la quiebra de su hermano. Como no tenía nada

que estrujar entre sus garras, quería triturar a los parisienses en provecho de Charles, y mostrarse excelente hermano a un precio barato. El honor de la familia contaba tan poco en su proyecto que su buena voluntad debe ser comparada a la necesidad que tienen los jugadores de ver jugar bien una partida en la que no han apostado nada. Y necesitaba a los Cruchot, pero no quería ir en su busca; había decidido hacerlos venir a su casa y empezar aquella misma noche la comedia cuyo plan acababa de concebir, a fin de ser al día siguiente, sin que le costara un céntimo, objeto de la admiración de su ciudad<sup>74</sup>.

En ausencia de su padre, Eugenia tuvo la suerte de poder ocuparse abiertamente de su amado primo, de derramar sobre él sin temor algunos tesoros de su piedad, una de las sublimes superioridades de la mujer, la única que ésta quiere hacer sentir, la única en que perdona al hombre que la deja ser superior. Eugenia fue tres o cuatro veces a escuchar la respiración de su primo; a saber si dormía, si despertaba; luego, cuando se levantó, la nata, el café, los huevos, la fruta, los platos, el vaso, todo lo que formaba parte del desayuno, fue para ella objeto de cuidado. Trepó con agilidad por la vieja escalera para escuchar el ruido que hacía su primo. ¿Se vestía? ¿Seguía llorando? Se llegó hasta la puerta.

-¿Primo?

-Sí, prima.

-¿Quiere desayunar en la sala o en su cuarto?

-Donde usted quiera.

-¿Cómo se encuentra?

-Querida prima, me da vergüenza tener hambre.

Para Eugenia, aquella conversación a través de la puerta era todo un episodio de novela.

-Bueno, le traeremos el desayuno a la habitación, para no contrariar a mi padre.

Bajó a la cocina con la ligereza de un pájaro.

-Nanon, vete a hacer su cuarto.

Aquella escalera subida y bajada con tanta frecuencia, donde resonaba el menor ruido, parecía haber perdido para Eugenia su carácter de vetustez; la veía luminosa, le dirigía la palabra, era joven como ella, joven como su amor al que servía. Su madre, su buena e indulgente madre, terminó prestándose a los caprichos de su amor, y, cuando el cuarto de Charles estuvo terminado, ambas fueron a hacer compañía al desdichado: ¿no ordenaba la caridad cristiana consolarlo? Estas dos mujeres sacaron de la religión buen número de pequeños sofismas para justificar su desenvoltura. Así pues, Charles Grandet se vio objeto de los cuidados más afectuosos y más tiernos. Su corazón dolorido sintió vivamente la dulzura de aquella amistad delicada, de aquella exquisita simpatía que dos almas, siempre coartadas, supieron desplegar al verse por un instante libres en la región de los sufrimientos, su esfera natural. Autorizada por el parentesco, Eugenia se puso a ordenar la ropa, los objetos de tocador que su primo había traído, y pudo admirar a su gusto cada lujosa fruslería, las baratijas de plata y de oro labrado que le caían en las manos y que retenía largo tiempo so pretexto de examinarlas. Charles no vio sin profundo enternecimiento el generoso interés que le

dispensaban su tía y su prima, conocía de sobra la sociedad de París para saber que, en su situación, no hubiera encontrado más que corazones indiferentes o fríos; Eugenia se le apareció entonces en todo el esplendor de su especial belleza, y admiró a partir de ese momento la inocencia de aquellas costumbres de las que se burlaba la víspera. Por eso, cuando Eugenia cogió de las manos de Nanon la taza de loza llena de café con leche para servírsela a su primo con toda la ingenuidad del sentimiento, al lanzarle una tierna mirada los ojos del parisino se bañaron de lágrimas, y le cogió la mano y la besó.

–Vamos, ¿qué le pasa ahora? –preguntó ella.

–Son lágrimas de agradecimiento –respondió él.

Eugenia se volvió repentinamente hacia la chimenea para coger los candeleros.

–Nanon, tenga, lléveselos –le dijo.

Cuando miró a su primo aún seguía muy colorada, pero por lo menos sus miradas pudieron mentir y no expresar la excesiva alegría que inundaba su corazón; sus ojos, sin embargo, expresaron un mismo sentimiento, de la misma forma que sus almas se fundieron en una misma idea: el porvenir era suyo. Aquella dulce emoción fue tanto más deliciosa para Charles en medio de su inmensa pena por lo que tenía de inesperada. Un aldabonazo devolvió a las dos mujeres a sus sitios. Por suerte, pudieron bajar la escalera con la rapidez suficiente para estar ya en su labor cuando entró Grandet; si las hubiera encontrado bajo la bóveda, no se habría necesitado más para despertar sus sospechas. Después del almuerzo, que el buen hombre hizo de pie, el guarda, a quien aún no se le había dado la indemnización prometida, llegó de Froidfond, de donde traía una liebre, unos perdigones cazados en el parque, unas anguilas y dos lucios adeudados por los molineros.

–¡Vaya, vaya! Este pobre Cornoiller viene como agua de mayo. ¿Ya se pueden comer?

–Sí, mi querido y generoso señor, se mataron hace dos días.

–Vamos, Nanon, muévete –dijo el buen hombre–. Coge eso, será para la cena, porque he invitado a dos Cruchot.

Nanon puso unos ojos como platos y miró a todo el mundo.

–De acuerdo –respondió–, pero, ¿dónde encontraré tocino y especias?

–Mujer –dijo Grandet–, dale seis francos a Nanon y recuérdame que vaya a la bodega a buscar un buen vino.

–Bueno, señor Grandet –continuó el guarda, que había preparado su arenga para resolver la cuestión de su salario–, señor Grandet..

–Ta, ta, ta, ta –dijo Grandet–, ya sé lo que quieres decir, buena pieza estás tú hecho, mañana veremos eso, hoy tengo prisa. Mujer, dale cien *sous* –le dijo a la señora Grandet.

Y se marchó. La pobre mujer se sintió muy feliz por comprar la paz a cambio de once francos. Sabía que Grandet se callaba durante quince días tras haberle quitado de aquella forma, moneda a moneda, el dinero que le había dado.

–Toma, Cornoiller –le dijo poniéndole diez francos en la mano–, algún día te pagaremos tus servicios.

Cornoiller no tuvo nada que decir. Se fue.

–Señora –dijo Nanon, que se había puesto la cofia negra y cogido la cesta–, sólo necesito tres francos, guárdese el resto. Ya me las apañaré.

–Prepara una buena cena, Nanon, mi primo bajará –dijo Eugenia.

–No me cabe duda de que aquí pasa algo extraordinario –dijo la señora Grandet–. Es la tercera vez desde nuestra boda que tu padre invita a cenar.

Hacia las cuatro, en el momento en que Eugenia y su madre habían terminado de preparar una mesa para seis personas, y el dueño de la casa había subido algunas botellas de esos vinos exquisitos que los provincianos conservan con amor, Charles apareció en la sala. El joven estaba pálido. Sus gestos, su semblante, sus miradas y el sonido de su voz tenían una tristeza llena de gracia. No fingía el dolor, sufría de verdad, y el velo que la pena había extendido sobre sus rasgos le daba ese aire interesante que tanto gusta a las mujeres. Eugenia le quiso por ello mucho más. Quizá la desgracia también lo había acercado a ella. Charles ya no era el rico y guapo joven situado en una esfera inalcanzable para ella, sino un pariente sumido en una miseria espantosa. La miseria engendra igualdad. La mujer tiene en común con los ángeles que le pertenecen los seres que sufren. Charles y Eugenia se comprendieron y se hablaron sólo con los ojos, porque el pobre dandy venido a menos, el huérfano, se fue a una esquina y allí permaneció callado, tranquilo y orgulloso; pero, de cuando en cuando, la mirada dulce y acariciadora de su prima lo iluminaba y le obligaba a abandonar sus tristes pensamientos, a lanzarse con ella a los campos de la Esperanza y del Porvenir por los que Eugenia deseaba adentrarse con él. En ese momento, la villa de Saumur se hallaba más conmovida por la cena ofrecida por Grandet a los Cruchot que la víspera por la venta de su cosecha, que constituía un crimen de alta traición contra los viñedos. Si el astuto vinatero hubiera hecho la invitación a cenar con el mismo propósito que costó la cola al perro de Alcibíades<sup>75</sup>, quizá habría sido un gran hombre; pero, demasiado superior a un pueblo del que se burlaba sin cesar, no hacía ningún caso de Saumur. Los des Grassins se enteraron enseguida de la muerte violenta y de la quiebra probable del padre de Charles, decidieron ir esa misma noche a casa de su cliente a fin de compartir su desgracia y darle pruebas de amistad, al tiempo que se informaban de los motivos que podían haberlo decidido a invitar a cenar a los Cruchot en semejante circunstancia. A las cinco en punto, el presidente C. de Bonfons y su tío el notario llegaron endomingados hasta los dientes. Los invitados se sentaron a la mesa y empezaron a comer extraordinariamente bien. Grandet estaba serio, Charles silencioso, Eugenia muda, la señora Grandet no habló más que de costumbre, de modo que aquella cena fue una verdadera comida de duelo. Cuando se levantó la mesa, Charles les dijo a su tía y a su tío:

–Permítanme que me retire. Debo atender una larga y triste correspondencia.

–Hágalo, sobrino.

Cuando después de su marcha el buen hombre pudo presumir que Charles ya no oiría nada y estaría sumido en sus cartas, miró socarrón a su mujer.

–Señora Grandet, lo que tenemos que decir es latín para usted, son las siete y media, lo mejor sería que se fuera a la piltra. Buenas noches, hija.

Besó a Eugenia y las dos mujeres salieron. Entonces empezó la escena en que papá Grandet empleó, más que en ningún otro momento de su vida, la astucia que había adquirido en el trato con los hombres, y que a menudo le valía, de parte de aquellos a los que mordía con demasiada dureza, el apodo de *perro viejo*. Si el alcalde de Saumur hubiera tenido ambiciones más altas, si felices circunstancias, haciéndolo llegar a las esferas superiores de la sociedad, lo hubieran enviado al Congreso, donde se discuten los asuntos de las naciones, y se hubiera servido en él del talento con que le había dotado su interés personal, no hay duda de que habría sido gloriosamente útil a Francia. Sin embargo, quizá hubiera sido asimismo probable que, salido de Saumur, el buen hombre sólo habría hecho el ridículo. Tal vez a algunos espíritus les ocurre lo mismo que a ciertos animales, que una vez transplantados fuera de los climas donde nacen ya no engendran.

–Se... se... se... se... ñor pre... pre... pre... presidente, de... de... de... decía usted que la quiebra...

El tartamudeo fingido desde hacía tanto tiempo por el buen hombre y que pasaba por natural, lo mismo que la sordera de la que se quejaba en tiempo de lluvia, se volvió, en aquella coyuntura, tan fatigoso para los dos Cruchot que, escuchando al vinatero, hacían muecas sin querer y esfuerzos como si quisieran acabar las palabras en las que Grandet tropezaba adrede. En este punto tal vez sea necesario contar la historia del tartamudeo y de la sordera de Grandet. Nadie en el Anjou oía mejor ni podía pronunciar con más claridad el francés angevino que el taimado vinatero. Hacía mucho tiempo, a pesar de toda su agudeza, había sido engañado por un israelita que, durante la discusión, aplicaba la mano a su oreja a modo de trompetilla so pretexto de oír mejor y farfullaba tan bien buscando sus palabras que Grandet, víctima de su humanidad, se creyó obligado a sugerir al malicioso judío las palabras y las ideas que el judío parecía buscar, acabar él mismo los razonamientos del susodicho judío, hablar como debía hablar el condenado judío, ser en fin el judío y no Grandet. El tonelero salió de aquel extravagante combate cerrando el único trato del que tuvo que lamentarse durante el curso de su vida comercial. Pero si perdió desde el punto de vista pecuniario, ganó moralmente una buena lección, cuyos frutos recogió más tarde. Por eso nuestro hombre terminó por bendecir al judío que le había enseñado el arte de impacientar a su adversario comercial; al tenerlo ocupado en expresar el pensamiento del otro, le hacía perder de vista constantemente el suyo propio. Ahora bien, ningún negocio exigió más que aquél la utilización de la sordera, del tartamudeo y de los incomprensibles rodeos con que Grandet envolvía sus pensamientos. En primer lugar, no quería cargar con la responsabilidad de sus ideas; y, además, quería ser dueño de la palabra y dejar en la duda sus verdaderas intenciones.

–Señor de Bon... Bon... Bonfons...

Era la segunda vez, en tres años, que Grandet llamaba señor de Bonfons al sobrino de Cruchot. El presidente pudo creerse elegido yerno por el artero buen hombre.

–Le... le... le... de... de... decía que las quiebras pue... pue... pueden en ci... ertos

casos im... im... pedirse... po... por...

–Por los mismos tribunales de comercio. Se ve todos los días –dijo el señor C. de Bonfons captando la idea de papá Grandet o creyendo adivinarla y queriendo explicársela amablemente–. ¿Me sigue?

–Le sigo –respondió humildemente el buen hombre adoptando la maliciosa actitud de un niño que se ríe por dentro de su profesor aunque parezca prestarle la mayor atención.

–Cuando un hombre considerable y considerado, como lo era, por ejemplo, su difunto señor hermano en París...

–Mi... mi... hermano, sí.

–Se ve amenazado por un descalabro...

–¿Eso... se... se lla... ma... des... des... descalabro?

–Sí. Cuando su quiebra se vuelve inminente, los tribunales de comercio a los que está sometida (sígame bien), tienen la facultad, mediante juicio, de nombrar liquidadores para su casa comercial. Liquidar no es quebrar, ¿comprende? Al quebrar, un hombre queda deshonorado; pero si liquida sigue siendo hombre honrado.

–Es muy di, di, di, diferente si esooo no cue... cue... cue... esta más ca... caro –dijo Grandet.

–Pero una liquidación también puede hacerse incluso sin la ayuda del Tribunal de Comercio. Porque –dijo el presidente aspirando su toma de rapé–, ¿cómo se declara una quiebra?

–... Sí, nunca lo he pen, pen, pen, pensado –respondió Grandet.

–En primer lugar –prosiguió el magistrado–, con el depósito en la secretaría del tribunal del balance, que hace el propio comerciante o su apoderado, debidamente autorizado. En segundo lugar, a petición de los acreedores. Ahora bien, si el negociante no deposita ningún balance, si ningún acreedor requiere del tribunal un juicio que declare en quiebra al susodicho negociante, ¿qué ocurriría?

–Sí, í, í, ve, vea... mos.

–Entonces la familia del finado, sus representantes, sus herederos; o el negociante si no está muerto; o sus amigos, si se ha escondido, liquidan. ¿Quiere usted acaso liquidar los negocios de su hermano? –preguntó el presidente.

–¡Ah!, Grandet –exclamó el notario–, eso estaría bien. Hay honor en el fondo de nuestras provincias. Si salva su apellido, porque se trata de su apellido, sería usted un hombre...

–Sublime –dijo el presidente interrumpiendo a su tío.

–Cieeeeertamente –replicó el viejo vinatero–, mi mi her, her, hermano se lla, lla, lla, llamaba Grandet, igu... al que yo. Es... so es seguro y cierto. Yo, yo, yo no digo no. Y, y, y esa li, li, li, liquidación po, po, podría en todos losss casos ser poor todos los con, con, conceptos muy ventaaaajosa par... ra los intereses de mi so, so, sobrino, al que qui, quie, quie, quiero. Pero hay que mi, mi, mirarlo. No co, co, co, conozco a loosss pillos de París. ¡Es... estoy en Sau, au, aumur, ya lo ve! ¡Mis mu, mugrones! ¡Mis zaanjas, y, en, en fin, mis neeeegocios! ¡Nunca he hecho pa, pa, pagarés! ¿Qué es un pagaré? He re, re, re, recibido muchos, pero nuuunca he fir, fir,

firmado ninguno. Es al, algo que se, se cobra, que se descuenta. Esooo es todo lo que, que, que sé. He oí... oí... oí... do de, de, decir que se, se, se poodían re, re, re, recomprar los pa, pa, pagarés.

–Sí –dijo el presidente–. Se pueden adquirir las letras en la plaza mediante un tanto por ciento. ¿Comprende usted?

Grandet hizo una trompetilla de su mano, la aplicó a su oreja, y el presidente le repitió su frase.

–Pero entonces –respondió el vinatero–, en todo esto hay sus más y sus menos. Yo, yo, yo no sé nada, a mi edad, de todas es, es, estas coosas. De... debo quedar aaaaquí para vigiillar el graaano. El graaano, se re, recoge, y con el graaano se pa, paga. Aaante todo, hay que vi, vi, vigilar las co, co, cosechas. Tengo asuntos ma, ma, mayores en Froidfond e inte, interesantes. No puedo a, a, abandonar mi, ca, ca, casa pooor asuntos *em, em, embrrrrrollaaa gentes* de, de, de todos los di, diablos en los que no compren, prendo nada. Dice usted que yo debería eeestar en París para li, li, liquidar, para parar la declaración de quiebra. No se puede estaaar a la vez en, en, en dos sitios, a menos de ser un pa, pa, pa, pajarillo... Y...

–Le entiendo –exclamó el notario–. Bueno, viejo amigo, usted tiene amigos, antiguos amigos capaces de sacrificarse por usted.

«Venga», pensaba para sus adentros del vinatero, «¡decídete de una vez!».

–Y si alguien fuese a París, buscarse allí al mayor acreedor de su hermano Gillaume, le dijese...

–Un mi, mi, minuto –replicó el buen hombre–, le dijese, ¿qué? ¿Algo asíí coo como esto: «El señor Grandet de Saumur po, po, por aquí, el señor Grandet, det, det de Saumur por alláaa. Ama a su hermano, ama a su so, so, sobrino. Grandet es un buen pa, pa, pariente, y tiene intenciones nobilísimas. Ha vendido bien su co, co, cosecha. No declare la qui, qui, quie, quie, quiebra, reúuunanse, nom, nom, nombren unos li, li, liquidadores. Eeeentonces Grandet ve, ve, verá. Sa, sa, sa, sacarán más ventaaaajas li, li, li, liquidando que de, de, de, dejando que la jus, justicia meta ahííí las na, na, na, rices...». ¿Eh? ¿Cierto?

–¡Exacto! –dijo el presidente.

–Porque, mire, señor de Bon, Bon, Bon, fons, hay que ver antes de de, de, de, decidirse. El que no, no, puede, no, no puede. En todo a, a, asunto oonenneroso, paara no arru, arru, arru, arruinarse hay que conocer los recursos y las cartas. ¿Eh? ¿Cierto?

–Claro que sí –dijo el presidente–. ¡Eh! En mi opinión, dentro de unos meses se podrán saldar los créditos mediante una suma y pagar íntegramente mediante acuerdos. ¡Ah!, ¡ah!, se puede llevar muy lejos a los perros enseñándoles un trozo de tocino. Cuando no ha habido declaración de quiebra y se tienen los títulos de crédito, uno queda blanco como la nieve.

–Cómo la ni, nie, nieve –repitió Grandet volviendo a hacer una trompetilla con la mano–. No entiendo eso de la ni, nie, nieve.

–Pues escúcheme entonces –gritó el presidente.

–Le, le escuuucho.

–Un efecto es una mercancía que puede tener sus alzas y sus bajas. Esto es una

deducción del principio de Jeremías Bentham<sup>76</sup> sobre la usura. Este publicista demostró que el prejuicio que sirve para reprobarnos a los usureros era una tontería.

–¡Vaya! –dijo el buen hombre.

–Dado que en principio, según Bentham, el dinero es una mercancía, y que lo que representa el dinero se convierte también en mercancía –continuó el presidente–; dado que es notorio que, sometida a las variaciones habituales que rigen las cosas comerciales, la mercancía-pagaré, llevando tal o cual firma, lo mismo que tal o cual artículo, abunda o escasea en la plaza, que es cara o no vale nada, el tribunal ordena... (¡vaya!, qué tonto soy, perdón), opino que podría rescatar a su hermano por un veinticinco por ciento.

–No, no, nombraaba usted a Je, Je, Je, Jeremías Ben...

–Bentham, un inglés.

–Ese Jeremías nos evitará muchas lamentaciones en los negocios –dijo riendo el notario.

–Esos ingleses tienen a ve, ve, veces buen, sen, sentido –dijo Grandet–. Así pues, se, se, se, según Ben, Ben, Ben, Bentham, si los efectos de mi hermano... va, va, va, valen... no valen. Sí. Di, di, digo bien, ¿verdad? Me parece claro... Los acreedores serían... No, no serían... Yo me, me en, entiendo.

–Déjeme que le explique todo esto –dijo el presidente–. En derecho, si usted posee los títulos de todos los créditos debidos por la casa Grandet, ni su hermano o sus herederos deben nada a nadie. Bien.

–Bien –repitió el buen hombre.

–En equidad, si los efectos de su hermano se negocian (negocian, ¿entiende bien el término<sup>77</sup>?) en la plaza con un tanto por ciento de pérdida; si uno de sus amigos ha pasado por allí; si los ha comprado sin que los acreedores hayan sido obligados por ninguna violencia a entregarlos, la herencia del difunto Grandet de París sería legalmente libre.

–Es cierto, los ne, ne, ne, negocios son los negocios –dijo el tonelero–. Sentadooooo esto... Sin embargo, usted compre, pre, pren, prende que es di, di, di, difícil. Yo, yo, yo no tengo dinero, ni, ni, ni tiempo, ni tiempo, ni...

–Sí, usted no puede molestarse. Pues, bien, le ofrezco ir a París (usted se haría cargo de los gastos del viaje, una miseria). Me reúno con los acreedores, les hablo, les pido un aplazamiento, y todo se arregla con un pago suplementario que usted añadirá a los valores de la liquidación, a fin de recuperar los títulos de crédito.

–Ya veeremos eso, no, no, no puedo, yo, yo, yo no quiero comprometerme sin, sin que... Quien, quien, quien, no, no puede, no puede. Me co, co, com, comprenden, ¿verdad?

–Desde luego.

–Me estaaa, lla, lla la, ca, cabeza con lo que us, us, usted me ha so, so, sol, soltado. Es la, la, la primera vez en mi vida que me veo obligado a pen, pensar en...

–Sí, usted no es jurisconsulto.

–Yo, yo soy un po, po, pobre vinatero, y no sé nada de lo que us, us, usted acaba de decir; ten, ten, tengo que estudiar eso.

–Bien –replicó el presidente disponiéndose a resumir la discusión.

-Sobrino... -dijo el notario, interrumpiéndolo en tono de reproche.

-¿Qué, tío? -respondió el presidente.

-Deja que el señor Grandet te explique sus intenciones. En este momento se trata de un mandato importante. Nuestro querido amigo debe definirlo congruam...

Un aldabonazo que anunció la llegada de la familia des Grassins, su entrada y sus saludos impidieron a Cruchot acabar su frase. Al notario le alegró la interrupción: Grandet ya le ponía mala cara y su lobanillo indicaba una tormenta interior; pero, en principio, al prudente notario no le parecía conveniente que un presidente de Tribunal de primera instancia fuera a París para hacer capitular a unos acreedores y se prestase a intervenir en un tejemaneje que ofendía las leyes de la estricta probidad; además, no habiendo oído aún a papá Grandet expresar la menor veleidad de pagar nada, temblaba instintivamente al ver a su sobrino embarcado en aquel asunto. Aprovechó, pues, el momento en que los des Grassins entraban para coger al presidente por el brazo y llevarlo al hueco de la ventana.

-Ya te has manifestado bastante, sobrino, pero basta de desvelos de este tipo. Las ganas de conseguir a la hija te ciegan. ¡Diablos!, no hay que ir como una corneja que tira nueces. Déjame que ahora guíe yo la barca, tú ayuda sólo en la maniobra. ¿Te parece bien comprometer tu dignidad de magistrado en semejante...?

No terminó la frase; oía al señor des Grassins diciendo al viejo tonelero mientras le tendía la mano:

-Grandet, hemos sabido la horrible desgracia acaecida a su familia, el desastre de la casa Guillaume Grandet y la muerte de su hermano; venimos a manifestarle que estamos con usted en ese triste suceso.

-No hay más desgracia -dijo el notario interrumpiendo al banquero- que la muerte del señor Grandet júnior. Y no se habría quitado la vida si se le hubiera ocurrido pedir ayuda a su hermano. Nuestro viejo amigo, hombre de honor de los pies a la cabeza, piensa liquidar las deudas de la casa Grandet de París. Para evitarle las molestias de un asunto exclusivamente judicial, mi sobrino el presidente se ofrece a ir de inmediato a París con el fin de transigir con los acreedores y satisfacerlos convenientemente.

Estas palabras, confirmadas por la actitud del vinatero, que se acariciaba la barbilla, sorprendieron de forma extraña a los tres des Grassins, que durante el camino habían criticado a placer la avaricia de Grandet acusándolo casi de fratricidio.

-¡Ah!, lo sabía -exclamó el banquero mirando a su mujer-. ¿Qué te decía por el camino, señora des Grassins? Grandet tiene honor hasta la coronilla, y no tolerará que su apellido reciba la más ligera ofensa. El dinero sin honor es una enfermedad<sup>78</sup>. ¡Hay honor en nuestras provincias! Eso está bien, muy bien, Grandet. Soy un viejo militar y no sé ocultar lo que pienso; lo digo con toda claridad; eso es, ¡rayos y truenos!, sublime.

-En, en, entonces lo su... su... sub... sublime es mu, mu, mu, muy caro -respondió el buen hombre mientras el banquero le sacudía calurosamente la mano.

-Pero éste, mi buen Grandet, y que mis palabras no de sa graden al señor

presidente –continuó des Grassins–, es un asunto puramente comercial y exige un negociante consumado. ¿No hay que entender de cuentas de protesto, de semolsos, cálculos de intereses? Yo tengo que ir a París por unos asuntos míos y entonces podría encargarme de...

–Entonces ya tra, tra, trata, trataríamos de ponernos de aaaaaacuerdo los... los dos en las po... po... po... posibilidades relativas y sin com... com... compro... comprometerme a algo que yo no... no... no... qui, qui, quisi, siera hacer –dijo Grandet tartamudeando–. Porque, vea usted, el señor presidente me pedía naturalmente los gastos del viaje.

El buen hombre ya no tartamudeó en estas últimas palabras.

–¡Eh! –dijo la señora des Grassins–, pero si será un placer estar en París. De buena gana pagaría yo por ir.

E hizo una seña a su marido, como animándole a birlar aquel encargo a sus adversarios costara lo que costase; luego miró muy irónicamente a los dos Cruchot, que ofrecían un aire deplorable. Grandet cogió entonces al banquero por uno de los botones de su traje y se lo llevó a un rincón.

–Tendría mucha más confianza en usted que en el presidente –le dijo–. Además, hay gato encerrado –añadió moviendo su lobanillo–. Quiero invertir en la Deuda pública, tengo unos cuantos miles de francos de renta y no quiero colocarlos más que a ochenta francos. Dicen que esta mecánica baja a fin de mes<sup>79</sup>. Entiende usted de eso, ¿no?

–¡Ya lo creo! Entonces, ¿cuántos miles de libras de títulos de Deuda tendré que invertir para usted?

–No gran cosa para empezar. *Motus!* Quiero jugar a ese juego sin que nadie sepa nada. Usted me hará esa operación a fin de mes; pero no diga nada a los Cruchot, los irritaría. Ya que va usted a París, allí veremos juntos cómo se presentan las cosas de mi pobre sobrino.

–Entendido. Me iré mañana en diligencia –dijo en voz alta des Grassins–, y vendré a recibir sus últimas instrucciones a... ¿a qué hora?

–A las cinco, antes de cenar –dijo el vinatero frotándose las manos.

Ambos bandos aún permanecieron unos instantes frente a frente. Des Grassins dijo tras una pausa, dándole un golpecito en la espalda de Grandet:

–Es bueno tener parientes así...

–Sí, sí, sin que lo parezca –respondió Grandet–, soy un buen pa... pariente. Quería a mi hermano, y lo demostraré si si no no cuesta...

–Vamos a dejarle, Grandet –le dijo el banquero interrumpiéndolo afortunadamente antes de que acabase su frase–. Si adelanto mi marcha, tengo que poner en orden algunos asuntos.

–Bien, bien. También yo, en en re, re... lación a lo que usted sabe, voy a rereretirarme a mi cuar... arto de de, de, deliberacioones, como dice el presidente Cruchot.

«¡Maldita sea!, he dejado de ser el señor de Bonfons», pensó tristemente el magistrado, cuyo rostro adoptó la expresión de un juez aburrido por un alegato.

Los jefes de las dos familias rivales se marcharon juntos. Ni unos ni otros

pensaban ya en que por la mañana Grandet se había hecho culpable de traición para con la región vinícola, y mutuamente se sondearon, aunque en vano, para saber lo que pensaban sobre las intenciones reales del buen hombre en aquel nuevo asunto.

–¿Vienen a casa de la señora d’Orsonval con nosotros? –le dijo des Grassins al notario.

–Iremos más tarde –respondió el presidente–. Si mi tío lo permite, he prometido a la señorita de Gribeaucourt pasar un momento a darle las buenas noches, e iremos primero allí.

–Hasta luego entonces, señores –dijo la señora des Grassins.

Y cuando los des Grassins estuvieron a unos cuantos pasos de los dos Cruchot, Adolphe le dijo a su padre:

–Se van bufando, ¿eh?

–Cállate, hijo –le replicó su madre–, todavía pueden oírnos. Además, lo que dices no es de buen gusto y huele a facultad de Derecho.

–Bien, querido tío –exclamó el magistrado cuando vio a los des Grassins lejos–, he empezado por ser el presidente de Bonfons y he terminado por ser simplemente un Cruchot.

–Ya me he dado cuenta de que eso te contrariaba; pero el viento estaba de parte de los des Grassins. ¡Qué idiota eres con todo tu talento!... Déjalos embarcarse en ese *ya veremos* de papá Grandet, y tranquilízate, pequeño, que no por eso Eugenia dejará de ser tu mujer.

En pocos instantes la noticia de la magnánima resolución de Grandet se difundió en tres casas a la vez, y en todo el pueblo no se habló de otra cosa que de aquel sacrificio fraternal. Todos perdonaban a Grandet la venta hecha con desprecio de la fe jurada entre los propietarios, admirando su honor, elogiando una generosidad de la que nadie lo creía capaz. Es propio del carácter francés entusiasmarse, encolerizarse, apasionarse por el meteoro del momento, por las miserables ilusiones de la actualidad. ¿Carecen, acaso, los seres colectivos, los pueblos, de memoria?

En cuanto papá Grandet hubo cerrado su puerta, llamó a Nanon.

–No sueltes el perro y no te vayas a dormir, que tenemos que trabajar juntos. A las once Cornoiller debe presentarse ante mi puerta con el *berlingot* [80](#) de Froidfond. Estate atenta a su llegada para impedir que llame, y dile que entre sin ruido. Las ordenanzas municipales prohíben el alboroto nocturno. Además, el barrio no tiene necesidad de saber que me voy de viaje.

Tras esto, Grandet subió a su laboratorio, en el que Nanon le oyó remover, buscar, ir y venir, pero con cuidado. Evidentemente no quería despertar ni a su mujer ni a su hija, ni, sobre todo, atraer la atención de su sobrino, al que había empezado por maldecir al ver luz en su cuarto. En mitad de la noche, Eugenia, preocupada por su primo, creyó haber oído el lamento de un moribundo, y para ella ese moribundo era Charles: ¡lo había dejado tan pálido, tan desesperado! Quizá se había matado. Rápidamente se envolvió en una cofia, una especie de pelliza con capuchón, y quiso salir. Primero, una viva luz que pasaba por las

rendijas de su puerta le hizo temer que hubiera fuego; pero se tranquilizó enseguida al oír los pesados pasos de Nanon y su voz mezclada con el relincho de varios caballos.

«¿Estará llevándose mi padre al primo?», se dijo entreabriendo la puerta con la precaución suficiente para impedir que chirriase, pero de modo que pudiera ver lo que ocurría en el pasillo.

De repente sus ojos se encontraron con los de su padre, cuya mirada, por vaga e indiferente que fuese, la heló de terror. El buen hombre y Nanon estaban unidos por una gruesa vara cada uno de cuyos extremos reposaba sobre el respectivo hombro derecho de ambos y sostenía un cable al que estaba atado un barrilito de los que papá Grandet se entretenía en hacer en sus ratos libres.

–¡Virgen Santa!, señor, cuánto pesa... –dijo en voz baja Nanon.

–¡Lástima que sólo sea calderilla! –respondió el buen hombre–. Ten cuidado para no golpear el candelero.

Una sola candela colocada entre dos balaustres de la barandilla iluminaba esta escena.

–Cornoiller –le dijo Grandet a su guarda *in partibus* [81](#)–, ¿has cogido tus pistolas?

–No, señor. ¡Rediez! ¿Acaso hay que temer por su calderilla?

–¡Oh!, nada –dijo papá Grandet.

–Además iremos deprisa –continuó el guarda–, sus aparceros han escogido para usted los mejores caballos.

–Bien, bien. ¿No les habrás dicho adónde iba?

–Pero si no lo sabía.

–Bien. ¿Es sólido el coche?

–¿Éste, amo? Ya lo creo: podría cargar con tres mil [82](#). ¿Qué será lo que pesan sus malditos barriles?

–¡Yo sí que lo sé bien! –dijo Nanon–. Hay cerca de mil ochocientos.

–¿Quieres callarte, Nanon? A mi mujer le dices que he ido al campo. Habré vuelto para la cena. Ve a buen paso, Cornoiller, hay que estar en Angers antes de las nueve [83](#).

El coche partió. Nanon echó el cerrojo al portón, soltó al perro, se acostó con el hombro lastimado y nadie en el barrio tuvo la menor sospecha de la marcha de Grandet ni del objeto de su viaje. La discreción del buen hombre era completa. Nadie veía nunca un céntimo en aquella casa llena de oro. Después de haberse enterado por la mañana, gracias a las conversaciones del puerto, de que el oro había doblado su precio debido a los numerosos equipamientos emprendidos en Nantes, y de que los especuladores habían llegado a Angers para comprar, el viejo vinatero, con sólo pedir caballos a sus aparceros, estuvo en condiciones de ir a vender el suyo y traer en valores del recaudador general sobre el Tesoro la suma necesaria para la compra de sus títulos de Deuda después de haberla incrementado con el agio [84](#).

–Mi padre se va –dijo Eugenia, que desde lo alto de la escalera lo había oído todo.

El silencio se había restablecido en la casa, y el lejano rodar del coche, que cesó

poco a poco, ya no resonaba en el dormido Saumur. En ese momento Eugenia oyó en su corazón, antes que en sus oídos, un quejido que traspasó los tabiques y que procedía de la habitación de su primo. Una banda luminosa, tan fina como el filo de un sable, pasaba por la rendija de la puerta y cortaba en horizontal los balaustres de la vieja escalera. «Está sufriendo», se dijo Eugenia trepando dos escalones. Un segundo gemido la hizo llegar al rellano de la habitación. La puerta estaba entreabierta, la empujó. Charles dormía con la cabeza inclinada por fuera del viejo sillón, su mano había dejado caer la pluma y casi rozaba el suelo. La respiración entrecortada que exigía la postura del joven asustó de pronto a Eugenia, que entró enseguida. «Debe de estar muy cansado», se dijo mirando una decena de cartas ya cerradas, cuyas direcciones leyó: «A los señores Farry, Breilman y Cía.<sup>85</sup>, carroceros»; «Al señor Buisson, sastre», etc. «Sin duda ha arreglado todos sus asuntos para poder irse de Francia enseguida», pensó. Sus ojos tropezaron con dos cartas abiertas. Las palabras con que empezaba una: «Mi querida Annette...» le provocaron un vahído. Su corazón palpitó, sus pies quedaron clavados al suelo. ¡Su querida Annette, ama y es amado! ¡No hay esperanza! ¿Qué le dice? Estas ideas le traspasaron la cabeza y el corazón. Leía esas palabras en todas partes, incluso en las baldosas, en letras de fuego. «¡Renunciar ya a él! ¡No, no leeré esa carta! Debo irme. Sin embargo, si la leyera...» Miraba a Charles, le cogió dulcemente la cabeza, la depositó en el respaldo del sillón, y él se dejó hacer como un niño que, incluso dormido, sigue reconociendo a su madre y recibe, sin despertarse, sus cuidados y sus besos. Como una madre, Eugenia levantó la mano que colgaba, y como una madre besó dulcemente los cabellos. ¡Querida Annette! Un demonio le gritaba esas dos palabras al oído. «Sé que quizá haga mal, pero leeré la carta», se dijo. Eugenia volvió la cabeza, pues su noble honradez se rebelaba. Por primera vez en su vida el bien y el mal estaban frente a frente en su corazón. Hasta entonces no había tenido que sonrojarse por ningún acto. La pasión y la curiosidad la dominaron. A cada frase se henchía más su corazón, y el excitante ardor que animó su vida durante aquella lectura le hizo más deliciosos todavía los placeres del primer amor.

Mi querida Annette, nada debía separarnos, a no ser la desgracia que me abrumba y que ninguna prudencia humana habría sabido prevenir. Mi padre se ha matado, su fortuna y la mía están totalmente perdidas. Soy huérfano a una edad en que, por la naturaleza de mi educación, puedo pasar por niño; y sin embargo debo levantarme como un hombre del abismo en que he caído. Acabo de emplear una parte de esta noche en hacer mis cálculos. Si quiero dejar Francia como hombre honrado, y sobre esto no hay duda, no tengo ni cien francos míos para ir a probar suerte en las Indias o en América. Sí, mi pobre Anna, iré a buscar la fortuna bajo climas más nocivos. Me han dicho que bajo esos cielos es segura y rápida. En cuanto a permanecer en París, no podría. ¡Ni mi alma ni mi rostro están hechos para tolerar las afrentas, la frialdad, el desdén que aguardan al hombre arruinado, al hijo del que ha quebrado! ¡Dios mío! ¡Deber dos millones!... Me matarían en duelo en la primera semana. Por eso no volveré. Tu amor, el más tierno y más abnegado que nunca haya ennoblecido el corazón de un hombre, no podría llevarme allí. ¡Ay!, amada mía, no tengo suficiente dinero para ir donde estás y darte y recibir un último beso, un beso del que sacaría la fuerza necesaria para mi empresa.

«¡Pobre Charles, he hecho bien en leer! Yo tengo oro, se lo daré», dijo Eugenia.

Continuó la lectura tras haber enjugado sus lágrimas.

Aún no había pensado en las desgracias de la miseria. Si consigo los cien luises indispensables para el pasaje, no tendré un céntimo para hacerme una pacotilla. Pero no, no tendré ni cien luises ni un Luis, no sabré el dinero que me queda hasta después de arreglar mis deudas en París. Si no tengo nada, me iré tranquilamente a Nantes, allí embarcaré como simple marinero y empezaré allá lejos como empiezan los hombres enérgicos que de jóvenes no tenían un céntimo y han vuelto ricos de las Indias. Desde esta mañana he considerado fríamente mi futuro. Es más horrible para mí que para cualquier otro: ¡yo, mimado por una madre que me adoraba, querido por el mejor de los padres, y que, al entrar en el gran mundo, he encontrado el amor de una Anna! Sólo he conocido las flores de la vida: esa dicha no podía durar. Tengo sin embargo, mi querida Annette, más valor del que podía esperarse de un joven despreocupado, sobre todo de un joven acostumbrado a las caricias de la mujer más deliciosa de París, mecido en las alegrías de la familia, al que todo sonreía en el hogar y cuyos deseos eran leyes para un padre... ¡Oh, mi padre, Annette, está muerto!... Bien, he reflexionado en mi posición, he reflexionado también en la tuya. He envejecido mucho en veinticuatro horas. Querida Anna, si, para tenerme a tu lado en París, sacrificaras todos los placeres de tu lujo, tus vestidos, tu palco en la Ópera, aún no alcanzaríamos la cifra de los gastos necesarios para mi vida disipada; además, yo no podría aceptar tantos sacrificios. Por lo tanto, hoy nos separamos para siempre.

«¡La deja, Virgen Santa! ¡Oh! ¡Qué felicidad!»

Eugenia brincó de alegría. Charles hizo un movimiento que la heló de terror; pero, por suerte para ella, no se despertó. Eugenia continuó:

¿Cuándo volveré? No sé. El clima de las Indias envejece rápidamente a un europeo, y sobre todo a un europeo que trabaja. Pongamos dentro de diez años. Dentro de diez años tu hija tendrá dieciocho, será tu compañera, tu espía. Para ti, el mundo será muy cruel, tu hija quizá lo sea más. Hemos visto ejemplos de esos juicios mundanos y de esas ingratitudes de hijas; sepamos aprovecharlos. Guarda en el fondo de tu alma, como yo mismo guardaré, el recuerdo de estos cuatro años de felicidad, y sé fiel, si puedes, a tu pobre amigo. No podría, sin embargo, exigirlo porque, como ves, mi querida Annette, debo conformarme con mi posición, ver burguesamente la vida y asentarla en la realidad. Debo pensar por tanto en el matrimonio, que se convierte en una de las necesidades de mi nueva existencia; y te confesaré que he encontrado aquí, en Saumur, en casa de mi tío, una prima cuyas maneras, cara, inteligencia y corazón te gustarían, y que, además, me parece que tiene...

«Debía de estar muy cansado para haber dejado de escribirle», se dijo Eugenia al ver la carta detenida en medio de esa frase.

¡Le justificaba! ¿Era posible, entonces, que aquella inocente joven no percibiese la frialdad que impregnaba aquella carta? En las muchachas educadas religiosamente, ignorantes y puras, todo es amor desde el momento en que ponen el pie en las regiones encantadas del amor. Caminan por ellas rodeadas por la celeste luz que su alma proyecta y que se refleja en rayos sobre su amado; lo colorean con los fuegos de su propio sentir y le prestan sus bellos pensamientos. Los errores de las mujeres casi siempre derivan de su creencia en el bien, o de su confianza en la verdad. Para Eugenia, estas palabras: «Mi querida Annette, mi bien amada», resonaban en su corazón como el más hermoso lenguaje del amor, y le acariciaban el alma como, en su infancia, las notas divinas del *Venite adoremus*<sup>86</sup>, repetidas por el órgano, le acariciaban el oído. Además, las lágrimas que aún

bañaban los ojos de Charles le revelaban todas las noblezas de corazón por las que debe ser seducida una joven. ¿Podía ella saber que, si Charles amaba tanto a su padre y lo lloraba de forma tan auténtica, esa ternura procedía menos de la bondad de su corazón que de las bondades paternas? El señor y la señora Guillaume Grandet, al satisfacer siempre los caprichos de su hijo, al darle todos los placeres de la fortuna, le habían impedido hacer los horribles cálculos de que son más o menos culpables, en París, la mayoría de los jóvenes cuando, en presencia de los goces parisinos, forman deseos y conciben planes que ven con pesar incesantemente aplazados y retardados por la vida de sus padres. La prodigalidad del padre llegó incluso a sembrar en el corazón del hijo un amor filial verdadero, sin reservas. Sin embargo, Charles era un hijo de París, habituado por las costumbres de París, por la propia Annette, a calcular todo: bajo la máscara del joven ya era viejo. Había recibido la espantosa educación de ese mundo donde, en una velada, se cometen de pensamiento y de palabra más crímenes de los que la Justicia castiga en la sala de audiencias, en la que las frases ingeniosas asesinan las más grandes ideas, y donde uno sólo pasa por fuerte cuando ve con precisión; y ahí, ver con precisión es no creer en nada, ni en los sentimientos, ni en los hombres, ni siquiera en los hechos, pues se inventan falsos hechos. Ahí, para ver claro, es preciso sopesar cada mañana la bolsa de un amigo, saber situarse políticamente por encima de todo lo que ocurre; en principio, no admirar nada, ni las obras de arte, ni las acciones nobles, y tener por móvil de todo el interés personal. Tras mil locuras, la gran dama, la bella Annette, forzaba a Charles a pensar con seriedad; le hablaba de su futura posición pasándole por el pelo una mano perfumada; mientras le arreglaba un rizo le hacía calcular la vida: lo afeminaba y lo materializaba. Doble corrupción, pero corrupción elegante y fina, de buen gusto.

–Es usted un necio, Charles –le decía ella–. Me costará mucho trabajo enseñarle a conocer el mundo. Ha actuado muy mal con el señor des Lupeaulx. Sé de sobra que es hombre poco honorable; pero aguarde a que carezca de poder, entonces podrá despreciarlo cuanto quiera. ¿Sabe lo que la señora Campan<sup>87</sup> nos decía? «Hijas mías, mientras un hombre esté en el ministerio, adoradlo; cuando caiga, ayudad a arrastrarlo al vertedero. Poderoso, es una especie de dios; destruido, está por debajo de Marat en su cloaca<sup>88</sup>, porque él vive y Marat estaba muerto. La vida es una serie de combinaciones, y hay que estudiarlas, seguir las, para llegar a mantenerse siempre en buena posición».

Charles era un hombre demasiado a la moda, había sido demasiado mimado siempre por sus padres y demasiado adulado por el mundo para tener grandes sentimientos. El grano de oro que su madre le había puesto en el corazón se había estirado y adelgazado en la hilera parisiense, lo había empleado en superficie y debía gastarlo mediante la fricción. Pero Charles sólo tenía veintiún años todavía. A esa edad, el frescor de la vida parece inseparable del candor del alma. La voz, la mirada, la cara parecían en armonía con los sentimientos. Por eso el juez más duro, el abogado más incrédulo, el usurero más empedernido, dudan siempre en creer en la vejez del corazón, en la corrupción de los cálculos cuando los ojos aún nadan

en un fluido puro y no hay arrugas en la frente. Charles nunca había tenido ocasión de aplicar las máximas de la moral parisina, y hasta ese día era hermoso por inexperiencia. Pero, sin él saberlo, se le había inoculado el egoísmo. Los gérmenes de la economía política para uso del parisino, latentes en su corazón, no debían de tardar en florecer en él, tan pronto como de espectador ocioso se convirtiese en actor en el drama de la vida real. Casi todas las jóvenes se abandonan a las dulces promesas de esas apariencias; pero Eugenia, ¿hubiera sido prudente y observadora como lo son ciertas muchachas de provincias, habría podido desconfiar de su primo cuando modales, palabras y hechos concordaban además en él con las inspiraciones del corazón? Un azar, fatal para ella, le hizo enjugar las últimas efusiones de sensibilidad verdadera que hubo en aquel corazón joven, y oír, por así decir, los últimos suspiros de la conciencia. Así pues, dejó aquella carta para ella llena de amor, y, complacida, se puso a contemplar a su primo dormido: las frescas ilusiones de la vida aún se reflejaban para ella en aquel rostro, y enseguida se juró a sí misma amarlo siempre. Luego dirigió los ojos sobre la otra carta sin atribuir mucha importancia a aquella indiscreción; y si empezó a leerla fue para conseguir nuevas pruebas de las nobles cualidades que, semejante a todas las mujeres, prestaba a quien ella elegía.

    Mi querido Alphonse, en el momento en que leas esta carta ya no tendré amigos; pero te confieso que, aun dudando de esa gente de mundo acostumbrada a prodigar esa palabra, no he dudado de tu amistad. Así pues, te encargo que arregles mis asuntos, y cuento contigo para sacar buen partido de cuanto poseo. Ahora debes conocer mi situación. Ya no tengo nada, y quiero partir para las Indias. Acabo de escribir a todas las personas a las que creo deber algún dinero, y adjunta encontrarás la lista de ellas lo más exacta que puedo hacerla de memoria. Mi biblioteca, mis muebles, mis carruajes, mis caballos, etc., bastarán, según creo, para pagar mis deudas. Sólo quiero reservarme algunas chucherías sin valor que servirán para constituirme un principio de pacotilla. Mi querido Alphonse, para esa venta te enviaré desde aquí un poder en regla en caso de que hubiera impugnaciones. Deberás enviarme todas mis armas. Quédate con Briton<sup>89</sup> para ti. Nadie querría dar el precio que vale ese admirable animal, prefiero regalártelo, como la sortija que lega un moribundo a su albacea testamentario. Me han hecho un coche de viaje muy confortable en Farry, Breilman y Cía., pero no me lo han entregado, consigue que se lo queden sin pedirme indemnización; si rechazasen este arreglo, evita cuanto pueda manchar mi honor en las circunstancias en que me encuentro. Debo seis luises al insular, perdidos en el juego, no dejes de...

«Querido primo», se dijo Eugenia dejando la carta y escapando a pasitos cortos a su cuarto con una de las bujías encendidas. Una vez allí, abrió, no sin viva emoción de placer, el cajón de un viejo mueble de roble, una de las más bellas labores de la época llamada Renacimiento, y sobre el que aún se veía, medio borrada, la famosa salamandra real. Sacó una gran bolsa de terciopelo rojo con borlas de oro y ribeteada de canutillo gastado, procedente de la herencia de su abuela. Luego sopesó llena de orgullo la bolsa y disfrutó verificando la cuenta olvidada de su pequeño peculio. Primero separó veinte portuguesas todavía nuevas, acuñadas durante el reinado de Juan V, en 1725, que en realidad valían al cambio cinco lisboninas<sup>90</sup> o ciento setenta y ocho francos sesenta y cuatro céntimos cada una, según le decía su padre, pero cuyo valor convencional era de ciento ochenta

francos, dada la rareza y la belleza de las citadas monedas que relucían como soles. ítem, cinco genovesas o monedas de cien libras de Génova, otra moneda rara que valía ochenta y siete francos al cambio, y cien para los amantes del oro. Provenían del viejo señor de La Bertellière. ítem, tres cuádruplos de oro españoles de Felipe V, acuñados en 1729, que le había regalado la señora Gentillet, quien, al dárselas, siempre le decía la misma frase: «¡Este querido canario, esta monedita de oro, vale noventa y nueve libras! Guárdela bien, niña mía, será la flor de su tesoro!». ítem, lo que su padre más estimaba (el oro de estas monedas era de veintitrés quilates y una fracción), cien ducados holandeses, acuñados el año 1756 que valían cerca de trece francos. ítem, ¡una gran curiosidad!... una especie de medallas preciosas para los avaros, tres rupias con el signo de Libra y cinco rupias con el signo de Virgo, todas de oro puro de veinticuatro quilates, la magnífica moneda del Gran Mogol<sup>91</sup>, cada una de ellas con un valor de treinta y siete francos con cuarenta céntimos al peso; pero por lo menos cincuenta francos para los expertos que gustan de palpar el oro. ítem, el napoleón de cuarenta francos recibido la antevíspera, y que con indiferencia había metido en su bolsa roja. Este tesoro contenía monedas nuevas y vírgenes, verdaderas piezas de arte sobre las que papá Grandet se informaba a veces y quería volver a ver para explicar detalladamente a la hija cuáles eran sus virtudes intrínsecas, como la belleza del cordoncillo, la claridad de las caras, la riqueza de las letras, cuyas vivas aristas no estaban aún rayadas. Pero Eugenia no pensaba ni en esas rarezas ni en la manía de su padre, ni en el peligro que para ella suponía desprenderse de un tesoro tan apreciado por Grandet; no, pensaba en su primo, y, tras algunos errores de cálculo, terminó comprendiendo que era dueña de unos cinco mil ochocientos francos en valores reales que, convencionalmente, podían venderse por cerca dos mil escudos. A la vista de sus riquezas se puso a aplaudir batiendo palmas como un niño obligado a gastar su exceso de alegría en los ingenuos movimientos del cuerpo. Así pues, padre e hija habían contado su fortuna: él, para ir a vender su oro; Eugenia, para arrojar el suyo a un océano de afecto. Volvió a meter las monedas en la vieja bolsa, la cogió y subió de nuevo sin titubear. La miseria secreta de su primo le hacía olvidar que era de noche, y las conveniencias; además, estaba segura de su conciencia, de su abnegación, de su felicidad. En el momento en que apareció en el umbral de la puerta con la bujía en una mano y la bolsa en la otra, Charles se despertó, vio a su prima y se quedó boquiabierto de sorpresa. Eugenia avanzó, depositó el candelero sobre la mesa y dijo con voz emocionada:

–Primo mío, tengo que pedirle perdón por una falta grave que he cometido contra usted; pero Dios me perdonará ese pecado si usted quiere absolverlo.

–¿Y cuál es? –dijo Charles frotándose los ojos.

–He leído esas dos cartas.

Charles se sonrojó.

–¿Cómo ha ocurrido? –continuó ella–, ¿por qué he subido? La verdad es que ahora ya no lo sé. Pero me tienta no arrepentirme demasiado de haber leído esas cartas, porque me han permitido conocer su corazón, su alma y...

–¿Y qué más? –preguntó Charles.

–Y sus proyectos, la necesidad en que está de tener una suma...

–Mi querida prima...

–Chist, chist, primo, no tan alto, no despertemos a nadie. Aquí tiene –dijo abriendo la bolsa– los ahorros de una pobre chica que no necesita nada. Acéptelos, Charles. Esta mañana yo ignoraba lo que era el dinero, usted me lo ha enseñado, no es más que un medio, eso es todo. Un primo es casi un hermano, bien puede usted aceptar la bolsa de su hermana.

Eugenia, mujer y niña a un tiempo, no había previsto ningún rechazo, y su primo permanecía mudo.

–Bueno, ¿va a rechazarlos? –preguntó Eugenia cuyas palpitaciones resonaron en medio del profundo silencio.

La vacilación de su primo la humilló; pero la necesidad en que él se hallaba se dibujó con mayor viveza en su imaginación, y se arrodilló:

–¡No me levantaré hasta que no haya aceptado usted este oro! –dijo–. Primo, por favor, una respuesta... que yo sepa si usted me honra, si es usted generoso, si...

Al oír el grito de una noble desesperación, Charles dejó caer unas lágrimas sobre las manos de su prima, que cogió para impedirle que se arrodillase<sup>92</sup>. Al recibir aquellas cálidas lágrimas, Eugenia se abalanzó sobre la bolsa y la vació sobre la mesa.

–Bueno, sí, ¿verdad? –dijo llorando de alegría–. No tema nada, primo, será usted rico. Este oro le traerá suerte; ya me lo devolverá un día; además, nos asociaremos; en fin, aceptaré todas las condiciones que me imponga. Pero no debería dar tanta importancia a este regalo.

Charles pudo por fin expresar sus sentimientos.

–Sí, Eugenia, mi alma sería muy mezquina si no aceptase. Sin embargo, una cosa por otra, confianza por confianza.

–¿Qué quiere? –dijo ella asustada.

–Escuche, querida prima, tengo ahí...

Se interrumpió para mostrar sobre la cómoda una caja cuadrada envuelta en un estuche de cuero.

–Ahí tengo, vea, una cosa tan preciosa para mí como la vida. Esa caja es un regalo de mi madre. Desde esta mañana he pensado que, si pudiera salir de su tumba, ella misma vendería el oro que su ternura le hizo prodigar en este neceser; pero, hecha por mí, esa acción me parecería un sacrilegio.

Eugenia apretó convulsivamente la mano de su primo al oír estas últimas palabras.

–No –continuó él tras una ligera pausa, durante la que ambos cruzaron una mirada húmeda–, no, no quiero ni destruirla ni exponerla a los riesgos de mis viajes. Usted, querida Eugenia, será su depositaria. Jamás amigo alguno habrá confiado algo más sagrado a otro. Juzgue usted misma.

Fue a coger la caja, la sacó de la funda, la abrió y mostró tristemente a su maravillada prima un neceser donde la labor daba al oro un precio muy superior al de su peso.

–Esto que usted admira no es nada –dijo pulsando un resorte que dejó al

descubierto un doble fondo-. Aquí está lo que, para mí, vale más que el mundo entero.

Sacó dos retratos, dos obras maestras de la señora de Mirbel<sup>93</sup>, ricamente rodeados de perlas.

-¡Oh, qué hermosa! ¿No es ésta la señora a la que usted escr...?

-No -contestó él sonriendo-. Esta mujer es mi madre, y éste mi padre, que son su tía y su tío. Eugenia, debería suplicarle de rodillas que me guarde este tesoro. Si yo muriese y perdiera su pequeña fortuna, este oro podría indemnizarla; y sólo a usted puedo dejar los dos retratos, es digna de conservarlos; pero destrúyalos, para que después de usted no pasen a otras manos...

Eugenia callaba.

-Bien, sí, ¿verdad? -añadió él con gracia.

Al oír las palabras que acababa de decir a su primo, Eugenia le dirigió su primera mirada de mujer amante, una de esas miradas en las que casi hay tanta coquetería como profundidad; él le cogió la mano y la besó.

-¡Ángel de pureza!, entre nosotros ¿verdad?... el dinero no significará nunca nada. En adelante, el sentimiento, que es lo que le da valor, lo será todo.

-Se parece usted a su madre. ¿Tenía la voz tan dulce como la suya?

-¡Oh!, mucho más dulce.

-Sí, para usted -dijo ella bajando los ojos-. Vamos, Charles, acuéstese, se lo ruego, está usted cansado. Hasta mañana.

Liberó suavemente su mano de las de su primo, que la acompañó con una luz. Cuando ambos estuvieron en el umbral de la puerta, Charles dijo:

-¡Ah!, ¿por qué estaré arruinado?

-¡Bah!, mi padre es rico, eso creo -respondió ella.

-Pobre niña -replicó Charles dando un paso hacia el interior de la habitación y apoyando la espalda en la pared-, no habría dejado morir al mío, no la dejaría a usted en esta estrechez; en fin, que él viviría de otra manera.

-Pero tiene Froidfond.

-¿Y qué vale Froidfond?

-No sé; pero tiene Noyers.

-Alguna mala finca.

-Tiene viñas y prados...

-Miserias -dijo Charles en tono despectivo-. Sólo con que su padre tuviera veinticuatro mil libras de renta, ¿viviría usted en esta habitación fría y desnuda? -añadió adelantando el pie izquierdo-. Así pues, ahí estarán mis tesoros -dijo señalando la vieja cómoda para ocultar su pensamiento.

-Vaya a dormir -le contestó ella impidiéndole entrar en una habitación desordenada.

Charles se retiró, y se dieron las buenas noches con una mutua sonrisa.

Ambos se durmieron con el mismo sueño, y Charles empezó desde entonces a poner algunas rosas en su duelo. A la mañana siguiente, la señora Grandet encontró a su hija paseando antes del desayuno en compañía de Charles. El joven aún estaba triste, como debía estarlo un desgraciado caído por así decir a lo más

hondo de su dolor, y que, midiendo la profundidad del abismo en que se hallaba sumido, había sentido todo el peso de su vida futura.

–Mi padre no volverá hasta la cena –dijo Eugenia al ver la inquietud reflejada en el rostro de su madre.

Era fácil ver en los modales, en la cara de Eugenia y en la singular dulzura que contrajo su voz, una armonía de pensamiento entre ella y su primo. Sus almas se habían desposado ardientemente tal vez antes, incluso, de haber experimentado la fuerza de los sentimientos que unían el uno al otro. Charles se quedó en la sala, y se respetó su melancolía. Cada una de las tres mujeres tenía en qué ocuparse. Como Grandet había olvidado sus asuntos, acudió a la casa un número bastante grande de personas: el retejador, el fontanero, el albañil, los niveladores del terreno, el carpintero, los colonos, los aparceros, unos para concluir tratos relativos a reparaciones, otros para pagar los arrendamientos o recibir dinero. La señora Grandet y Eugenia se vieron obligadas a ir y venir, a responder a las interminables charlas de los obreros y la gente del campo. Nanon guardaba los pagos en especie en la cocina. Siempre esperaba las órdenes de su amo para saber qué debía guardarse para la casa o venderse en el mercado. El buen hombre, como gran número de gentilhombres rurales, solía beber su mal vino y comer su fruta averiada. Hacia las cinco de la tarde Grandet volvió de Angers con los catorce mil francos producidos por su oro y trayendo en su cartera bonos reales que le producirían interés hasta el día en que tuviera que pagar sus títulos de la Deuda. Había dejado a Cornoiller en Angers para que cuidase de los caballos medio reventados y los trajese despacio después de haberlos hecho descansar bien.

–Vengo de Angers, mujer –dijo–. Tengo hambre.

Nanon le gritó desde la cocina:

–¿Es que no ha comido usted nada desde ayer?

–Nada –respondió el buen hombre.

Nanon trajo la sopa. Des Grassins llegó para recibir las órdenes de su cliente cuando la familia estaba a la mesa. Papá Grandet ni siquiera había reparado en su sobrino.

–Coma tranquilamente, Grandet –dijo el banquero–. Hablaremos. ¿Sabe a cuánto vale el oro en Angers, adonde han ido a buscarlo para Nantes? Yo voy a mandar algo.

–No lo haga –respondió el buen hombre–, tienen ya de sobra. Somos demasiado buenos amigos para que no le evite una pérdida de tiempo.

–Pero el oro vale allí treinta francos con cincuenta.

–Diga mejor valía.

–¿De dónde diablos les habrá llegado?

–Esta noche he ido a Angers –le respondió Grandet en voz baja.

El banquero se estremeció de sorpresa. Luego se entabló entre ellos una conversación al oído, durante la que des Grassins y Grandet miraron a Charles en varias ocasiones. En el momento en que, sin duda, el viejo tonelero dijo al banquero que le comprara cien mil libras de Deuda, des Grassins dejó escapar de nuevo un gesto de asombro.

–Señor Grandet –le dijo a Charles–, me voy a París; y si tuviera usted encargos que hacerme...

–Ninguno, señor. Gracias –respondió Charles.

–Agradézcaselo algo mejor, sobrino. El señor va para arreglar los asuntos de la casa Guillaume Grandet.

–¿Habría, entonces, alguna esperanza? –preguntó Charles.

–Pero ¿no es usted mi sobrino? –exclamó el tonelero con un orgullo bien fingido–. Su honor es el nuestro. ¿No se apellida usted Grandet?

Charles se levantó, abrazó a papá Grandet, lo besó, se puso muy pálido y salió. Eugenia contemplaba a su padre con admiración.

–Bueno, adiós, mi buen des Grassins, estoy a su disposición, y a ver si me camela bien a esa gente.

Los dos diplomáticos se dieron un apretón de manos y el viejo tonelero acompañó al banquero hasta la puerta; luego, tras haberla cerrado, regresó y dijo a Nanon hundiéndose en su sillón:

–¿Me das un casis?

Pero, demasiado emocionado para estarse quieto, se levantó, miró el retrato del señor de La Bertellière y se puso a cantar, haciendo lo que Nanon llamaba pasos de baile:

*En los Guardias franceses  
yo tenía un buen papá [94](#).*

Nanon, la señora Grandet y Eugenia se miraron mutuamente en silencio. Siempre les asustaba la alegría del vinatero cuando llegaba a su apogeo. La velada terminó enseguida. Primero, papá Grandet quiso acostarse temprano; y cuando él se acostaba, toda la casa debía dormir, de la misma manera que cuando Augusto bebía, Polonia estaba ebria<sup>95</sup>. Además, Nanon, Charles y Eugenia no estaban menos cansados que el amo. En cuanto a la señora Grandet, dormía, comía, bebía y andaba según los deseos de su marido. Sin embargo, durante las dos horas concedidas a la digestión, el tonelero, más bromista que nunca, dijo muchos de sus apotegmas particulares; uno sólo de ellos dará idea de la medida de su ingenio. Cuando hubo bebido su casis, miró el vaso.

–¡Nada más poner los labios en un vaso, ya está vacío! Ésa es nuestra historia. No se puede ser y haber sido. Los escudos no pueden rodar y seguir en nuestra bolsa, de otro modo la vida sería demasiado bella.

Estuvo jovial y clemente. Cuando Nanon vino con su rueca, le dijo:

–Debes de estar cansada. Deja tu cáñamo.

–¡Ah!, ni hablar..., me aburriría –respondió la sirvienta.

–¡Pobre Nanon! ¿Quieres un poco de casis?

–¡Ah!, a lo del casis no digo que no; la señora lo hace mucho mejor que los boticarios. El que venden es medicina.

–Le ponen demasiado azúcar y ya no sabe a nada –dijo el buen hombre.

Al día siguiente, la familia, reunida a las ocho para el desayuno, ofreció el cuadro de la primera escena de una intimidad muy real. La desgracia había unido enseguida a la señora Grandet, a Eugenia y a Charles; la misma Nanon simpatizaba con ellos sin saberlo. Los cuatro empezaron a formar una misma familia. En cuanto al viejo vinatero, su satisfecha avaricia y la certeza de ver marcharse pronto al mirliflor sin tener que pagarle otra cosa que su viaje a Nantes lo volvieron casi indiferente a su presencia en la casa. Dejó a los dos niños, así llamó a Charles y a Eugenia, libres de comportarse como quisieran bajo la mirada de la señora Grandet, en la que por lo demás tenía total confianza en lo que concernía a la moral pública y religiosa. La alineación de sus prados y de las zanjas que lindaban con la carretera, sus plantaciones de álamos junto al Loira y los trabajos invernales en sus pagos y en Froidfond le ocuparon por completo. A partir de ese momento empezó para Eugenia la primavera del amor. Desde la escena nocturna en la que la prima dio su tesoro al primo, su corazón había seguido al tesoro. Sabedores ambos del mismo secreto, se miraban expresando una complicidad mutua que profundizaba sus sentimientos y los volvía más comunes, más íntimos, poniendo a ambos, por así decir, fuera de la vida ordinaria. ¿No autorizaba el parentesco una cierta dulzura en el acento, una ternura en las miradas? Por eso Eugenia disfrutó adormeciendo los sufrimientos de su primo en las alegrías infantiles de un amor naciente. ¿No hay graciosas similitudes entre los inicios del amor y los de la vida? ¿No se acuna a los niños con dulces canciones y amables miradas? ¿No se le cuentan maravillosas historias que doran su provenir? Para él, ¿no despliega incesantemente la esperanza sus radiantes alas? ¿No derrama tan pronto lágrimas de alegría como de dolor? ¿No se pelea por pequeñeces, por unas piedrecillas con las que trata de construirse un palacio móvil, por ramos de flores tan pronto olvidados como cortados? ¿No siente avidez por apoderarse del tiempo, por avanzar en la vida? El amor es nuestra segunda transformación. La infancia y el amor fueron lo mismo entre Eugenia y Charles: fue la pasión primera con todas sus chiquilladas, tanto más cariñosas para sus corazones cuanto que estaban envueltas en melancolía. Debatiéndose en su nacimiento bajo los crespones del duelo, aquel amor no dejaba de estar por otro lado en armonía con la sencillez provinciana de aquella casa en ruinas. Cuando intercambiaba algunas palabras con su prima junto al pozo, en aquel patio mudo; cuando permanecían en aquel jardincillo, sentados en un banco musgoso hasta la hora en que se ponía el sol, ocupados en decirse grandes naderías o recogidos en la calma que reinaba entre la muralla y la casa, como se está bajo las arcadas de una iglesia, Charles comprendió la santidad del amor; porque su gran dama, su querida Annette, sólo le había hecho conocer sus tormentosas conmociones. En ese momento abandonaba la pasión parisina, coqueta, vanidosa y resplandeciente por el amor puro y verdadero. Amaba aquella casa, cuyas costumbres ya no le parecían tan ridículas. Por la mañana bajaba enseguida a fin de poder hablar con Eugenia unos momentos antes de que Grandet viniera a dar las provisiones; y, cuando los pasos del buen hombre resonaban en las escaleras, escapaba al jardín. El pequeño delito de esa cita matinal, secreta incluso para la madre de Eugenia, y de la que Nanon fingía no darse cuenta,

imprimía al amor más inocente del mundo la vivacidad de los placeres prohibidos. Luego, cuando después del almuerzo papá Grandet se iba a ver sus propiedades y sus explotaciones, Charles permanecía entre madre e hija sintiendo delicias desconocidas al prestarles las manos para devanar el hilo, al verlas trabajar, al oírlas charlar. La sencillez de aquella vida casi monástica, que le reveló la belleza de aquellas almas para las que la vida mundana era desconocida, lo conmovió vivamente. Había creído que aquellas costumbres eran imposibles en Francia, y sólo había admitido su existencia en Alemania, aunque únicamente como fábula y en las novelas de Auguste Lafontaine<sup>96</sup>. Muy pronto Eugenia fue para él el ideal de la Margarita de Goethe, excepto el pecado. En fin, de día en día sus miradas, sus palabras, encantaron a la pobre niña que se abandonó deliciosamente a la corriente del amor; ella aferraba su felicidad como un nadador aferra la rama de sauce para salir del río y descansar en la orilla. Los pesares de una próxima ausencia, ¿no entristecían ya las horas más alegres de aquellas fugitivas jornadas? Todos los días un pequeño suceso les recordaba la próxima separación. Así, tres días después de la marcha de des Grassins, Charles fue llevado por Grandet al Tribunal de primera instancia con la solemnidad que las gentes de provincias prestan a tales actos, para firmar una renuncia a la herencia de su padre. ¡Repudio terrible!, especie de apostasía doméstica. Fue a casa de maese Cruchot para otorgar dos poderes, uno para des Grassins, el otro para el amigo encargado de vender su mobiliario. Luego hubo que cumplir con las formalidades necesarias para conseguir un pasaporte para el extranjero. Por fin, cuando llegaron los sencillos trajes de luto que Charles había pedido a París, llamó a un sastre de Saumur y le vendió su inútil guardarropa, hecho que agradó singularmente a papá Grandet.

–¡Ah!, ya está usted como un hombre que debe embarcar y quiere hacer fortuna – le dijo al verlo vestido con una levita de grueso paño negro–. ¡Bien, muy bien!

–Le ruego que crea, señor –le respondió Charles–, que sabré hacerme cargo de mi situación.

–¿Qué es esto? –dijo el buen hombre, cuyos ojos se animaron al ver un puñado de objetos de oro que Charles le mostró.

–Señor, he reunido mis botones, mis anillos, todas las bagatelas que poseo y que podían tener algún valor; pero como no conozco a nadie en Saumur, quería rogarle esta mañana que...

–¿Que compre eso? –dijo Grandet interrumpiéndolo.

–No, tío, que me indique un hombre honrado que...

–Déme eso, sobrino; subo a tasarlas y vuelvo para decirle lo que valen, céntimo más o menos. Oro de alhaja –dijo examinando una larga cadena–, dieciocho o diecinueve quilates.

El buen hombre tendió su ancha mano y se llevó el montón de oro.

–Prima –dijo Charles–, permítame ofrecerle estos dos botones que podrán servirle para sujetar las cintas en sus muñecas. Está muy de moda en este momento llevarlas como pulseras.

–Acepto sin dudar, primo –dijo ella lanzándole una mirada de connivencia.

–Aquí tiene, tía, el dedal de mi madre, lo guardaba con veneración en mi neceser de viaje –dijo Charles presentando un precioso dado de oro a la señora Grandet, que deseaba uno desde hacía diez años.

–No encuentro palabras para expresarle mi agradecimiento, sobrino –dijo la anciana madre cuyos ojos se bañaron de lágrimas–. En mis oraciones de la mañana y de la noche añadiré la más apremiante de todas para usted, diciendo la de los viajeros. Si muero, Eugenia le guardará esta joya.

–Esto vale novecientos ochenta y nueve francos con setenta y cinco céntimos, sobrino –dijo Grandet abriendo la puerta–. Pero, para evitarle la molestia de venderlo, yo mismo le abonaré el dinero... en libras<sup>97</sup>.

La expresión *en libras* significa en el litoral del Loira que los escudos de seis libras deben ser aceptados por seis francos sin deducción.

–No me atrevía a proponérselo –respondió Charles–, pero me repugnaba revender mis alhajas en la ciudad donde usted vive. Hay que lavar los trapos sucios en familia, decía Napoleón. Así pues, le agradezco su amabilidad.

Grandet se rascó la oreja y hubo un momento de silencio.

–Mi querido tío –continuó Charles mirándolo con aire inquieto, como si hubiera temido herir su sensibilidad–, mi prima y mi tía han tenido a bien aceptar un pequeño recuerdo mío; acepte usted también estos gemelos que para mí resultan ahora inútiles: le recordarán a un pobre muchacho que, lejos de ustedes, pensará desde luego en quienes desde hoy serán toda su familia.

–¡Muchacho, muchacho!, no debes regalar así las cosas... ¿Qué te ha dado a ti, mujer? –dijo volviéndose con avidez hacia ella–, ¡ah!, un dedal de oro. Vaya, hijitina, unos broches de diamantes. Bien, acepto tus gemelos, muchacho –prosiguió estrechando la mano de Charles–. Pero... me permitirías... pagarte... tu, sí... tu pasaje a las Indias. Sí, quiero pagarte el pasaje. Además, mira, muchacho, al tasar tus joyas, sólo he tenido en cuenta su oro en bruto, quizá se pueda ganar algo por su labor. Así que ya está dicho. Te daré mil quinientos francos... en libras, que Cruchot me prestará; porque aquí no tengo ni un ochavo, a menos que Perrottet, que se retrasa en pagar la renta, me la pague. Mira, ahora mismo voy a verlo.

Cogió su sombrero, se puso los guantes y salió.

–Entonces se va usted –dijo Eugenia lanzándole una mirada de tristeza mezclada de admiración.

–Es necesario –dijo él bajando la cabeza.

Desde hacía algunos días, la actitud, los modales, las palabras de Charles se habían vuelto los de un hombre profundamente afligido pero que, sintiendo pesar sobre él obligaciones inmensas, saca nuevas fuerzas en su desgracia. Ya no suspiraba, se había hecho hombre. Por eso Eugenia nunca tuvo mejor opinión del carácter de su primo que cuando lo vio bajar con sus ropas de grueso paño negro, que le iban bien a su cara pálida y a su sombría compostura. Ese día se pusieron de luto las dos mujeres, que asistieron con Charles a un réquiem celebrado en la parroquia por el alma del difunto Guillaume Grandet.

En el segundo almuerzo, Charles recibió cartas de París, y las leyó.

–Bien, primo, ¿está usted contento con sus asuntos? –dijo Eugenia en voz baja.

–No hagas nunca esas preguntas, hija mía –respondió Grandet–. ¡Qué diablo!, si yo no te digo nada de los míos, ¿por qué metes las narices en los de tu primo? Deja, pues, al muchacho.

–¡Oh!, yo no tengo secretos –dijo Charles.

–Ta, ta, ta, sobrino, ya aprenderás que en los negocios hay que tener bien sujeta la lengua.

Cuando los dos enamorados estuvieron solos en el jardín, Charles dijo a Eugenia, atrayéndola hacia el viejo banco en el que se sentaron bajo el nogal:

–Había pensado bien de Alphonse, se ha portado de maravilla. Ha llevado mis asuntos con prudencia y lealtad. No debo nada en París, todos mis muebles han sido bien vendidos, y me anuncia que, por consejo de un capitán de altura, ha empleado tres mil francos que le quedaban en una pacotilla compuesta por curiosidades europeas de las que se saca un excelente partido en las Indias. Ha dirigido mis bultos a Nantes, donde hay un barco de carga que va a Java. Dentro de cinco días, Eugenia, tendremos que decirnos adiós, tal vez para siempre, y cuando menos por mucho tiempo. Mi pacotilla y diez mil francos que me envían dos amigos son un principio bien pobre. No puedo pensar en volver antes de varios años. Querida prima, no unamos nuestras vidas, yo puedo perecer, quizá a usted se le presente un buen partido...

–¿Usted me quiere?... –dijo ella.

–Sí, mucho –respondió él con un acento profundo que revelaba la misma profundidad de sentimiento.

–Esperaré, Charles. ¡Dios!, mi padre está en su ventana –dijo ella rechazando a su primo, que se aproximaba para besarla.

Eugenia escapó bajo la bóveda, Charles la siguió; al verlo, ella se retiró al pie de la escalera y abrió la puerta batiente; luego, sin saber demasiado bien adónde iba, se encontró cerca del cuchitril de Nanon, en el lugar menos iluminado del pasillo; allí, Charles, que la había acompañado, le cogió la mano, la atrajo hacia su corazón, la cogió por la cintura y la estrechó dulcemente. Eugenia abandonó toda resistencia: recibió y dio el más puro, el más suave, pero también el más completo de todos los besos.

–Querida Eugenia, un primo es mejor que un hermano, puede casarse contigo –le dijo Charles.

–Así sea –exclamó Nanon abriendo la puerta de su cuartucho.

Los dos enamorados, asustados, corrieron hacia la sala, donde Eugenia reanudó su labor y donde Charles se puso a leer las letanías de la Virgen en el devocionario de la señora Grandet.

–¡Vaya! –dijo Nanon–, todos estamos con nuestras oraciones.

Desde el momento en que Charles hubo anunciado su partida, Grandet se puso en movimiento para hacer creer que se interesaba mucho por él; se mostró liberal con todo lo que no costaba nada, se ocupó de encontrarle un embalador y dijo que aquel hombre pretendía vender sus cajas demasiado caras; quiso a toda costa entonces hacerlas él mismo, y empleó en ello viejas tablas; se levantó muy de madrugada para cepillar, ajustar, pulir, clavar las tablillas y confeccionar cajas

excelentes en las que embaló todos los efectos de Charles; se encargó de hacerlas descender en barco por el Loira, asegurarlas y expedirlas a su debido tiempo a Nantes.

Desde el beso cambiado en el pasillo, las horas huían para Eugenia con una rapidez espantosa. A veces quería seguir a su primo. Quien haya conocido la más entrañable de las pasiones, esa cuya duración menguan cada día la edad, el tiempo, una enfermedad mortal, algunas fatalidades humanas, comprenderá los tormentos de Eugenia. Lloraba a menudo mientras paseaba por aquel jardín, ahora demasiado estrecho para ella, lo mismo que el patio, la casa, la ciudad: se lanzaba por adelantado a la vasta extensión de los mares. Por fin llegó la víspera de la partida. Por la mañana, en ausencia de Grandet y de Nanon, el precioso cofrecito donde se hallaban los dos retratos fue solemnemente depositado en el único cajón de la cómoda que cerraba con llave y donde estaba la bolsa ahora vacía. El depósito de aquel tesoro no dejó de ir acompañado de un buen número de besos y de lágrimas. Cuando Eugenia guardó la llave en su seno, no tuvo el valor de prohibir a Charles que besara el sitio.

–La llave no saldrá de ahí, amigo mío.

–También mi corazón estará siempre ahí.

–¡Ay!, Charles, eso no está bien –dijo ella con ligero acento de reproche.

–¿No estamos casados? –respondió él–; yo tengo tu palabra, tú tienes la mía.

–¡Tuya para siempre! –dijo Eugenia dos veces.

Y Charles repitió dos veces:

–¡Tuyo para siempre!

Ninguna promesa hecha sobre este mundo fue más pura: el candor de Eugenia había santificado momentáneamente el amor de Charles. A la mañana siguiente, el desayuno fue triste. A pesar del batín de oro y de una cruz estilo Jeannette<sup>98</sup> que le dio Charles, la propia Nanon, libre para expresar sus sentimientos, dejó asomar alguna lágrima.

–Esta pobre criatura, señor, que se va al mar. Que Dios lo guíe.

A las dos y media, la familia se puso en marcha para acompañar a Charles hasta la diligencia de Nantes. Nanon había soltado al perro y cerrado la puerta, y quiso llevar el bolso de viaje de Charles. Todos los comerciantes de la antigua calle estaban en el umbral de sus tiendas para ver pasar aquel cortejo, al que se unió en la plaza maese Cruchot.

–No vayas a llorar, Eugenia –le dijo su madre.

–Sobrino –dijo Grandet bajo la puerta de la posada, besando a Charles en las dos mejillas–, parte usted pobre, vuelva rico, encontrará el honor de su padre a salvo. Yo, Grandet, le respondo de ello; pues entonces, sólo de usted dependerá...

–¡Ah!, tío, sus palabras endulzan la amargura de mi marcha. ¿No es el más hermoso presente que usted pudiera hacerme?

Sin comprender las frases del viejo tonelero, que había interrumpido, Charles derramó sobre el rostro curtido de su tío lágrimas de gratitud mientras Eugenia estrechaba con todas sus fuerzas la mano de su primo y la de su padre. Sólo el notario sonreía admirando la astucia de Grandet, porque sólo él había

comprendido bien al buen hombre. Los cuatro saumurenses, rodeados de varias personas, permanecieron delante del carruaje hasta que partió; luego, cuando desapareció en el puente y únicamente volvió a resonar en la lejanía: «¡Buen viaje!», dijo el vinatero. Por suerte, maese Cruchot fue el único que oyó la exclamación. Eugenia y su madre se habían ido a un sitio del muelle desde donde aún podían ver la diligencia, y agitaban sus pañuelos blancos, señales a las que respondió Charles desplegando el suyo.

–Madre, durante un momento querría tener el poder de Dios –dijo Eugenia cuando dejó de ver el pañuelo de Charles.

Para no interrumpir el curso de los acontecimientos que ocurrieron en el seno de la familia Grandet es necesario echar de antemano una ojeada sobre las operaciones que el buen hombre hizo en París por mediación de des Grassins. Un mes después de la marcha del banquero, Grandet poseía un título de cien mil libras de Deuda comprada a ochenta francos netos. Los datos ofrecidos a su muerte por el inventario nunca han arrojado la menor luz sobre los medios que su desconfianza le sugirió para cambiar el precio del título por el título mismo. Maese Cruchot pensó que fue Nanon, sin saberlo, el fiel instrumento del transporte de los fondos. Hacia esa época, la sirvienta se ausentó cinco días so pretexto de arreglar unas cosas en Froidfond, como si el buen hombre fuera capaz de descuidar alguna cosa. Por lo que se refiere a los asuntos de la casa Guillaume Grandet, se cumplieron todas las previsiones del tonelero.

En el Banco de Francia se encuentran, como todo el mundo sabe, los informes más exactos sobre las grandes fortunas de París y de los departamentos. Los nombres de des Grassins y de Félix Grandet de Saumur eran conocidos en él y gozaban de la estima otorgada a las celebridades financieras que se apoyan en inmensas propiedades territoriales libres de hipotecas. La llegada del banquero de Saumur, encargado, decían, de liquidar por honor la casa Grandet de París, bastó pues para evitar a la sombra del negociante la vergüenza de los protestos. El levantamiento de precintos se hizo en presencia de los acreedores, y el notario de la familia procedió de manera regular a inventariar la herencia. No tardó mucho des Grassins en reunir a los acreedores, quienes, de manera unánime, eligieron como liquidadores al banquero de Saumur juntamente con François Keller, jefe de una importante firma comercial y uno de los principales interesados, y les confiaron todos los poderes necesarios para salvar el honor de la familia y los créditos. El prestigio del Grandet de Saumur, la esperanza que difundió en el corazón de los acreedores por medio de des Grassins, facilitaron las transacciones; no hubo ni un solo recalcitrante entre los acreedores. Nadie pensaba en pasar su crédito a la cuenta de Pérdidas y Ganancias y todos se decían: «¡El Grandet de Saumur pagará!». Pasaron seis meses. Los parisinos habían recogido los efectos en circulación y los conservaban en el fondo de sus carteras. Ése era el primer resultado que quería conseguir el tonelero. Nueve meses después de la primera asamblea, los dos liquidadores distribuyeron el cuarenta y siete por ciento a cada acreedor. La suma procedía de la venta de los valores, propiedades, bienes y cosas generalmente diversas pertenecientes al difunto Guillaume Grandet, y que se hizo

con una fidelidad escrupulosa. La probidad más exacta presidía esta liquidación. Los acreedores se dieron el placer de reconocer el admirable e irrefutable honor de los Grandet. Una vez que estos elogios hubieron circulado convenientemente, los acreedores pidieron el resto de su dinero. Tuvieron que escribir una carta colectiva a Grandet.

–Ya estamos –dijo el viejo tonelero arrojando la carta al fuego–; paciencia, amiguito.

En respuesta a las proposiciones contenidas en esa carta, Grandet de Saumur pidió el depósito en una notaría de todos los títulos de crédito existentes contra la herencia de su hermano, acompañándolos de un recibo de los pagos ya hechos, so pretexto de comprobar las cuentas y de establecer correctamente el estado de la herencia. Ese depósito planteó mil dificultades. Por lo general, el acreedor es una especie de maníaco. Dispuesto hoy a transigir, mañana quiere arrasar todo a sangre y fuego; más tarde se vuelve excesivamente bondadoso. Hoy su mujer está de buen humor, su último hijo ha echado los dientes, todo va bien en su casa, no quiere perder un céntimo; mañana llueve, no puede salir, está melancólico, dice sí a todas las proposiciones que pueden poner fin a un asunto; dos días más tarde exige garantías, a fin de mes pretende hacerlos ejecutar, ¡el muy verdugo! El acreedor se parece a ese gorrión casero sobre cuya cola se anima a los niños a intentar poner un grano de sal; pero el acreedor vuelve esa imagen contra su crédito, del que no puede coger nada. Grandet había observado las variaciones atmosféricas de los acreedores, y los de su hermano obedecieron a todos sus cálculos. Algunos se molestaron y se negaron *en redondo* al depósito. «¡Bueno!, esto va bien», se decía Grandet frotándose las manos mientras leía las cartas que sobre el asunto le escribía des Grassins. Otros sólo consintieron el citado depósito a condición de que se hiciera constar bien sus derechos, de no renunciar a ninguno y de reservarse incluso el de hacer declarar la quiebra. Nueva correspondencia, tras la que el Grandet de Saumur consintió en todas las reservas exigidas. Mediante esta concesión, los acreedores benignos hicieron entrar en razón a los acreedores duros. El depósito se llevó a cabo no sin algunas quejas. «Este buen hombre», le decían a des Grassins, «se burla de usted y de nosotros». Veintitrés meses después de la muerte de Guillaume Grandet, muchos comerciantes, arrastrados por el movimiento de los negocios de París, habían olvidado sus cobros a Grandet, o sólo pensaban en ello para decirse: «Empiezo a creer que el cuarenta y siete por ciento es todo lo que sacaré de esto». El tonelero había calculado el poder del tiempo, que, decía, es un buen diablo. Al final del tercer año, des Grassins escribió a Grandet que, mediante el diez por ciento de los dos millones cuatrocientos mil francos restantes debidos por la casa Grandet, había persuadido a los acreedores para que le devolvieran sus títulos. Grandet respondió que el notario y el agente de cambio, cuyas espantosas quiebras habían causado la muerte de su hermano, vivían, y que, como tal vez ¡ellos! fueran solventes, había que demandarlos para sacarles algo y disminuir la cifra del déficit. Al final del cuarto año, el déficit fue debidamente fijado en la cantidad de un millón doscientos mil francos. Hubo negociaciones que duraron seis meses entre los liquidadores y los acreedores,

entre Grandet y los liquidadores. En resumen, fuertemente apremiado a pagar, el Grandet de Saumur respondió a los dos liquidadores, hacia el noveno mes de ese año, que su sobrino, que había hecho fortuna en las Indias, le había manifestado la intención de pagar íntegramente las deudas de su padre; no podía por tanto comprometerse a saldarlas fraudulentamente sin haber consultado con él; esperaba una respuesta. Hacia mediados del quinto año, los acreedores eran mantenidos todavía en jaque con la palabra *íntegramente*, soltada de vez en cuando por el sublime tonelero, que se reía para sus adentros y nunca decía la expresión «¡Estos parisienses!» sin dejar escapar una astuta sonrisa y un juramento. Pero a los acreedores les estaba reservada una suerte inaudita en los fastos del comercio. Se encontraron en la posición en que Grandet los había mantenido hasta el momento en que los sucesos de esa historia los obliguen a reaparecer. Cuando los títulos de la Deuda llegaron a ciento quince<sup>99</sup>, papá Grandet vendió, retiró de París cerca de dos millones cuatrocientos mil francos en oro, que fueron a unirse en sus barrilitos a los seiscientos mil francos de intereses compuestos que le habían dado sus títulos. Des Grassins seguía en París, por lo siguiente: primero, fue nombrado diputado; luego, él, padre de familia, pero aburrido por la aburrida vida saumurensa, se enamoró de Florine, una de las más guapas actrices del teatro de Madame<sup>100</sup>, y en el banquero revivió el cabo de cuartel. Inútil hablar de su conducta; en Saumur fue juzgada profundamente inmoral. Su esposa se sintió muy feliz por haber hecho separación de bienes y tener suficiente cabeza para llevar la casa de Saumur, cuyos negocios continuaron bajo su nombre, a fin de reparar las brechas abiertas en su fortuna por las locuras del señor des Grassins. Los cruchotinos empeoraban de tal modo la falsa situación de la cuasi viuda que casó muy mal a su hija y hubo de renunciar a la alianza de Eugenia Grandet para su hijo. Adolphe se reunió con des Grassins en París, y se convirtió, dicen, en malísimo sujeto. Los Cruchot triunfaron.

–Su marido no tiene mucho sentido común –decía Grandet cuando prestaba dinero, con garantías, a la señora des Grassins–. La compadezco mucho, es usted una buena mujercita.

–¡Ah!, señor –respondió la pobre señora–, ¿quién podía creer que el día que partió de su casa para ir a París corría a su ruina?

–El cielo es testigo, señora, de que hasta el último momento hice cuanto pude para impedirle que fuera. El señor presidente quería ir en su lugar a toda costa; y si él estaba tan empeñado en ir allá, ahora sabemos por qué.

De este modo Grandet no tenía ninguna obligación con los des Grassins<sup>101</sup>.

En cualquier situación las mujeres tienen más motivos de dolor que el hombre y sufren más que él. El hombre tiene su fuerza, y el ejercicio de su poder: actúa, se mueve, se ocupa en algo, piensa, abarca el porvenir y encuentra en él consuelo. Es lo que hacía Charles. Pero la mujer permanece, se queda cara a cara con el dolor del que no la distrae nada, desciende hasta el fondo del abismo que la pena ha abierto, lo mide y a menudo lo colma con sus deseos y sus lágrimas. Es lo que hacía Eugenia. Se iniciaba en su destino. Sentir, amar, sufrir, sacrificarse será siempre el lote de la vida de las mujeres. Eugenia debía serlo en todo, menos en lo que las

consuela. Su felicidad, reunida como los clavos sembrados en la pared, según la sublime expresión de Bossuet, no debía llenarle ni un solo día el hueco de la mano<sup>102</sup>. Las penas nunca se hacen esperar, y para ella llegaron pronto. Al día siguiente de la marcha de Charles, la casa Grandet recuperó su fisonomía para todo el mundo, excepto para Eugenia, que de golpe la encontró muy vacía. Sin que su padre se enterase, quiso que la habitación de Charles permaneciese como él la había dejado. La señora Grandet y Nanon fueron cómplices voluntarias de este *statu quo*.

–¡Quién sabe si no volverá antes de lo que pensamos! –dijo.

–¡Ah!, me gustaría verlo aquí –respondió Nanon–. ¡Me había acostumbrado muy bien a él! Era muy dulce, un perfecto caballero, casi guapo, de pelo ensortijado como una muchacha.

Eugenia miró a Nanon.

–Virgen santa, señorita, tiene usted unos ojos que serán la perdición de su alma. ¡No mire a nadie así!

Desde ese día, la belleza de la señorita Grandet asumió un nuevo carácter. Los graves pensamientos de amor por los que su alma era lentamente invadida, la dignidad de la mujer amada, dieron a sus rasgos esa especie de resplandor que los pintores representan con la aureola. Antes de la venida de su primo, Eugenia podía ser comparada con la Virgen antes de la concepción; cuando él se marchó, se parecía a la Virgen madre: había concebido el amor. Esas dos Marías, tan distintas y tan bien representadas por algunos pintores españoles<sup>103</sup>, constituyen una de las más brillantes figuras que abundan en el cristianismo. Al volver de misa, a la que fue al día siguiente de la marcha de Charles, y a la que había hecho voto de ir todos los días, compró en el librero de la ciudad un mapamundi que clavó junto a su espejo, a fin de seguir a su primo en su ruta hacia las Indias, de poder meterse un poco, por la mañana y por la noche, en el barco que lo transportaba, de verlo, de hacerle mil preguntas, de decirle: «¿Estás bien? ¿No sufres? ¿Piensas en mí cuando ves esa estrella cuyas bellezas y utilidad me enseñaste a conocer?». Luego, por la mañana, se quedaba pensativa bajo el nogal, sentada en el banco de madera roído por los gusanos y cubierto de musgo gris donde se habían dicho tantas cosas dulces, tantas naderías, donde habían hecho castillos en el aire sobre su bonita relación. Pensaba en el futuro mirando el cielo por el pequeño espacio que los muros le permitían abarcar; después, el viejo lienzo de muralla, el tejado bajo el que estaba el cuarto de Charles. En fin, aquel fue el amor solitario, el amor verdadero que persiste, que se desliza en todos los pensamientos y se vuelve la sustancia, o, como hubieran dicho nuestros padres, en la trama de la vida. Cuando los pretendidos amigos de papá Grandet iban a jugar la partida por la noche, Eugenia estaba alegre, disimulaba; pero durante toda la mañana hablaba de Charles con su madre y Nanon. Nanon había comprendido que podía compadecerse de los sufrimientos de su joven ama sin faltar a sus deberes para con su viejo patrón, ella que decía: «Si yo hubiese tenido un hombre mío, lo habría... seguido hasta el infierno. Lo habría..., qué sé yo... En fin, habría querido matarme por él; pero nada. Moriré sin saber lo que es la vida. ¿Puede usted creer,

señorita, que el viejo Cornoiller, que de todos modos es un buen hombre, anda detrás de mis faldas debido a mis rentas, igual que esos que vienen aquí a olfatear la hucha del señor mientras le hacen a usted la corte? Yo lo veo, porque también soy fina aunque sea gorda como una torre; pues bien, señorita, eso me produce placer, aunque no sea amor».

Así transcurrieron dos meses. Aquella vida doméstica, en el pasado tan monótona, se había animado por el inmenso interés del secreto que unía más íntimamente a estas tres mujeres. Para ellas, bajo las vigas grisáceas de aquella sala Charles vivía, aún iba y venía. Por la noche y por la mañana Eugenia abría el neceser y contemplaba el retrato de su tía. Un domingo por la mañana fue sorprendida por su madre cuando se entretenía buscando los rasgos de Charles en los del retrato. La señora Grandet fue iniciada entonces en el terrible secreto del intercambio que había hecho el viajero con el tesoro de Eugenia.

–Se lo has dado todo –dijo la madre asustada–. ¿Qué le dirás a tu padre el día de Año Nuevo cuando quiera ver tu oro?

Los ojos de Eugenia se quedaron inmóviles, y aquellas dos mujeres permanecieron presas de un terror mortal durante media mañana. Estuvieron tan turbadas que faltaron a misa mayor y sólo fueron a la misa rezada. Tres días después terminaba el año 1819. Dentro de tres días debía empezar un suceso terrible, una tragedia burguesa sin veneno ni puñal ni sangre derramada; pero, para los actores, más cruel que todos los dramas ocurridos en la ilustre familia de los Atridas<sup>104</sup>.

–¿Qué va a ser de nosotras? –dijo la señora Grandet a su hija dejando la labor en sus rodillas.

La pobre madre sufría tales alteraciones desde hacía dos meses que las mangas de lana que necesitaba para el invierno aún no estaban terminadas. Este hecho doméstico, en apariencia nimio, tuvo tristes consecuencias. Por falta de mangas, un enfriamiento hizo presa en ella de forma desafortunada en medio de un sudor causado por un espantoso ataque de cólera de su marido.

–Pensaba yo, mi pobre niña, que si me hubieras confiado tu secreto habríamos tenido tiempo de escribir al señor des Grassins a París. Habría podido enviarnos unas monedas de oro parecidas a las tuyas; y aunque Grandet las conozca bien, quizá...

–Pero ¿de dónde habríamos sacado tanto dinero?

–Hubiera empeñado yo las mías. Además, el señor des Grassins nos hubiera...

–Ya no hay tiempo –respondió Eugenia con una voz sorda y alterada interrumpiendo a su madre–. ¿No debemos ir mañana por la mañana a felicitarle el Año Nuevo a su cuarto?

–Pero, hija mía, ¿por qué no puedo ir a ver a los Cruchot?

–No, no, eso sería entregarme a ellos y ponernos bajo su dependencia. Además, ya he tomado mi decisión. He hecho bien, no me arrepiento de nada. Dios me protegerá. Hágase su santa voluntad. ¡Ah!, si hubiera leído usted su carta, no habría pensado más que en él, madre.

A la mañana siguiente, primero de enero de 1820, el flagrante terror que había

hecho presa en madre e hija les sugirió la más natural de las excusas para no ir solemnemente al cuarto de Grandet. El invierno de 1819 a 1820 fue uno de los más rigurosos de la época. La nieve cubría los tejados.

La señora Grandet le dijo a su marido en cuanto le oyó moverse en su habitación:

–Grandet, dile a Nanon que encienda un poco de fuego en mi cuarto; hace tanto frío que estoy helada debajo de la manta. He llegado a una edad en la que necesito algunos cuidados. Además –prosiguió tras una leve pausa–, Eugenia vendrá a vestirse aquí. Esa pobre niña podría enfermar si se arregla en su cuarto con un tiempo como éste. Luego iremos a felicitarte el Año Nuevo junto al fuego, en la sala.

–Ta, ta, ta, ta, ¡vaya lenguaje! ¿Cómo empiezas el año, señora Grandet? Nunca has hablado tanto. Y no creo que hayas comido pan mojado en vino.

Hubo un momento de silencio.

–Bien –prosiguió el buen hombre, al que sin duda le pareció oportuna la proposición de su mujer–, haré lo que usted quiere, señora Grandet. Eres realmente una buena esposa, y no quiero que te ocurra nada malo por la edad, aunque en general los La Bertellière están hechos de buen cemento. ¡Eh!, ¿no es cierto? –gritó tras una pausa–. En fin, les hemos heredado y los perdono.

Y tosió.

–¡Está usted alegre esta mañana, señor! –dijo muy seria la pobre mujer.

–Yo siempre alegre

*Alegre, alegre, alegre, tonelero,  
arregla tu tonel [105](#)*

–añadió entrando ya vestido en el cuarto de su mujer–. Sí, diablos, sí que hace frío de verdad. Desayunaremos bien, mujer. ¡Des Grassins me ha mandado un paté de trufas! Voy a ir a buscarlo a la diligencia. Debe de haber unido un doble napoleón para Eugenia –fue a decirle al oído el viejo tonelero–. Ya no tengo oro, mujer. Aún tenía algunas monedas viejas, a ti puedo decírtelo; pero ha habido que soltarlas por los negocios.

Y para celebrar el primer día del año, la besó en la frente.

–Eugenia –exclamó la buena madre–, no sé de qué lado ha dormido tu padre, pero esta mañana está de buen humor. ¡Bah!, saldremos de ésta.

–¿Qué le pasa a nuestro amo? –dijo Nanon entrando en el cuarto de su señora para encender fuego–. Primero me ha dicho: «Buenos días, buen año, ¡so animal! Vete a encender fuego en el cuarto de mi mujer, que tiene frío». Me he quedado atontada cuando le he visto que me tendía la mano para darme un escudo de seis francos, ¡que casi no está gastado! ¡Mire, señora, mírelo! ¡Oh, qué buen hombre! Pese a todo, es un hombre digno, los hay que cuanto más viejos son, más se endurecen; pero él, él se vuelve dulce como su casis, y cada vez más. Es muy bueno, un muy buen hombre.

El secreto de aquella alegría residía en el total éxito de la especulación de

Grandet. El señor des Grassins, después de haber deducido las sumas de dinero que el tonelero le debía por el descuento de los ciento cincuenta mil francos de efectos holandeses y por la plusvalía que le había adelantado a fin de completar el dinero necesario para la compra de las cien mil libras de Deuda, le enviaba, por la diligencia, treinta mil francos en escudos, resto de sus intereses del semestre, y le había anunciado el alza de los fondos públicos. Estaban entonces a ochenta y nueve, los capitalistas más famosos compraban, a finales de enero, a noventa y dos. Grandet ganaba, desde hacía dos meses, el doce por ciento sobre sus capitales, había comprobado sus cuentas y a partir de ese momento iba a cobrar cincuenta mil francos cada seis meses sin tener que pagar ni impuestos ni reparaciones. Por fin comprendía la Deuda pública, inversión por la que la gente de provincias manifiesta una invencible repugnancia, y se veía, antes de cinco años, dueño de un capital de seis millones amasado sin mucha preocupación, y que, unido al valor territorial de sus propiedades, constituiría una fortuna colosal. Los seis francos dados a Nanon tal vez fueran el pago de un favor inmenso que la sirviente había hecho sin saberlo a su amo<sup>106</sup>.

–¡Oh, oh!, ¿adónde va papá Grandet que corre desde por la mañana como si fuese a apagar un fuego? –se dijeron los comerciantes ocupados en abrir sus tiendas.

Luego, cuando lo vieron volver del muelle seguido de un mozo de las Mensajerías transportando en una carretilla unos sacos repletos, uno decía:

–El agua siempre va al río, el buen hombre iba a por sus escudos.

–Le vienen de París, de Froidfond, de Holanda –decía otro.

–Terminará por comprar Saumur –exclamaba un tercero.

–Le importa un bledo el frío, su negocio es lo primero –le decía a su marido una mujer.

–¡Eh! ¡Eh, señor Grandet! Si eso le pesa demasiado –le dijo un comerciante de paños, su vecino más próximo–, yo le ayudaría a librarse de algo.

–¡Bah!, si sólo es calderilla –respondió el vinatero.

–Todo plata –dijo el mozo en voz baja.

–Si quieres que te trate bien, cierra el pico –le dijo el buen hombre al mozo mientras abría la puerta.

«¡Ah, viejo zorro! Y yo que lo creía sordo», pensó el mozo; «parece que cuando hace frío oye».

–Aquí tienes veinte *sous* como aguinaldo, ¡y *motus*! Lárgate! –le dijo Grandet–. Nanon te devolverá la carretilla. Nanon, ¿están en misa las pardillas?

–Sí, señor.

–Venga, manos a la obra –exclamó cargándola con los sacos.

En un momento los escudos fueron transportados a su cuarto, donde se encerró.

–Cuando el desayuno esté listo, dame un golpe en la pared. Devuelve la carretilla a las Mensajerías.

La familia no desayunó hasta las diez.

–Aquí tu padre no te pedirá que le enseñes tu oro –le dijo la señora Grandet a su hija cuando volvieron de misa–. Además, haz que estás muerta de frío. Ya tendremos tiempo de reponer tu tesoro para el día de tu cumpleaños...

Grandet bajaba la escalera pensando en cambiar rápidamente sus escudos parisienses por buen oro y en su admirable especulación con los títulos de Deuda pública. Estaba decidido a colocar así sus rentas hasta que los títulos alcanzasen los cien francos. Meditación funesta para Eugenia. Tan pronto como él entró, las dos mujeres le felicitaron el año, su hija saltando a su cuello y haciéndole carantoñas, la señora Grandet gravemente y con dignidad.

–¡Ah, ah!, hija mía –dijo besando las mejillas de su hija–, trabajo para ti, ¿lo ves?... quiero tu felicidad. Se necesita el dinero para ser feliz. Sin dinero, nanay. Mira, aquí tienes un napoleón completamente nuevo que he mandado traer de París. Diablos, aquí no hay ni un grano de oro. Tú eres la única que tiene oro. Enséñame tu oro, hijitina.

–¡Bah!, hace demasiado frío; vamos a desayunar –le respondió Eugenia.

–Bueno, entonces después, ¿verdad? Eso nos ayudará a todos a digerir. El gordo de des Grassins nos ha enviado esto –prosiguió–. Así que comed, hijas mías, no nos cuesta nada. Des Grassins va bien, estoy contento con él. El muy merluzo le hace un gran favor a Charles, y encima gratis. Está arreglando muy bien los negocios de ese pobre difunto Grandet. ¡Uh, uh! –dijo, con la boca llena tras una pausa–, ¡qué bueno está! ¿No comes, mujer? Esto alimenta para dos días por lo menos.

–No tengo hambre, ya sabes que estoy muy delicada.

–¡Ah, sí! Puedes atiborrarte sin temor a que se te reviente la tripa; eres una La Bertellière, una mujer sólida: una pizca amarillenta, pero me gusta el amarillo.

La espera de una muerte ignominiosa y pública tal vez sea menos horrible para un condenado de lo que era para la señora Grandet y su hija la espera de los acontecimientos que debían rematar aquel desayuno de familia. Cuanto más alegremente hablaba y comía el viejo vinatero, más se encogía el corazón de aquellas dos mujeres. La hija tenía, sin embargo, un apoyo en aquella circunstancia: sacaba fuerzas de su amor.

«Por él, por él», se decía, «sufriría mil muertes».

Con este pensamiento lanzaba a su madre ardientes miradas de valor.

–Quita todo esto –dijo Grandet a Nanon cuando, hacia las once, acabó el desayuno–; pero déjanos la mesa. Así podremos ver más a gusto tu pequeño tesoro –dijo mirando a Eugenia–. Aunque de pequeño nada: posees, en valor intrínseco, cinco mil novecientos cincuenta y nueve francos, más los cuarenta de esta mañana eso hace seis mil francos menos uno. Bien, yo te daré ese franco para completar la suma, porque ya ves, hijitina... Bueno, ¿por qué nos estás escuchando tú? Da media vuelta, Nanon, y vete a tu trabajo –dijo el buen hombre.

Nanon desapareció.

–Escucha, Eugenia, es preciso que me des tu oro. No se lo negarás a tu padre, ¿verdad, hijitina?

Las dos mujeres habían enmudecido.

–Yo ya no tengo oro. Lo tenía, pero ya no lo tengo. Te devolveré seis mil francos en libras, y tú los invertirás como yo te diga. Ya no hay que pensar en la docena. Cuando yo te case, que será pronto, te encontraré un marido que podrá ofrecerte la más hermosa docena de la que nunca se habrá hablado en la provincia. Escúchame,

hijitina. Se presenta una hermosa ocasión: puedes invertir tus seis mil francos en el gobierno, y cada seis meses tendrás cerca de doscientos francos de intereses, sin impuestos, sin reparaciones, ni granizo, ni helada, ni marea ni nada de lo que inquieta los beneficios. ¿Es que te disgusta separarte de tu oro, hijitina? Tráemelo de todas formas. Yo te traeré monedas de oro, holandesas, portuguesas, rupias del Mogol, genovesas; y con las que te dé por tus santos y tus cumpleaños, en tres años habrás repuesto la mitad de tu precioso tesorito de oro. ¿Qué dices, hijitina? Levanta la cabeza. Vamos, vete a buscar esa preciosidad de tesoro. Deberías besarme en los ojos por descubrirte así secretos y misterios de vida y de muerte para los escudos. En realidad los escudos viven, bullen como los hombres: van, vienen, sudan, producen.

Eugenia se levantó; pero, tras haber dado unos pasos hacia la puerta, se volvió bruscamente, miró a su padre a la cara y le dijo:

–Ya no tengo *mi* oro.

–¡Que ya no tienes tu oro! –exclamó Grandet irguiéndose sobre sus corvas como un caballo que oye disparar un cañón a diez pasos.

–No, ya no lo tengo.

–Te equivocas, Eugenia.

–No.

–¡Por la podadera de mi padre!

Cuando el tonelero juraba de esa forma, las vigas temblaban.

–¡Santo Dios!, qué pálida está la señora –gritó Nanon.

–Grandet, tu cólera me va a matar –dijo la pobre mujer.

–Ta, ta, ta, ta, ¡las de vuestra familia no os morís nunca! Eugenia, ¿qué ha hecho usted de sus monedas? –gritó abalanzándose sobre ella.

–Señor –dijo la hija, de rodillas ante la señora Grandet–, mi madre sufre mucho. Mire, no la mate.

Grandet se asustó ante la palidez extendida sobre la tez de su mujer, antes tan amarilla.

–Nanon, venga y ayúdeme a acostarme –dijo la madre con voz débil–. Me muero.

Nanon dio enseguida el brazo a su ama, lo mismo que Eugenia, y no sin grandes dificultades pudieron subirla a su cuarto, porque desfallecía de peldaño en peldaño. Grandet se quedó solo. Sin embargo, pocos momentos después, subió siete u ocho escalones y gritó:

–Eugenia, cuando su madre esté acostada, baje usted.

–Sí, padre.

No tardó en bajar, después de haber tranquilizado a su madre.

–Hija mía –le dijo Grandet–, va a decirme usted dónde está su tesoro.

–Padre, si usted me hace regalos de los que no soy totalmente dueña, quédese con ellos –respondió fríamente Eugenia buscando el napoleón en la chimenea y presentándoselo.

Grandet cogió vivamente el napoleón y se lo guardó en el chaleco del bolsillo.

–Desde luego que no te volveré a dar nada. ¡Ni esto siquiera! –dijo haciendo chascar la uña de su pulgar bajo su diente–. Es decir, que desprecia usted a su

padre, que no confía en él, que no sabe usted lo que es un padre. Si no lo es todo para usted, no es nada. ¿Dónde está su oro?

–Padre, le amo y le respeto a pesar de su furia; pero le haré observar con toda humildad que tengo veintidós años<sup>107</sup>. Con frecuencia me ha dicho usted que soy mayor, para que yo lo sepa. He hecho con mi dinero lo que he querido, y puede estar seguro de que está bien invertido...

–¿Dónde?

–Es un secreto inviolable. ¿No tiene usted sus secretos?

–¿No soy el jefe de mi familia, no puedo tener mis secretos?

–También esto es asunto mío.

–Malo debe de ser ese negocio si no puede decírselo a su padre, señorita Grandet.

–Es excelente, y no puedo decírselo a mi padre.

–Dígame por lo menos cuándo ha dado su oro.

Eugenia hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Aún lo tenía el día de su cumpleaños, ¿no?

Eugenia, que se había vuelto tan astuta por amor como su padre lo era por avaricia, repitió el mismo gesto de cabeza.

–Pero ¿cuándo se ha visto semejante terquedad y semejante robo? –dijo Grandet con una voz que fue *in crescendo* y que hizo retumbar gradualmente la casa–. ¡Cómo! Aquí, en mi casa, en mi propia casa, ¿alguien habría cogido tu oro? ¡El único oro que había! ¿Y no voy a saber quién ha sido? Ese oro es una cosa querida. Las jóvenes más honestas pueden cometer faltas, dar no sé qué, eso se ve en casa de los grandes señores e incluso de los burgueses; pero ¡dar el oro!, porque usted se lo ha entregado a alguien, ¿no?

Eugenia se mantuvo impassible.

–¡Habrás visto hija como ésta! ¿Acaso no soy yo su padre? Si usted lo ha invertido, tendrá un recibo...

–¿Era o no era libre de hacer lo que bien me pareciese? ¿Era mío?

–Pero si eres una niña.

–Soy mayor.

Aturdido por la lógica de su hija, Grandet palideció, pateó, juró; luego, cuando logró encontrar las palabras exclamó:

–¡Maldita serpiente de hija! ¡Ah, mala hierba, sabes bien que te quiero y abusas de mi cariño! ¡La hija degüella a su padre! Diablos, habrás arrojado nuestra fortuna a los pies de ese desharrapado que usa botas de tafílete. ¡Por la podadera de mi padre!, no puedo desheredarte, ¡maldita sea!, ¡pero te maldigo, a ti, a tu primo y a tus hijos! Nunca te llegará nada bueno de todo esto, ¿entiendes? Si fuera a Charles, que... Pero no, no es posible. ¡Cómo!, ¿ese malvado mirriflor me habría desvalijado?...

Miró a su hija que permanecía muda y fría.

–No se moverá, no pestañeará, es más Grandet que yo mismo. Pero, al menos, ¿no habrás dado tu oro por nada? Venga, habla.

Eugenia miró a su padre lanzándole una mirada irónica que lo ofendió.

–Eugenia, está usted en mi casa, en casa de su padre. Para seguir en ella debe someterse a mis órdenes. Los curas le ordenan que me obedezca.

Eugenia bajó la cabeza.

–Usted me ofende en lo que para mí es más querido –continuó–, sólo quiero verla sumisa. Vaya a su cuarto. Permanecerá en él hasta que yo le permita salir. Nanon le llevará pan y agua. Ya me ha oído, váyase.

Eugenia se echó a llorar y fue a reunirse con su madre. Tras haber dado cierto número de veces la vuelta al jardín en la nieve sin darse cuenta del frío, Grandet supuso que su hija debía de estar con su mujer; y, encantado de sorprenderla contraviniendo sus órdenes, trepó por las escaleras con la agilidad de un gato y apareció en el cuarto de la señora Grandet en el momento en que ésta acariciaba los cabellos de Eugenia, que tenía la cara hundida en el seno materno.

–Consuélate, mi pobre niña, tu padre terminará calmándose.

–Ya no tiene padre –dijo el tonelero–. ¿Somos usted y yo, señora Grandet, quienes hemos engendrado una hija tan desobediente como ésta? Bonita educación, y sobre todo religiosa. Pero bueno, no está usted en su cuarto. Vamos, a prisión, a prisión, señorita.

–¿Quiere privarme de mi hija, señor? –dijo la señora Grandet mostrando un rostro roído por la fiebre.

–Si quiere conservarla, llévesela, pero fuera las dos de mi casa. Rayos y truenos, ¿dónde está el oro, qué ha sido del oro?

Eugenia se levantó, lanzó una mirada de orgullo sobre su padre y volvió a su cuarto, que el buen hombre cerró con una vuelta de llave.

–Nanon –gritó–, apaga el fuego de la sala.

Y fue a sentarse en un sillón de la chimenea de su mujer diciéndole:

–Sin duda se lo ha dado a ese miserable seductor de Charles, que sólo quería nuestro dinero.

En medio del peligro que amenazaba a su hija, en su cariño por ella, la señora Grandet encontró fuerza suficiente para permanecer fría, muda y sorda en apariencia.

–Yo no sabía nada de todo esto –respondió volviéndose hacia el espacio entre la cama y la pared para no sufrir las miradas centelleantes de su marido–. Su violencia me hace sufrir tanto que, de creer en mis presentimientos, sólo saldré de aquí con los pies por delante. Habría debido evitarme este momento, señor, yo, que nunca le he causado un disgusto, al menos eso creo. Su hija le quiere, la creo tan inocente como un recién nacido; por eso no la haga sufrir, revoque esa sentencia. El frío es muy intenso, puede provocarle usted alguna enfermedad grave.

–No la veré ni le dirigiré la palabra. Se quedará en su cuarto a pan y agua hasta que dé una satisfacción a su padre. ¡Qué diablos!, el jefe de familia debe saber adónde va a parar el oro de su casa. Poseía las únicas rupias que tal vez había en Francia, además de genovesas y ducados de Holanda.

–Señor, Eugenia es nuestra única hija, y aunque las hubiera tirado al agua...

–¿Al agua? –exclamó el buen hombre–, ¡al agua! Está usted loca, señora Grandet.

Lo que he dicho, dicho está. Si quiere tener paz en casa, confiese a su hija, tírele de la lengua; para cosas así, las mujeres se entienden mejor entre sí que nosotros. Pese a lo que haya podido hacer, no me la voy a comer. ¿Me tiene miedo? Aunque hubiera cubierto de oro a su primo de la cabeza a los pies, está en alta mar, ¿no?, no podemos correr tras él...

–¿Entonces, señor?

Excitada por la crisis nerviosa en que se encontraba, o por la desgracia de su hija, que desarrollaba su ternura y su inteligencia, la perspicacia de la señora Grandet le hizo vislumbrar un movimiento terrible en el lobanillo de su marido en el momento en que ella respondía; cambió de idea sin cambiar de tono.

–Pues bien, señor, ¿tengo yo más autoridad sobre ella de la que usted tiene? No me ha dicho nada, se parece a usted.

–¡Vive Dios!, ¡qué larga tiene usted la lengua esta mañana! Ta, ta, ta, ta. Creo que está usted burlándose de mí, y que quizá se entiende con ella.

Y miró fijamente a su mujer.

–En verdad, señor Grandet, si quiere usted matarme, basta con que continúe así. Se lo digo, señor, y, aunque debiera costarme la vida, se lo repetiré una vez más: está equivocado con su hija, que es más razonable que usted. Ese dinero le pertenecía, no ha podido sino utilizarlo bien, y sólo Dios tiene derecho a conocer nuestras buenas obras. Señor, se lo suplico, perdone a Eugenia... Así debilitará usted el efecto del golpe que su cólera me ha provocado, y tal vez me salve la vida. Mi hija, señor, devuélvame a mi hija.

–Yo me largo –replicó él–. Mi casa es insoportable, madre e hija razonan y hablan como si... ¡Brrrr! ¡Puaf! Bonitos aguinaldos me ha dado usted, Eugenia –gritó–. ¡Sí, sí, lllore! Lo que ha hecho le remorderá la conciencia, ¿me oye? ¿De qué le sirve comerse a Dios seis veces cada tres meses si a escondidas da usted el oro de su padre a un holgazán que le devorará el corazón cuando ya no tenga usted nada más que prestarle? Ya verá lo que vale su Charles con sus botas de tafite y su aire de mírame y no me toques. Ése no tiene corazón ni alma, pues se atreve a llevarse el tesoro de una pobre niña sin consentimiento de los padres.

Cuando la puerta de la calle se hubo cerrado, Eugenia salió de su cuarto<sup>108</sup> y fue junto a su madre.

–Tiene usted mucho valor defendiendo a su hija –le dijo.

–¿Ves, hija mía, adónde nos llevan las cosas ilícitas?... Me has hecho decir una mentira.

–¡Oh!, pediré a Dios que sólo me castigue a mí por ella.

–¿Es verdad –dijo Nanon llegando asustada– que la señorita está a pan y agua por el resto de sus días?

–¿Y eso qué importa, Nanon? –dijo tranquilamente Eugenia.

–¡Ah!, pues sí que estaría bonito que yo comiera *frippe* cuando la hija de la casa come pan seco. No, no.

–Ni una palabra de todo esto, Nanon –dijo Eugenia.

–Tendré el pico cerrado, pero ya verá usted.

Grandet cenó solo por primera vez desde hacía veinticuatro años.

–Así que está usted viudo, señor –le dijo Nanon–. Es muy desagradable ser viudo con dos mujeres en su casa.

–No hablo contigo. Cierra el pico o te echo. ¿Qué tienes en la cazuela que la oigo borbollar en el fogón?

–Es manteca que estoy derritiendo...

–Esta noche vendrá gente, enciende el fuego.

Los Cruchot, la señora des Grassins y su hijo llegaron a las ocho y se extrañaron de no ver ni a la señora Grandet ni a su hija.

–Mi mujer está algo indispuesta. Eugenia está con ella –respondió el viejo vinatero cuya cara no dejó traslucir ninguna emoción.

Al cabo de una hora pasada en conversaciones intrascendentes, la señora des Grassins, que había subido a visitar a la señora Grandet, bajó, y todos le preguntaron:

–¿Cómo está la señora Grandet?

–Pues nada bien, nada bien –respondió–. El estado de su salud me parece realmente inquietante. A su edad, hay que tomar las mayores precauciones, papá Grandet.

–Ya veremos eso –respondió el vinatero con aire distraído.

Todos le dieron las buenas noches. Cuando los Cruchot estuvieron en la calle, la señora des Grassins les dijo:

–Algo pasa en casa de los Grandet. La madre está muy mal y ni siquiera se da cuenta. La hija tiene los ojos rojos como alguien que ha llorado mucho tiempo. ¿Querrán casarla contra su voluntad?

Cuando el vinatero se hubo acostado, Nanon fue en zapatillas con paso quedo al cuarto de Eugenia, y le enseñó un pastel de carne hecho en la cazuela.

–Tome, señorita –dijo la bondadosa joven–, Cornoiller me ha dado una liebre. Come usted tan poco que este pastel le durará por lo menos ocho días; y con la helada no hay riesgo de que se eche a perder. Por lo menos no estará usted a pan seco, que eso no es nada sano.

–Pobre Nanon –dijo Eugenia estrechándole la mano.

–Lo he hecho *mu* bueno, *mu* delicado, y él no se ha dado cuenta. El tocino y el laurel los he comprado con mis seis francos, que son bien míos.

Luego la sirvienta se marchó creyendo oír a Grandet.

Durante algunos meses, el vinatero siempre fue a ver a su mujer a diferentes horas del día sin pronunciar el nombre de su hija, sin verla ni aludir a ella para nada. La señora Grandet no dejó su cuarto, y su estado empeoró de día en día. Nada hizo doblegarse al antiguo tonelero. Seguía inquebrantable, áspero y frío como un pilar de granito. Siguió yendo y viniendo según su costumbre, pero ya no tartamudeaba, hablaba menos y en los negocios se mostró más duro de lo que nunca había sido. Con frecuencia se le escapaba algún error en sus cifras. «Ha pasado algo en casa de los Grandet», decían cruchotinos y grassinistas. «¿Qué ha ocurrido en casa Grandet?» fue una pregunta obligada que se hacía generalmente en todas las veladas de Saumur. Eugenia iba a los oficios religiosos acompañada por Nanon. Si al salir de la iglesia la señora des Grassins le dirigía algunas palabras,

respondía de manera evasiva y sin satisfacer su curiosidad. No obstante, fue imposible ocultar al cabo de dos meses, bien a los tres Cruchot, bien a la señora des Grassins, el secreto de la reclusión de Eugenia. Llegó un momento en que no había pretextos para justificar su perpetua ausencia. Luego, sin que fuera posible saber quién había revelado el secreto, toda la ciudad se enteró de que, desde el día de Año Nuevo, la señorita Grandet estaba encerrada, por orden de su padre, en su cuarto, a pan y agua, sin fuego; que Nanon le preparaba golosinas, que se las llevaba durante la noche, y se sabía incluso que la joven sólo podía ver y cuidar a su madre cuando su padre estaba ausente de la casa. La conducta de Grandet fue juzgada entonces con severidad. La ciudad entera le puso, por así decir, fuera de la ley, se acordó de sus traiciones, de su dureza, y lo excomulgó. Si lo veían por la calle, todos lo señalaban cuchicheando. Cuando su hija bajaba la tortuosa calle para ir a misa o a vísperas acompañada por Nanon, todos los habitantes se asomaban a las ventanas para examinar con curiosidad la actitud de la rica heredera y su rostro, donde se pintaban una melancolía y una dulzura angelicales. Su reclusión, la dureza de su padre, no significaban nada para ella. ¿No veía el mapamundi, el pequeño banco, el jardín, el lienzo de muro, y no volvía a sentir en sus labios la miel que habían dejado en ellos los besos del amor? Durante algún tiempo ignoró las conversaciones de que era objeto en la ciudad, igual que las ignoraba su padre. Religiosa y pura ante Dios, su conciencia y el amor la ayudaban a soportar con paciencia la cólera y la venganza paternas. Pero un dolor profundo hacía callar todos los demás dolores. Cada día, su madre, dulce y tierna criatura, que se embellecía con el resplandor que proyectaba su alma al acercarse a la tumba, se deterioraba un poco más. Eugenia se reprochaba a menudo haber sido la causa inocente de la cruel, de la lenta enfermedad que la devoraba. Estos remordimientos, aunque calmados por su madre, la unían con más fuerza todavía a su amor. Todas las mañanas, en cuanto su padre había salido, iba a la cabecera del lecho de su madre, y allí Nanon le llevaba su desayuno. Pero la pobre Eugenia, triste y doliente por los sufrimientos de su madre, señalaba a Nanon la cara de la enferma con un gesto mudo, lloraba y no se atrevía a hablar de su primo. La señora Grandet era la primera obligada a decirle:

–¿Dónde está *él*? ¿Por qué no escribe?

Madre e hija no sabían nada de distancias.

–Pensemos en *él*, madre –respondía Eugenia–, y no hablemos de eso. Usted sufre, usted es antes que todo.

*Todo era él.*

–Hijas mías –decía la señora Grandet–, no siento dejar la vida. Dios me ha protegido permitiéndome esperar con alegría el término de mis miserias.

Las palabras de aquella mujer eran constantemente santas y cristianas. Durante los primeros meses del año, a la hora de su almuerzo Grandet iba a pasear por la habitación, y ella le decía las mismas palabras, repetidas con dulzura angelical, pero con la firmeza de una mujer a quien una muerte próxima daba el valor que le había faltado durante su vida.

–Señor, le agradezco el interés que se toma por mi salud –le respondía ella

cuando él le había hecho la más trivial de las preguntas–; pero si quiere hacer menos amargos mis últimos momentos y aliviar mis dolores, perdone a nuestra hija; muéstrese cristiano, esposo y padre.

Al oír estas palabras, Grandet se sentaba junto a la cama y actuaba como hombre que, viendo venir un chaparrón, se pone tranquilamente al abrigo de una puerta cochera: escuchaba silenciosamente a su mujer y no respondía nada. Cuando se le habían dirigido las súplicas más conmovedoras, más tiernas y más religiosas, decía:

–Estás hoy un poco paliducha, mi pobre mujer.

El olvido más completo de su hija parecía haberse grabado sobre su frente de gres, sobre sus apretados labios. Ni siquiera lo conmovían las lágrimas que sus vagas respuestas, cuyos términos apenas variaban, hacían correr a lo largo del blanco rostro de su esposa.

–Que Dios lo perdone, señor –le decía ella–, como yo misma lo perdono. Un día tendrá usted necesidad de indulgencia.

Desde la enfermedad de su mujer, ya no se había atrevido a utilizar su terrible: ¡ta, ta, ta, ta! Pero, además, su despotismo se veía desarmado por aquel ángel de dulzura, cuya fealdad desaparecía día tras día, expulsada por la expresión de las cualidades morales que iban a florecer sobre su cara. Aquella mujer era todo alma. El genio de la oración parecía purificar, suavizar los rasgos más toscos de su cara, y la hacía resplandecer. ¿Quién no ha observado el fenómeno de esa transfiguración en los rostros santos en los que los hábitos del alma acaban triunfando sobre los rasgos más irregulares, imprimiéndoles la animación particular debida a la nobleza y a la pureza de elevados pensamientos? El espectáculo de esa transformación realizada por los sufrimientos que consumían los jirones del ser humano en aquella mujer obraba, aunque débilmente, sobre el antiguo tonelero, cuyo carácter siguió siendo de bronce. Si su palabra dejó de ser desdeñosa, un imperturbable silencio, que salvaba la superioridad del padre de familia, dominó su conducta. Cuando su fiel Nanon aparecía en el mercado, algunas burlas y algunas quejas sobre su amo le silbaban en los oídos; pero, aunque la opinión pública condenase abiertamente a papá Grandet, la sirvienta lo defendía por orgullo de la casa.

–¿Y qué? –decía ella a los detractores del buen hombre–, ¿acaso no nos volvemos todos más duros al envejecer? ¿Por qué no admitís que ese hombre pueda endurecerse un poco? Acabad de una vez con vuestros embustes. La señorita vive como una reina. Está sola, ¿y qué?, es por su gusto. Además, mis amos tienen razones importantes.

Por fin, una noche, hacia el final de la primavera, la señora Grandet, más devorada todavía por la pena que por la enfermedad, y como no había logrado, pese a todas sus oraciones, reconciliar a Eugenia y a su padre, confió sus penas secretas a los Cruchot.

–¡Poner a una joven de veintitrés años a pan y agua! – exclamó el presidente de Bonfons–, y sin motivo; pues eso constituye *sevicias de verdugo; puede reclamar contra ellas, y en tanto que sobre...*

–Vamos, sobrino –dijo el notario–, deje su jerigonza jurídica. Tranquilícese,

señora, mañana mismo haré que acabe esa reclusión.

Al oír hablar de ella, Eugenia salió de su cuarto.

–Señores –dijo avanzando con un movimiento lleno de orgullo–, les ruego que no se ocupen de este asunto. Mi padre es amo en su casa. Mientras yo viva bajo su techo debo obedecerle. Su conducta no puede ser sometida a la aprobación o reprobación de la gente, sólo es responsable ante Dios. Exijo de su amistad el silencio más profundo a este respecto. Censurar a mi padre sería atacar nuestra propia consideración. Agradezco, señores, el interés que me muestran, pero les quedaría mucho más agradecida si hicieran cesar los ofensivos rumores que corren por el pueblo, y de los que me he enterado por casualidad.

–Tiene razón –dijo la señora Grandet.

–Señorita, la mejor manera de impedir que la gente murmure es que le devuelvan a usted la libertad –le respondió respetuosamente el viejo notario, impresionado por la belleza que el retiro, la melancolía y el amor habían impreso en Eugenia.

–Bueno, hija mía, deja al señor Cruchot el cuidado de arreglar este asunto, ya que responde de su éxito. Él conoce a tu padre y sabe cómo tratarlo. Si quieres verme feliz durante el poco tiempo que me queda de vida, es preciso a toda costa que tu padre y tú os reconciliéis.

Al día siguiente, según una costumbre adquirida por Grandet desde la reclusión de Eugenia, éste fue a dar cierto número de vueltas por su jardincillo. Había elegido para ese paseo el momento en que Eugenia se peinaba. Cuando el buen hombre llegaba al gran nogal, se ocultaba tras el tronco del árbol, permanecía unos instantes contemplando los largos cabellos de su hija, y flotaba sin duda entre los pensamientos que le sugería la tenacidad de su carácter y el deseo de besar a su hija. A menudo se quedaba sentado en el pequeño banco de madera podrida en que Charles y Eugenia se habían jurado amor eterno, mientras que ella también miraba a su padre a hurtadillas o en su espejo. Si él se levantaba y reanudaba su paseo, ella se sentaba con deleite a la ventana y se ponía a contemplar el lienzo de muro del que colgaban las flores más bonitas, de donde surgían, por entre las grietas, cabellos de Venus, corregüelas y una planta carnosa, amarilla o blanca, un *sedum* muy abundante en los viñedos de Saumur y de Tours. Maese Cruchot llegó temprano y encontró al antiguo vinatero sentado en el pequeño banco un hermoso día de junio, con la espalda apoyada en la pared medianera, ocupado en mirar a su hija.

–¿En qué puedo servirle, maese Cruchot? –dijo al ver al notario.

–Vengo a hablarle de negocios.

–¡Ah, ah!, ¿tiene un poco de oro que darme a cambio de escudos?

–No, no, no se trata de dinero, sino de su hija Eugenia. Todo el mundo habla de ella y de usted.

–¿Y por qué se meten donde nadie los llama? Cada uno es dueño en su casa.

–De acuerdo, también cada uno es dueño de matarse, o, lo que es peor, de tirar su dinero por las ventanas.

–¿Qué quiere decir?

–Pues que su mujer está muy enferma, amigo mío. Debía incluso consultar con el señor Bergerin, está en peligro de muerte. Si llegara a morir sin haber sido cuidada debidamente, no estaría usted tranquilo, creo yo.

–¡Ta, ta, ta, ta! ¡Qué sabrá usted lo que tiene mi mujer! Esos médicos, una vez que ponen el pie en una casa, van de cinco a seis veces diarias.

–En fin, Grandet, haga lo que bien le parezca. Somos viejos amigos; no hay en todo Saumur ningún hombre más interesado que yo en lo que le concierne, por eso era mi deber decirle esto. Ahora, pase lo que pase, usted es mayor de edad y sabe cómo debe comportarse. Pero no es ése el asunto que aquí me trae. Se trata de algo quizá más grave para usted. Después de todo, usted no desea matar a su mujer, le resulta demasiado útil. Piense, pues, en qué situación quedaría ante su hija si la señora Grandet muriese. Debería dar cuentas a Eugenia, dado que usted tiene comunidad de bienes con su esposa. Su hija tendrá derecho a reclamar la partición de la fortuna, de hacer vender Froidfond. En fin, que hereda a su madre, de quien usted no puede heredar.

Estas palabras fueron como un rayo para el buen hombre, que no estaba tan fuerte en legislación como podía estarlo en asuntos comerciales. Nunca había pensado en una licitación.

–Por eso le recomiendo que la trate con dulzura –dijo Cruchot concluyendo.

–Pero ¿sabe usted lo que hizo, Cruchot?

–¿Qué? –dijo el notario, deseoso de recibir una confidencia de papá Grandet y de conocer la causa de la disputa.

–Dio su oro.

–¿No era suyo? –preguntó el notario.

–¡Todos me dicen lo mismo! –replicó el buen hombre dejando caer sus brazos con gesto trágico.

–Por una miseria –continuó Cruchot–, ¿va a poner trabas a las concesiones que deberá pedir que le haga a la muerte de su madre?

–¡Ah!, ¿llama usted miseria a seis mil francos de oro?

–Viejo amigo, ¿sabe lo que costará el inventario y la partición de la herencia de su esposa si Eugenia lo exige?

–¿Cuánto?

–¡Doscientos, trescientos, cuatrocientos mil francos quizá! ¿No habrá que licitar y vender para conocer su verdadero valor? Mientras que si estuvieran de acuerdo...

–¡Por la podadera de mi padre! –exclamó el vinatero, que se sentó palideciendo–, ya lo veremos, Cruchot.

Tras un momento de silencio, o de agonía, el buen hombre miró al notario diciéndole:

–¡Qué dura es la vida! ¡Cuántos dolores encierra! Cruchot –prosiguió en tono solemne–, usted no pretende engañarme, júreme por su honor que lo que me dice está fundado en derecho. ¡Muéstreme el Código, quiero ver el Código!

–Pobre amigo mío –respondió el notario–, ¿cree que no conozco mi oficio?

–Entonces es muy cierto. Seré despojado, traicionado, muerto y devorado por mi hija.

-Ella hereda de su madre.

-¿Para qué sirven entonces los hijos? ¡Ah, esposa mía, la quiero! Afortunadamente es fuerte, es una La Bertellière.

-No le queda un mes de vida.

El tonelero se golpeó la frente, fue y volvió, y, lanzando una espantosa mirada a Cruchot, le dijo:

-¿Qué hacer?

-Eugenia podrá renunciar pura y simplemente a la herencia de su madre. Usted no quiere desheredarla, ¿verdad? Pero, para conseguir una partición de ese tipo, no debe tratarla mal. Lo que le digo, amigo mío, va contra mi interés. ¿Qué es lo mío?... liquidaciones, inventarios, ventas, particiones...

-Veremos, veremos. No hablemos más del tema, Cruchot. Me revuelve usted las entrañas. ¿Ha recibido usted oro?

-No, pero tengo algunos luises viejos, una decena, se los daré. Amigo mío, haga las paces con Eugenia. Mire, todo Saumur tira contra usted la piedra.

-¡Qué granujas!

-Vamos, los títulos de la Deuda están a noventa y nueve<sup>109</sup>. Alégrese por una vez en la vida.

-¿A noventa y nueve, Cruchot?

-Sí.

-¡Eh, eh! ¡Noventa y nueve! -dijo el buen hombre acompañando al viejo notario hasta la puerta de la calle.

Luego, demasiado agitado por lo que acababa de oír como para quedarse en casa, subió al cuarto de su mujer y le dijo:

-Vamos, madre, puedes pasar el día con tu hija, me voy a Froidfond. Sed buenas las dos. Es nuestro aniversario de boda, querida; toma, aquí tienes diez escudos para tu estación del Corpus. Hace bastante tiempo que quieres hacer una, cumple tu capricho. Divertíos, sed felices, pasadlo bien. ¡Viva la alegría!

Lanzó diez escudos de diez francos sobre la cama de su mujer y le cogió la cabeza para darle un beso en la frente.

-Mujer, estás mejor, ¿verdad?

-¿Cómo puede pensar usted en recibir en su casa al Dios que perdona mientras tiene a su hija exiliada de su corazón? -dijo ella emocionada.

-Ta, ta, ta, ta -dijo el padre con voz cariñosa-, ya veremos eso.

-¡Bondad del cielo! Eugenia -gritó la madre, enrojando de alegría-, ven a dar un beso a tu padre. ¡Te perdona!

Pero el buen hombre había desaparecido. Escapaba a todo correr hacia sus fincas tratando de poner en orden sus alborotadas ideas. Grandet acababa de cumplir entonces setenta y seis años. Desde hacía dos, sobre todo, su avaricia se había incrementado como se incrementan todas las pasiones persistentes del hombre. Según una observación hecha sobre los avaros, sobre las ambiciones, sobre toda la gente cuya vida ha sido consagrada a una idea dominante, su sentimiento se había centrado más particularmente en un símbolo de su pasión. La vista del oro, la posesión del oro se había convertido en su monomanía. Su mentalidad despótica

había crecido en la misma proporción que su avaricia, y abandonar la dirección de la menor parte de sus bienes a la muerte de su mujer le parecía algo *contra natura*. ¿Declarar su fortuna a su hija, inventariar la universalidad de sus bienes muebles e inmuebles para licitarlos? «Sería para cortarse el pescuezo», dijo en voz alta en medio de una finca mientras examinaba las cepas. Por fin tomó una decisión, regresó a Saumur a la hora de la cena, resuelto a doblegarse ante Eugenia, a mirarla, a engatusarla, a fin de poder morir como un rey, teniendo hasta el último suspiro las riendas de sus millones. En el momento en que el buen hombre, que por casualidad tenía consigo la llave maestra, subía la escalera de puntillas para ir al cuarto de su mujer, Eugenia había llevado a la cama de su madre el hermoso neceser. En ausencia de Grandet, ambas se daban el placer de ver el retrato de Charles, contemplando el de su madre.

–¡Tiene su misma frente y su misma boca! –decía Eugenia en el momento en que el vinatero abrió la puerta.

Ante la mirada que su marido lanzó sobre el oro, la señora Grandet exclamó:

–¡Dios mío, ten piedad de nosotras!

El buen hombre saltó sobre el neceser igual que un tigre se abalanza sobre un niño dormido.

–¿Qué es esto? –dijo llevándose el tesoro y yendo a situarse en la ventana–. ¡Oro bueno! ¡Oro! –exclamó–. ¡Mucho oro! ¡Esto pesa dos libras! ¡Ah, ah!, Charles te dio esto a cambio de tus bellas monedas. ¡Eh!, ¿por qué no me lo has dicho? ¡Es un buen negocio, hijitina! Eres hija mía, te reconozco.

Eugenia temblaba de pies a cabeza.

–Esto es de Charles, ¿verdad? –continuó el buen hombre.

–Sí, padre, no es mío. Ese objeto es un depósito sagrado.

–¡Ta, ta, ta, ta!, se ha quedado con tu fortuna, hay que reponer tu pequeño tesoro.

–¡Pero padre!...

El buen hombre quiso coger su navaja para hacer saltar una placa de oro, y se vio obligado a colocar el neceser sobre una silla. Eugenia se abalanzó para recuperarlo; pero el tonelero, que tenía a un tiempo los ojos en su hija y en el cofre, la rechazó con tal violencia extendiendo el brazo que la joven fue a caer sobre la cama de su madre.

–Señor, señor –gritó la madre incorporándose en la cama.

Grandet había sacado su navaja y se disponía a levantar el oro.

–Padre –gritó Eugenia poniéndose de rodillas y caminando así para acercarse al buen hombre y levantar las manos hacia él–, padre, en nombre de todos los santos y de la Virgen, en nombre de Cristo que murió en la cruz; en nombre, padre, de su salvación eterna, en nombre de mi vida, ¡no toque eso! Ese neceser no es ni suyo ni mío; pertenece a un desdichado pariente que me lo confió, y he de devolvérselo intacto.

–¿Por qué lo mirabas si es un depósito? Ver es peor que tocar.

–Padre, no lo destruya, o me deshonra. ¿Me oye, padre?

–¡Tenga piedad, señor! –dijo la madre.

–Padre –gritó Eugenia con una voz tan clamorosa que Nanon, asustada, subió.

Eugenia saltó sobre un cuchillo que estaba a su alcance y se armó con él.

–¿Y bien? –le dijo secamente Grandet sonriendo con sangre fría.

–¡Señor, señor, está usted asesinándome! –dijo la madre.

–Padre, si su navaja desgasta solamente una partícula de ese oro, me atravieso con este cuchillo. Ya ha sido usted causa de que mi madre esté mortalmente enferma, y lo será también de la muerte de su hija. Ahora siga si quiere, herida por herida.

Grandet tiró su navaja sobre el neceser, y miró a su hija titubeando.

–¿Serías capaz, Eugenia? –dijo él.

–Sí, señor –respondió la madre.

–Lo haría tal como dice –exclamó Nanon–. Por una vez en la vida, señor, sea usted razonable.

El tonelero miró el oro y a su hija alternativamente durante un instante. La señora Grandet se desmayó.

–¿Lo ve, mi querido señor? La señora se muere –exclamó Nanon.

–Ten, hija, no nos peleemos por un cofre. ¡Toma, pues! –exclamó vivamente el tonelero arrojando el neceser sobre la cama–. Tú, Nanon, vete a buscar al señor Bergerin. Vamos, madre –dijo besando la mano de su mujer–, venga, no es nada: ya hemos hecho las paces. ¿Verdad, hijitina? No habrá más pan seco, comerás lo que quieras. ¡Ah!, está abriendo los ojos. ¡Muy bien, madre, mamita, madrecita, vamos! Mira, mira, le doy un beso a Eugenia. Ama a su primo, se casará con él si quiere, le guardará el cofrecito. Pero sigue viva mucho tiempo, mi pobre mujer. ¡Anda, muévete! Escucha, tendrás la estación más hermosa que se haya hecho nunca en Saumur.

–¡Dios mío! ¿Cómo puede usted tratar así a su mujer y a su hija? –dijo con débil voz la señora Grandet.

–No volveré a hacerlo, nunca más –gritó el tonelero–. Ya lo verás, pobre esposa mía.

Se fue a su gabinete y volvió con un puñado de luisas que desparramó sobre la cama.

–Toma, Eugenia, toma, mujer, para vosotras –dijo manoseando los luisas–. Vamos, alégrate, mujer; ponte buena, no te faltará de nada, y a Eugenia tampoco. Aquí tienes cien luisas de oro para ella. Éstos no los darás, ¿verdad, Eugenia?

La señora Grandet y su hija se miraron asombradas.

–Recójalos, padre, nosotras sólo necesitamos su cariño.

–Bueno, está bien –dijo él guardándose los luisas en el bolsillo–, vivamos como buenos amigos. Bajemos a la sala para cenar, para jugar a la lotería todas las noches a dos *sous*. ¡A pasarlo bien! ¿Verdad, mujer?

–¡Ay!, bien quisiera, ya que eso le agrada a usted –dijo la moribunda–; pero no podría levantarme.

–Pobre madre –añadió el tonelero–, no sabes cuánto te quiero. ¡Y a ti también, hija mía!

Y la abrazó y la besó.

–¡Oh!, ¡qué gusto besar a una hija después de una pelea! ¡Hijitina mía! Hala, ¿ves,

mamaíta?, ahora no somos más que uno. Ve, pues, a guardar eso –le dijo a Eugenia señalándole el cofre–. Vete, no tengas miedo, que nunca volveré a hablarte de él.

El señor Bergerin, el médico más célebre de Saumur, llegó enseguida. Acabada la consulta, declaró decididamente a Grandet que su mujer estaba muy mal, pero que una gran tranquilidad de espíritu, un régimen blando y escrupulosos cuidados podrían retrasar la época de su muerte hacia el final del otoño.

–¿Costará caro? –preguntó el buen hombre–, ¿se necesitan medicinas?

–Pocas medicinas y muchos cuidados –respondió el médico, que no pudo contener una sonrisa.

–En fin, señor Bergerin –respondió Grandet–, usted es un hombre de honor, ¿verdad? Me fío de usted, venga a ver a mi mujer siempre que lo considere oportuno. Consérveme a mi buena esposa, la quiero mucho, ya ve, aunque no lo parezca, porque en mí todo va por dentro y me destroza el alma. Estoy muy apenado. La pena entró en mí con la muerte de mi hermano, por el que gasto en París sumas... en fin, ¡un ojo de la cara!, ¡y no se acaba nunca! Adiós, señor, si se puede salvar a mi esposa, sálvela, aunque para ello hubiera que gastar cien o doscientos francos.

A pesar de los fervientes deseos de Grandet por la salud de su esposa, cuya herencia abierta era una primera muerte para él; a pesar de la complacencia que manifestaba en toda ocasión por los menores deseos de la madre y de la hija sorprendidas; a pesar de los cuidados más tiernos prodigados por Eugenia, la señora Grandet se encaminó rápidamente hacia la muerte. Cada día se debilitaba y languidecía como languidecen la mayoría de las mujeres que enferman a esa edad. Estaba tan débil como las hojas de los árboles en otoño. Los rayos del cielo la hacían resplandecer como esas hojas que el sol atraviesa y dora. Fue una muerte digna de su vida, una muerte totalmente cristiana; ¿no es lo mismo que decir sublime? En el mes de octubre de 1822<sup>110</sup> brillaron especialmente sus virtudes, su paciencia de ángel y su amor por su hija; se apagó sin haber dejado escapar la menor queja. Cordero sin mancha, iba al cielo, y de esta tierra sólo echó de menos a la dulce compañera de su fría vida, a la que sus últimas miradas parecían predecir mil males. Temblaba por dejar a aquella oveja, blanca como ella, sola en medio de un mundo egoísta que quería arrancarle su vellocino, sus tesoros.

–Hija mía –le dijo antes de expirar–, sólo en el cielo hay felicidad, lo sabrás un día.

Al día siguiente de esa muerte, Eugenia encontró nuevos motivos para consagrarse a aquella casa en la que había nacido, en la que tanto había sufrido, en la que acababa de morir su madre. No podía contemplar la ventana y la silla de zancos sin echarse a llorar. Creyó haber apreciado en su valor el alma de su viejo padre al verse objeto de sus más tiernos cuidados: Grandet iba a darle el brazo para bajar a desayunar; la miraba con ojos casi bondadosos durante horas enteras; la mimaba, en fin, como si hubiera sido de oro. El viejo tonelero se parecía tan poco a sí mismo, temblaba de tal forma ante su hija que Nanon y los cruchotinos, testigos de su debilidad, lo atribuyeron a su avanzada edad, y temieron por ello algún debilitamiento de sus facultades; pero el día en que la familia se puso de

luto, tras la cena a la que fue invitado maese Cruchot, la única persona que conocía el secreto de su cliente, quedó clara la conducta del buen hombre.

–Querida hija –le dijo a Eugenia cuando se levantó la mesa y las puertas estuvieron cuidadosamente cerradas–, ya eres heredera de tu madre, y tenemos algunos asuntos que arreglar entre nosotros dos. ¿No es cierto, Cruchot?

–Sí.

–¿Es necesario que nos ocupemos hoy de eso, padre?

–Sí, sí, hijitina. No puedo seguir en la incertidumbre en que estoy. No creo que quieras hacerme sufrir.

–¡Oh!, padre.

–Bueno, hay que arreglarlo todo esta noche.

–¿Qué quiere entonces que haga?

–Pero, hijitina, eso no me corresponde a mí. Dígaselo, Cruchot.

–Señorita, su señor padre no quisiera ni partir, ni vender sus bienes, ni pagar unos derechos enormes por el dinero en efectivo que pueda poseer. Y para eso habría que abstenerse de hacer el inventario de toda la fortuna que hoy se encuentra indivisa entre usted y su señor padre...

–Cruchot, ¿está usted bien seguro de eso para hablar así delante de una niña?

–Déjeme hablar, Grandet.

–Sí, sí, amigo mío. Ni usted ni mi hija quieren desvalijarme. ¿Verdad, hijitina?

–Pero, señor Cruchot, ¿qué tengo que hacer? –preguntó Eugenia impaciente.

–Pues bien –dijo el notario–, habría que firmar este documento por el cual renunciaría usted a la herencia de su señora madre, y dejaría a su padre el usufructo de todos los bienes indivisos entre ustedes, y de los que él le asegura la nuda propiedad...

–No comprendo nada de lo que me dice –respondió Eugenia–, déme el documento e indíqueme el sitio en que debo firmar.

Papá Grandet miraba alternativamente a su hija y al documento, sintiendo unas emociones tan violentas que tuvo que enjugarse unas gotas de sudor que brotaron en su frente.

–Hijitina –dijo–, en lugar de firmar ese documento que costará mucho dinero registrar, si quisieras renunciar pura y simplemente a la sucesión de tu pobre y querida madre difunta, y confiar en mí para el futuro, yo lo preferiría. Te pagaría entonces todos los meses una buena renta de cien francos. Mira, podrías pagar tantas misas como quisieras por aquellos a cuya intención las mandes decir... ¡Eh!, cien francos al mes, ¿en libras?

–Haré cuanto usted quiera, padre.

–Señorita –dijo el notario–, es mi deber hacerle observar que se queda sin nada...

–¡Eh!, Dios mío –dijo ella–, ¿y eso qué me importa?

–Cállate, Cruchot. Lo dicho, dicho está –exclamó Grandet cogiendo la mano de su hija y dándole palmadas con la suya–. Eugenia, ¿no te echarás atrás, eres una chica honrada, verdad?

–¡Oh, padre!...

Grandet la besó con efusión, la estrechó entre sus brazos hasta ahogarla.

–Bien, hija mía, le das la vida a tu padre; pero no haces más que devolverle lo que te ha dado; estamos en paz. Así es como deben hacerse los negocios. La vida es un negocio. ¡Yo te bendigo! Eres una hija virtuosa que quiere mucho a su papá. Ahora haz lo que quieras. Así pues, hasta mañana, Cruchot –dijo mirando al asustado notario–. Ocúpese de preparar bien el acta de renuncia en la secretaría judicial.

Al día siguiente, hacia mediodía, se firmó el documento por el que la misma Eugenia realizaba su propia expoliación. Sin embargo, a pesar de su palabra, a finales del primer año el viejo tonelero aún no había dado un céntimo de los cien francos mensuales tan solemnemente prometidos a su hija. Por eso, cuando Eugenia le habló de ello en broma, no pudo evitar ruborizarse; subió rápidamente a su gabinete, volvió y le presentó una tercera parte poco más o menos de las joyas que había comprado a su sobrino.

–Toma, pequeña –dijo con un acento lleno de ironía–, ¿quieres esto por tus mil doscientos francos?

–¡Oh, padre!, ¿de verdad me las da?

–Te daré otras tantas el año que viene –dijo echándoselas en el delantal–. Así, en poco tiempo tendrás todas *sus* baratijas –añadió frotándose las manos, feliz de poder especular con el sentimiento de su hija.

Sin embargo, el anciano, aunque todavía robusto, sintió la necesidad de iniciar a su hija en los secretos del hogar. Durante dos años consecutivos le hizo disponer en su presencia la comida de la casa y cobrar las rentas. Le enseñó lenta y sucesivamente los nombres, la extensión de sus fincas, de sus granjas. Hacia el tercer año la había acostumbrado tan bien a todas sus formas de avaricia, las había convertido tan verdaderamente en ella en hábitos que le dejó sin temor las llaves de la despensa y la instituyó dueña de la casa.

Transcurrieron cinco años sin ningún acontecimiento notable en la existencia monótona de Eugenia y de su padre. Fueron los mismos actos constantemente realizados con la regularidad cronométrica de los movimientos del viejo péndulo. La profunda melancolía de la señorita Grandet no era un secreto para nadie; pero si todos podían presentir la causa, nunca una palabra salida de su boca justificó las sospechas que todas las reuniones de Saumur albergaban sobre el estado del corazón de la rica heredera. Su única compañía eran los tres Cruchot y algunos de sus amigos, a los que ellos habían introducido poco a poco en la casa. Ellos le habían enseñado a jugar al whist y acudían todas las noches a echar la partida. El año 1827, su padre, sintiendo el peso de los achaques, se vio obligado a iniciarla en los secretos de su fortuna en tierras, y le decía que, en caso de dificultades, confiase en el notario Cruchot, cuya probidad estaba comprobada. Luego, a finales de ese año, el buen hombre, a la edad de ochenta y dos años<sup>111</sup>, fue presa de una parálisis que hizo rápidos progresos. Grandet fue desahuciado por el señor Bergerin. Pensando que no tardaría en encontrarse sola en el mundo, Eugenia se mantuvo, por así decir, más cerca de su padre, y apretó con más fuerza aquel último anillo de afecto. En su pensamiento, como en el de todas las mujeres que aman, el amor era el mundo entero, y Charles no estaba allí. Se mostró sublime

cuidando y atendiendo a su anciano padre, cuyas facultades empezaban a menguar, pero cuya avaricia se mantenía instintivamente. Por eso, la muerte de aquel hombre no contrastó con su vida. Por la mañana se hacía llevar en su sillón de ruedas entre la chimenea de su cuarto y la puerta de su gabinete, indudablemente lleno de oro. Permanecía allí sin moverse, pero miraba ansioso al mismo tiempo a los que iban a visitarlo y la puerta forrada de hierro. Se hacía dar cuenta de los menores ruidos que oía; y, para gran sorpresa del notario, oía el bostezo de su perro en el patio. Despertaba de su aparente sopor el día y a la hora en que debía recibir las rentas, hacer las cuentas con los aparceros o entregar recibos. Sacudía entonces su sillón de ruedas hasta que se encontraba frente a la puerta del gabinete. Mandaba abrirlo a Eugenia, y vigilaba para que ella misma colocase en secreto los sacos de dinero unos encima de otros y cerrase la puerta. Luego volvía a su sitio en silencio tan pronto como su hija le había devuelto la preciosa llave, siempre guardada en el bolsillo de su chaleco y que tanteaba de vez en cuando. Además, su viejo amigo el notario, pensando que la rica heredera se casaría necesariamente con su sobrino el presidente si Charles Grandet no volvía, redobló sus cuidados y atenciones: iba todos los días a ponerse a las órdenes de Grandet, visitaba, enviado por éste, Froidfond, las tierras, los prados, las viñas, vendía las cosechas y transmutaba todo en oro y plata que iba a unirse secretamente a los sacos apilados en el gabinete. Llegaron por fin los días de agonía: en ellos la fuerte complexión del buen hombre luchó con la destrucción. Quiso permanecer sentado al lado de la chimenea, frente a la puerta de su gabinete. Cogía y enrollaba todas las mantas que le ponían encima, y le decía a Nanon:

–Aprieta, aprieta esto, para que no me roben.

Cuando podía abrir los ojos, en los que se había refugiado toda su vida, enseguida los volvía hacia la puerta del gabinete donde yacían sus tesoros diciéndole a su hija: «¿Están ahí? ¿Están ahí?», con un sonido de voz que denotaba una especie de miedo pánico.

–Sí, padre.

–Vigila el oro, pon el oro delante de mí.

Eugenia le ponía algunos luses sobre una mesa y él permanecía horas enteras con los ojos clavados sobre los luses, como un niño que, en el momento en que empieza a ver, contempla estúpidamente el mismo objeto; y, como a un niño, se le escapaba una risa penosa.

–¡Esto me reanima! –decía a veces, dejando aparecer en su rostro una expresión de beatitud.

Cuando el cura de la parroquia fue a administrarle los sacramentos, sus ojos, en apariencia muertos desde hacía varias horas, se reanimaron al ver la cruz, los candelabros, la pila de agua bendita de plata, que miró fijamente, y su lobanillo se removió por última vez. Cuando el cura le acercó a los labios el crucifijo de plata sobredorada para que besase el Cristo, hizo un gesto espantoso para cogerlo y este último esfuerzo le costó la vida, llamó a Eugenia, a la que no veía aunque estuviera arrodillada delante de él y le bañase con sus lágrimas una mano ya fría.

–Padre, ¿me bendice? –preguntó ella.

–Ten mucho cuidado de todo. Me rendirás cuenta de esto allá arriba –dijo Grandet demostrando con esta última frase que el cristianismo debe ser la religión de los avaros.

Así pues, Eugenia Grandet se encontró sola en el mundo en aquella casa, teniendo únicamente a Nanon para poder dirigirle una mirada con la certeza de ser entendida y comprendida, Nanon, el único ser que la amaba por ella misma y con la que podía hablar de sus penas. La gran Nanon era una providencia para Eugenia, y por eso dejó de ser una sirvienta para convertirse en una humilde amiga. Tras la muerte de su padre, Eugenia supo por maese Cruchot que poseía trescientas mil libras de renta en bienes raíces en el distrito de Saumur, seis millones colocados al tres por ciento en títulos de sesenta francos que entonces valían ochenta y siete francos<sup>112</sup>; más de dos millones en oro y cien mil francos en escudos, sin contar los atrasos por cobrar. La estimación total de sus bienes alcanzaba los diecisiete millones.

«¿Dónde está mi primo?», se dijo ella.

El día en que maese Cruchot entregó, sin contestación posible, a su cliente el estado de la herencia, Eugenia se quedó sola con Nanon, ambas sentadas a uno y otro lado de la chimenea de aquella sala tan vacía, donde todo era recuerdo, desde la silla de calzos en la que se sentaba su madre hasta el vaso en que había bebido su primo.

–Nanon, estamos solas...

–Sí, señorita; y si yo supiera dónde está la pobre criatura, iría a buscarlo a pie.

–Está el mar entre nosotros –dijo ella.

Mientras la pobre heredera lloraba así en compañía de su vieja sirvienta en aquella fría y oscura casa, que para ella constituía todo el universo, de Nantes a Orléans no se hablaba de otra cosa que de los diecisiete millones de la señorita Grandet. Uno de sus primeros actos fue dar mil doscientos francos de renta vitalicia a Nanon, que, como ya poseía otros seiscientos francos, se convirtió en un rico partido. En menos de un mes pasó del estado de soltera al de mujer bajo la protección de Antoine Cornoiller, que fue nombrado guarda general de las tierras y propiedades de la señorita Grandet. La señora Cornoiller tuvo sobre sus contemporáneas una inmensa ventaja. Aunque tuviera cincuenta y nueve años<sup>113</sup>, no aparentaba más de cuarenta. Sus toscos rasgos habían resistido los ataques del tiempo. Gracias al régimen de su vida monástica, se mofaba de la vejez con una tez colorada y una salud de hierro. Quizá nunca había estado tan bella como lo estuvo el día de su boda. Tenía los beneficios de su fealdad, y apareció gorda, grande y fuerte, y con tal aire de felicidad en su indestructible rostro que algunas personas envidiaron la suerte de Cornoiller.

–¡Tiene muy buen color! –decía el pañero.

–Todavía puede tener hijos –dijo el comerciante de sal–; se ha conservado como en salmuera, con perdón.

–Es rica, y ese mozo de Cornoiller da un buen golpe –decía otro vecino.

Al salir de su antiguo hogar, Nanon, apreciada por todo el vecindario, no recibió

más que felicitaciones al bajar la tortuosa calle para dirigirse a la parroquia. Como regalo de bodas, Eugenia le dio tres docenas de cubiertos. Sorprendido por tal magnificencia, Cornoiller hablaba de su ama con lágrimas en los ojos: se habría dejado despedazar por ella. Ser la mujer de confianza de Eugenia supuso para la señora Cornoiller una dicha igual a la de poseer un marido. Por fin tenía una despensa que abrir, que cerrar, provisiones que dar por la mañana, como hacía su difunto amo. Luego tuvo que dirigir a dos criadas, una cocinera y una doncella encargada de arreglar la ropa de la casa y hacer los vestidos de la señorita. Cornoiller acumuló las funciones de guarda y de administrador. Inútil decir que la cocinera y la doncella elegidas por Nanon eran auténticas *perlas*. La señorita Grandet tuvo así cuatro servidores de una abnegación sin límites. Los aparceros no se dieron cuenta de la muerte del buen hombre, porque éste había establecido severamente los usos y costumbres de su administración, que fue cuidadosamente continuada por el señor y la señora Cornoiller<sup>114</sup>.

A los treinta años<sup>115</sup>, Eugenia aún no conocía ninguna de las felicidades de la vida. Su pálida y triste infancia había transcurrido al lado de una madre cuyo corazón, incomprendido y lastimado, había sufrido siempre. Al dejar con alegría la existencia, aquella madre compadeció a su hija por tener que vivir, y le dejó en el alma ligeros remordimientos y eternos pesares. El primer y único amor de Eugenia era, para ella, un príncipe de melancolía. Tras haber vislumbrado a su amado durante unos días, le había dado su corazón entre dos besos furtivamente aceptados y recibidos; luego, él se había marchado, poniendo todo un mundo entre ella y él. Aquel amor, maldecido por su padre, casi le había costado la vida a su madre, y sólo le causaba dolores mezclados con débiles esperanzas. Así, pues, hasta entonces se había lanzado hacia la felicidad perdiendo sus fuerzas, sin cambiarlas. En la vida moral, tanto como en la vida física, existe una aspiración y una respiración: el alma necesita absorber los sentimientos de otra alma, asimilárselos para devolvérselos enriquecidos. Sin ese hermoso fenómeno humano, no hay vida en el corazón; entonces el aire le falta, sufre y languidece. Eugenia empezaba a sufrir. Para ella, su fortuna no era ni un poder ni un consuelo; sólo podía existir por el amor, por la religión, por su fe en el futuro. El amor le explicaba la eternidad. Su corazón y el Evangelio le señalaban dos mundos que esperar. Día y noche se sumía en el seno de dos pensamientos infinitos, que para ella tal vez no eran más que uno solo. Se retiraba a su interior, amando y creyéndose amada. Desde hacía siete años su pasión lo había invadido todo. Sus tesoros no eran los millones cuyas rentas se amontonaban, sino el cofrecillo de Charles, los dos retratos colgados sobre su cama, las joyas recompradas a su padre, orgullosamente expuestas sobre un paño de guata en un cajón de la cómoda, el dedal de su tía que había utilizado su madre y que todos los días empleaba ella religiosamente para trabajar en un bordado, labor de Penélope, sólo iniciada para ponerse en el dedo aquel oro lleno de recuerdos. No parecía verosímil que la señorita Grandet quisiera casarse durante su duelo. Se conocía su auténtica piedad. Por eso, la familia Cruchot, cuya política dirigía sabiamente el viejo abate, se contentó con cercar a la heredera rodeándola de los cuidados más

afectuosos. Todas las noches, la sala de su casa se llenaba con una sociedad compuesta por los más apasionados y leales cruchotinos de la región, que se esforzaban por cantar las alabanzas de la dueña del hogar en todos los tonos. Tenía su médico de cámara, su limosnero mayor, su chambelán, su primera doncella, su primer ministro, y sobre todo su canciller, un canciller que quería decírselo todo. Si la heredera hubiera deseado alguien para llevarle la cola, le habrían encontrado uno. Era una reina, y la más hábilmente adulada de todas las reinas. La lisonja jamás emana de las grandes almas, es patrimonio de los espíritus pequeños que consiguen empequeñecerse todavía más para entrar mejor en la esfera vital de la persona a cuyo alrededor gravitan. La lisonja presupone un interés. Por eso las personas que iban a llenar todas las noches la sala de la señorita Grandet, llamada por ellas señorita de Froidfond, conseguían perfectamente abrumarla a alabanzas. Este concierto de elogios, nuevos para Eugenia, la hizo ruborizarse al principio; pero insensiblemente, y por burdos que fueran los cumplidos, su oído se acostumbró tan bien a oír alabar su belleza que, si algún recién llegado la hubiera encontrado fea, habría sido mucho más sensible a ese reproche que ocho años antes. Luego terminó por apreciar aquellos requiebros, que secretamente ponía a los pies de su ídolo. Así pues, se acostumbró gradualmente a dejarse tratar como soberana y a ver su patio lleno todas las noches. El señor presidente de Bonfons era el héroe de aquel pequeño círculo en el que su inteligencia, su persona, su instrucción y su amabilidad se alababan incesantemente. Uno hacía observar que, desde hacía siete años, su fortuna se había incrementado mucho; que Bonfons valía por lo menos diez mil francos de renta y que, como todos los bienes de los Cruchot, se hallaba enclavado en los vastos dominios de la heredera.

—¿Sabe usted, señorita —decía uno de los habituales—, que los Cruchot tienen cuarenta mil libras de renta?

—Además de sus ahorros —añadía una vieja cruchotina, la señorita de Gribeaucourt—. Un señor de París vino hace poco a ofrecer al señor Cruchot doscientos mil francos por su notaría. Y la venderá si consigue ser nombrado juez de paz.

—Quiere suceder al señor de Bonfons en la presidencia del tribunal, toma sus precauciones —respondió la señora d'Orsonval—; porque el señor presidente llegará a ser consejero y luego presidente de la Audiencia; tiene demasiados medios como para no llegar.

—Sí, es un hombre muy distinguido —decía otro—. ¿No le parece, señorita?

El señor presidente había tratado de ponerse a tono con el papel que quería representar. A pesar de sus cuarenta años, de su rostro moreno e ingrato, ajado como lo están casi todas las fisonomías judiciales, se vestía como un joven, jugaba con un bastón, no tomaba rapé en casa de la señorita de Froidfond, adonde siempre llegaba de corbata blanca y con una camisa cuya pechera de gruesos pliegues le daba cierto aire de familia con los individuos de la especie pavo. Hablaba familiarmente con la bella heredera y la llamaba «¡Nuestra querida Eugenia!». En fin, excepto el número de personajes, reemplazando la lotería por el

whist y suprimiendo las caras del señor y de la señora Grandet, la escena con que comienza esta historia era poco más o menos la misma que en el pasado. La jauría seguía persiguiendo a Eugenia y sus millones; pero la jauría más numerosa ladraba mejor, y cercaba a su presa al mismo tiempo. Si Charles hubiera llegado del fondo de las Indias, habría encontrado a los mismos personajes e idénticos intereses. La señora des Grassins, para quien Eugenia era un modelo de gracia y bondad, persistía en atormentar a los Cruchot. Pero entonces, como en el pasado, la figura de Eugenia habría dominado el cuadro; como en el pasado, Charles hubiera seguido siendo allí el soberano. No obstante, había un progreso. El ramo que antes ofrecía a Eugenia los días de su cumpleaños el presidente, se había vuelto periódico. Todas las noches llevaba a la rica heredera un ramo grande y magnífico que la señora Cornoiller ponía ostensiblemente en un jarrón y tiraba en secreto en un rincón del patio tan pronto como los visitantes se habían ido. A principios de la primavera, la señora des Grassins trató de turbar la felicidad de los cruchotinos hablando a Eugenia del marqués de Froidfond, que podría levantar su arruinada casa si la heredera quería devolverle sus tierras mediante un contrato de matrimonio. La señora des Grassins hablaba del título de par y de marquesa, y, tomando la sonrisa desdeñosa de Eugenia por una aprobación, iba diciendo que el matrimonio del señor presidente Cruchot no estaba tan adelantado como se creía.

–Aunque el señor de Froidfond tenga cincuenta años –decía–, no aparenta más edad que el señor Cruchot; es viudo y tiene hijos, cierto; pero es marqués, será par de Francia, y en los tiempos que corren no es fácil encontrar matrimonios de esa categoría. Sé a ciencia cierta que papá Grandet, cuando unía todos sus bienes a la tierra de Froidfond, tenía la intención de injertarse en los Froidfond. Me lo dijo a menudo. Qué taimado era el buen hombre.

–Nanon, ¿por qué no me ha escrito ni una vez en siete años? –le dijo una noche Eugenia al acostarse.

Mientras en Saumur pasaban estas cosas, Charles hacía fortuna en las Indias. Nada más llegar, su pacotilla se había vendido muy bien, y no tardó mucho en reunir una suma de seis mil dólares. El bautismo de la Línea ecuatorial le hizo perder muchos prejuicios; se dio cuenta de que el mejor medio de conseguir fortuna era, tanto en las regiones tropicales como en Europa, comprar y vender hombres. Fue, pues, a las costas de África y se dedicó a la trata de ne gros, uniendo a su comercio de hombres el de las mercancías que mejor se vendían en los diversos mercados a los que lo llevaban sus intereses. Desplegó en los negocios una actividad que no le dejaba un solo momento libre. Estaba dominado por la idea de reaparecer en París en todo el esplendor de una gran fortuna y de recobrar una posición más brillante aún que aquella de la que había caído. A fuerza de circular entre hombres y países, de observar costumbres opuestas, sus ideas se modificaron y se volvió escéptico. Dejó de tener nociones fijas sobre lo justo y lo injusto al ver tachar de crimen en un país lo que era virtud en otro. Al contacto perpetuo de los intereses, su corazón se enfrió, se contrajo, se secó. La sangre de los Grandet no faltó a su destino. Charles se volvió duro, áspero en la pelea, vendió chinos, negros, nidos de golondrinas, niños, artistas; se dedicó a la usura a gran

escala. La costumbre de defraudar los derechos de aduana le hizo menos escrupuloso sobre los derechos del hombre. Iba entonces a Santo Tomás<sup>116</sup> a comprar a bajo precio las mercancías robadas por los piratas y las llevaba a los mercados donde faltaban. Si el noble y puro rostro de Eugenia lo acompañó en su primer viaje como esa imagen de Virgen que ponen en sus barcos los marineros españoles, y si atribuyó sus primeros éxitos a la mágica influencia de los votos y las oraciones de esa dulce joven, más tarde, las negras, las mulatas, las blancas, las javanasas, las almeas, las orgías de todos los colores y las aventuras que tuvo en distintos países borraron por completo el recuerdo de su prima, de Saumur, de la casa, del banco, del beso dado en el pasillo. Sólo se acordaba del pequeño jardín enmarcado por viejos muros porque allí había empezado su azaroso destino; pero renegaba de su familia; su tío era un viejo perro que le había robado de mala manera sus joyas; Eugenia no ocupaba su corazón ni sus pensamientos, ocupaba un lugar en sus negocios como acreedora de una suma de seis mil francos. Esa conducta y esas ideas explican el silencio de Charles Grandet. En las Indias, en Santo Tomás, en la costa de África, en Lisboa y en Estados Unidos, el especulador había tomado, para no comprometer su apellido, el pseudónimo de Sepherd. Carl Sepherd podía mostrarse en todas partes infatigable, audaz, ávido, como hombre que, resuelto a hacer fortuna *quibuscumque viis*<sup>117</sup>, se apresura a terminar con la infamia para ser hombre honrado durante el resto de sus días. Con este sistema, su fortuna fue rápida y brillante. Así pues, en 1827 volvía a Burdeos, en el *Marie-Caroline* <sup>118</sup>, bonito brick propiedad de una casa de comercio realista. Poseía un millón novecientos mil francos en tres toneles de polvo de oro bien enarcados, de los que esperaba sacar un siete u ocho por ciento cuando los convirtiese en moneda en París. En ese brick también iba un gentilhombre ordinario de la cámara de S. M. el rey Carlos X, el señor d'Aubrion, buen anciano que había cometido la locura de casarse con una mujer a la moda, y cuya fortuna estaba en las Islas<sup>119</sup>. Para reparar la prodigalidad de la señora d'Aubrion había ido a vender sus propiedades. El señor y la señora d'Aubrion, de la casa d'Aubrion-de-Busch, cuyo último Capital<sup>120</sup> murió antes de 1789, reducidos a una renta de veinte mil libras, tenían una hija bastante fea que la madre quería casar sin dote, dado que su fortuna apenas les bastaba para vivir en París. Era una empresa cuyo éxito hubiera parecido problemático a toda la gente del gran mundo a pesar de la habilidad que se supone a las mujeres a la moda. Hasta la propia señora d'Aubrion, viendo a su hija, había perdido casi la esperanza de colocársela a alguien, ni siquiera a un hombre ansioso de nobleza. La señorita d'Aubrion era una damisela larga como su homónimo el insecto<sup>121</sup>, delgada, endeble, de boca desdeñosa sobre la que descendía una nariz demasiado larga, gorda en la punta, amarillenta en estado normal, pero completamente roja después de las comidas, especie de fenómeno vegetal más desagradable en medio de una cara pálida y aburrida que en cualquier otra. En fin, era tal como podía desearla una madre de treinta y ocho años que, bella todavía, aún tenía pretensiones. Pero para compensar tales desventajas, la marquesa d'Aubrion había dado a su hija un aire muy distinguido, la había sometido a una higiene que provisionalmente mantenía la nariz de un color carne

razonable, le había imbuido el arte de vestirse con gusto, la había dotado de modales elegantes, le había enseñado esas miradas melancólicas que despiertan el interés de un hombre y le hacen creer que va a encontrar el ángel inútilmente buscado; la había adiestrado en la maniobra de avanzar el pie a propósito para hacer que se admirase su pequeñez en el momento en que la nariz tenía la impertinencia de ponerse colorada; en fin, había sacado de su hija un partido muy satisfactorio. Mediante mangas anchas, corpiños engañosos, vestidos abullonados y cuidadosamente rellenos, de un corsé muy apretado, había conseguido productos femeninos tan curiosos que, para instrucción de las madres, habría debido depositarlos en un museo<sup>122</sup>. Charles trabó gran amistad con la señora d'Aubrion, que precisamente también quería entablarla. Varias personas pretenden incluso que, durante la travesía, la bella señora d'Aubrion no descuidó ningún medio para capturar un yerno tan rico. Al desembarcar en Burdeos, el mes de junio de 1827<sup>123</sup>, el señor, la señora, la señorita d'Aubrion y Charles se alojaron juntos en el mismo hotel y juntos partieron hacia París. El palacete d'Aubrion estaba acribillado a hipotecas, Charles debía liberarlo. La madre ya había hablado del placer que para ella supondría ceder la planta baja a su yerno y a su hija. Como no compartía los prejuicios del señor d'Aubrion sobre la nobleza, había prometido a Charles Grandet conseguir del bondadoso Carlos X una ordenanza real que lo autorizase a él, Grandet, a llevar el apellido d'Aubrion, a tomar sus armas y, mediante la constitución de un mayorazgo de treinta y seis mil libras de renta, a suceder a Aubrion en el título de Captal de Buch y marqués d'Aubrion. Reuniendo sus fortunas, viviendo en buen entendimiento, y mediante sinecuras, podrían juntarse cien mil libras y pico de renta en el palacete d'Aubrion.

–Y cuando se tienen cien mil libras de renta, un apellido y una familia, cuando se va a la corte, porque haré que le nombren gentilhombre de cámara, se consigue ser todo lo que uno quiere ser –le decía ella a Charles–. De este modo será usted lo que prefiera, relator del consejo de Estado, prefecto, secretario de embajada, embajador. Carlos X aprecia mucho a d'Aubrion, se conocen desde la infancia.

Embriagado de ambición por aquella mujer, Charles había acariciado durante la travesía todas esas esperanzas que le fueron presentadas por una mano hábil y vertidas de corazón a corazón en forma de confidencias. Creyendo arreglados por su tío los asuntos de su padre, se veía instalado de golpe en el *faubourg* Saint-Germain, donde en esa época todo el mundo quería entrar, y donde, a la sombra de la nariz azul de la señorita Mathilde, reaparecía como conde d'Aubrion, como los Dreux reaparecieron un día en Brézé<sup>124</sup>. Deslumbrado por la prosperidad de la Restauración, a la que cuando se marchó había dejado tambaleándose<sup>125</sup>, dominado por el brillo de las ideas aristocráticas, su embriaguez iniciada en el barco persistió en París, donde decidió hacer todo lo posible para alcanzar la alta posición que su egoísta suegra le había hecho vislumbrar. Su prima ya no era para él más que un punto en el espacio de aquella brillante perspectiva. Vio de nuevo a Annette. Como mujer de mundo, Annette aconsejó vivamente a su antiguo amigo contraer aquella alianza, y le prometió su apoyo en todas sus empresas ambiciosas. Annette estaba encantada de ayudar a que Charles, a quien la estancia

en las Indias había vuelto muy atractivo, se casara con una señorita fea y aburrida: traía una tez morena y sus modales se habían vuelto decididos, audaces, como lo son los de los hombres acostumbrados a decidir, a dominar, a triunfar. Charles respiró más a gusto en París al ver que podía desempeñar un papel. Al enterarse de su regreso, de su próximo matrimonio, de su fortuna, des Grassins fue a verlo para hablarle de los trescientos mil francos con los que podía pagar las deudas de su padre. Encontró a Charles reunido con el joyero al que había encargado las alhajas para la canastilla de la señorita d'Aubrion, y cuyos diseños éste le enseñaba. A pesar de los magníficos diamantes que Charles había traído de las Indias, la mano de obra, el valor de los objetos de plata y las joyas grandes y pequeñas del joven matrimonio ascendió a más de doscientos mil francos. Charles recibió a des Grassins, al que no reconoció, con la impertinencia de un joven a la moda que en las Indias había matado a cuatro hombres en diferentes duelos. El señor des Grassins ya había ido tres veces, Charles lo escuchó fríamente; luego le respondió, sin haberle comprendido bien:

–Los negocios de mi padre no son mis negocios. Le quedo muy agradecido, señor, por los desvelos que ha tenido a bien tomarse, y que para mí son inútiles. No he reunido casi dos millones con el sudor de mi frente para ir a tirarlos a la cabeza de los acreedores de mi padre.

–¿Y si, de aquí a unos días, su padre fuese declarado en quiebra?

–De aquí a unos días, señor, yo me apellidaré conde d'Aubrion. Como puede comprender, todo eso me resultará perfectamente indiferente. Además, usted sabe mejor que yo que, cuando un hombre tiene cien mil libras de renta, su padre no ha quebrado nunca –añadió empujando con mucha cortesía al señor des Grassins hacia la puerta.

A principios del mes de agosto de ese año, Eugenia estaba sentada en el pequeño banco de madera donde su primo le había jurado amor eterno, y al que iba a desayunar cuando hacía buen tiempo. En ese momento, en la más fresca y alegre de las mañanas, la pobre joven se complacía repasando en su memoria los grandes y pequeños acontecimientos de su amor y las catástrofes que lo habían seguido. El sol iluminaba el precioso lienzo de muro resquebrajado, casi en ruinas, que la caprichosa heredera había prohibido tocar, aunque Cornoiller le repitiese a menudo a su mujer que algún día caería sobre alguien. En ese momento llamó el cartero, entregó una carta a la señora Cornoiller, que corrió al jardín gritando:

–¡Señorita, una carta!

Se la entregó a su ama diciéndole:

–¿Es la que está esperando?

Estas palabras resonaron con tal fuerza en el corazón de Eugenia que retumbaron realmente entre las paredes del patio y del jardín.

–¡París! Es suya. Ha vuelto.

Eugenia palideció, y guardó la carta durante un momento. Sus palpitations eran demasiado agudas para poder abrirla y leerla. La gran Nanon permaneció de pie, con las manos en jarras, y la alegría parecía escapar como el humo por las grietas de su oscuro rostro.

–Lea, señorita...

–¡Ah!, Nanon, ¿por qué vuelve por París si se fue por Saumur?

–Lea y lo sabrá.

Eugenia abrió la carta temblando; de ella cayó una orden de pago contra la casa *Señora des Grassins y Corret* de Saumur. Nanon la recogió.

Mi querida prima...

«Ya no soy Eugenia», pensó ella. Y su corazón se encogió.

Usted...

«¡Me hablaba de tú!»

Se cruzó de brazos, no se atrevió a leer la carta, y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos.

–¿Ha muerto? –preguntó Nanon.

–No escribiría –dijo Eugenia.

Y leyó entera la siguiente carta:

Mi querida prima, creo que se enterará con placer del éxito de mis empresas. Me dio usted suerte, he vuelto rico y he seguido los consejos de mi tío, de cuya muerte y de la de mi tía acaba de informarme el señor des Grassins. La muerte de nuestros padres es algo natural, y nosotros debemos sucederlos. Espero que hoy ya se haya consolado usted. Nada resiste al tiempo, yo mismo he podido comprobarlo. Sí, mi querida prima, por desgracia para mí, el momento de las ilusiones ha pasado. ¡Qué quiere! Viajando a través de numerosos países, he reflexionado sobre la vida. De niño que era al partir, he vuelto hombre. Hoy pienso en muchas cosas en las que antes no pensaba. Es usted libre, prima, y también lo soy yo; nada impide, en apariencia, la realización de nuestros pequeños proyectos; pero mi carácter es demasiado leal para ocultarle la situación de mis asuntos. No he olvidado que no me pertenezco; en mis largas travesías siempre me he acordado del pequeño banco de madera...

Eugenia se levantó como si hubiera estado sobre carbones encendidos, y fue a sentarse en uno de los escalones del patio.

...del pequeño banco de madera donde nos juramos amarnos siempre, del corredor, de la sala gris, de mi habitación abuhardillada, y de la noche en que, con su delicada amabilidad, hizo usted más fácil mi futuro. Sí, estos recuerdos han sostenido mi valor, y me he dicho que usted pensaba siempre en mí como a menudo pensaba yo en usted a la hora convenida entre nosotros. ¿Ha mirado mucho las nubes a las nueve? Sí, ¿verdad? Por eso no quiero traicionar una amistad que para mí es sagrada; no debo engañarla. Para mí, en este momento se trata de un enlace que satisface todas las ideas que me he hecho sobre el matrimonio. El amor, en el matrimonio, es una quimera. En la actualidad, mi experiencia me dice que es necesario obedecer a todas las leyes sociales y reunir todas las conveniencias exigidas por la sociedad cuando uno se casa. Y, entre nosotros ya hay una diferencia de edad que tal vez influiría más sobre su porvenir, querida prima, que sobre el mío. No le hablaré ni de

sus costumbres ni de su educación, ni de sus hábitos, que no tienen nada que ver con la vida de París y que desde luego no encajarían con mis proyectos ulteriores. En mis planes entra mantener un gran tren de casa, recibir a mucha gente, y creo recordar que usted ama por encima de todo la vida dulce y tranquila. No, voy a serle más sincero y quiero hacerla árbitro de mi situación; le corresponde conocerla y tiene derecho a juzgarla. En la actualidad poseo ochenta mil libras de renta. Esa fortuna me permite unirme a la familia d'Aubrion, cuya heredera, joven de diecinueve años, me aporta al matrimonio su apellido, un título, el puesto de gentilhombre honorario de la cámara de Su Majestad y una posición de las más brillantes. Debo confesarle, mi querida prima, que no amo en absoluto a la señorita d'Aubrion; pero, con su alianza, aseguro a mis hijos una situación social cuyas ventajas serán incalculables un día: poco a poco las ideas monárquicas van recuperando el favor. Por lo tanto, dentro de unos años, mi hijo, convertido en marqués d'Aubrion, podrá ocupar en el Estado el cargo que prefiera elegir. Nos debemos a nuestros hijos. Ya ve, prima, con qué buena fe le expongo el estado de mi corazón, de mis esperanzas y de mi fortuna. Es posible que por su parte haya olvidado nuestras chiquilladas tras siete años de ausencia; pero yo no he olvidado ni su indulgencia ni mis palabras; me acuerdo de todas, incluso de las dichas con la mayor ligereza, y en las que un joven menos escrupuloso que yo, con un corazón menos joven y menos honrado, ni siquiera pensaría. Decirle que no pienso más que en hacer un matrimonio de conveniencia, y que todavía me acuerdo de nuestros amores de niños, ¿no supone ponerme por entero a su discreción, hacerla dueña de mi destino y declararle que, si es preciso renunciar a mis ambiciones sociales, me contentaré gustoso con esa sencilla y pura dicha de la que usted me ofreció tan conmovedoras imágenes...?

«Tan, ta, ta, – Tan ta, ti. – Tinn, ta, ta. – ¡Tun! – Tun, ta ti. – Tinn, ta, ta...», etc., había cantado Charles Grandet tarareando el aria de *Non più andrai* [126](#), mientras firmaba:

Su afectísimo primo,  
CHARLES

«¡Ira de Dios! Esto sí que es sutileza», se dijo. Fue luego a buscar la orden de pago, y añadió esto:

*P. S.*– Uno a mi carta una orden de pago contra la casa des Grassins por valor de mil francos a su orden y pagadera en oro, comprendiendo los intereses y el capital de la cantidad que usted tuvo la bondad de prestarme [127](#). Espero de Burdeos una caja en la que hay algunos objetos que usted me permitirá ofrecerle como testimonio de mi eterno agradecimiento. Puede remitirme usted por la diligencia mi neceser al palacete d'Aubrion, calle Hillerin-Bertin [128](#).

–¡Por diligencia! –dijo Eugenia–. ¡Una cosa por la que yo habría dado mil veces la vida!

Espantoso y completo desastre. El barco naufragaba sin dejar ni un cordaje ni una tabla en el vasto océano de las esperanzas. Al verse abandonadas, algunas mujeres se precipitan a arrancar a su amante de los brazos de una rival, la matan y huyen al fin del mundo, al cadalso o a la tumba. Es algo hermoso, sin duda: el móvil de ese crimen es una pasión sublime que infunde respeto a la Justicia humana. Otras mujeres bajan la cabeza y sufren en silencio; andan moribundas y resignadas, llorando y perdonando, rogando y recordando hasta el último suspiro. Éste es el amor, el amor verdadero, el amor de los ángeles, el amor orgulloso que vive de su dolor y de él muere. Tal fue el sentimiento de Eugenia después de haber leído aquella horrible carta. Lanzó sus miradas al cielo pensando en las últimas

palabras de su madre, quien, semejante a algunos moribundos, había proyectado sobre el futuro una mirada penetrante, lúcida; luego, Eugenia, acordándose de esa muerte y de esa vida profética, midió de una ojeada todo su destino. No le quedaba más que desplegar las alas, dirigirse hacia el cielo y vivir rezando hasta el último día de su liberación.

–Tenía razón mi madre –dijo llorando–. Sufrir y morir.

Fue a paso lento desde el jardín a la sala. Contra su costumbre, no pasó por el corredor; pero encontró el recuerdo de su primo en aquel viejo salón gris, sobre cuya chimenea seguía cierto platillo que ella utilizaba todas las mañanas para su desayuno, igual que el azucarero antiguo de Sèvres. Esa mañana había de ser solemne y llena de acontecimientos para ella. Nanon le anunció al cura de la parroquia. Aquel cura, pariente de los Cruchot, secundaba los intereses del presidente de Bonfons. Desde hacía unos días, el viejo abate lo había convencido para que hablase con la señorita Grandet, en un sentido puramente religioso, de la obligación en que estaba de contraer matrimonio. Al ver a su pastor, Eugenia creyó que venía en busca de los mil francos que mensualmente daba para los pobres, y dijo a Nanon que fuera a buscarlos; pero el cura empezó a sonreír.

–Hoy, señorita, vengo a hablarle de una pobre muchacha por la que se interesa toda la ciudad de Saumur, y que, falta de caridad consigo misma, no vive cristianamente.

–¡Dios mío!, señor cura, me encuentra usted en un momento en que me es imposible pensar en mi prójimo, estoy totalmente ocupada en mí misma. Soy muy desdichada, no tengo más refugio que la Iglesia, que tiene un seno lo bastante amplio para contener todos nuestros dolores, y sentimientos bastante fecundos para que podamos recurrir a ellos sin temor a agotarlos.

–Bueno, señorita, ocupándonos de esa muchacha nos ocuparemos de usted. Escuche. Si usted quiere procurar su salvación, sólo tiene dos caminos: o abandonar el mundo o seguir sus leyes. Obedecer a su destino terrenal o a su destino celestial.

–¡Ah!, su voz me habla en el momento en que yo quería oír una voz. Sí, Dios lo ha encaminado aquí, señor. Voy a despedirme del mundo y vivir sólo para Dios en el silencio y el retiro.

–Se necesita, hija mía, mucho tiempo para tomar una resolución tan drástica. El matrimonio es una vida, el velo es una muerte.

–Pues la muerte, la muerte inmediatamente, señor cura –dijo ella con una vivacidad espantosa.

–¡La muerte! Pero usted tiene grandes obligaciones que cumplir con la Sociedad, señorita. ¿No es acaso la madre de los pobres, a los que da ropas, leña en invierno y trabajo en verano? Su gran fortuna es un préstamo que hay que devolver, y usted lo ha aceptado santamente así. Sepultarse en un convento sería egoísmo; y quedarse soltera, no debe usted hacerlo. En primer lugar, ¿podría gestionar sola su inmensa fortuna? Quizá la perdería. Pronto tendría mil procesos, y se vería enredada en inextricables dificultades. Haga caso a su pastor: un esposo es más útil para usted, que debe conservar lo que Dios le ha dado. Le hablo como a una

oveja querida. Ama usted demasiado sinceramente a Dios para no ganarse la salvación en medio del mundo, del que usted es uno de los más bellos adornos, y al que da santos ejemplos.

En este momento se hizo anunciar la señora des Grassins. Venía traída por la venganza y por una gran desesperación.

–Señorita –dijo–. ¡Ah!, está usted aquí, señor cura. Me callo, venía para hablarle de negocios, y veo que está usted en medio de una importante conversación.

–Señora –dijo el cura–, le dejo el campo libre.

–¡Oh!, señor cura –dijo Eugenia–, vuelva dentro de un rato, su apoyo me es muy necesario en este momento.

–Sí, mi pobre niña –dijo la señora des Grassins.

–¿Qué quiere usted decir? –preguntaron la señorita Grandet y el cura.

–¿Acaso no me he enterado de que su primo ha vuelto, de su boda con la señorita d’Aubrion?... Una mujer nunca tiene su inteligencia en el bolsillo.

Eugenia se ruborizó y permaneció muda; pero decidió adoptar en el futuro la impasible actitud que había sabido asumir su padre.

–Bien, señora –respondió con ironía–, sin duda yo tengo la inteligencia en el bolsillo, porque no la entiendo. Hable, hable delante del señor cura, ya sabe que es mi director espiritual.

–Muy bien, señorita, esto es lo que des Grassins me escribe. Lea usted.

Eugenia leyó la carta siguiente:

Querida esposa, Charles Grandet llega de las Indias, está en París desde hace un mes...

«¡Un mes!», se dijo Eugenia dejando caer su mano.

Tras una pausa continuó la carta.

...He tenido que hacer antecámara dos veces antes de poder hablar a ese futuro vizconde d’Aubrion. Aunque todo París habla de su boda, y se han publicado todas las amonestaciones...

«Por lo tanto me escribía en el mismo momento en que...», se dijo Eugenia. No acabó la frase, no exclamó como una parisiense: «¡El muy sinvergüenza!». Pero no por no haberlo expresado fue menos completo su desprecio.

...Este matrimonio está lejos de llevarse a cabo; el marqués d’Aubrion no dará su hija al hijo de un hombre declarado en bancarrota. He ido a informarle de los desvelos que su tío y yo nos hemos tomado para resolver los asuntos de su padre, y de las hábiles maniobras con las que hemos sabido mantener tranquilos a los acreedores hasta hoy. Ese pequeño impertinente ha tenido la desfachatez de responderme, a mí, que durante cinco años me he volcado noche y día en sus intereses y en su honor, que *los asuntos de su padre no eran sus asuntos*. Un apoderado tendría derecho a exigirle de treinta a cuarenta mil francos de honorarios, el uno por ciento de la suma de los créditos. Pero, paciencia, se deben legítimamente un millón doscientos mil francos a los acreedores, y voy a hacer que declaren a su padre en quiebra. Me embarqué en este asunto bajo la palabra de aquel viejo

caimán de Grandet, y he hecho promesas en nombre de la familia. Si al señor vizconde d'Aubrión le importa poco su honor, el mío me interesa mucho. Por eso voy a explicar mi posición a los acreedores. Sin embargo, siento demasiado respeto por la señorita Eugenia, en cuya alianza habíamos pensado en tiempos más felices, para actuar sin que tú le hayas hablado de este asunto...

En este punto Eugenia devolvió fríamente la carta sin terminarla.

–Se lo agradezco –le dijo a la señora des Grassins–, *ya veremos...*

–En este momento tiene usted la misma voz que su difunto padre –dijo la señora des Grassins.

–Señora, tiene usted que darnos ocho mil cien francos en oro<sup>129</sup> –le dijo Nanon.

–Es cierto; hágame el favor de venir conmigo, señora Cornoiller.

–Señor cura –dijo Eugenia con una noble sangre fría que le comunicó la idea que iba a expresar–, ¿sería pecar permanecer en estado de virginidad en el matrimonio?

–Ése es un caso de conciencia cuya solución no conozco. Si quiere saber lo que piensa en su Suma *De Matrimonio* el célebre Sánchez<sup>130</sup>, podría decírselo mañana.

Una vez que se fue el cura, la señorita Grandet subió al gabinete de su padre y pasó allí la jornada sola, sin querer bajar a la hora de la cena, pese a las instancias de Nanon. Apareció por la noche, a la hora en que llegaron los habituales de su círculo. Nunca el salón de los Grandet había estado tan lleno como lo estuvo durante aquella velada. La noticia del regreso y de la estúpida traición de Charles se había difundido por toda la ciudad. Pero, por más atenta que fuese la curiosidad de los visitantes, no quedó satisfecha. Eugenia, que se la esperaba, no dejó traslucir en su rostro ninguna de las crueles emociones que la agitaban. Supo adoptar una figura risueña para responder a los que quisieron mostrarle interés con miradas o palabras melancólicas. Supo, en fin, cubrir su desgracia con los velos de la cortesía. Hacia las nueve acababan las partidas y los jugadores abandonaban sus mesas, se pagaban y discutían las últimas jugadas de whist yendo luego a unirse al círculo de los que conversaban. En el momento en que la asamblea se levantó en masa para dejar el salón, hubo un golpe de teatro que resonó en Saumur, y desde allí al distrito y a las cuatro prefecturas circundantes.

–Quédese, señor presidente –le dijo Eugenia al señor de Bonfons, al verle coger el bastón.

Ante esta frase, no hubo nadie en aquella numerosa asamblea que no se sintiese conmovido. El presidente palideció y se vio obligado a sentarse.

–Los millones para el presidente –dijo la señorita de Gribeaucourt.

–Está claro, el presidente de Bonfons se casa con la señorita Grandet –exclamó la señora d'Orsonval.

–Es la mejor jugada de la partida –dijo el abate.

–¡Qué hermoso *schleem*<sup>131</sup>! –dijo el notario.

Cada cual dijo su frase, cada cual hizo su calambur, todos veían a la heredera montada sobre sus millones como sobre un pedestal. El drama iniciado hacía nueve años llegaba a su desenlace. Decir al presidente delante de todo Saumur que se quedase, ¿no era anunciar que quería convertirlo en su marido? En las pequeñas

ciudades, las conveniencias se observan con tanta severidad que una infracción de este género constituye en ellas la más solemne de las promesas.

–Señor presidente –le dijo Eugenia con voz emocionada cuando se quedaron solos–, sé lo que le interesa de mí. Jure dejarme libre durante toda mi vida, no exigir ninguno de los derechos que el matrimonio le da sobre mi persona, y mi mano es suya. ¡Oh! –continuó viéndolo ponerse de rodillas a sus plantas–, no he terminado de hablar. No debo engañarle, señor. Tengo en el corazón un sentimiento inextinguible. La amistad será el único sentimiento que pueda conceder a mi marido: no quiero ni ofenderlo ni contravenir las leyes de mi corazón. Pero usted sólo poseerá mi mano y mi fortuna a cambio de un inmenso favor.

–Aquí me tiene usted, dispuesto a todo –dijo el presidente.

–Aquí tiene usted un millón quinientos mil francos, señor presidente –dijo Eugenia sacando de su seno un recibo de cien acciones del Banco de Francia–, váyase a París, no mañana, no esta noche, sino ahora mismo. Diríjase a casa del señor des Grassins, entérese del nombre de todos los acreedores de mi tío, reúnalos, pague todo lo que su herencia pueda deber, capital e intereses al cinco por ciento desde el día de la deuda hasta el del reembolso, y por último mande hacer un recibo general ante notario y en debida forma. Es usted magistrado, sólo en usted confío para este asunto. Es un hombre leal, un caballero; me embarcaré fiándome en su palabra para atravesar los peligros de la vida al amparo de su nombre. Nos tendremos el uno al otro una mutua indulgencia. Nos conocemos desde hace tanto tiempo, somos casi parientes, y seguro que usted no querría hacerme desgraciada.

El presidente cayó a los pies de la rica heredera palpitante de alegría y de angustia.

–¡Seré su esclavo! –le dijo.

–Cuando tenga el recibo, señor –continuó Eugenia lanzándole una mirada fría–, lo llevará con todos los títulos a mi primo Grandet, y le entregará esta carta. A su vuelta, cumpliré mi palabra.

El presidente comprendió que debía la mano de Eugenia a un despecho amoroso; por eso se apresuró a cumplir sus órdenes con la mayor presteza, a fin de que no se produjese ninguna reconciliación entre los dos enamorados.

Cuando el señor de Bonfons se hubo marchado, Eugenia se derrumbó en su sillón y se deshizo en lágrimas. Todo estaba consumado. El presidente tomó la diligencia y al día siguiente por la noche estaba ya en París. Durante la mañana del día que siguió a su llegada fue a casa de des Grassins. El magistrado convocó a los acreedores en el estudio del notario donde estaban depositados los títulos, y ninguno faltó a la llamada. Aunque fueran acreedores, hay que hacerles justicia: fueron puntuales. Allí el presidente de Bonfons les pagó en nombre de la señorita Grandet el capital y los intereses debidos. El pago de los intereses fue para el comercio parisino uno de los acontecimientos más sorprendentes de la época. Cuando el acta quedó registrada y des Grassins hubo cobrado por sus gestiones la entrega de una suma de cincuenta mil francos que le había asignado Eugenia, el

presidente se dirigió al palacete d'Aubrion, donde encontró a Charles en el momento en que volvía a sus aposentos abrumado por su suegro. El viejo marqués acababa de declararle que su hija no le pertenecería mientras no se hubiera pagado a todos los acreedores de Guillaume Grandet.

El presidente empezó por entregarle la siguiente carta:

PRIMO, el señor presidente de Bonfons se ha encargado de entregarle el acta de todas las sumas debidas por mi tío y otra en la que reconozco haberlas recibido de usted. ¡Me han hablado de quiebra!... He pensado que el hijo de un hombre declarado en quiebra quizá no podía casarse con la señorita d'Aubrion. Sí, primo, ha juzgado usted bien mi carácter y mi forma de ser: sin duda no tengo nada de mundo, no conozco ni sus cálculos ni sus costumbres. Sea feliz, según las convenciones sociales a las que sacrifica nuestros primeros amores. Para hacer completa su dicha, ya no puedo ofrecerle más que el honor de su padre. Adiós, siempre tendrá una fiel amiga en su prima,

Eugenia

El presidente sonrió ante la exclamación que aquel ambicioso no pudo reprimir en el momento en que recibía el acta legalizada.

–Nos anunciamos mutuamente nuestras bodas –le dijo.

–¡Ah!, se casa usted con Eugenia. Bien, me alegra, es una buena muchacha. Pero entonces –prosiguió impresionado de pronto por una reflexión luminosa–, ¿es rica?

–Tenía cerca de diecinueve millones hace cuatro días –respondió el presidente con aire burlón–; pero hoy no tiene más que diecisiete.

Charles miró al presidente con aire alelado.

–Diecisiete... mill...

–Diecisiete millones, sí, señor. La señorita Grandet y yo reuniremos cincuenta mil libras de renta al casarnos.

–Mi querido primo –dijo Charles recobrando un poco de seguridad–, podremos ayudarnos el uno al otro.

–De acuerdo –dijo el presidente–. Aquí tiene, además, una cajita que no debo entregar a nadie más que a usted –añadió depositando sobre una mesa el cofre en el que estaba el neceser.

–Bueno, mi querido amigo –dijo la señora marquesa d'Aubrion entrando sin reparar en Cruchot–, no se preocupe en absoluto por lo que acaba de decirle el pobre señor d'Aubrion, a quien la duquesa de Chaulieu le ha llenado la cabeza de aire. Se lo repito, nada impedirá su matrimonio.

–Nada, señora –respondió Charles–. Los tres millones que mi padre debía, fueron pagados ayer.

–¿En efectivo?

–Íntegramente, intereses y capital, y voy a rehabilitar su memoria.

–¡Qué tontería! –exclamó la suegra–. ¿Quién es este señor? –dijo al oído de su yerno al darse cuenta de la presencia de Cruchot.

–Mi administrador.

La marquesa saludó con un gesto desdeñoso al señor de Bonfons y salió.

–Ya nos estamos ayudando –dijo el presidente cogiendo su sombrero–. Adiós,

primo.

«Este cacatúa de Saumur se burla de mí. Me entran ganas de meterle seis pulgadas de acero en el vientre.»

El presidente se había ido. Tres días después, el señor de Bonfons, de vuelta en Saumur, hizo público su compromiso con Eugenia. Seis meses más tarde era nombrado consejero en la Audiencia Real de Angers. Antes de dejar Saumur, Eugenia mandó fundir el oro de las joyas que durante tanto tiempo habían sido preciosas para su corazón, y las dedicó, igual que los ocho mil francos de su primo, a una custodia de oro que regaló a la parroquia ¡donde tanto había rogado a Dios por él! Por otro lado, repartió su tiempo entre Angers y Saumur. Su marido, que demostró lealtad en determinada circunstancia política, llegó a ser presidente de sala y por último primer presidente al cabo de unos años. Esperó impaciente la reelección general<sup>132</sup> para conseguir un escaño en la Cámara. Ansiaba ya la dignidad de par, y entonces...

–Entonces el rey será su primo –decía Nanon, la gran Nanon, señora Cornoiller, burguesa de Saumur, a quien su ama anunciaba las grandezas a que estaba llamada<sup>133</sup>.

Sin embargo, el señor presidente de Bonfons (por fin había abolido el patronímico Cruchot) no logró realizar ninguna de sus ambiciosas ideas. Murió ocho días después de haber sido nombrado diputado por Saumur. Dios, que lo ve todo y nunca yerra el golpe, lo castigaba sin duda por sus cálculos y por la habilidad jurídica con que había minutado, *accurante Cruchot* <sup>134</sup>, su contrato de matrimonio, en el que los futuros esposos se hacían mutua donación, *en caso de que no tuvieran hijos, de la universalidad de sus bienes, muebles e inmuebles sin exceptuar ni reservar nada, en plena propiedad, dispensándose incluso de la formalidad del inventario, sin que la omisión de dicho inventario pueda ser objetada por sus herederos o derechohabientes, entendiéndose que dicha donación, etc.* Esta cláusula puede explicar el profundo respeto que el presidente tuvo siempre por la voluntad, por la soledad de la señora de Bonfons. Las mujeres citaban al señor primer presidente como uno de los hombres más delicados, lo compadecían y a menudo llegaban a censurar el dolor y la pasión de Eugenia, pero como ellas saben censurar a una mujer, con las más crueles deferencias.

–Mucho tiene que sufrir la señora presidenta de Bonfons para dejar solo a su marido. ¡Pobre mujercita! ¿Se curará pronto? Pero ¿qué tiene, una gastritis, un cáncer? ¿Por qué no consulta con los médicos? Desde hace algún tiempo está amarilla; debería ir a consultar a las eminencias de París. ¿Cómo puede no desear un hijo? Se dice que quiere mucho a su marido, ¿por qué no darle un heredero en su posición? Como usted sabe, eso es algo horrible; y si fuera por puro capricho, sería muy censurable. ¡Pobre presidente!

Dotada de ese sutil tacto que el solitario ejercita con sus perpetuas meditaciones y con la exquisita agudeza con que capta las cosas que caen en su esfera, Eugenia, acostumbrada por la desgracia y por su reciente educación a adivinarlo todo, sabía que el presidente deseaba su muerte para entrar en posesión de aquella inmensa fortuna, aumentada además por las herencias de su tío el notario y de su tío el

abate, a quienes Dios tuvo el capricho de llamar a su seno. La pobre reclusa compadecía al presidente. La Providencia la vengó de los cálculos y de la infame indiferencia de un esposo que respetaba, como la más sólida de las garantías, la pasión sin esperanza de que se alimentaba Eugenia. Dar la vida a un niño, ¿no hubiera sido matar las esperanzas del egoísmo, las alegrías de la ambición acariciadas por el primer presidente? Dios lanzó, pues, masas de oro a su prisionera, a la que el oro era indiferente y que aspiraba al cielo, que vivía, piadosa y buena, en santos pensamientos, que socorría sin cesar a los desgraciados en secreto. La señora de Bonfons quedó viuda con treinta y tres años, con una fortuna de ochocientas mil libras de renta, bella todavía, pero como una mujer es bella con casi cuarenta años. Su rostro es blanco, reposado, tranquilo. Su voz, dulce y recogida, sus modales sencillos. Tiene todas las noblezas del dolor, la santidad de una persona que no ha mancillado su alma con el contacto del mundo, pero también la rigidez de la solterona y los hábitos mezquinos que proporciona la estrecha existencia de provincias. A pesar de sus ochocientas mil libras de renta, vive como había vivido la pobre Eugenia Grandet, sólo enciende fuego en su habitación los días que en el pasado su padre le permitía encender la chimenea de la sala, y lo apaga según el programa en vigor en sus años de juventud. Sigue vistiendo como lo hacía su madre. La casa de Saumur, casa sin sol, sin calor, siempre sombría, melancólica, es la imagen de su vida. Acumula cuidadosamente sus rentas, y quizá parecería avariciosa si no desmintiese la maledicencia empleando noblemente su fortuna. Piadosas y caritativas fundaciones, un hospicio para ancianos y escuelas cristianas para niños, una biblioteca pública magníficamente dotada, dan testimonio cada año contra la avaricia que le reprochan algunas personas. Las iglesias de Saumur le deben algunos embellecimientos. La señora de Bonfons, a la que por burla llaman *señorita*, inspira por lo general un religioso respeto. Este noble corazón, que sólo latía para los sentimientos más tiernos, debía, pues, estar sometido a los cálculos del interés humano. El dinero debía comunicar sus fríos tintes a aquella vida celestial, y provocar desconfianza hacia los sentimientos de una mujer que era todo sentimiento.

–Sólo tú me quieres –le decía a Nanon.

La mano de esta mujer cura las llagas secretas de todas las familias. Eugenia se encamina al cielo acompañada por un cortejo de buenas obras. La grandeza de su alma debilita las pequeñeces de su educación y las costumbres de su vida primera. Tal es la historia de esta mujer que no es del mundo en medio del mundo, que, hecha para ser magníficamente esposa y madre, no tiene ni marido, ni hijos, ni familia. Desde hace unos días, se habla de un nuevo matrimonio para ella. La gente de Saumur habla de Eugenia y del señor marqués de Froidfond, cuya familia empieza a asediar a la rica viuda como en el pasado habían hecho los Cruchot. Se dice que Nanon y Cornoiller trabajan en favor del marqués, pero nada es más falso. Ni la gran Nanon ni Cornoiller tienen suficiente inteligencia para comprender las corrupciones del mundo.

*París, septiembre de 1833*



## [Preámbulo de las primeras ediciones 1833-1839]<sup>135</sup>

En el fondo de las provincias se encuentran algunas cabezas dignas de un estudio serio, caracteres llenos de originalidad, existencias tranquilas en la superficie y que asolan secretamente tumultuosas pasiones; pero las asperezas más contrastadas de los caracteres y las exaltaciones más apasionadas terminan por abolirse en la constante monotonía de las costumbres. Ningún poeta ha intentado describir los fenómenos de esa vida que se va, siempre ablandándose. ¿Por qué no? Si hay poesía en la atmósfera de París, donde se arremolina un *simún* que arrebató fortunas y rompe corazones, ¿no la hay también en la lenta acción del *siroco* de la atmósfera provinciana, que distiende el coraje más orgulloso, relaja las fibras y desarma las pasiones de su agudeza?

Si en París todo llega, en provincias todo pasa; en ellas, ni relieve ni salientes; pero en ellas, dramas en medio del silencio; en ellas, misterios hábilmente disimulados; en ellas, desenlaces con una sola palabra; en ellas, enormes valores que el cálculo y el análisis prestan a las acciones más indiferentes. En provincias se vive en público.

Si los pintores literarios han abandonado las admirables escenas de la vida de provincias no ha sido ni por desdén ni por falta de observación; quizá haya impotencia. En efecto, para iniciar en un interés casi mudo que yace menos en la acción que en el pensamiento; para crear figuras, a primera vista poco coloridas, pero cuyos detalles y medios tintes solicitan los retoques más hábiles del pincel; para restituir a esos cuadros sus sombras grises y su claroscuro; para sondear una naturaleza en apariencia hueca, pero que el examen encuentra plena y rica bajo una corteza lisa, ¿no se precisa una multitud de preparaciones, de inauditos cuidados y, para tales retratos, las sutilezas de la antigua miniatura?

La magnífica literatura de París, ecónoma de sus horas, que, en detrimento del arte, emplea su tiempo en odio y en placeres, quiere su drama totalmente hecho; para buscarlo no tiene tiempo en una época en que el tiempo falta a los acontecimientos; en cuanto a crearlo, si algún autor emitiese su pretensión, ese acto viril excitaría motines en una república en la que, desde hace mucho, está prohibido por la crítica de los eunucos inventar una forma, un género, una acción cualquiera.

Estas observaciones eran necesarias, tanto para dar a conocer la modesta intención del autor, que no quiere ser aquí otra cosa que el más humilde de los copistas, como para fijar de manera irrecusable su derecho a prodigar la lentitud exigida por el círculo de minucias en que está obligado a moverse. Por último, en un momento en que a las obras más efímeras se otorga el glorioso nombre de

*cuento*, que sólo debe pertenecer a las creaciones más vivaces del arte, le será sin duda perdonado que descienda a las mezquinas proporciones de la historia, a la historia vulgar, al relato puro y simple de lo que se ve todos los días en provincias.

Más tarde aportará su grano de arena al montón elevado por las intrigas de la época; hoy, el pobre artista no ha recogido más que uno de esos hilos de araña blancos que pasea la brisa por el aire, y con los que se divierten los niños, las muchachas y los poetas; hilos de los que apenas se preocupan los sabios pero que deja caer de su rueca, eso se dice, una celestial hilandera<sup>136</sup>. ¡Cuidado! ¡Hay *moralidades* en esta tradición campesina! También el autor hace de ella su epígrafe. Y demostrará que, durante la parte hermosa de la vida, ciertas ilusiones, blancas esperanzas, unos hilos argentados descienden de los cielos y vuelven a ellos sin haber tocado tierra.

*Septiembre de 1833*



## Epílogo de las primeras ediciones [137](#)

Este desenlace defrauda necesariamente la curiosidad. Quizá ocurra lo mismo con todos los desenlaces verdaderos. Las tragedias, los dramas, por hablar el lenguaje de esta época, son raros en la vida real. Recuérdese el preámbulo. Esta historia es una traducción imperfecta de algunas páginas olvidadas por los copistas en el gran libro del mundo. Aquí no hay invención. La obra es una humilde miniatura para la que se necesitaba más paciencia que arte. Cada departamento tiene su Grandet. Sólo que el Grandet de Mayenne o de Lille es menos rico de lo que era el antiguo alcalde de Saumur. El autor ha podido forzar un rasgo, esbozar mal sus ángeles terrenales, poner demasiado color o no el suficiente en su vitela. Quizá ha recargado de oro el contorno de la cabeza de su María; quizá no ha distribuido la luz según las reglas del arte; en fin, quizá ha ensombrecido demasiado los tintes, ya de por sí negros, de su anciano, imagen totalmente material. Pero no neguéis vuestra indulgencia al paciente monje, que vive en el fondo de su celda, humilde adorador de la *Rosa mundi* [138](#), de María, bella imagen de todo el sexo femenino, la esposa del monje, la segunda Eva de los cristianos.

Si, a pesar de las críticas, el autor sigue atribuyendo tantas perfecciones a la mujer es porque todavía piensa, joven como aún es, que la mujer es el ser más perfecto entre las criaturas. Salida la última de las manos que modelaban los mundos, debe expresar más puramente que cualquier otra el pensamiento divino. Por eso, a diferencia del hombre, no fue labrada en el granito primordial convertido en blanda arcilla bajo los dedos de Dios; no, sacada de los flancos del hombre, materia flexible y dúctil, es una creación transitoria entre el hombre y el ángel. Por eso la veis tan fuerte como el hombre, y delicadamente inteligente por el sentimiento como lo es el ángel. ¿No habría que unir en ella dos naturalezas para encargarle la tarea de llevar siempre la especie en su corazón? Para ella, ¿un niño no es toda la humanidad?

Entre las mujeres, quizá Eugenia Grandet sea un tipo, el de los sacrificios lanzados a través de las tempestades del mundo y que se hundan en él como una noble estatua arrebatada a Grecia y que, durante el transporte, cae al mar, donde permanecerá ignorada para siempre.

*Octubre de 1883*

1 Hasta mediados del siglo <sup>xx</sup> no fue identificada esta persona: Maria du Fresnay, casada con un hombre mucho mayor que ella, era hija de la novelista Adèle Daminois; amante de Balzac en 1833, tendrá una hija del autor de *La Comedia humana*, que anuncia el acontecimiento a su hermana Laure en una carta: «Soy padre –éste es otro secreto que tenía que decirte–, se trata de una gentil persona, la más ingenua criatura que existe, caída como una flor del cielo, que viene a mi casa a escondidas, no exige ni correspondencia, ni cuidados, y que dice: “Ámame un año, te amaré toda mi vida”». El 4 de junio nacerá Marie du Fresnay. De la madre se acordará Balzac al pintar el personaje de Agathe en *Le médecin de campagne*.

2 En la primera edición *Eugenia Grandet* figuraba dividida en capítulos titulados. Aquí comenzaba el primero, «Fisonomías burguesas».

3 La Liga Católica, o Santa Liga, había nacido en Picardía en 1576; apoyado por los jesuitas, por Felipe II de España y por el papa, este partido ultracatólico trató de extirpar el protestantismo en Francia y consiguió incluso expulsar a Enrique III de París. Las victorias de Enrique IV hicieron retroceder el movimiento, que, aun así, consiguió asesinar al rey por medio de Ravillac (14 de mayo de 1610).

4 Recibían ese nombre los descendientes de alcaldes y regidores de ciertas ciudades en las que tales cargos ennoblecían. Para reunir las asambleas en que eran elegidos se utilizaba el sonido de la campana.

5 Balzac utiliza un término preciso y regional: el *poinçon* contenía 185 litros.

6 Industriales alude a los productores de vino, por oposición a comerciantes.

7 Subdivisión del departamento, creada en 1789 y administrada por un consejo y un directorio de doce personas elegidas.

8 Más adelante Balzac dice el nombre de la abadía: Noyers; una abadía con ese nombre, cerca de Nouâtre (Indre-et-Loire), había sido adjudicada como bien nacional en 1791, a precio muy ventajoso, con todas sus dependencias, a Jacques Sonolet; la familia Sonolet, de Tours, formaba parte de las relaciones sociales de los Balzac.

[9](#) Régimen político francés que sucedió al Directorio y ejerció el poder del 9 de octubre de 1799 al 18 de mayo de 1804, cuando Napoleón Bonaparte instaura el Primer Imperio (hasta 1814).

[10](#) Caperuza de forma cónica pero con la punta curvada, convertido en el siglo XIX francés en símbolo de la libertad y del republicanismo.

[11](#) El catastro fue creado en Francia por la Asamblea Nacional, durante el Consulado.

[12](#) Balzac ha introducido en el manuscrito la frase anterior sin darse cuenta del corte que supone en la oración: acontecimiento se refiere a la clasificación de las distintas fincas de papá Grandet.

[13](#) Las listas oficiales de los ciudadanos que más contribución pagaban se hacían públicas y suponían un título de prestigio para los que estaban en ellas. El padre de Balzac figuraba en uno de los primeros puestos de esa lista en Tours.

[14](#) Balzac utiliza el término *arpent*, que en la Turena equivalía a dos tercios de hectárea aproximadamente.

[15](#) En 1799 el Directorio creó un impuesto sobre puertas y ventanas.

[16](#) El barón James de Rothschild (1792-1868), fundador de la rama parisina de la familia de ese apellido, es calificado por Balzac, que acababa de entrevistarse con él, de «príncipe del dinero» en una carta a Mme. Hanska de la época de redacción de *Eugenia Grandet*. El novelista se inspiró en él para crear el personaje del barón de Nucingen en *La casa Nucingen*.

[17](#) El banquero Jacques Laffitte (1767-1844), regente del Banco de Francia y político liberal al lado de Benjamin Constant. Presidente del Consejo bajo Luis Felipe y ministro de Finanzas (1830-1831), cuando abandonó la política se vio obligado a centrarse en su mermada fortuna; su banca fue salvada de la quiebra gracias a préstamos del Banco de Francia en 1831. Aparece en varias novelas de *La Comedia humana*.

[18](#) Pan que se recogía en las parroquias durante la misa, que se bendecía y se distribuía entre los fieles. También se enviaba, una vez bendecido, a parientes y amigos.

[19](#) Aproximadamente 1,62 metros.

[20](#) 32 centímetros (12 pulgadas = 1 pie).

[21](#) Animal fabuloso según los Antiguos, cuyo nombre dio Linneo a los reptiles inofensivos. Estaba considerado como híbrido de gallo y serpiente venenosa; según la fábula nacía de un huevo de gallo roto por un sapo, cuya mirada podía matar.

[22](#) Balzac alude a la frenología de Gall.

[23](#) Balzac juega con dos de los significados del término francés *blanc*: *blanco* (color) y *blanca* (moneda).

[24](#) Tipo de medias sólidas, pero poco elegantes.

[25](#) El novelista trasplanta al Anjou edificios y situaciones de la Touraine: el cabildo de Saint-Martin no existía desde la Revolución, y la basílica había sido destruida casi por completo. Como explicación, el abate Cruchot podía seguir siendo canónigo a título honorario.

[26](#) Los Médicis y los Pazzi se enfrentaron por el poder en la República de Florencia; Lorenzo de Médicis logró escapar a un atentado organizado por los Pazzi, y todos los miembros de esta familia implicados en la conjuración fueron ejecutados (1478). Poco después, en 1494, la predicación del dominico Savonarola logró la expulsión de los Médicis de Florencia y el retorno de los Pazzi a sus privilegios. El hecho histórico tuvo frutos literarios en manos de Angelo Poliziano, que relata los sucesos, y de Vittorio Alfieri, que le dedicó su tragedia *La conjuración de los Pazzi*.

[27](#) Figura de madera o de metal, armada de un martillo, que marca las horas golpeando sobre una campana o timbre.

[28](#) El término designa un estilo de pintura y de escultura de moda a principios del siglo <sup>XIX</sup>.

[29](#) Aproximadamente 1,83 metros; su amo mide 1,62.

[30](#) 1811, el año del Cometa, fue muy favorable para las vides.

[31](#) Balzac no dice el nombre de la iglesia, de Saint-Pierre; prueba de su escaso conocimiento de Saumur.

[32](#) Desde el siglo <sup>XV</sup>, por lo menos, está demostrado que vinateros flamencos compraban el producto de los viñedos de la Turena.

[33](#) Con el término *charbonnier* (carbonero, pero también carbonario) se alude a la carrera revolucionaria de Grandet.

[34](#) Oficial con rango de teniente o de capitán, de quien dependían el alojamiento, el campamento, las subsistencias, los repartos, la caja, la contabilidad de un cuerpo de tropas, la transmisión de órdenes y la vigilancia de su ejecución.

[35](#) Como en muchas páginas de *La Comedia humana*, donde abundan apellidos derivados de sustantivos cuyo significado ayuda a la definición del personaje, aquí Balzac hace un juego de palabras con el apellido: el abate califica a su sobrino Cruchot de *cruche* (cántaro, tonto).

[36](#) Balzac publicó *La Maison Nucingen* en 1837; en ella analiza las fraudulentas técnicas financieras de la banca, con el banquero Laffitte por modelo; véase la nota 17.

[37](#) Aquí concluye el primer capítulo según la edición original, y da principio el segundo bajo el título de «El primo de París».

[38](#) Sastre que había instalado su tienda (después de 1819 al parecer) en la esquina de la calle de Richelieu, en el bulevar Montmartre; aparece citado, casi como anuncio, en varias novelas de Balzac (*Los parientes pobres*, *El gabinete de los Antiguos*, *Otro estudio de mujer*, *Fisiología del matrimonio*, etc.), que le debía facturas de su vestuario. Se ha supuesto que, mediante esa publicidad encubierta, Balzac pagaba sus trajes a Buisson; el sastre alojaba a Balzac en un piso alquilado cuando éste tenía que esconderse de sus acreedores.

[39](#) En francés *roupies*, nombre dado a las gotas de humor consecutivas a la toma de rapé, que el fenómeno expelle por la nariz; eran, desde luego, signo de falta de cuidado personal y de mala educación.

[40](#) *L'Encyclopédie méthodique*, conocida como *Encyclopédie Panckoucke*, fue fundada por Charles Joseph Panckoucke, con el objetivo de mejorar y poner al día la Enciclopedia de los Ilustrados. Se publicó durante medio siglo, de 1782 a 1832; en ella participaron más de mil autores especializados y llegó a alcanzar los 219 volúmenes. En 1789 Panckoucke fundó también *Le Moniteur universal*, periódico que nació como una expresión del movimiento revolucionario; luego fue pasando por los sucesivos períodos históricos casi como órgano oficial de los distintos poderes, desde el monárquico hasta el jacobino, el imperial, etc. Y durante sesenta años prácticamente fue, como *Gazette Nationale*, órgano oficial del gobierno, que consignaba en él sus actos públicos, decretos, etc., hasta que a partir de 1848 esas funciones pasaron a manos del *Journal officiel*. Desapareció en 1901 cuando ya era un órgano conservador.

[41](#) En el manuscrito aparece *la girafe*, que apunta a un hecho histórico: la sensación que provocó, a su paso por toda Francia y a su llegada a París, una jirafa, regalada en 1827 por Mehemet a Carlos X. Era el primer animal de su especie que se veía en Francia. Si en esa fecha era tema de actualidad, ésta había desaparecido cuando Balzac corrige la novela para la edición de 1843.

[42](#) Richard Westall (1765-1836), pintor inglés, que alcanzó gran prestigio en los últimos años del siglo XVIII con sus cuadros de estilo neoclásico; fueron muy apreciados sus trabajos como retratista –son famosos sus retratos de lord Byron– y sus ilustraciones para libros de poetas y novelistas como Walter Scott, Byron, Oliver Goldsmith, etc.

[43](#) William Finden (1787-1852), grabador inglés que trabajó en colaboración con su hermano menor Edward; su éxito se vio compensado por un gran número de encargos; su calidad disminuyó con la cantidad de su producción.

[44](#) Francis Chantrey (1781-1841), escultor inglés de la era georgiana, de obra muy abundante; de gran prestigio, esculpió bustos de figuras políticas de su época, estatuas de personajes históricos (Shakespeare, por ejemplo) y grupos.

[45](#) El personaje de Tiphonie Roguin aparece en varias novelas de *La Comedia humana*. Nacido en 1776 y notario de profesión, quedó comprometido en 1818 por sus especulaciones y por los derroches de su amante Sara Gobseck; desapareció entonces llevándose los fondos de César Birotteau, de Guillaume Grandet, etc. Es personaje clave en la novela *César Birotteau*.

[46](#) En francés, a finales del siglo XVIII, el término *miliflor* tiene una connotación de joven «lechuguino a la moda», moda que cambió, con particularidades más o menos significativas, desde el período de la Regencia a la muerte de Luis XIV hasta el Imperio, pasando por los reinados de Luis XV y Luis XVI y el Directorio.

[47](#) Novela de Jean-Baptiste Louvet de Couvray (1760-1797), aparecida entre 1787 y 1789, de éxito grandísimo debido a las cualidades del análisis psicológico y a la audacia de las evocaciones sensuales, a lo que debe unirse la nitidez del estilo. Louvet de Couvray, periodista, y autor de unas *Mémoires*, fue girondino con la Revolución; enemigo de Robespierre, tuvo que huir hasta 1794. Diputado de la Convención, desempeñó una importante actividad política a la que puso fin la tuberculosis. *Les Amours du Chevalier de Faublas* ha servido en varias ocasiones a continuaciones narrativas, a adaptaciones teatrales y a óperas de, por ejemplo, Cherubini, Kreutzer, Bédéno Dejaure, Hans Gonella, etc.

[48](#) *Les Liaisons dangereuses*, novela de Pierre Choderlos de Laclos (1741-1803) aparecida en 1782; su autor pretendió hacer en ella una crítica de las costumbres y la moral de las clases aristocráticas; consiguió sin embargo unos hallazgos en el análisis psicológico de sus personajes que superan las intenciones iniciales y que la han convertido en una de las obras maestras de la narrativa francesa.

[49](#) La hora de *le diner*, término con el que se designaba la comida principal del día, fue retrasándose, sobre todo en París, durante la primera parte de siglo XIX, hasta las 17 o 18 horas, y ha acabado designando la cena.

[50](#) En 1804 Napoleón creó el cuerpo de volatineros para animar a hombres de baja estatura a unirse al ejército; se admitían a hombres de 1,59 metros de altura como tope máximo.

[51](#) Charles alude a Arquías, tirano impuesto por los espartanos a la ciudad de Tebas, que habían tomado por sorpresa el año 482. En medio de un festín, recibió una carta en la que se le informaba de un complot de Pelópidas; no quiso leerla diciendo: «Los asuntos serios para mañana». Esa misma noche fue degollado por los conjurados en el año 478 antes de nuestra era.

[52](#) Aquí concluye el capítulo; el texto da paso al siguiente con el título de «Amores de provincia».

[53](#) Una variante clave de este párrafo: «El día y el bello sol de los otoños de Turena empezaban a colorear aquellos tintes fríos que la noche había dado a los pintorescos cuadros de aquel patio», demuestra que Balzac había pensado en la Turena, más que en el Anjou, como escenario de la novela.

[54](#) La Venus de Milo había sido descubierta y colocada en el Louvre en 1820.

[55](#) No se conserva el original de la colosal estatua dedicada a Júpiter por Fidias (ca. 490-ca. 430 antes de nuestra era), considerado como el mayor escultor de la antigua Grecia.

[56](#) Durante el Imperio, el bloqueo continental hizo subir de forma considerable el precio del azúcar.

[57](#) La técnica de limpieza del calzado con huevo, antigua y muy económica, no abrillantaba el zapato; el uso de la cera brillante empezó a extenderse desde Inglaterra a principios del siglo XIX.

[58](#) Uno de los últimos recursos empleado por los pobres para saciar el hambre fue el caldo de cuervo, pájaro que reúne además connotaciones de muerte, rapacidad, etc.

[59](#) Balzac corrigió las ediciones anteriores a Furne: «tres mil»; ésta sería, en realidad, la cifra correcta que se desprende de los cálculos de Grandet.

[60](#) Porque las orillas del río eran terreno público, bajo jurisdicción y propiedad del gobierno.

[61](#) Como se ha visto más arriba (nota 45), Roguin había huido a finales de 1818; la acción de esta parte de *Eugenia Grandet* transcurre en 1819. La inexactitud se debe a los reajustes del novelista para hacer reaparecer a sus personajes a través de *La Comedia humana*.

[62](#) El azúcar se vendía en forma de panecillos, que el consumidor cortaba en trozos o terrones.

[63](#) Grandes Indias se utilizaba para designar a la península Indochina (Birmania, Tailandia e Indochina) y diferenciar esos territorios de las Indias Occidentales (las Antillas) y de las Indias Orientales, en el Extremo Oriente.

[64](#) Según Buffon (*Historia natural*, capítulo «Sobre los monstruos») en 1701 nacieron en Tzoni (Hungría) dos hermanas, Elena y Judit, unidas por la cintura; cuando tenían siete años fueron paseadas por casi toda Europa, hasta que a los nueve fueron compradas por un sacerdote que las ingresó en un convento de Petersburgo, donde permanecieron hasta su muerte, en 1723.

[65](#) En el ámbito rural, colgados por su tallo, los racimos de uva se guardaban para el invierno, hasta volverse pasas.

[66](#) Abraham-Louis Bréguet (1747-1823), relojero y físico suizo que estudió en París, donde fundó su casa de relojes en 1775; cinco años más tarde había conseguido fama internacional gracias a sus invenciones y perfeccionamientos sobre la maquinaria de los relojes. También realizó instrumentos científicos de precisión para físicos y astrónomos, relojes marinos y termómetros metálicos. Sus relojes tuvieron por destino personalidades como María Antonieta, Napoleón, Talleyrand, la reina Victoria de Inglaterra, etc. En 1810, creó el primer reloj de pulsera, que regaló a Caroline Murat, reina de Nápoles en ese momento.

[67](#) En realidad se trata de una cafetera Chaftal, formada por dos cuerpos de cobre o de plata que se encajan uno en otro.

[68](#) El monto de la deuda de Guillaume Grandet varía según las ediciones, y Balzac olvida corregir la cifra que papá Grandet acaba de dar: cuatro millones.

[69](#) Más arriba se ha cifrado en «de setecientos a ochocientos *poinçons*» la cosecha de Grandet en años de abundancia.

[70](#) La decadencia de la exportación de vinos de Anjou y la Touraine hacia Holanda y Bélgica no empezó hasta la segunda mitad del siglo XIX.

[71](#) *Mane-Tekel-Phares* («contado, pesado, dividido») son las palabras escritas en la pared del palacio real de Baltasar (Beltsassar) por una mano misteriosa, según el libro del profeta Daniel (5, 25-28). Ahí se describe el gran festín en el palacio de Baltasar, hijo de Nabucodonosor, interrumpido por la aparición de esa mano premonitoria. Históricamente, sin embargo, Baltasar no era hijo de Nabucodonosor, sino de Nabonid (que tampoco descendía de éste), con el que reinaba como corregente en Temá. En cuanto a la traducción moderna de los términos arameos debe interpretarse: Yahvé ha contado tu reinado, le ha fijado un fin; fuiste pesado en la balanza y encontrado falto de peso; destrozado y dividido será tu reino, y entregado a medos y persas.

[72](#) Balzac corrigió los textos anteriores y en la edición Furne actualiza la cotización de la Deuda, que a finales de 1819 rondaba los setenta francos, y no ochenta; pero no ha sometido el resto del texto a esa modificación; han persistido dos cotizaciones a ochenta, y en años sucesivos la aumenta a cifras más altas con una progresión excesiva para la cotización real de los distintos períodos.

[73](#) *Per fas et nefas*: locución latina que significa «por cualquier medio, sea justo o injusto, legal o ilegal».

[74](#) A partir de aquí empieza en la primera edición un nuevo capítulo titulado «Promesas de avaro, juramentos de amor».

[75](#) Según la biografía escrita por Plutarco, el estadista y general ateniense Alcibíades (450-404 antes de nuestra era) poseía un perro de tamaño y belleza sorprendentes al que cortó la cola; las críticas se centraron en la nueva imagen del perro; ante la censura de sus amigos, Alcibíades se echó a reír: «Eso es exactamente lo que deseo. Quiero que los atenienses hablen de esto; así no dirán nada peor sobre mí».

[76](#) El filósofo y reformador inglés Jeremy Bentham (1748-1832) fue el creador de la noción de utilidad, que extendió al derecho y a las ciencias sociales. En su *Défense de l'usure* (escrito en francés, 1787) pedía la abolición de las leyes que fijaban las tasas de los intereses.

[77](#) *Negociar*, en su sentido comercial: transmitir a un tercero un documento comercial como letra, pagaré, etc.

[78](#) *La frase repite un alejandrino de Racine (Les Plaideurs, I, I, v. 11): Mais sans argent l'honneur n'est qu'une maladie.*

[79](#) Esa baja es provocada por las ventas hechas por quienes necesitan dinero al contado para sus plazos de fin de mes.

[80](#) Semiberlina, o berlina cortada, con una sola banqueta en su fondo.

[81](#) Locución latina: Cornoiller hace una tarea por la que no cobra nada.

[82](#) Tres mil libras: aproximadamente 1.500 kilos.

[83](#) Es decir, antes de la apertura de los bancos.

[84](#) Aquí, el beneficio que saca Grandet al vender su oro por encima de la cotización normal.

[85](#) No parece haber existido la casa Farry, Breilman y Cía., nombre de resonancia

inglesa con el que Balzac sustituye la casa «Jean Robert» de las ediciones anteriores a la Furne; con este último apellido existían en París en la época dos carroceros.

[86](#) *Venite adoremos (Dominum)*: «Venid, adoremos al señor» (Salmo 94).

[87](#) Henriette Genest (1752-1822), convertida en Madame Campan por su matrimonio con el ayuda de cámara del rey, de origen plebeyo, entró en la corte a los quince años como lectora de las hijas menores de Luis XV para luego ser primera doncella de María Antonieta, a la que servirá hasta 1792. Napoleón le confió en 1805 la dirección de un centro educativo para jóvenes en Ecoeu, la Maison Impériale Napoléon, que fue cerrada en 1814 tras la abdicación del Emperador y la restauración de la monarquía. Con el retorno de los Borbones cayó en desgracia, acusada de haber traicionado la amistad de la reina María Antonieta. Escribió unas *Mémoires*, interesante fresco para la comprensión de la época: la caída del Antiguo Régimen y la Revolución; en ellas protege la intimidad de la reina y numerosos secretos de Estado que su posición en la corte le permitió conocer.

[88](#) El cuerpo del revolucionario francés Jean-Paul Marat (1743-1793), asesinado el 14 de julio de este último año por Charlotte Corday, fue trasladado un año después al Panteón; en 1795 sus cenizas fueron retiradas y arrojadas en la cloaca de Montmartre.

[89](#) Nombre del caballo de Balzac, que aparece en varias novelas, así como en las cartas del escritor a su madre.

[90](#) Nombre que se dio en Italia a una moneda de oro portuguesa acuñada a partir de 1722, y que en el siglo XVIII equivalía a cuatro escudos o medio doblón (*dobro*).

[91](#) Moneda de oro de la India, muy apreciada por los coleccionistas debido a su rareza. Durante mucho tiempo el término Mongol o Mogol sirvió para designar la India, y no la actual Mongolia.

[92](#) Líneas más arriba, Eugenia ya se ha puesto de rodillas. Balzac incorporó la frase anterior al manuscrito sin rehacer luego el contexto.

[93](#) Lizinska Zoé de Mirbel (1796-1849), miniaturista francesa, pintora de la casa de Luis XVIII y de Carlos X. Su éxito se debió a la corrección del dibujo y la armonía del colorido; pintó a varios soberanos y a grandes personajes de su tiempo.

[94](#) Grandet se basa en una canción del siglo XVIII atribuida a Vadé: «*Dans les Gardes françaises/J'avais un amoureux*», etc.

[95](#) Verso del rey Federico II de Prusia refiriéndose al rey Augusto III de Polonia (1696-1763).

[96](#) August Heinrich Julius Lafontaine (1758-1831), autor alemán de más de doscientos volúmenes de novelas; narrador hábil, pintaba retratos de la vida familiar en escenas conmovedoras y sentimentales que, pese a sus repeticiones de un título a otro, le dieron gran fama al otro lado del Rin. Sus defectos como novelista eran perdonados en nombre de la gracia en sus primeras novelas; luego fue perdiendo lectores.

[97](#) Según una ordenanza de 1810, el escudo de seis libras valía cinco francos con ochenta céntimos. En Balzac, el uso de ese escudo es una reminiscencia de la Touraine, donde los comerciantes compraban las mercancías con él, es decir, a veinte céntimos menos.

[98](#) Joya tradicional en forma de cruz propia de varias regiones de Francia; se lleva colgada al cuello con una cinta de terciopelo; desde el siglo XVIII las jóvenes campesinas que se contrataban para el año compraban con sus primeros sueldos una pequeña cruz el día de Saint-Jean, de ahí el nombre. Posteriormente fue llevada por las damas a imitación de las campesinas.

[99](#) En 1824 –puede admitirse ese año como fecha de la venta de Grandet–, los títulos de la Deuda pública alcanzaron su mayor valor, pero nunca llegaron a ciento quince.

[100](#) Entre 1825 y 1830 el teatro del Gymnase recibió el nombre de teatro de Madame como homenaje a la duquesa de Berry (véase más adelante, nota 118), protectora de las artes y muy aficionada al arte escénico; obtuvo que Luis XVIII apadrinase el teatro y se le diese ese nombre, que tradicionalmente se daba a la primera princesa de Francia después del Delfín. Fundado en 1820, el Théâtre du

Gymnase sigue existiendo en la actualidad en su antigua ubicación, en el bulevar Bonne-Nouvelle.

[101](#) A partir de aquí empieza un nuevo capítulo en la primera edición; lleva por título «Pesares familiares».

[102](#) «El tiempo en que he tenido algún contento, en que he conseguido alguna dicha, qué escaso ha sido en mi vida. Es como los clavos fijados en una larga pared de trecho en trecho; diríais que ocupan mucho espacio, reunidlos, no bastan para llenar la mano» (Bossuet, sermón *De la brièveté de la vie*).

[103](#) La alusión es tan imprecisa que en el manuscrito esos pintores carecían de nacionalidad y en la primera edición eran italianos.

[104](#) Tántalo fue maldecido por los dioses, según la mitología griega; en su nieto Atreo volvió a repetirse la maldición para la familia, cuyo destino, sobre todo en la figura de Agamenón (hermano de Menelao, casado con Helena de Troya) y sus hijos (Ifigenia, Laódice, Electra, Orestes, Menelao, etc.), estuvo marcado por el parricidio, el incesto, el infanticidio y el asesinato, hasta que Orestes fue juzgado por matricidio en Atenas cuando se creó el primer tribunal criminal.

[105](#) Trasposición libre del estribillo de la canción de Fanchette, en la ópera cómica de Audinot titulada *Le Tonnelier* (1761), y que figuraba en el cuento de La Fontaine «Le Cuvier».

[106](#) Alusión al traslado de fondos que la sirvienta hizo.

[107](#) En las primeras ediciones, veintitrés años, edad más en concordancia con otros datos de la novela. Eugenia los ha cumplido a mediados de noviembre de 1819.

[108](#) Dos páginas antes, sin embargo, su padre la ha encerrado bajo llave.

[109](#) En 1820 la Deuda pública subió, pero no tanto; en esos años oscilaba en torno a setenta y dos, y nunca pasó de setenta y nueve francos con sesenta

céntimos.

[110](#) Las ediciones anteriores a la Furne dicen 1820, fecha más lógica; párrafos más arriba el médico ha dicho que quizá la señora Grandet no pasaría del otoño (1820).

[111](#) Sabemos (pág. 23) que en 1789 Grandet tenía cuarenta años, y cincuenta y siete en 1806 (pág. 25). Por lo tanto, en 1827 no podía tener más de setenta y nueve, edad que sí figura en las primeras redacciones; en éstas la parálisis se produce en 1825.

[112](#) Hasta ahora sólo se había hablado del cinco por ciento. Las cifras que da este párrafo parecen corresponder mejor a la realidad.

[113](#) Al principio de la acción narrativa, en 1819, era sin embargo «sexagenaria»; y desde entonces han transcurrido ocho años. Pero si entró al servicio de Grandet a los veintidós años y había estado a su servicio treinta y cinco, en 1819 debía tener cincuenta y siete.

[114](#) A partir de aquí en las primeras ediciones comienza el capítulo «Así va el mundo».

[115](#) A los treinta y uno exactamente; Grandet muere, como muy pronto, a finales de 1827.

[116](#) En las Antillas Menores o Pequeñas Antillas; en la época Santo Tomás era colonia danesa; en la actualidad forma parte de las Islas Vírgenes de Estados Unidos.

[117](#) Locución latina: por todos los medios.

[118](#) Por el nombre de pila de Marie Caroline de Borbón Sicilia (1798-1870), esposa de Carlos Fernando de Borbón, hijo de Carlos X de Francia, y por lo tanto duquesa de Berry; asesinado su marido en 1820, a su vuelta del exilio, en 1832, trató de organizar una sublevación contra Luis Felipe para favorecer las

pretensiones legitimistas de su hijo Henri d'Artois.

[119](#) Por antonomasia, las Antillas.

[120](#) En el Antiguo Régimen usaban el título de Captal algunas familias de la región de Burdeos.

[121](#) Resulta difícil saber a qué insecto se alude como «homónimo» de la señorita d'Aubrion. Se ha supuesto que habría que entender «larga como un insecto llamado *demoiselle*», término este que, además de *damisela*, significa *libélula*.

[122](#) Para distinguirse de las modas del Imperio, la Restauración impuso un corsé mucho más prieto. El corsetero LeRoy inventó uno que, mediante un juego de ballenas, separaba los pechos de la mujer tanto como exigía la moda.

[123](#) En las ediciones anteriores a Furne, Grandet muere en 1826 y Charles retorna a Francia ese mismo año. En Furne, Grandet muere, como muy pronto, a finales de 1827, con lo que esa fecha de junio de 1827 para la vuelta de Charles plantea ciertas dificultades temporales en la narración.

[124](#) El conde Pierre de Dreux se convirtió en marqués de Brézé comprando en 1686 la tierra y el marquesado de ese apellido.

[125](#) A finales de 1819, cuando Charles se marcha de Francia, el ministerio Decazes vive sus últimas semanas. A su regreso, el partido ultramonárquico está en el poder desde hace casi seis años.

[126](#) Aria de *Las bodas de Fígaro* de Mozart.

[127](#) Se ha calculado el interés que Charles ha incluido: el cinco por ciento.

[128](#) Iba de la calle de la Varenne a la de Grenelle. En 1850 fue absorbida en la actual calle de Bellechasse.

[129](#) Algo más arriba eran sólo ocho mil francos.

[130](#) *De sancto matrimonio* (1602), del jesuita español Tomás Sánchez (1550-1610); sus ideas, muy en boga en los países que, como España, siguieron las directrices del Concilio de Trento, eran motivo de burla en el resto de Europa.

[131](#) Alteración del término inglés *Slam*: conmoción violenta.

[132](#) Tuvo lugar en junio-julio de 1830.

[133](#) Aquí termina el sexto y último capítulo de *Eugenia Grandet*. El texto que sigue aparece en la edición original precedido por el título de «Conclusión».

[134](#) «Gracias a los cuidados de Cruchot.»

[135](#) Como el Epílogo que va a continuación, este texto, sin el título de Preámbulo –aunque la diferenciación tipográfica y el lugar que ocupa permiten definirlo así–, figuraba en las primeras ediciones, hasta su integración en *La Comedia humana* (ed. Furne, 1843), donde aparece en el tomo v como primer volumen de las *Escenas de la vida de provincia*.

[136](#) La tradición campesina francesa da el nombre de *fil de la Vierge* (hilos de la Virgen) al hilo de ciertas arañas que no hacen nido y que el viento lleva; en español, hilos de araña.

[137](#) Epílogo suprimido en la edición Furne.

[138](#) «Rosa del mundo», epíteto de la Virgen María en la religión católica. Balzac proyectó una novela filosófica con ese título, que no llegó a escribir.

Título original: *Eugénie Grandet*

Edición en formato digital: agosto de 2010

© Del prólogo, Mario Vargas Llosa, 2007  
© De la traducción y notas, Mauro Armiño, 2010  
© Ediciones Siruela, S. A., 2010  
c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-688-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)